

ANA R. VIVO BAJO EL SEUDÓNIMO

DANA JORDAN

# Melodía

PARA UN SUEÑO



ARV

# **Melodía para un sueño**

ANA R. VIVO  
*bajo el seudónimo de*  
**DANA JORDAN**

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Melodía para un sueño*

© Ana R. Vivo bajo el seudónimo de *Dana Jordan*

Edición publicada en diciembre del 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

ANA R. VÍVO BAJO EL SEUDÓNIMO  
DANA JORDAN

*Melodía*  
PARA UN SUEÑO



*Dedico este libro a todos aquellos  
que me han inspirado para escribirlo.  
Los buenos, los malos, los amables, incluso las mascotas son ficción,  
pero si miramos alrededor...  
la realidad, a veces, puede superar la imaginación.*

# — Índice —

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

*Epilogo*  
*Sobre la autora*

## *Prólogo*

En menos de dos horas, se habían vendido todas las entradas para el «concierto del año». Así lo anunciaba la prensa, desde que se había hecho pública la reaparición de Janice Still, la virtuosa concertista que se encontraba en proceso de divorcio de uno de los compositores, y directores de música, más importantes del mundo.

La gira se había interrumpido en el instante en el que sus abogados comenzaron a sacar trapos sucios, tanto de una como de otro. Los periodistas y críticos musicales se ocupaban más de apostar por quién ganaría aquel sonado conflicto, que por reseñar sus maravillosas actuaciones como solista, o si había llenado los teatros más importantes del país. Solo ofrecían al público los entresijos de un divorcio tan atormentado como contencioso.

Afortunadamente, la pareja no tenía hijos por los que batallar, pero aun así la situación resultaba estresante. A Janice le fastidiaba verse como mera espectadora de su vida, aireada a los cuatro vientos tanto en prensa escrita como en televisión. Incluso se había producido, en un par de días, un documental que no la dejaba en buen lugar. Ella, por supuesto, era la mala de la historia. Thomas Still, sin embargo, se mostraba como un pobre y sufrido marido, heredero de un imperio y creador de algunas de las obras más famosas que había escrito para la mujer que lo estaba destruyendo.

En definitiva, todos lo veían como un hombre herido, en declive, al que le menguaban los contratos para dirigir orquestas del calibre de la filarmónica de Nueva York, de lo que también la culpaban a ella.

Era lógico que el mundo entero lo creyera. La familia Still era influyente desde tiempos inmemoriales, mientras que ella solo era una muchacha de pueblo, cuyo único sueño había sido compartir su talento junto a su esposo.

Ahora, después de varios meses, la gira se había reanudado. El litigio podía alargarse por tiempo indefinido y Frank Renter, su agente y amigo personal, le aconsejó que no diera lugar a una demanda por incumplimiento de contrato. De modo que pidió a su abogado que cediera ante las peticiones de su marido para acelerar el proceso. No le interesaban los bienes a los que hacía referencia la Corte Superior del estado de California, solo quería volver a ser libre. De no haber sido por la insistencia de los letrados para que pleiteara por lo que le correspondía por ley, incluso habría renunciado a la

pequeña fortuna que había ganado con su esfuerzo. Pero ella soñaba con regresar a Santa Ynez, el pequeño pueblo que la había visto crecer, en el corazón de un hermoso valle cuajado de viñedos, en el condado de Santa Bárbara. Necesitaba recuperar la línea que definiría su futuro, la que se había desviado cuando le concedieron una beca para estudiar música en la prestigiosa escuela Juilliard de Nueva York.

En el valle vivían las pocas amistades que conservaba de su infancia, entre ellas su agente, un viejo amigo de su padre que la trataba como a una hija, y su familia, con la que seguía manteniendo el contacto.

El concierto tenía lugar en el Jordan Hall de Boston, uno de los teatros más representativos del arte y de la música de Massachusetts. También era el conservatorio en el que tocó por primera vez bajo la dirección de Thomas. Parecía una ironía del destino que fuera aquella misma ciudad la última en la que actuarían como marido y mujer. Por eso, se sentía rara, diferente. Ambos se encontraban en un punto de sus vidas en el que se miraban como dos adversarios.

Aquella noche, estaba preciosa. Se lo había dicho más de mil veces Frank, hasta que se vio obligada a sonreír y aceptar que era verdad. La melena le caía sobre los hombros como una suave cascada de ondas tan oscuras como sus ojos. Iba vestida de blanco, en contraste con el resto de los músicos que iban de negro, destacaba como un copo de nieve por el efecto de un potente foco que incidía sobre ella cuando la melodía del piano se alzaba sobre los demás instrumentos.

Janice fue secundada como solista por el resto de los músicos. Su interpretación magistral cautivó al público nada más comenzar los primeros acordes. La sensibilidad de la que hacía gala fue premiada por la unánime ovación de un público entusiasta que obligó a los miembros de la orquesta a saludar en repetidas ocasiones.

Su todavía marido, el director de música Still, se situó a su izquierda, atractivo, vestido con un impecable frac y el pelo perfectamente peinado. Le sonrió como hacía meses que no lo hacía y llevó su mano a los labios en un gesto elegante, murmurando al tiempo unas palabras incomprensibles contra sus dedos.

Thomas la miraba de una forma extraña, durante todo el concierto sus ojos grises habían estado clavados con fiereza en los suyos. La sorprendió invitándola a adelantarse a su lado con una reverencia para que todos supieran que ella era la verdadera estrella de la noche, e hizo un gesto al público para

que no dejara de aplaudir. Entonces la miró de nuevo y fue cuando vislumbró en sus ojos algo turbio e inexplicable que le arrancó un escalofrío y la obligó a apartar la mirada.

Ya habían transcurrido varios minutos de ovación, parecía que por fin amainarían los vítores y podrían abandonar el escenario, cuando le dedicó una tímida sonrisa para acallar rumores.

Aquel era el último acto en el que recibirían felicitaciones agarrados de la mano. No quería echar más leña al fuego, ni avivar los reportajes maledicentes de los periodistas de sociedad que esperaban «ver sangre», para regodearse en sus crónicas al día siguiente.

Entonces Thomas la sorprendió de nuevo al abrazarla e intentar besarla en los labios en mitad del escenario; de hecho, los aplausos se silenciaron cuando ella se zafó de su agarre con un grito. Se limpió la boca con el dorso de la mano y le preguntó que si se había vuelto loco. Él no dijo nada, simplemente sonrió.

Nerviosa, Janice se colocó un mechón detrás de la oreja, como si tratara de aparentar normalidad ante algo tan disparatado delante de dos mil personas que los observaban en un silencio sepulcral. Miró a su espalda con desesperación, ya debería de haber caído el telón, pero Thomas volvió a reclamar su atención al decirle en voz alta.

—No me he vuelto loco, querida. Sin embargo, tú, me has destruido.

—No sabes lo que dices.

—Me has arrebatado todo: mi orgullo, mi hombría... mis sueños.

—No me hagas esto —rogó, con ojos brillantes por las lágrimas—. Thomas, no sigas. Aquí no.

—Solo te estoy pidiendo unos segundos de tu tiempo. De tu valioso tiempo.

—Thomas... por favor. —Apenas fue un susurro.

—Por favor, ¿qué? ¿Por favor, no me abandones antes de firmar los documentos que han redactado los abogados? ¿O por favor, no me hagas sentir culpable? ¿Es eso lo que te preocupa? Que todo el mundo sea testigo de lo que me has hecho. Que se enteren de que la víctima de esta cruel historia soy yo. Que me has destrozado la vida hasta hacerla añicos... ¿Por favor qué, Janice? —Su voz reverberó—. ¿Buscas mi compasión? Pues, no la tendrás. —Avanzó dos pasos y se paró tan cerca que ella podía escuchar su respiración agitada—. Sin embargo, quiero que recuerdes este instante para siempre, mi amor, que cada vez que la música llene tu vida, no olvides que fuiste la causante de

mi destrucción. Mírame —exigió con dureza.

Janice había cerrado los ojos mientras él la humillaba donde más segura se sentía: sobre el escenario.

Con suerte, su ataque ante un público que hasta ahora la había adorado, terminaría pronto; pero el murmullo ahogado de los espectadores la obligó a abrirlos con rapidez. Después todo ocurrió muy rápido, en unos segundos de desconcierto en los que nadie supo reaccionar. Esa escena se desarrollaría una y otra vez, millones de veces, a cámara lenta en su cabeza, a todas horas, en todos los lugares.

Thomas había sacado una pistola del bolsillo interior del frac.

Ella retrocedió al ver el arma, aunque intuyó lo que estaba a punto de ocurrir. La imagen de su marido llevándose el cañón a la cabeza quedaría impresa en su mente para siempre. Sus ojos llenos de odio fijos en los suyos, vidriosos y tremendamente abiertos por el pánico.

—Yo también voy a robar tus sueños, querida —le advirtió con rabia—. Cada vez que cierres los ojos, allí estaré para atormentarte. Solo escucharás en tus sueños, la melodía de la muerte —agregó antes de apretar el gatillo y caer al suelo como un fardo.

Ni los gritos de la gente, ni su precioso vestido ensangrentado y sucio por los restos que habían salido disparados en todas direcciones, podían acallar aquella voz que repetía en su cabeza: «Robaré tu sueños».

# Capítulo 1

*Un año más tarde. Ciudad de Los Ángeles. California.*

—Entonces, ¿todo ha terminado?

—En efecto, señora.

Janice se aferró a la taza de café como si lo hiciera a un salvavidas. Apenas llevaba dos días en su antiguo ático de Los Ángeles, acababa de recibir el alta en la clínica de reposo, y su estado de ánimo no era muy optimista. Según le recordaba siempre la doctora Sanders, la psiquiatra que la había estado tratando durante casi un año y con la que había entablado una gran amistad, le costaba asimilar las nuevas piezas del puzle que formaban su vida.

Frank Renter, su amigo incondicional, estaba sentado a su lado; le dio unas palmaditas en el hombro para animarla y le sonrió. Lo consideraba como a un padre, por eso le pidió que la acompañara en la que sería la última entrevista con el abogado matrimonialista, para afrontar juntos las nuevas noticias.

—Estoy cansada —dijo con voz pausada—. No deseo pleitear más, ni alargar este proceso tan doloroso. En realidad, solo quiero regresar a casa.

—Ya está en su casa. —El abogado señaló el lujoso apartamento con la mirada.

—No, no lo estoy. Me refiero a mi verdadero hogar, al lugar de donde nunca debí marcharme. El único sitio donde podré encontrar la paz.

—Lamento que en la clínica psiquiátrica no la haya encontrado. —Dejó caer el hombre con poca delicadeza.

—Esa armonía no es fácil de alcanzar —le aclaró ella pasándose una mano por la cara con gesto cansado.

—Abrevie, por favor —Le pidió Frank, deseoso de que se marchara.

—Por supuesto. —El letrado depositó sobre la mesa varias carpetas. Al ver que su clienta había desviado la mirada hacia el precioso paisaje de la ciudad de Los Ángeles que se divisaba desde los ventanales, carraspeó para llamar su atención y comenzó a explicarle—: La corte judicial ha ratificado lo que ya se había probado en audiencias anteriores. El testamento de su marido

es legal, ustedes no estaban divorciados en el momento de su —carraspeó— ... defunción, y por lo tanto le corresponde como esposa la totalidad de los bienes; sobre todo, al no existir hijos ni más parentela en línea sucesoria descendiente.

—Eso no cambia mi intención de abandonar la ciudad y comenzar una nueva vida.

—Y está usted en su derecho —reconoció el abogado—. Pero debo prevenirla de que hay ciertos inconvenientes que tenemos que solventar antes de que se marche.

—¿Tenemos? ¿Usted y yo? —Lo miró sin comprender.

—En efecto. Ya sabe que como heredera principal de todos los bienes de Thomas Still, deberá administrarlos. No solo me refiero a seguir sufragando los gastos de la familia de su esposo, la cual percibirá mensualmente unos honorarios más que generosos por su parte, sino que también tendrá que presidir la dirección de varios negocios de los cuales usted posee el ochenta por ciento de las acciones. Pero bueno... todo eso ya lo sabíamos antes de que sus cuñados solicitaran a la corte que invalidara el citado testamento.

—Poco me importa cómo se repartan los bienes de Thomas. Nunca deseé nada de él y la decisión de la corte no me hará cambiar de idea.

—Lo sé, lo sé... pero se han supervisado las deudas e hipotecas que hay pendientes y, dada la precaria situación de las cuentas, le adelanto que ha quedado muy poco dinero en efectivo para distribuirlo entre los herederos; sobre todo, teniendo en cuenta que su marido y su familia llevaban años viviendo por encima de sus posibilidades, incluso tendrán que deshacerse de la mayoría de las propiedades para hacer frente a los impuestos y gravámenes pendientes.

—Eso significa que...

—Eso significa que después de sanear las cuentas de la fortuna de los Still, no quedará mucho por repartir entre sus hermanos, ni siquiera para usted, que tendrá que asumir la mayoría de los gastos derivados, disculpe la brusquedad de mis palabras. —El hombre se ajustó el nudo de la corbata, como si le cortara la respiración—. En cuanto al seguro de vida, quedó demostrado que la defunción fue a consecuencia de un suicidio, recuerde que lo hizo delante de más de dos mil espectadores y...

—Lo recuerdo —Interrumpió con voz vibrante.

—Sí, bueno... —carraspeó el hombre con evidente incomodidad—. Le dejo la sentencia para que la revise, aunque todo ha quedado probado y no

existe posibilidad alguna de recurso, pero la familia de su esposo ha amenazado con seguir tratando de impugnar el testamento, tratarán de agotar todas las vías posibles, incluso la que pondrá en tela de juicio su capacidad para gestionar los negocios que se salven después de saldar todas las deudas, ahora que... aparentemente, usted ya puede dirigirlos sin ningún problema.

—No es mi intención hacerlo. Desde el principio del litigio dejé clara mi postura en este asunto, desde que contraté los servicios de su bufete con el único propósito de divorciarme de Thomas.

—Y nuestro cometido ha sido siempre procurar su bienestar y luchar por sus intereses. —El abogado se levantó al ver que ella lo hacía para despedirlo—. Intereses que, después de todo, le corresponden como esposa del señor Still. Sin embargo, si me permite, podríamos buscar la forma de que todos salieran favorecidos. Usted es una artista, no sabe mucho de negocios y...

—El señor Renter le firmará un cheque por sus honorarios.

—Claro, por supuesto, en unos días la telefonaré para concertar una nueva cita, y si no pone objeción, nuestro bufete puede seguir ocupándose de sus asuntos, esta vez financieros, hasta que se encuentre con ánimo de...

—Se lo agradezco.

—Es mi deber —le aseguró el hombre satisfecho—. Además, ahora más que nunca debemos estar preparados para la ofensiva del resto de los Still.

—La familia de Thomas debe de estar preocupada. —No pudo evitar mostrar curiosidad.

—Enojada, más bien —puntualizó el abogado—. Me atrevería a decir que ignoraban la verdadera situación económica por la que estaba pasando su marido. Ahora que saben que han perdido todo y que lo que pueda salvarse le pertenece como viuda... ¿Qué hará al respecto, si me permite la indiscreción? —Inquirió con ímpetu.

—No lo sé. —Reconoció, regresando la mirada a los ventanales y dando por finalizada la conversación.

«Sí, ¿qué haría?», se dijo, siguiendo el vuelo de una pareja de golondrinas.

Frank se ocupó de acompañar al abogado a la salida y regresó a su lado con gesto malcarado.

—Es evidente que la familia de tu marido se ha puesto en contacto con ese mequetrefe para convencerte de que les entregues lo que queda. Me han dado ganas de tirarlo por la ventana —replicó, cuando hasta entonces se había mantenido en silencio, actuando simplemente como lo único que necesitaba:

apoyo emocional

—No me extrañaría nada. Sobre todo de Luc.

—¿Y bien? ¿Qué harás? —repitió las palabras del abogado.

Janice abandonó el escrutinio del paisaje y se reunió con él en la cocina. Esperó a que le sirviera más café, mientras meditaba la respuesta y negó en silencio.

—Ya sabes lo que haré, Frank. —Se sentó a la mesa—. Traspasaré a los hermanos de Thomas todo lo que se pueda salvar de las empresas y les diré adiós para siempre. Ha llegado el momento de dar un giro a mi vida, tal y como le he dicho al abogado. Voy a regresar a casa. Lo he meditado durante estos meses en la clínica y quiero cumplir el sueño de mi abuela. Aunque la doctora Sanders diga que ahora se ha convertido en el mío.

—¿Estás segura? ¿También piensas decir adiós a los conciertos y a la música? —Indagó la respuesta en sus ojos oscuros. Su rostro afable y preocupado, como el de un padre—. ¿No te da pena tirar por la borda tantos años de esfuerzo? Tocar el piano es tu vida, lo dejaste todo por lo que entonces era tu ilusión. El mundo necesita artistas como tú.

—La pena es un sentimiento demasiado ambiguo, como el amor o la vergüenza, y yo he borrado todas esas emociones de mi vocabulario. Si de algo me siento culpable es precisamente de haber abandonado todo, mi casa, a mi abuela y sobre todo esos proyectos que ella tenía y que quedaron truncados por mis sueños.

—Pero cumpliste su anhelo de verte convertida en una extraordinaria concertista —le recordó con suavidad mientras señalaba con la cabeza el piano de cola que dominaba el centro del salón.

Ella asintió en silencio.

—Lo siento por ti, Frank. Lamento que tu vida laboral como mi agente termine aquí, pero sabes que son muchos los artistas que darán lo que sea por convertirse en tus patrocinados. Has demostrado con los años que eres el mejor para firmar los contratos más ventajosos.

—Yo solo represento a una persona y esa eres tú.

—No voy a cambiar de idea, Frank.

—Ni yo tampoco, de modo que regresaremos a casa. Los dos.

— Tu esposa se alegrará de recuperarte. Llevas muchos meses lejos de ella, sin separarte de mí.

—Porque me necesitabas.

—Así es, Frank.

—Y te recuerdo que Adele ha regresado de la ciudad hace unos días, y está deseando verte. De modo que volveremos a estar toda la familia junta. Otra vez.

—Como en los viejos tiempos —Sonrió con nostalgia—. Sin vuestro apoyo no habría tenido fuerzas para mantenerme en pie mientras los hermanos de Thomas me despedazaban.

—Deberías poner en manos de la policía esos mensajes que te han enviado los Still.

—Son anónimos, nunca podré demostrar que los han escrito ellos.

—Por el contexto no es difícil adivinarlo.

—Déjalo, Frank. —Lo miró con ternura y sonrió—. Ahora volvemos a casa y no quiero que la prensa y la policía empañen nuestro regreso. No soportaría más interrogatorios, ni más juicios.

—Ya has escuchado al abogado. Los Still no se quedarán con una mano delante y otra detrás.

—Espero que cuando liquidemos las deudas y les cedamos lo que quede, nos dejen en paz. Deshazte de esas cartas anónimas y pongamos tierra por medio. ¿Lo harás por mí?

—Lo haré, claro.

—Gracias.

—Entonces, volvemos a casa.

—Sí. Necesito comenzar en el punto donde lo dejé, en Santa Ynez, con tu familia que siempre ha sido la mía, haciendo realidad el sueño de la mujer que tanto sacrificó por mí.

—No nos pongamos melodramáticos porque empezaré a llorar —dijo el hombre exagerando una mueca.

—¡Qué tonto eres! —Ella sonrió y él extendió los brazos para reconfortarla contra su pecho.

—Te pareces tanto a tu abuela —añadió con suavidad.

—Siempre me lo recuerdas —aceptó el piropo con una sonrisa—. De algún modo, ella siempre supo lo que necesitaba en todo momento. Igual que tú.

Guardó silencio mientras evocaba los años en los que había sido feliz junto a Thomas, o cuando visitaban a su abuela Henrietta en la vieja propiedad que poseían en Santa Ynez. Su carrera musical la había encumbrado a lo más alto y la anciana no ocultaba lo orgullosa que se sentía de ella. Solía decirle que su forma de tocar el piano la transportaba hasta épocas pasadas en las que

el corazón latía apresurado. También auguraba con una sonrisa que algún día amaría a un hombre del mismo modo que expresaba las emociones con la música, y ella se reía mientras le recordaba que ya amaba a Thomas. Entonces la mujer negaba y guardaba silencio.

Más tarde, comprendió que la anciana no erraba en sus vaticinios. Críticos muy entendidos llegaron a la misma opinión, manifestando que sus composiciones revivían recuerdos olvidados. Cada vez que concluía la pieza que estaba interpretando, el público se ponía en pie y rompía en aplausos durante largos minutos.

Como aquella fatídica noche.

—Regreso a Santa Ynez, Frank —Agitó la cabeza para despejarla de malos pensamientos—. Deberías alegrarte por mí. Quiero cumplir el deseo de Henrietta Wallace.

El hombre se rascó la incipiente calva. Conocía a Janice desde el mismo día en que llegó al mundo. Él y su padre, Frederick Wallace, habían sido buenos amigos de la infancia, incluso fue su padrino de bodas.

Cuando un desgraciado accidente de automóvil se llevó al matrimonio, él y su esposa trataron de no romper el contacto con la niña, a pesar de que su abuela se la llevara con ella a la pequeña propiedad que poseía en el pueblo Santa Ynez. Unos años después, cuando tuvo edad para ir al colegio, su hija Adele y Janice coincidieron en el colegio de Buellton, donde se hicieron grandes amigas. Él era profesor de música, y fue una suerte que descubriera el maravilloso don de aquella pequeña. Sus dedos creaban pura magia y supo ver que aquella muchacha de quince años había nacido para hechizar al mundo con sus melodías.

Por eso movió algunos hilos y llamó a la puerta de prestigiosos colegios de las mejores ciudades, hasta que consiguió una beca en la famosa escuela Juilliard de Nueva York. De ahí en adelante los años pasaron y los éxitos la encumbraron. Janice se casó con Thomas Still, un afamado compositor y director de música que conoció en sus primeros conciertos, y ambos llegaron a lo más alto. Eran envidiados, tanto como pareja artística como matrimonio, por el brillo de su juventud y el futuro prometedor que se abría ante ellos.

—Sabes que la gente hará juicios gratuitos —le recordó con pesar—. Santa Ynez es un pueblo pequeño, pero no tanto como para no haber seguido la retransmisión de tu divorcio ni...

—Ni para ignorar lo que dicen mis cuñados, la prensa y todo el mundo: que soy una loca desquiciada que acabó con la vida de su marido —finalizó la

frase por él.

—No quería decir eso. —Frank se puso colorado. Su tez pálida y su nariz prominente lo delataban al enrojecer cuando se encontraba en apuros.

—Lo sé, disculpa mi brusquedad.

—Janice, cariño, siempre has dicho que cada persona lleva dentro su propia música, ¿por qué renunciar a la que fluye desde tu corazón?

—Porque mi corazón solo quiere olvidar, Frank —Hundió la cabeza entre los hombros, dando una imagen de mujer vencida poco habitual en ella—. Porque desde aquel día mis pesadillas marcan la sinfonía de mi vida y la culpa dirige el compás.

—Sigues soñando con él.

—Constantemente. Siempre. A pesar de que mentí a los doctores y dije que apenas tenía pesadillas. Es tan... horrible. Thomas no deja de torturarme con la imagen de sus últimos minutos, mientras en el sueño se escucha la melodía de la muerte —finalizó con un susurro.

—Entonces, no se hable más. —El hombre alzó la voz para cambiar los derroteros a los que conducía aquella conversación—. Regresaremos a Santa Bárbara y avivaremos el sueño de las mujeres Wallace.

—¿Te unirás a mí? ¿Me acompañarás en esta locura?

—Le prometí a tu padre que siempre cuidaría de su pequeña y no voy a incumplir ahora mi promesa por un reto complicado.

—Gracias, Frank, significa mucho para mí que no me abandones.

—Eso jamás —le aseguró el hombre cubriendo sus manos heladas con las suyas por encima de la mesa.

—Como bien dices, se trata de un reto peliagudo.

Ya anocheía cuando Janice estacionó el vehículo en el aparcamiento de la consulta de la doctora Sanders, a poca distancia del hospital de salud mental en el que había estado ingresada el último año.

Faith no solo se había convertido en un pilar muy importante en el que apoyarse para salir de la terrible crisis que la había paralizado durante meses. El trato continuo y las largas conversaciones durante ese tiempo hicieron florecer una amistad difícil de romper, ahora que las ilusiones regresaban a su espíritu intranquilo.

La enfermera le indicó que podía pasar a su despacho cuando preguntó por ella y, nada más dar dos golpes suaves, entró sin esperar respuesta. Encontró a Faith hablando por teléfono, ni siquiera la miró al sentir su

presencia, estaba enfrascada en una tensa conversación que por la forma brusca de concluir las frases daba a entender que no se producía por primera vez.

La doctora era menuda, de bonitas facciones y grandes ojos azules que ocultaba tras unas gafas del mismo tono. La melena dorada le caía sobre los hombros y bajo la bata blanca se adivinaba un cuerpo esbelto.

—Ya le he dicho que a partir de hoy se ocupará de su caso otro doctor. No... no volveré a recibirlo en la consulta, señor Cross, lo siento mucho, pero... —interrumpió sus palabras al tiempo que hacía una larga pausa, en la que escuchaba con los ojos cerrados. Después añadió, antes de colgar—. Lo lamento pero no volveré a hablar con usted.

Janice se sentó a la mesa, frente a ella, y esperó a que su amiga se rehiciera del mal trago que estaba pasando.

—¿Todo bien? —Su tono sonó preocupado, al ver que continuaba con los ojos cerrados y la mano en el teléfono, a pesar de haber colgado.

—No, no está bien. —Por fin la miró y trató de sonreír sin éxito.

—¿Se trata de ese paciente... otra vez?

Lo preguntó con tanta suavidad que Faith sonrió.

—Quien nos viera desde la distancia diría que tú eres mi terapeuta. Pero llevas razón, es él. Otra vez —Se quitó las gafas y las guardó en una funda para ocupar las manos en algo.

Janice afirmó en silencio, demostrando que estaba al corriente.

Desde hacía un par de meses, la psiquiatra estaba siendo acosada por uno de sus pacientes, casi como ella por los hermanos de Thomas. El hombre se había obsesionado de tal forma con su amiga que confundía el vínculo profesional y afectuoso que solía crearse entre médico y enfermo con algo mucho más íntimo y fuera de lugar.

—No pretendía molestarte, Faith, solo he venido a despedirme, aunque creo que he llegado en mal momento. Si lo deseas, puedo posponer mi marcha hasta que soluciones este problema.

La psiquiatra sonrió y alargó la mano sobre la mesa entrelazando sus dedos con los de ella en un gesto que iba más allá de una simple amistad. Más bien era pura sintonía.

—Por fin alzas el vuelo, Janice. No seré yo quien yo te retenga.

—Todo ha sido gracias a ti. Te lo debo.

—No digas eso. Necesitabas tiempo y distancia entre tus emociones para ver el camino despejado. Tu camino.

—Pero me da mucha pena ver que el tuyo sigue lleno de obstáculos. — Frunció los labios con impotencia—. ¿Por qué no me acompañas? Puede que a ti también te convenga poner distancia. Unos días lejos de la ciudad y de los problemas pueden ser la solución para que ese hombre se cansa de acosarte.

Ambas sabían por experiencia que las obsesiones no se evaporaban con el hastío, sino que las alimentaba, pero prefirieron fingir que era posible.

—Te prometo que iré a visitarte a Santa Bárbara cuando estés instalada.

—¿Y por qué no me ayudas a hacerlo? —Insistió ella—. Ven conmigo. Te encantará el valle, y podrías echarme una mano con el arquitecto, el contratista y los operarios. No se me dan muy bien los negocios y...

En ese instante se abrió la puerta de par en par y ambas se giraron sobresaltadas. Ni siquiera se movieron cuando aquel hombre enorme vestido de traje se adentró en el despacho con la mirada fija en Faith y los brazos extendidos hacia ella.

—¡No permitiré que me deje! ¡Antes la mataré, doctora!

## Capítulo 2

*Valle de Santa Ynez – Santa Bárbara — California.  
Comisaría de Buellton.*

—¡Mi carrera está acabada! ¿Te parece poco? ¿Necesitas que te lo diga por escrito? —Gruñó Erick como un furioso león enjaulado.

Se levantó impaciente y una punzada de dolor que le atravesó la pierna lo dejó inmóvil por unos segundos. Los dientes apretados, las manos en puños cerrados a lo largo del cuerpo y la mirada clavada en el sheriff del condado y amigo de su padre desde hacía muchos años.

—¡Vamos, muchacho, no te lo tomes por la tremenda!

Él asió una de las muletas y la plantó con fuerza en el suelo para estabilizar el peso y liberar la pierna lesionada.

—Si he venido a verte es porque no quiero que nos crucemos por el valle y me cosas a preguntas. Pero no busco tu compasión.

—No se trata de eso, solo soy realista. Hace menos de dos semanas que te han operado, necesitas tiempo para que la pierna vuelva a estar al cien por cien.

—Nunca volverá a estar a ese nivel.

—Eres demasiado exigente contigo mismo. —Le entregó la otra muleta.

—Deja de hablarme como si fueras mi madre. —Él se la arrebató con furia.

—A veces me gustaría serlo para darte una azotaina. —El hombre se levantó, consciente de que el exabrupto llegaría en menos que cantaba un gallo.

—Vete a la mierda, ¿vale?

—Ya mismo, pero te recuerdo que estás en mi oficina, y que si alguien debe marcharse eres tú. A la casa de tus padres, a dejar que se curen tus heridas y de paso a conciliarte con tu conciencia.

—Ya te he dicho que no venido hasta aquí para escuchar reprimendas — le advirtió con una mirada que a más de uno le había servido en el pasado como correctivo.

Claro, que eso había sido cuando todavía no era un lisiado. Entonces

buscaba cualquier excusa para salir huyendo del valle y no aceptar que una enfermedad estaba robando los recuerdos de su padre, ingresado en un geriátrico desde hacía varios meses. Precisamente, salía de visitarlo del centro residencial *El dulce hogar de Ynez* cuando recibió el balazo de un loco que se había propuesto atracarle.

Fue verlo a menos de un metro y el tío comenzó a dispararle sin mediar palabra, con la cara cubierta por un pasamontañas. Afortunadamente, Erick se tiró al suelo, llevándose consigo a una pobre mujer que caminaba delante de él, pero una de las balas le atravesó el muslo. Cuando quiso darse cuenta, el atracador se había evaporado y él tenía por delante varios meses para restablecerse de una lesión que no sabía si le dejaría secuelas.

—Llevas razón —admitió, apartando sus recuerdos—, será mejor que me marche a lamerme las heridas donde nadie pueda verme.

David no dijo nada y él aprovechó la pausa que se había creado para llevarse a la boca dos calmantes. Apuró de un trago la botella de agua y la lanzó al interior de la papelera después de arrugarla.

El sheriff se puso el sombrero y le tendió la mano para ayudarle, pero Erick no se molestó en aceptarla. La excusa de que tenía que agarrar los bastones podía servir, aunque era demasiado fútil.

—Eres tan testarudo como tu padre —le recriminó el hombre—. Escucha, lo que necesitas es disfrutar de estas vacaciones pagadas que te ofrece el gobierno, después ya veremos lo que opinan los médicos. Además, siempre puedes regresar al FBI, dejar el trabajo de campo. A los asesinos primero hay que conocerlos para atraparlos.

—No lo comprendes, ¿verdad? —Su voz sonó rabiosa—. El tipo que me hizo esto sigue ahí fuera, campando a sus anchas, sin que nadie lo atrape. Yo, sin embargo, estaré aquí, contemplando las maravillosas puestas de sol en el valle, junto a un padre que se aferra a los recuerdos que olvida cada día, y que vive recluido en «*El dulce hogar de Ynez*».

Parecía a punto de lanzarse contra él. Afortunadamente, su pierna no le permitía mantenerse en pie sin la ayuda de las muletas, por lo que necesitaba seguir apoyado en ellas.

—Vamos, muchacho, te acompaño al pueblo. —El hombre le dio una palmada en el hombro, haciéndose cargo de los turbios pensamientos que pasaban por su cabeza—. Compraremos víveres en la tienda de los Renter y después te acercaré al valle.

—Prefiero ir solo, David —repuso él, intentando serenarse—. Como ves,

no soy buena compañía.

—¿Quieres que te lleve más tarde a Eliot?

—Estará mejor contigo.

—Es tu perro, Erick —le recordó con cautela.

—Es de mi padre, y ya ni siquiera lo recuerda. Oye... disculpa si te ha incomodado algo de lo que he dicho —pidió en tono más pausado.

—Lo haré si me haces caso. Piensa lo de quedarte una temporada por el valle. Puedes pasar más tiempo con tu padre, incluso llevarlo a dar un paseo con el chucho cuando te manejes mejor con las muletas.

—Ya nos veremos, jefe David —Fue todo cuanto dijo antes de marcharse.

Poco después estacionó en la plaza del pueblo Santa Ynez. Los comercios y restaurantes estaban abarrotados, era hora punta y no había ni un alfiler en el aparcamiento a pesar de ser una localidad muy pequeña.

Sin bajar del coche se quedó observando la tienda de antigüedades del señor Illeon, un viejo con barba y aspecto de sacerdote hebreo que en el pasado se frotaba las manos cada vez que veía entrar a alguien en el local.

Lo sorprendió como un *flash* el recuerdo de cuando tenía quince años. Él y sus amigos estaban seguros de que el hombre era un brujo avaro, que tenía la trastienda a rebosar de oro. Eran numerosas las mujeres que lo visitaban para desprenderse de las escasas joyas que conservaban de su familia. Su madre también pasó por allí alguna vez, cuando las cosas no iban boyantes en casa. Demasiados gastos y pocos ingresos. No quiso seguir recordando el pasado, agarró las muletas y salió del todoterreno con dificultad.

Se dirigía hacia la tienda de ultramarinos de los Renter cuando sintió unos ojos clavados en la nuca. Antes de abrir la puerta se giró y miró a ambos lados, pero no vio nada extraño ni encontró a nadie mirándolo para que repentinamente se le hubiera erizado el vello. Olvidándose de la extraña sensación de ser observado, hizo un cálculo mental de los pocos víveres que compraría, ya que no estaría mucho tiempo en el pueblo, y al entrar lo saludó el alegre tintineo de unos cascabeles.

Joey se sentía un cazador, por eso cuando vio a Erick Draven aparcando en la plaza del pueblo se frotó las manos de satisfacción.

«El pobre conejo tullido se instala en la madriguera», se dijo complacido. Comprobó que cojeaba de la pierna izquierda, el muy cabrón se había salvado por los pelos. De no ser por aquella mujer, que se interpuso en su camino cuando salía del geriátrico, el bastardo ya estaría criando malvas.

La bala iba directa al corazón, pero se había dejado llevar por la emoción de ver su único sueño cumplido y erró. Tantos años buscándolo para dar con él en el inicio de su calvario. Gracias a Dios que la paciencia era una virtud que gestionaba a la perfección.

«¡Bendito Dios! ¡Amén!», canturreó.

Recordó el día que salió de la penitenciaría de Boston, en Massachusetts. Había cumplido una larga condena y llevaba años imaginando cómo le arrancaría la vida al cabrón de Draven. Por eso, no dudó en ponerse en contacto con el párroco de Santa Ynez, pero el hombre no quiso darle mucha información. Solo la suficiente. El padre estaba recluido en una clínica por una enfermedad senil, y el hijo era policía en la ciudad de Los Ángeles. De modo que precipitó su venganza sin pensar en las consecuencias. Esperó pacientemente a que Erick Draven fuera a visitar al loco chiflado y nada más verlo salir de *El dulce hogar de Ynez*, disparó. Se dejó llevar por un furioso torbellino de adrenalina y rabia, y falló. No lo mató.

Ahora haría las cosas de otra manera.

Durante las semanas siguientes, se mostró por el pueblo como un hombre sereno, incluso habría quien lo describiría como apuesto y simpático. A pesar de que había heredado el pelo rubio de su madre, ya no había ni rastro de aquel chiquillo enclenque que iba al establecimiento de los Renter, a comprar vino para enturbiar los malos pensamientos de su abuelo.

Sabiéndose a salvo en su anonimato, se atrevió a entrar en la tienda.

Todo estaba igual que hacía años, tantos que ya no sabía cuántos. En realidad nada en el pueblo había cambiado. Ni las calles, ni sus gentes chismosas, ni los maridos infieles, ni los niños horribles que apedreaban a los que eran más débiles. Tampoco los comercios, ni el ambiente festivo que reinaba durante todo el maldito verano.

Miró a Erick y sonrió. Era imposible que lo identificara con el enmascarado que le disparó. Además, ahora solo serviría para escribir informes tras una mesa, no quedaba rastro del aguerrido detective de homicidios.

Se paseó delante de sus narices mientras fingía que buscaba una loción de afeitar en la tienda y eso le produjo placer; casi tanto como cuando arrancaba la vida a todo aquel que se la jodía. Se sentía tan poderoso al matarlos que podía ver sus almas saliendo a través de sus ojos desorbitados mientras les cortaba el aliento, lentamente, permitiéndoles que redimieran sus pecados.

Tal y como moriría Erick Draven.

Lo de dispararle en la puerta del geriátrico había sido un estúpido impulso que no volvería a repetirse. Tal vez por eso el buen Dios había interpuesto a la bruja en su camino, para que no se desviara de la senda correcta.

«El señor en su sabiduría está de mi lado. Amén».

Se miró de refilón en el espejo de una columna que separaba la perfumería de la zona de paquetería y se retiró un mechón de pelo rubio que le caía por la frente. Así, con el cabello bien cortado, la elegante americana de lino de color claro y los pantalones veraniegos perfectamente planchados, nadie podría relacionarlo con el mangante que intentó atracarlo y le disparó en la puerta del hogar de ancianos dementes.

Erick revisó los alimentos para subsistir unos días en la casa de sus padres, y se dirigió hacia la caja, apoyado en las muletas, mientras sostenía con dificultad la cesta.

Conocía a los Renter de toda la vida, aunque suponía que ninguno estaría por allí. Los recordaba como un matrimonio bien avenido, con una preciosa hija de coletas pelirrojas y mofletes regordetes. Luego, cuando estaba en la universidad, supo por su madre que Frank había pasado de ejercer como profesor de música en la escuela de Buellton, a ser agente de una prestigiosa concertista. En cuanto a la niña de pelo rojo se había marchado del pueblo, igual que la mayoría de los jóvenes.

Sin embargo, al mirar hacia la caja registradora no tuvo problema para reconocer a la señora Renter, lo que indicaba que al menos ella seguía en el valle. Parecía que no hubieran pasado más de veinte años por aquella encantadora mujer. Seguía igual, con su pelo castaño recogido en la coronilla, y su eterna sonrisa de tendera amable. Siempre fue una mujer buena con su madre y él jamás olvidaba esas cosas.

Al girar la columna que separaba la droguería de la zona de paquetería miró de reojo a su espalda, en el espejo que colgaba de la pared, con la absurda impresión de que alguien lo estaba observando de nuevo. Era incapaz de quitarse aquella sensación de encima.

—¿Disculpe, señor, necesita ayuda? —Lo sorprendió una voz cantarina de mujer que se había parado frente a él.

—¿Cómo dice? —La miró extrañado, como si no comprendiera a qué clase de ayuda se refería, constatando al hacerlo que además de poseer una voz alegre, tenía un rostro de bonitas facciones enmarcado por una melena

pelirroja.

Evidentemente, ya no tenía rollizos mofletes.

—Que puedo llevarle la cesta hasta la caja registradora y así usted podrá manejar los bastones mientras termina de hacer la compra.

—Ah, no, gracias —repuso él con un amago de sonrisa—. En realidad ya he terminado.

—Como desee.

En ese instante los cascabeles del avisador de la puerta de entrada sonaron con un tintineo y el rostro de la muchacha se iluminó al mirar en esa dirección. También los de la señora Renter que salió dando un gritito de detrás del mostrador.

—¡Dios mío, Janice, eres tú de verdad!

Imposible no girar la cabeza para conocer a la persona capaz de provocar con su presencia tanta euforia en un segundo.

Un hombre rubio, muy repeinado y vestido con un traje veraniego de color claro también se quedó mirando la escena mientras apretaba en su mano un frasco de loción para el afeitado.

En un instante la que parecía llamarse Janice se lanzó en los brazos de la simpática tendera y de su madre, de modo que comenzaron a dar saltitos de alegría mientras reían y gritaban palabras ininteligibles de júbilo.

Otra joven con melena rubia y aspecto tímido sonreía desde la puerta sin atreverse a entrar.

—¿Pero cuándo has llegado? —Quiso saber la pelirroja.

—¿Por qué no habéis avisado? —Inquirió la madre en el mismo tono impaciente.

—¿Y mi padre? —Añadió su hija sin permitirle responder a la recién llegada.

—Despacio, chicas, tendréis todo el tiempo del mundo para ponerlos al día —les advirtió un hombre rechoncho y de aspecto bonachón que entraba en aquel momento en la tienda.

Sin duda alguna era Frank Renter. Él sí había cambiado. Estaba más redondo y más calvo.

Las mujeres siguieron besándose entre exclamaciones, aunque esta vez hicieron extensivo el abrazo hacia el hombre que reía encantado por la situación.

Erick no se molestó en fingir que la cesta llena de víveres no pesaba y que las muletas ya no le sostenían por más tiempo en aquella posición sin moverse,

de modo que se acercó hacia la caja, comenzó a extraer alimentos y deseó que los empalagosos saludos terminaran de una vez.

—Ocúpate de tus clientes, Adele, después hablaremos con calma. — Observó la recién llegada con buen criterio, al percibir su enfado mientras depositaba los artículos con fuerza sobre la cinta corredera.

Ella se disculpó con una leve sonrisa y él le agradeció el gesto con una inclinación de cabeza. Menos mal que alguien en aquel comercio mostraba un ápice de sensatez.

Al mirarla tuvo la sensación de que aquella mujer guapa, de ojos color chocolate y pelo intensamente oscuro no le resultaba desconocida. Pero no tuvo tiempo de pensar más en ello. La señora Renter regresó a toda prisa detrás del mostrador y comenzó a pasar los códigos de barras por la máquina.

Al parecer el cliente trajeado y con pinta de notario también se había cansado de observar la acaramelada escena porque ya no estaba. «De hecho, había sido más listo que él y se había largado sin comprar nada», pensó mirando alrededor.

De nuevo, se fijó en la recién llegada, porque a Renter y a su enorme barriga los hubiera reconocido en cualquier parte.

La vio presentando a sus amigos a la rubia tímida que por fin había cruzado el umbral de la puerta. La hija de Frank la había llamado Janice y tenía que reconocer que si no la había visto antes, a partir de ahora no olvidaría su cara. Era muy guapa, de una belleza espectacular, movía las manos al hablar, y al hacerlo sus dedos finos parecían tener una gracia especial al agitarse en el aire. Resultaba tremendamente expresiva. Vestía con pantalones vaqueros oscuros y una camiseta en el mismo tono bastante holgada, nada del otro mundo, pero que le confería una apariencia tan vulnerable y necesitada de calor que daban ganas de abrazarla. No era muy alta, debía medir un metro sesenta o poco más, de complexión fuerte pero demasiado delgada. Llevaba una larga trenza negra que le colgaba hasta la mitad de la espalda y, sin poderlo evitar, a pesar de lo sensible que parecía, la imaginó convertida en una amazona, con un látigo en una mano y una espada en la otra, lo que era una paradoja.

Sí, podía verla fácilmente enfrentándose al enemigo con una furia desmedida, o mejor aún, desnuda sobre el hombre que ella misma había desarmado, y cabalgándolo con un ritmo frenético.

Aquella visión le arrancó una sonrisa que Clare, la esposa de Frank Renter, creyó que iba dirigida para ella.

—¿No eres el hijo de Nicholas? ¿El joven Erick Draven? —le preguntó terminando de meter los víveres en una bolsa de papel.

—El mismo, señora —repuso él, regresando la mirada a ella y abandonando la de su ardiente amazona.

La sensación de una inoportuna erección le indicó que hacía mucho tiempo que no se perdía en lascivos pensamientos. El mismo que llevaba sin estar con una mujer.

—¿Cómo anda el bueno de Nick? —Se interesó la mujer reclamando toda su atención.

—Bien. Él está... bien.

—En *El dulce hogar de Ynez*, supongo. ¿O ha regresado ya a casa?

—Sigue en la residencia.

—Comprendo. —No quiso seguir opinando sobre la soledad de un hombre—. Te pareces mucho a tu padre.

—Sí, señora.

—Yo también echo de menos a tu madre —advirtió ella como si le leyera el pensamiento—. Todos la echamos de menos. Era una buena mujer y una buena amiga.

—En efecto, lo era. Gracias.

Frank, Adele y las recién llegadas salieron de la tienda, dejando a su marcha un agradable silencio.

—Tienes que disculpar a mi familia —le pidió Clare con una sonrisa—. Reconozco que somos bastante parlanchines pero, como has visto, acaba de llegar mi marido de la ciudad y Adele está como loca con el regreso de nuestra querida Janice. Ella ha sido su amiga del alma durante su infancia, hasta que cada una tomó rumbos diferentes con los estudios, y claro, aunque han estado en contacto... después de tantos años sin verse.... Y después de la desgracia...

—¿Qué le debo? —La interrumpió él pensando que realmente era demasiado indiscreta.

—Ah... pues son... noventa y cinco dólares —repuso, desconcertada.

Érick dejó un billete sobre el mostrador e hizo un gesto para que no le devolviera.

—Espera, avisaré a Adele para que te ayude a transportar las bolsas al coche.

—No es necesario, señora.

—Claro que sí.

Imposible discutir con ella.

La vio salir con rapidez de detrás del mostrador y escuchó como llamaba a su hija en la calle.

En un segundo se encontró saludando a Frank y cojeando hacia su todoterreno mientras que Adele y su madre cargaban con la compra. A la nueva avalancha de preguntas de Clare, contestó que no, no venía para mucho tiempo; sí, había visitado a su padre en «*El dulce hogar de Ynez*»; no, no iba a arreglar la vieja casa familiar para vivir allí con él, y sí, había tenido un accidente de trabajo.

## Capítulo 3

*Tres semanas después.*

Janice se hallaba en el comienzo de un sueño apacible cuando una pesadilla surgió de repente, aumentando paulatinamente de intensidad, mortificando el poco bienestar que acababa de encontrar al entregarse a los brazos de *Morfeo*.

Se retorció entre las sábanas para escapar de la visión de él disparándose en la cabeza. Nada más cerrar los ojos las imágenes se apoderaban de sus sueños. Siempre era igual, la sorprendían y se negaban a abandonarla, como tantas noches, como todas las noches, cada uno de los instantes en los que sus parpados descendían. Allí estaba, Thomas, con su cara borrosa, a veces ni siquiera estaba segura de que fuera su marido el que la acusaba de haber destruido su vida, antes de dispararse a menos de un metro de distancia.

Janice se incorporó de golpe, con los ojos llenos de lágrimas y el horror todavía fresco en la memoria. Su alarido interior fue tan grande que por un instante creyó que alguien podría haberla escuchado, aunque eso era imposible por dos motivos, porque la propiedad se encontraba en lo más profundo del valle y porque desde aquel fatídico día, el terror también le había robado el sonido de sus gritos. En cierto modo era casi un alivio que no pudiera chillar. Así, no alimentaría el chisme que circulaba por el pueblo de que era una chiflada, que había regresado al valle para evitar seguir encerrada en un psiquiátrico.

No estaba loca, por supuesto, pero las malas lenguas, su trágica viudedad, sus cuñados y la prensa habían engordado aquella teoría con escarnio.

Todavía fatigada por el susto, se sentó en la cama y se limpió el rostro de lágrimas, consciente de que solo había sido el inicio de otra pesadilla. Gracias a Dios estaba a salvo en la vieja casona familiar.

La tenue luz del amanecer se filtraba por los ventanales que ocupaban todo el frente del dormitorio que un día fue de sus abuelos. Al estar situado en la tercera planta, la más alta de la casona, tenía forma circular y las sombras de las ramas de los árboles bailoteaban por toda la estancia como si intentaran escapar, igual que ella en sus sueños.

Todo permanecía como lo recordaba: los muebles de madera oscura, la enorme cama que de niña le parecía la de unos gigantes; el techo decorado con

pinturas que te trasladaban a una época mucho más temprana, en la que las casas de estilo victoriano eran signo de grandeza. Aunque ahora era más bien una vieja mansión desvencijada y poco acogedora.

De repente, comenzó a escucharse el crepitar de la lluvia contra los cristales, lo que le recordó que en el valle la primavera siempre era muy lluviosa. Si los obreros no se daban prisa en reparar el tejado, las goteras iban a provocar demasiados daños en el piso superior.

Se levantó y cerró las ventanas antes de que se mojara el suelo de cerámica que apenas conservaba el lustre de antaño. Le reconfortaba saber que muy pronto se escucharía el familiar ruido del exterior, los coches llegando a la propiedad, las luces de los faros en la neblina y las voces de los trabajadores que venían a reconstruir la casona Wallace.

Ese era el regalo que le ofrecía el día a día, ya que regresar al pasado en sus pesadillas suponía un castigo exagerado, pero al menos, cuando salía el sol, y su mente se despejaba, trataba de agotarse hasta quedar extenuada para no pensar en nada.

Sabía que nunca podría dormir más de una hora seguida, de modo que esperaba el día con anhelo, consciente de que los rayos del sol evaporarían el rostro de Thomas.

No había perdido la esperanza de que, con el tiempo, el pasado se diluyera, como siempre le recordaba Faith en las sesiones de terapia.

Pasó al cuarto de baño que su abuela había hecho construir junto al dormitorio principal y abrió los grifos dorados de la antigua bañera de porcelana. Se daría una ducha rápida y después, en el desayuno, fingiría ante su amiga que había dormido toda la noche. Por nada del mundo volvería a recluirse en la clínica, en eso acertaban los habitantes del valle: no ingresaría de nuevo en un sanatorio mental.

Nada más entrar en la ducha dio un respingo al sentir el chorro de agua fría sobre la espalda. No era para alegrarse, pero el hecho de que la caldera no funcionara bien servía para espabilarla en menos de un segundo. Aunque también se arriesgaba a pillar un resfriado descomunal.

Mientras se enjabonaba, hizo un cálculo mental de los trabajos que tenía que supervisar. Contaba con el presupuesto que había realizado el constructor pero no podía excederse en gastos que no estaban incluidos en el proyecto que Faith y ella habían comenzado tan ilusionadas.

Afortunadamente la presencia de su amiga la doctora no era tan temporal

como prometió cuando la acompañó en esta aventura. «Solo unas semanas, hasta que Philip Cross deje de molestarme», le dijo cuando aceptó viajar al valle. Ahora ya había transcurrido casi un mes y ambas seguían entusiasmadas con el arreglo de la casona.

Lo único que enturbiaba sus proyectos eran las llamadas amedrentadoras de los hermanos de Thomas. Procuró que ni Faith ni Frank se enteraran, para que no la obligaran a interponer una denuncia ante las autoridades. La psiquiatra no comprendería por qué se negaba a demandarlos, pero lo que menos deseaba era volver a estar en boca de todo el mundo. Y mucho menos, tener a la prensa siguiéndole los pasos. Por eso, avisó al Sheriff de Buellton, con una excusa creíble y fácil de contrastar, y se limitó a permanecer alerta.

En pocos minutos ya estaba vestida. Se había dejado la melena suelta para que se secara al aire y gruesos mechones oscuros caían en cascada por su espalda humedeciéndole la chaqueta.

Los amaneceres en el valle eran frescos hasta que el sol estaba bien alto.

Bajó a la enorme cocina que su abuela había mandado construir cuando las cosas les iban bien a la familia Wallace, apagó la cafetera que cada noche dejaba programada y se sirvió una taza de humeante café. Bebió despacio para no quemarse, le encantaba alargar el desayuno mientras observaba el paisaje desde la enorme ventana que ocupaba el frente del fregador.

Se apoyó en la encimera y comenzó a planear el nuevo día.

La casona estaba estratégicamente colocada sobre una ladera. El bosque que la circundaba y los terrenos distribuidos al frente en forma de abanicos siempre habían sido la envidia de muchos bodegueros de Santa Bárbara, ansiosos por conseguirlos para producir un buen *cabernet*. La orientación, la neblina que cubría las colinas refrescándolas hasta el mediodía y, según había dicho siempre su abuela, el contraste de las noches frías y la calidez del sol conseguirían unos caldos espectaculares. Siempre que se cultivaran las viñas adecuadas, que no era el caso. Ni su abuela quiso hacerlo, ni ella se había ocupado de gestionar su cuidado.

Los Wallace habían sido gente dedicada a la crianza de caballos y ni siquiera recordaba cuando fue la última vez que vio un equino en las cuadras.

Su abuelo murió en extrañas circunstancias siendo su hijo muy joven, y ella perdió a sus padres cuando no levantaba un palmo del suelo, quedando al cuidado de una anciana que había visto demasiada muerte y que no entendía de cultivos, ni de animales, que alquilaba las habitaciones de su deshabitado hogar para subsistir, y cuyo sueño era convertir la vieja casona Wallace en un

hotel familiar.

Los primeros faros de los coches de los trabajadores comenzaron a asomar por el camino del pueblo. Los sonidos característicos de la mañana, la luz y la traslúcida neblina que ascendía en el horizonte parecían darle la bienvenida. Otra noche cuajada de sueños robados se alejaba, pero al menos sabía que en las próximas horas Thomas no volvería a atormentarla.

Subió al piso donde se encontraban los dormitorios y se aseguró de que Faith todavía estuviera en el suyo. Caminó hasta el fondo del corredor, donde unos amplios ventanales mostraban la maravillosa visión de un estanque circular rodeado por unos olivos centenarios. Al mirarlos se quedó un instante en silencio, con la extraña sensación de posesión que experimentaba cuando era una niña y sabía que pertenecía a aquel lugar.

Al alzar la vista, un poco más allá de las cuadras vacías y que pronto comenzarían a reconstruir, distinguió a Adele. Estaba parada en el camino, se había bajado de la bicicleta y parecía que estuviera visualizando el resultado final de la casona una vez restaurada. Había sido una suerte que llevara unas semanas en el valle. El hecho de que se hubiera tomado un «año sabático», como ella misma calificó a sus extensas vacaciones, y que fuera una reconocida decoradora de interiores en Los Ángeles, parecía cosa de magia. En el momento justo y con las personas justas a su lado. Su amiga de la infancia y Faith, la conciliadora de su atormentada alma.

En los últimos días, después de ponerse al tanto de los años que habían estado separadas, el tema de conversación era básicamente sobre el color de las paredes, la nueva instalación de la luz, la reparación de las cañerías y la techumbre de los establos. Aunque a ella lo que más le interesaba era el suave contraste del paisaje con la vieja propiedad. Sentía que el tiempo no había pasado, como si su abuela estuviera a punto aparecer por las escaleras.

Al ver que su amiga reiniciaba el ascenso de la colina tirando de la bicicleta y mirando hacia los ventanales, alzó una mano y la saludó. Adele sonrió y también agitó el brazo en el aire, acelerando el paso.

Desde que se habían reencontrado la sentía un tanto lejana, extraña, aunque prefería pensar que se trataba de imaginaciones suyas. Ya no eran unas niñas y era lógico que la distancia y el tiempo cambiaran a la gente. Aunque durante los años habían mantenido el contacto, era obvio que ninguna de las dos se había sincerado de todos sus problemas. Sin ir más lejos, ella también debía de resultar bastante cambiada, ya no quedaba nada de la joven estudiante ilusionada que dejó el valle para iniciar una vida dedicada a la

música.

A veces creía ver un atisbo de algo raro en los ojos de Adele, algo que no confesaba a nadie y que pugnaba por salir, pero que ella acotaba bajo una aparente alegría que lucía a todas horas. Solo esperaba que algún día regresara la confianza de antaño y le contara sus preocupaciones. No había confesado a nadie, ni siquiera a sus padres, el motivo de su repentino regreso al valle, hacía ya de eso casi dos meses. Si abandonar un buen trabajo en una enorme ciudad para ser la tendera del supermercado de Santa Ynez resultaba sospechoso, nadie lo comentaba, y ella menos que nadie podía cuestionar sus razones.

Mientras seguía inmersa en sus cavilaciones, algo en la distancia llamó su atención, al final del camino, donde una curva dejaba que la senda se perdiera tras el robledal. Cuando era pequeña su abuela le decía que en aquel bosque se escondía un lobo malo, muy malo, y que no debía adentrarse nunca sola en él. Ahora podía ser cierto que ese lobo anduviera por allí, más bien dos que se apellidaban Still.

Achicó los ojos por si vislumbraba qué era lo que se movía entre la primera columna de robles retorcidos, y aguantó la respiración hasta que vio aparecer el viejo *Chevrolet* del contratista. Se dijo que era una tonta por creer que irían a buscarla los hermanos de Thomas, aunque la hubieran amenazado en los mensajes de voz que guardaba en el contestador.

Al regresar a la cocina, el sonido de la ducha en el dormitorio de Faith le indicó que en unos minutos regresarían la realidad y el movimiento a la propiedad.

En ese instante, sonó el móvil y al mirar el número que identificaba la llamada supo que tal vez esa realidad se presentaba bastante desagradable. El nombre de Luc Still en el visor no podía significar otra cosa, de modo que desvió como siempre la llamada al buzón de voz y apagó el teléfono.

*Barrels's Bar* era una de las bodegas más tradicionales de Santa Ynez, donde servían sus propios caldos. Erick comprobó que no había cambiado mucho en estos años que había estado ausente, y a echar un vistazo, divisó al jefe David en la barra, con una jarra de cerveza.

Lo saludó con un gesto y se acercó a él despacio, apoyándose en el bastón que reemplazaba a las muletas de días atrás. Fruncía el ceño de tal forma que no se había dado cuenta de su expresión de ferocidad, hasta que escuchó el tono sobresaltado del hombre. Solo entonces comprendió que debía de parecer

un energúmeno.

—¡Por Dios, muchacho, qué cara de pocos amigos llevas! ¿A qué se debe tanto enojo?

—Déjalo, David, prefiero hablar de otra cosa —evitó el tema sin mucha diplomacia.

—¿Tu padre otra vez? —Adivinó, antes de apurar la cerveza de un trago.

—Así es. Esta vez la ha liado a lo grande.

—No será para tanto. —El sheriff trató de quitarle importancia, e indicó a la joven camarera que les sirviera una ronda.

—No deberías beber. —Erick señaló su traje oficial de agente de la ley.

—Ahora no estoy de servicio. Pero no me apetecía ir a casa a cambiarme de ropa.

—¿También tienes un mal día? —Se solidarizó con el hombre.

—¿Y quién no, en este maldito trabajo? —Dio las gracias a la muchacha y añadió—. Llevamos semanas detrás de un tío sobre el que no sabemos nada, no tenemos ninguna pista, ningún rastro que seguir...

—Te refieres al crimen de aquella mujer que apareció a las afueras, cerca de *El dulce hogar de Ynez*. —afirmó más que preguntar.

—Al mismo. Ese caso es muy raro.

—Algo he oído. Más que nada porque es extraño que haya sido aquí, en Santa Ynez, donde nunca ocurre nada.

—Un asco de caso que no hay por donde pillarlo.

—Menuda parafernalia se ha currado el sujeto con lo de poner un rosario entre las manos de la víctima. —Demostró que estaba al tanto con los detalles que no se habían hecho públicos.

—Ya te digo. Mis hombres y yo no tenemos un punto de referencia. Por aquí las cosas no se hacen así, los asesinos no funcionan así. De hecho, no hay asesinos. Como mucho algún ratero del tres al cuarto.

—Bueno, te recuerdo que un ratero de esos me disparó en la puerta de la residencia, ni siquiera sé si quería atracarme a mí o a la mujer que salía a mi lado, y las consecuencias podían haber sido funestas —replicó él de mal talante.

—No es lo mismo. Y también estamos investigando eso, no te preocupes.

—Ya veo —chasqueó la lengua.

—Bueno... —El sheriff cambió de tema—. ¿Qué ha hecho esta vez el viejo Draven?

Erick dio un trago a su cerveza y negó con la cabeza, como si todavía no

diera crédito a lo que iba a contarle.

—Ha tratado de huir del centro de ancianos. Pero no lo ha hecho por la puerta como otras veces, no. En esta ocasión ha involucrado a dos compañeros, alegando que su hijo le había dado las instrucciones, ¿puedes creerlo? Los cuidadores han descubierto un túnel detrás del lavabo del cuarto de baño de su habitación.

—Joder, al más puro estilo de la fuga de Alcatraz.

—Sí, solo que el director de la residencia me ha entregado la factura de los desperfectos y nos ha dado un ultimátum: o mi padre sigue las normas, o tendrá que marcharse a un lugar más adecuado. Ha sido muy considerado al no decir la palabra maldita.

—¿Qué palabra maldita?

—Manicomio. Simplemente ha sugerido que en un hospital mental estará más seguro. Dice que desde hace un tiempo el cuadro clínico de mi padre ha cambiado, que está demasiado alterado y que *El dulce hogar de Ynez* no es lugar para él.

—Bueno... supongo que trata de cobrar los desperfectos de su bonita residencia de lujo para ancianos. No te lo tomes así, sabes que tu padre no se marchará a ninguna institución en la que lo mantengan recluido sin tu aprobación. Mira —indicó una mesa al fondo, tras unas columnas, donde tres mujeres charlaban animadamente mientras comían, ajenas a su escrutinio—. ¿Ves aquella muchacha? La morena de pelo largo, la que está al lado de la hija de los Renter.

Él fijó la mirada en la dirección que le indicaba y afirmó con la cabeza.

—Sí, vi a la rubia y a ella en la tienda de ultramarinos. Fue hace unas semanas, cuando llegué al valle para instalarme.

—Ellas también vinieron esa mañana desde los Ángeles.

Le contó quién era Janice y el motivo de su regreso.

Erick trató de recordarla de niña, pero apenas guardaba algún pensamiento de la hija pelirroja de los Renter, mucho menos de alguien que se había marchado del valle con pocos años.

—La nieta de Henrietta Wallace. —repitió tratando de memorizar más datos de aquella familia.

Fugazmente recordó que la vieja viuda Wallace también visitaba con asiduidad la tienda de antiguallas del avaro Illeon.

—Su familia siempre ha estado envuelta en habladurías. Desde la muerte de su abuelo en extrañas circunstancias en los establos de la casona, o el

accidente de automóvil que sufrieron sus padres, o la trágica muerte de su marido.

—¿Te refieres al marido de ella? —David había captado por completo su atención. Si la idea era hacerle olvidar el enojo con su padre, lo había conseguido.

—Claro. ¿No me digas que no sabes quién es?

—Te mentaría si te dijera que no me suena su cara —confesó, reconociendo que en los últimos días había pensado en ella más de una vez.

Incluso había bajado al pueblo por ver si coincidían de nuevo.

Lo único que sabía era que desde que la había visto entrando en la tienda de ultramarinos, aquella pequeña mujer se había colado en su mente. Le gustaba todo de ella, pero sobre todo el apasionamiento que desbordaba su forma de hablar mientras movía las manos. Eso... sin querer pensar en cómo la imaginaba por las noches: desnuda, con la melena al viento y cabalgándolo como una furiosa amazona.

Se acomodó en la barra dispuesto a seguir obteniendo información.

—Te suena su cara porque desde hace más de un año ha salido en todas las portadas de los periódicos y revistas por lo de su marido.

David siguió poniéndolo al día sobre la truncada vida de la señora Janice Still, una hermosa viuda que daba la sensación de ir siempre envuelta en un halo de tristeza, y que había regresado a Santa Ynez para rehabilitar la casona de la familia Wallace. Una muchacha preciosa que había visto suicidarse a su marido delante de miles de espectadores, que había estado recluida en una institución mental hasta hacía unos meses.

—Dicen que todavía está loca, pero que ha heredado tanto dinero de su marido que ha traído a una doctora con ella para que la trate en su propia casa, sin más chiflados alrededor. Así que ya sabes... no le des más vueltas a lo de tu padre.

—Si lo dices porque yo pueda pagar a otro médico para que no lo ingresen en una institución, andas tan mal de la azotea como esa mujer. El sueldo de poli es una mierda, y tú lo sabes.

—Lo digo porque hay gente que tiene más motivos para estar recluido en un manicomio que el viejo Nicholas. Lo primero que hizo Janice Still cuando llegó al valle, fue ir a verme a Buellton, a la comisaría, para advertirme de que debía detener a cualquiera que preguntara por ella. Cuando le dije que eso era imposible, que necesitaba un motivo, o un nombre, ella me habló de un chalado llamado Philip no se qué, y que si lo veía rondando por Santa Ynez, lo

encerrara. Luego añadió que, pensándolo mejor, detuviera a cualquier hombre que merodeara por sus tierras, como si el valle fuera el antiguo oeste y temiera un ataque de los *siux*. Lo que yo te diga, esa mujer está como una puta cabra y lo más gracioso es que Adele Renter le sigue el juego, porque cada vez que se cruzan conmigo, me interrogan sobre si ha llegado algún desconocido al pueblo.

—Aquí vienen turistas, a diario —señaló él.

—Pues eso digo yo. Pero no hay día en el que la señora Still, o Adele, no me hagan la absurda pregunta. Mira, hablando del rey de Roma... —Movi6 la cabeza a su espalda, dando a entender que una de ellas se aproximaba.

Erick se gir6, lentamente.

Janice no tuvo duda de que los ojos sagaces de aquel hombre joven que charlaba con el sheriff la observaban desde que habia llegado al *Barrels's Bar*. Eran enormes, de un color azul oscuro e intenso, y la miraba con una expresi6n de fingida inocencia, pero demostrando que estaba al corriente de su vida. La analizaba a medida que caminaba hacia ellos, y estaba clarisimo que tambi6n era policia, no habia m6s que ver la forma en la que absorbia toda la informaci6n del local con solo echar un vistazo. Adem6s, bajo su ropa oscura se apreciaba el cuerpo de un hombre atl6tico, musculoso, sin un gramo de grasa y acostumbrado a hacer deporte o a utilizar la fuerza.

—¿Qu6 tal, se1ora Still? ¿Todo bien? —La salud6 el sheriff con una sonrisa para romper el hielo.

—De momento, s6 —repuso ella sin retirar la mirada del hombre que lo acompa1aba.

Al verlo de cerca, advirti6 que no era la primera vez que coincidian. Lo record6 de semanas antes, en la tienda de los Renter.

—Permítame que le presente a un viejo amigo. Igual se conocen. 6l es Erick Draven, el hijo de Nicholas.

—No nos conocemos. —Fue determinante. Tanto como si estuviera segura de que Erick Draven no habia existido nunca, y hubiera surgido por generaci6n espont6nea en la plaza del pueblo, ya formado como adulto.

—Yo tampoco la he visto antes del otro d6a —asever6 6l, tendi6ndole la mano y dando por hecho que tambi6n se habia fijado.

—Y bien, sheriff, ¿alguna novedad? —Ella ignor6 la mano y fue directa al tema que la habia llevado a acercarse hasta ellos.

—Mi respuesta es la misma de todos los d6as, se1ora. Si veo alg6n tipo

merodeando por sus tierras, o sospechoso de que vaya a causarle daño, no dudaré en detenerlo; pero no puedo ir por ahí interrogando a todos los hombres que llegan al pueblo, simplemente, porque no sean de aquí. Otra cosa sería que usted me explicara el temor que la lleva a preguntarme por los recién llegados al valle, cada vez que me ve, o que pusiera una denuncia.

—Ya le dije que eso no es posible.

—Disculpe que me entrometa, pero ¿por qué no? —intervino Erick.

Ella lo fulminó con la mirada.

Estaba furiosa por la forma infantil en la que el sheriff trataba de quitársela de encima y mira por dónde aquel «entrometido» iba a pagar los platos rotos.

—Porque no.

—Entonces tampoco podremos ayudarle, y usted se verá obligada a patrullar su finca en busca de intrusos.

—Créame, señor Draven, agradezco que valore la posibilidad de que alguien pueda estar acechándonos. Pero si eso es todo cuanto se puede esperar de la policía de Buellton...

—¿Acechándonos? ¿Acaso no es usted sola la que se siente vigilada? — Su pregunta la pilló desprevenida.

Ella fue a decir algo cuando se fijó en los dos hombres que acababan de entrar en el local.

«El día todavía puede ponerse peor», se dijo clavando la mirada en el más alto de los dos hermanos de su marido.

## Capítulo 4

—¿Qué pasa, Janice? ¿Por qué nos sacas así de la bodega? Diría que no te alegras de ver a la familia, que pretendes escondernos de miradas indiscretas —la acusó Jonas Still, nada más salir del local.

La calle estaba desierta a aquellas horas, y el sol incidía sobre ellos.

—No esperaba vuestra visita, si soy sincera. ¿A qué habéis venido?

—¿Qué pregunta más tonta! —intervino Luc, el menor de los hermanos.

—Tan tonta como nuestra cuñadita. Hemos venido a por lo nuestro —le aclaró Jonas en tono de burla.

—No voy a permitir que me insultéis y, mucho menos, que vengáis a hacerlo a mi casa.

—¿Tu casa? Querrás decir la que estás reconstruyendo con nuestro dinero.

—Se acabó, Luc. Ya os he entregado todo, mucho más de lo que estipulaba el testamento y la sentencia del juez. Mucho más de lo que se ha conseguido con la venta de las empresas inmobiliarias.

—No es suficiente. —Jonas se inclinó sobre ella que retrocedió un paso.

—Pues tendrá que serlo. Y os advierto que si seguís intentando asustarme con llamadas de teléfono, interpondré una denuncia.

—Tú nunca harías eso —intervino Luc.

—Ponme a prueba.

Se dio la vuelta para regresar al interior del *Barrels's Bar* pero Luc la sujetó por el brazo, llevándola con grandes zancadas hacia la esquina más lejana.

A unos metros, vio un hombre rubio, corpulento y vestido de traje, ojeaba el periódico. Estaba sentado a la sombra de unos árboles.

—Comprendo que sea incómodo que todo el mundo sepa la verdad, cuando piensan que eres una pobre y desconsolada viuda.

—No voy a pedir perdón por lo que hizo Thomas —se defendió ella con rabia.

—Pues deberías, porque mira como estamos ahora por tu culpa —la acusó él alzando la voz y zarandeándola—. No te librarás tan fácilmente de nosotros.

El hombre del periódico se levantó del banco y los miró con curiosidad.

—Suéltala, Luc —le ordenó Jonas en un tono más calmo.

Lo cual no significaba que eso fuera bueno.

—Sois vosotros los que habéis estado merodeando por la propiedad —aseguró con firmeza.

Desde hacía días sabía que alguien vigilaba la casona en la distancia. Que dos lobos furiosos la estaban acechando.

—Con nosotros no te vale hacerte la chiflada, Janice. Eso es solo una tapadera para ocultar lo que le hiciste a Thomas. Pero llegados a este punto, es mejor que pensemos en el futuro y nos dejemos de extravagancias.

—No sé a qué te refieres. —Ella se frotó el brazo donde Luc la había sujetado con su garra.

—Te voy a aclarar una cosa, cuñadita —continuó en ese tono calmo y drástico que tanto le recordaba a su marido—. Thomas no es el primer joven inexperto que cae en las garras de una sinvergüenza sin escrúpulos como tú, y pierde su fortuna al verse mangoneado por ella. Ni tampoco es el primero que prefiere morir a enfrentarse a la verdad.

—Lamentarás esas palabras.

—¿Me estás amenazando, cuñadita? —La sujetó por el brazo y la obligó a girarse de nuevo hacia él, al ver que se disponía a regresar al local.

—Tómalo como una advertencia. —Ella apretó los dientes al responder.

—Tienes dos semanas para devolvernos lo que es nuestro, Janice. Dos semanas o sabrás lo que es una advertencia de verdad —espetó, inclinándose para acercar su cara a la de ella—. Estoy desesperado, nena. He recibido malas noticias, y los hombres desesperados adoptamos medidas desesperadas. Así que te recuerdo que no es buena idea jugar con nosotros.

—Quítame tus sucias manos de encima —Gritó ella, agitando el brazo.

Las mejillas le ardían de indignación. Vio de refilón que el hombre trajeado tiraba el periódico al suelo y se acercaba con grandes zancadas. Los ojos brillantes de ira y los labios apretados. Las manos cerradas en dos puños, como si estuviera decidido a destrozar a alguien y...

—Suelta a la señora —ordenó con tono peligroso.

—¿Y usted quién diablos es? —preguntó Jonas con gesto divertido.

Aun así, la liberó de su agarre y ella se alejó de su lado.

—Yo que tú no querría saberlo, muchacho —repuso el hombre colocándose a su lado, con toda la intención de hacerla sentir a salvo.

—Márchese. Estamos tratando un asunto familiar que no le incumbe.

—Me iré si ella me lo pide —aclaró con lentitud. Al verla negar con la

cabeza, dio un paso hacia él, sin amilanarse—. Cuidado con ponerle tus sucias manos encima —repitió la frase que ella había dicho.

Jonas pareció valorar si debía seguir discutiendo con alguien a quien ni siquiera conocía y que lo doblaba en tamaño. Con un gesto, indicó a su hermano que se marchaban.

—Esto no va a quedar así, nena —anunció Luc, con una sonrisa desagradable.

Hizo una reverencia exagerada como despedida y los dos se alejaron calle abajo como si estuvieran dando un paseo.

—¿Le han hecho daño esos tipos? —Se interesó el hombre, con una voz tan agradable que ni por asomo parecía el mismo ogro enfadado de antes.

—No... gracias por acudir en mi ayuda.

Se frotó los brazos doloridos por los dedos que le habían clavado los Still.

Él achicó los ojos y su rostro se dulcificó con una nueva sonrisa. Después miró hacia donde se habían dirigido los Still.

—¿Quiere que les de su merecido? —Alzó una mano ante ella, obligándola a dar un paso atrás—. En un periquete les enseñaré cómo no se debe tratar a una mujer.

Parecía totalmente sincero en su ofrecimiento de ir a buscarlos.

—¡Oh, no, por favor, no se preocupe!

—Está bien. Como quiera. —Aunque no parecía muy convencido.

—Será mejor que regrese con mis amigas. Se preguntarán dónde me he metido, señor...

—Joseph Morris, pero mis amigos me llaman Joey.

—Encantada, Joey. Mi nombre es Janice.

Él sonrió abiertamente al ser considerado su amigo.

En ese instante se abrió la puerta de la bodega y aparecieron sus amigas. Adele hablaba con el sheriff que caminaba con ellas. El hombre mantuvo la puerta abierta para que Erick Draven pudiera salir cojeando con ayuda del bastón.

—Janice, ¿qué ocurre? —le susurró Faith nada más llegar a su lado—. ¿Qué querían los hermanos de Thomas?

—Nada, ya está solucionado. No te preocupes.

—¿Qué haces aquí afuera? —La miró sorprendida Adele.

—Supongo que yo soy el culpable de que Janice se haya entretenido —intervino él, al verse examinado por varios pares de ojos, entre ellos los del

sheriff—. Mi nombre es Joseph Morris —se presentó tendiendo la mano a las jóvenes.

Erick Draven, sin embargo, observaba calle abajo, justo por donde habían desaparecido los Still, como si supiera que el retraso se había debido a ellos y no al agradable Joey. En realidad, el detective daba la impresión de poder indagar en la mente y sacar conclusiones demasiado acertadas. La miró y sus labios se curvaron, como si la hubiera pillado en una mentira y tuviera permiso para interrogarla.

—¿Y qué me dice de los tipos a los que ha acompañado a la puerta de la bodega?

—Nadie importante —replicó ella.

—¿Qué tipos? —Inquirió Adele, sin comprender.

—¿Amigos suyos, también? —Él analizaba cada uno de sus gestos, dando a entender que no la creía.

—Conocidos. Sí. —Alzó la barbilla, desafiante.

—Lamento ser aguafiestas, chicos —intervino Faith, queriendo mediar en el interrogatorio—, pero el contratista estará nervioso de tanto esperar en la casona.

Afortunadamente, Joey también alegó tener prisa y en pocos minutos la furgoneta enfilaba la marcha hacia las afueras del pueblo.

—¿Se puede saber a qué tipos se refería Draven? —Adele no entendía qué había pasado. Solo sabía que Janice estaba nerviosa y que Faith se había quedado muy callada.

—A los Still —aclaró la psiquiatra con voz tensa. Se giró hacia Janice y agregó—. ¿Qué está ocurriendo?

—Nada, no ocurre nada. Se han pasado por aquí... y ya está.

Ya era de noche cuando Joey vio al detective salir de la residencia de ancianos y montar en su todoterreno. El cabrón seguía cojeando, aunque menos que días atrás. A este paso se iba a recuperar sin secuelas, pero para lo que le iba a servir... una vez estuviera muerto.

Apagó el cigarrillo en el cenicero de la furgoneta y lo lanzó por la ventanilla, al tiempo que arrancaba el motor. Ahora era cuando emprendía la marcha tras él hasta la casa familiar, a las afueras del pueblo.

Todas las putas noches hacía el mismo recorrido. Y él también.

Desde el vehículo, veía por los ventanales de la cocina cómo cenaba; después, subía cojeando al dormitorio, donde pasaba un buen rato al

ordenador antes de apagar la luz. Siempre era así, y resultaba aburrido. Aunque gracias a aquella rutina había aprendido muchas cosas del padre y del hijo, lo suficiente para no fallar la próxima vez.

Estaba al tanto de las personas que iban a visitar al viejo: su amigo y compañero el sheriff, algún otro conocido del pasado... y él, que se dejaba caer por allí cada anochecer, cuando sabía que no le molestarían mientras lo aleccionaba.

Todo. Sabía todo sobre los Draven.

Cuando se apagó la luz, tal y como sabía que ocurriría, puso rumbo al hostel en el que pernoctaba desde que había llegado a Santa Ynez. Al llegar al pueblo, cruzó la calle central y se acordó del incidente del mediodía.

Había sido excitante encontrarse cara a cara con el detective, y que no le identificara. Le había estrechado la mano, fuerte, un apretón firme, y el imbécil ni se inmutó. No sabía que estaba saludando al hombre que lo iba a matar. Fue una suerte que las amigas de la mujer a la que había defendido salieran acompañadas por él y por el sheriff. Al principio no supo reaccionar, lo primero que pensó era que la había cagado por comportarse como un perfecto héroe, salvando a la preciosa damisela y exponiéndose desarmado y vulnerable. Pero una vez que vislumbró la posibilidad seguir con su nueva identidad, una que no levantaba sospechas, todo fue como la seda.

En realidad nadie se acordaba de aquel pequeño engendro del diablo que un día se esfumó con su familia.

En cuanto a la damita... la providencia la había puesto en su camino.

No había duda de que el buen Dios estaba de su lado.

Una pobre mujer indefensa, una viuda a la que aquellos desalmados querían vapulear, porque eso es lo que le echaron en cara, que un petimetre se hubiera quitado la vida por no haber tenido cojones para enfrentarse a la adversidad.

La adversidad... bonita palabra llena de matices.

Él sí había sabido afrontar fatalidades. Nadie jamás podría decir que no daba a cada uno el lugar que Dios le había destinado.

«¿Verdad, madre?», dijo en voz alta, mirando al cielo, «muy pronto dejarás de orar por todos nosotros».

Volvió a pensar en la dulce mujercita. Sus ojos tenían el color del chocolate derretido, sobre todo cuando le sonreía agradecida, casi con adoración. Nunca nadie lo había mirado con tanto fervor. Aquella belleza era tan diferente a las demás, tan guapa, tan frágil como una florecilla del campo.

Se había informado sobre su identidad y daba la casualidad de que era la nieta de Henrietta Wallace; lo que eran las cosas...

La abuela Wallace, delicada y exótica como la preciosa Janice.

Joder, se le estaba poniendo dura al recordar su boca sonrosada y húmeda dándole las gracias. «Gracias, Joey, por salvarme», le había dicho desnudándolo con la mirada. «Tómame, Joey», habría añadido si en ese momento no hubieran salido de la bodega sus amigas para buscarla.

Se llevó la mano a la bragueta para aliviar la tensión que sentía en la entrepierna, pero el sonido de una persiana metálica llamó su atención. Una mujer de mediana edad estaba cerrando el negocio. Una tienda de lencería y artículos lascivos con cintas de colores y puntillas, ropa interior que solo trataba de enloquecer a los hombres.

«Putas. Todas sois unas putas».

La brisa húmeda de la noche parecía traer a su mente la voz de su madre advirtiéndole, desde la cama, que no se dejara embaucar por mujeres guarras. «Todos los hombres queréis lo mismo», le decía. «*Paf*», reverberaba el sonido de una bofetada cada vez que le cruzaba la cara. «El sexo ensucia tu alma. Ponte a rezar, Joey»

Con diez años ya sabía lo repugnante que era practicar sexo. También conocía de memoria todas las rogatorias que suplicaban piedad por ser hombre y desear la carne de una mujer.

«Para pedir perdón se exige humildad. Para ser perdonado se requiere misericordia. Para redimir los pecados del padre se castigará el cuerpo que incita al pecado».

«*Paf, paf*». Dos nuevas bofetadas.

Regresó al presente cuando la mujer de la tienda de lencería giraba en la intersección triangular que había junto al hostel, frente a la plaza. La vio cruzar el paso de peatones y perderse en la oscuridad de un callejón que parecía conducir directamente al infierno.

Él la siguió muy despacio, en la furgoneta, con el motor suspirando como un alma penitente por consumir el pecado. Los tacones de sus zapatos golpeaban el pavimento con un ritmo rápido. La muy zorra debía de estar caliente después de haber manoseado infinidad de bragas y sostenes.

Un relámpago iluminó el aparcamiento antes de que un estrepitoso trueno rompiera el cielo en dos. No solo anunciaba el inicio de una tormenta, era el dedo de Dios que lo estaba señalando de nuevo. El Señor quería ponerlo a prueba.

«No te defraudaré», dijo buscando en el bolsillo de la americana uno de los rosarios que siempre llevaba consigo. «El sexo ensucia el alma. Más tarde rezaremos»

Janice decidió salir a dar un paseo en la bicicleta que había dejado Adele en el porche. Necesitaba airearse, después de lo agobiada que se había sentido toda la tarde y, de paso, patrullar los alrededores como le había aconsejado el entrometido de Erick Draven. Pero en ningún momento imaginó que la sorprendería una tormenta en mitad del camino.

De repente se había oscurecido el cielo, estaba demasiado lejos de la casona y aunque comenzó a pedalear con rapidez al escuchar el primer trueno, no pudo evitar mojarse. Gruesas gotas de lluvia le golpeaban el rostro con fuerza, mientras luchaba contra el viento que impedía avanzar por el camino.

«Vaya faena», se dijo, esquivando una rama que estuvo a punto de golpearle en el brazo. Lo mejor sería guarecerse bajo los árboles, pero era imposible acercarse a ellos. La ropa se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, y el barro se agarraba a las ruedas, salpicándole hasta la cara; por lo que decidió tomar un atajo y cruzar el bosque que la separaba de la casona. Sin embargo, fue peor.

Pasado un buen rato, se detuvo y trató de orientarse.

Debería de haber imaginado que unas semanas en aquel lugar no le daban la experiencia necesaria para recorrer el valle en la oscuridad, bajo un enorme aguacero. Ya debería haber llegado a la colina que conducía a su casa; sin embargo, no había salido del bosque, ni idea de dónde se encontraba.

Bajó de la bicicleta e intentó localizar las montañas de Santa Ynez que la llevarían en la dirección exacta. Se detuvo y escuchó con atención, pero aparte del rugido furioso de la tormenta no oyó nada, salvo su respiración acelerada por el esfuerzo de pedalear. Definitivamente se había perdido. Tenía frío, estaba empapada y... a unos metros de distancia, en un claro, vislumbró la silueta de una construcción bajo las ráfagas de agua que caían con fuerza.

Al principio pensó que sería un espejismo, pero dado que no se hallaba en el desierto dio por hecho que se trataba de una casa de verdad.

Se apartó el pelo mojado de la cara y montó de nuevo en la bicicleta para alcanzar cuanto antes la vivienda, aunque la oscuridad que la rodeaba la había mantenido oculta, ni siquiera sabía si estaría habitada.

No había dado ni dos pedaladas cuando la rueda delantera se enredó en algo, patinó y volteó la bicicleta con fuerza. Ni siquiera pudo reaccionar, cayó

de bruceas y gritó mentalmente de dolor.

Sabía que no tenía sentido lamentarse de su mala suerte, allí tumbada bajo la lluvia y muriéndose de ganas de llorar. De modo que hizo de tripas corazón, se incorporó como pudo, ayudándose de las manos, y buscó apoyo en el tronco grueso de un roble.

Tardó un buen rato en llegar, subió cojeando hasta el porche y se sentó en el suelo. Estaba exhausta y la rodilla le dolía bastante. Todo seguía igual de oscuro. Si la casa estaba deshabitada, por lo menos podría guarecerse junto a la puerta y esperar a que Faith la echara de menos y saliera en su busca.

Lo positivo de la situación era que, si tenía que pasar la noche allí, Thomas no podría atormentarla en sus sueños porque sería imposible conciliarl...

Unos feroces ladridos al otro lado la hicieron separarse asustada de la entrada. No pasó ni un segundo cuando un haz de luz incidió directamente sobre ella desde el interior. Tuvo que alzar la cara para mirar a la persona que acababa de abrir la puerta, y unos brazos fuertes la ayudaron a ponerse de pie.

## Capítulo 5

Janice parpadeó al verse frente a la última persona que hubiera imaginado en aquella casa. Se apoyó en sus antebrazos para mantenerse en pie y tuvo que reconocer que Erick Draven era igual de atractivo en la oscuridad de la noche que a la luz del día. Con el pecho desnudo y solo unos vaqueros caídos sobre las caderas, los pies descalzos y el pelo desordenado, resultaba un hombre demasiado guapo.

Un enorme *golden retriever* salió de la casa a toda velocidad. La miró con cara de malas pulgas y tras un ladrido se dispuso a saltar sobre ella que se apartó con celeridad, retrocediendo contra la pared.

—¡Eliot, quieto! —Le ordenó él, alzando una mano—. Lo siento, señora Still, no tenga miedo, no le hará nada. —Le indicó que saliera del rincón.

—¿Está seguro? —Ella se frotó los brazos helados para quitarse el exceso de agua.

—Por supuesto. En el fondo, el chucho es un buenazo.

Su voz grave le hizo olvidarse del perro que con otro gruñido no parecía muy conforme con la definición que había hecho de él su dueño.

Janice se acercó y clavó la mirada en su firme mandíbula, que quedaba a la altura de sus ojos. Erick Draven no se había afeitado y la barba le daba un aire muy seductor y masculino. Estaba segura de que gran parte del encanto de aquel hombre era no ser consciente de tenerlo. Era mucho más que guapo. Pero ahí quedó su examen, pues el perro decidió hacerse notar otra vez, se acercó a ella, se alzó de un salto y poniéndole las patas delanteras en el pecho le lamió la cara.

—¡Oh, Dios mío, le gusto! —Exclamó ella en mitad de una carcajada—. No, no le riña, señor Draven —le pidió, al ver que se disponía a quitárselo de encima con rapidez para que no la asustara. —Cuidado, muchacho, tengo la rodilla dolorida y me vas a tirar.

—¿Está lesionada? —Él no esperó más y le ordenó al can que se apartara —. Vamos, pase, le echaremos un vistazo a esa herida.

—Solo es una magulladura, pero le agradezco que me de cobijo. Estoy helada.

Lo siguió al calor del interior y permitió que la sujetara por el brazo para ayudarla a caminar.

Él cojeaba también, aunque mucho menos que cuando lo vio en la tienda de los Renter, unas semanas antes.

—¿Qué le ha pasado? —Se interesó, extrañado al verla manchada de aquel barro rojizo tan característico en el valle—, parece que venga de una batalla.

Janice le contó cómo se había desorientado en el bosque, y la forma tan tonta en la que se había caído al intentar pedalear con la bicicleta en el camino enfangado. Él la condujo hasta un cómodo sofá de cuero marrón, donde le indicó que se sentara. Luego abandonó un momento el salón.

El perro se había tumbado al calor de la chimenea, en la que chisporroteaban unos troncos que estaban a punto de consumirse, y ella estiró las manos en su dirección para calentarlas. Eliot levantó una oreja, pero enseguida la ignoró y volvió a su letargo.

Erick regresó con un maletín de primeros auxilios. Seguía descalzo, pero se había puesto una camiseta oscura, atizó los troncos para avivar el fuego y se arrodilló entre sus piernas sin ningún reparo.

El pantalón estaba rasgado, de modo que se limitó a terminar de romperlo para liberar la herida, y ella apartó la vista con rapidez procurando no pensar en la sangre. Lo vio fruncir los labios como si decidiera por donde comenzar, sus rasgos se veían duros, bajo la luz de la lámpara de sobremesa, sobre todo la línea que formaba la mandíbula. Tenía los pómulos altos, sus labios eran carnosos y estaban enmarcados por unas arrugas rectas que denotaban tensión y cierta tristeza. Se fijó en una ligera cicatriz en el puente de la nariz que le daba un toque de rudeza viril. Sin embargo, la diferencia la marcaban sus ojos. Eran de un color azul oscuro tan intenso que al mirarlos daba la impresión de que podías perderte en ellos. Había visto otros de ese mismo tono, pero seguía pensando que aquella mirada lo decía todo de él, que era un hombre distante, misterioso, y que no se amilanaba fácilmente. Como ahora, en ese momento, que había dejado de extraer objetos del maletín y la estaba observando con fijeza, permitiéndole que lo analizara sin el menor disimulo.

—Yo..., disculpe, pero necesito entretener la mirada —justificó, avergonzada—. No soporto ver la sangre.

—No se preocupe, pero esto va a doler, señora Still —le advirtió con suavidad.

Janice se aferró al sofá como si estuviera en un avión a punto de hacer un aterrizaje forzoso.

—Podré soportarlo. El dolor no me importa, pero la sangre...

—Solo se trata de un rasguño, mujer, aunque estas cosas pican.

Inclinó la morena cabeza y ella no pudo evitar pensar lo sedoso que resultaría su pelo entre los dedos. También siseó como una serpiente al sentir una mano sujetándole la pierna, al tiempo que con la otra daba golpecitos sobre la herida con una gasa empapada en yodo. Su palma era caliente, firme, e impedía que se apartara a cada toque sobre la erosión.

Aún así, Draven era considerado.

—Tranquila, ya falta poco —le dijo al darse cuenta de que tenía los nudillos blancos de aferrarse al sillón—. Creo que la herida ha quedado limpia.

—Por fin —resopló.

—Para adentrarse de noche en el bosque, es usted un poco miedica.

«Bueno, retiro lo anterior, Draven no es para nada considerado».

—Ya le he contado que me desorienté al intentar escapar de la tormenta. Entonces, todavía no era de noche.

Él se movió de nuevo entre sus piernas y después de aplicarle una crema desinfectante con una varita de algodón, acercó los labios y sopló alrededor de la herida.

Janice suspiró muy despacio y entornó los ojos al sentir un cosquilleo en la boca del estómago. Deseaba acariciar su morena cabeza, internar los dedos entre su pelo oscuro y deslizarlos hasta su nuca. Menos mal que él volvió a hablarle y rompió el instante mágico que, afortunadamente, solo se estaba creando en su mente.

—Bueno, señora, esto ya está.

Colocó una gasa cuadrada sobre la rodilla con una mano, con la otra dio varias vueltas a una venda y la fijó con esparadrapo. A continuación le bajó lo que quedaba de la pernera del pantalón y cuando iba a levantarse, ella lo detuvo.

No sabía cómo pedirle que cortara la tela que se había manchado, aunque tuviera que rasgar un trozo muy grande.

Al exponérselo, esperó que la mirara como si fuera un bicho raro, aunque ya debían haberle contado en el pueblo que la apodaban «loca».

—Espere un segundo, tengo una idea mejor. —Fue todo lo que dijo.

Janice volvió a fijarse en Eliot que dormía plácidamente delante de la chimenea.

—Gracias —dijo al verlo regresar con un pantalón de chándal en la mano—. No soporto ver la sangre.

—No le he pedido explicaciones.

—Gracias también por eso. —Sonrió por fin.

Se puso de pie e intentó apoyar la pierna lesionada en el suelo, pero siseó de dolor y volvió a sentarse.

—Deje que la ayude. —La sorprendió él tumbándola en el sofá.

Le quitó las zapatillas embarradas, le desabrochó los botones con habilidad y comenzó a sacarle el pantalón como si estuviera acostumbrado a desnudar mujeres en un par de segundos.

Ella lo sujetó por las muñecas para frenarlo.

—Gracias, puedo continuar sola —susurró con la esperanza de que comprendiera que se sentía avergonzada por la situación.

—No se preocupe, señora Still.

Él se puso en pie y se frotó las manos en las perneras de los vaqueros.

—No me preocupo, ha sido agradable, pero prefiero hacerlo yo.

«¿Ha sido agradable?» Sintió que se le ponían coloradas hasta las puntas de las orejas. ¿Cómo había sido capaz de decirle aquello?

Él sonrió. Se estaba divirtiendo con sus torpezas y no lo disimulaba.

—¿Le apetece tomar algo para entrar en calor? Todavía tiene el pelo mojado y su blusa...

—Aquí se está muy bien. Solo necesito secarme.

Señaló el hogar con la cabeza al tiempo que cruzaba los brazos sobre su pecho, consciente de que dejaba poco a la imaginación al transparentarse el sujetador de encaje bajo la tela húmeda.

—Le traeré unas toallas.

—Y un chocolate caliente, por favor.

Esta vez sí la miró como si pensara que era un poco rara.

—Y bien. ¿Me lo va a contar?

Erick Draven y ella estaban sentados ante dos tazas de chocolate bien caliente, con un hermoso fuego chisporroteando frente a ellos y el *golden retriever* dormitando a sus pies. Su pelo ya estaba casi seco, le caía como una cortina de ondas negras sobre los hombros. Janice se encontraba bien, muy bien, de maravilla, con el estómago caldeado y el cuerpo también.

—Ya se lo he contado —replicó con cierto tono de fastidio al ver interrumpidos sus pensamientos.

—Me refiero a lo que ocurrió esta tarde, en la bodega del pueblo.

—No hay nada que relatar. —Dio otro sorbo a la bebida para escabullir la mirada.

—Vamos, no mienta. Íbamos muy bien.

—¿Se refiere a cuando el sheriff le dijo que estoy loca y que no dejo de molestarlo en su oficina? —Lo miró por encima de la taza.

—A eso también, pero sobre todo quiero que me cuente por qué se le mudó el semblante al ver a esos tipos que la sacaron a la calle a empujones.

—¡Ah, eso! —Le quitó importancia con un encogimiento de hombros. Aunque no creía que fuera suficiente para calmar su curiosidad. De modo que añadió en tono convincente—. Se trata de discrepancias familiares. Además, Joey andaba por allí y el asunto quedó en nada.

—¿Joey? —Draven frunció el ceño. Al parecer era un gesto habitual en él cuando algo no le cuadraba—. ¿Se refiere a ese sujeto grande y rubio, que siempre va vestido de traje?

—Sí. Es Joey para los amigos. ¿No lo conoce?

—No mucho. Lo he visto un par de veces por el pueblo. Pero, de todas formas, me gustaría saber de quién quiere protegerse con el sheriff. Tengo curiosidad por ese tipo que tanto temen, usted y sus amigas.

—Es muy curioso, señor Draven.

Otra vez trató de desviar la conversación.

—Y usted disimula muy mal cuando quiere decir «métase en sus asuntos»

Ella soltó una suave carcajada que de momento fue más efectiva que sus palabras.

—Cuénteme por qué lleva un bastón. Recuerdo que hace unos días, en la tienda de los Renter, llevaba muletas.

—Un accidente laboral. Un tío intentó atracarme cuando fui a visitar a mi padre y me pegó un tiro.

—¡Oh, lo siento! —Sus ojos se agrandaron y dejó el tazón sobre la mesa.

—Bueno, ya pasó.

—Debió de ser horrible, Los disparos son... —Agitó la cabeza para buscar las palabras—... con ese ruido infernal y toda esa sangre... —Le temblaban las manos. Tomó aire y se mordió los labios al tiempo que negaba otra vez enérgicamente—. Lo lamento. No debí recordarle un incidente tan espantoso. Esas imágenes siempre se quedan en la mente y...

—Hey, no se preocupe. —Erick se inclinó para mirarla a los ojos, parecía preocupado, y suavizó el tono al hablarle—. Estoy acostumbrado a las armas de fuego y, como puede ver, sigo de una pieza. La herida de la bala fue limpia y supongo que en unas semanas podré prescindir del bastón. Vamos, Janice, no se ponga así —le retiró un mechón de pelo que caía sobre su cara

pálida. Su voz casi un susurro—. Además, según ha dicho el médico, con suerte no quedarán muchas secuelas.

Ella afirmó en silencio, aceptando su explicación, aunque no parecía más tranquila.

—Sabía que es policía. Lo supe en cuanto lo vi con el sheriff.

—Detective de homicidios. ¿Es un problema para usted? —Ella frunció los labios a modo de respuesta—. No parece que le haga mucha gracia que un poli le haya dado cobijo.

—No se lo tome a mal, pero estoy cansada y me gustaría regresar a casa. Si pudiera telefonar a Frank Renter, él vendrá a buscarme.

—Yo la llevaré, pero antes terminemos el chocolate. —Señaló las tazas sobre la mesa.

El todoterreno comenzó a ascender despacio por la ladera que conducía a la vieja mansión Wallace. El furor de la tormenta había dado paso a una fina llovizna que envolvía el paisaje con un halo de serenidad y Janice pensó que así se sentía ella, tranquila, en compañía de aquel hombre con el que apenas había estado un par de horas.

Suspiró y se arrellanó en el asiento del copiloto, mientras miles de estrellas se abrían paso entre los nubarrones que se deslizaban en el cielo. Hacía mucho tiempo que no se encontraba tan bien, con la mente quieta y el espíritu calmo. Su paz interior dormida, sin el escozor del sueño torturándola.

Durante el trayecto, Erick, como le había pedido que lo llamara, le contó algunas cosas del pueblo en el que ambos habían nacido, a pesar de que no se conocían. Le habló de «*El dulce hogar de Ynez*», la residencia de ancianos en la que estaba ingresado su padre, desde hacía unos meses, con un diagnóstico impreciso de enfermedad senil; de sus vacaciones forzosas por la baja laboral, y de la amistad que le unía al sheriff David.

Mientras él hablaba, en otra parte de su mente Janice creía escuchar un movimiento suave y armonioso que nada tenía que ver con enfermedad, dolor y sufrimiento. Hacía mucho tiempo que el tono de una voz no le transmitía una sinfonía de acordes tan placentera. Erick explicaba los pormenores de su obligada permanencia y ella intentaba que no se notara demasiado que solo se fijaba en sus labios, en su boca, y que en vez de atender su explicación solo escuchara la cadencia de su voz. Haría falta la unión de instrumentos de viento, de cuerda y percusión, fuertes pero flexibles a la vez, para poder transmitir lo que él le provocaba. Aunque lo más adecuado sería un piano. Un

adagio suave, épico y armonioso. Composiciones contradictorias, como los sentimientos que le arrancaba su cercanía, serían una buena comparación.

Procuró prestar atención a sus palabras y le oyó hablar de su vida en Quántico, donde se formó haciendo perfiles criminológicos de asesinos peligrosos, antes de convertirse en detective de homicidios.

—Y eso que mi vocación era la de abogado, pero terminé especializándome en criminología —reconoció con una media sonrisa.

—¿Hay una gran diferencia?

—No mucha. Mi función se centra en el estudio del delito, en la conducta del asesino y en las pruebas, más que en las leyes que existen para encerrarlo o demostrar su inocencia.

—Una especie de psicólogo de la policía.

—Es un poco más complicado —sonrió levemente—, aunque habría quien lo llamaría así. Pero entonces mi madre cayó enferma y tuve que replantearme el futuro. Regresé a California, como detective de homicidios en Los Ángeles, y... hasta ahora.

—¿Por qué, hasta ahora?

—Bueno, no seré de mucha utilidad si me quedo cojo.

—Apenas se le nota.

—Es usted muy generosa —gruñó, poco convencido.

Comprobaron al seguir charlando que, aunque no se conocían del pasado, tenían amigos comunes, como Frank Renter, su esposa y su hija. Él le confesó, en aquel tono suave y ronco que tanto la afectaba, que no recordaba que aquella chiquilla delgaducha con coletas rojas fuera tan guapa. Y ella sintió una punzada extraña en el pecho, al escucharlo añadir que la pequeña Adele se había convertido en una mujer preciosa.

Sin embargo, a pesar de lo que le contaba mientras conducía pendiente de la carretera, ella tenía la sensación de que intentaba distraerla para conseguir información sobre su persona. Por eso no le habló mucho sobre sí misma. Daba por hecho que el sheriff ya lo habría puesto al tanto de las cosas que se podían contar sobre su vida. Y él tampoco demostró lo contrario cuando al mencionar a su abuela, la recordó como la afable viuda de Robert Wallace.

Al llegar al pie de la colina, apareció la que un día fue una espléndida mansión, aunque ahora se mostraba rodeada de andamios y deteriorada. Se alzaba al final de una vereda de baldosas de piedra gris, colocadas a lo largo de un sendero que se bifurcaba en dos. Un camino conducía al estanque en la parte trasera de la casona y las cuadras, y otro hacia el bosque de ancianos

robles que delimitaba la propiedad de los Draven de la suya.

Hasta ahora no se había dado cuenta de que los Draven y los Wallace habían sido vecinos toda la vida.

Estacionaron lo más cerca posible de la entrada y Janice distinguió la silueta de Faith en el sendero de piedra. A pesar de que la había telefoneado desde la casa para decirle que no tardaría en llegar en compañía del señor Draven, los estaba esperando bajo la lluvia con un paraguas. El rictus de preocupación en su rostro decía mucho más que los gestos o las palabras, de modo que cuando la vio bajar del coche, corrió hasta que ambas se fundieron en un abrazo.

Ella le aseguró que solo se había hecho un rasguño en la rodilla y, para dar credibilidad, buscó la corroboración del policía que se había situado a su lado. Al reparar en él, hizo las pertinentes presentaciones, aunque la situación resultaba cuando menos extraña: a medianoche, en mitad del descuidado jardín de la casona y bajo una lluvia que arreciaba.

Con un nuevo relámpago, la tormenta avisaba de su regreso.

Faith lo invitó a pasar, pero él declinó el ofrecimiento, las acompañó hasta el vestíbulo y se despidió con un «buenas noches, señoras».

—Es guapo Erick Draven—le confió en voz baja su amiga cuando lo vieron alejarse, apoyado en su bastón hacia el todoterreno—. Y muy sexy.

—Uhm, no está mal para ser un poli.

## Capítulo 6

«La señora Perkins ha muerto estrangulada».

Ese fue el diagnóstico del médico forense a falta de confirmar otras pruebas, y Erick estuvo de acuerdo.

Todavía era muy temprano, casi no había amanecido, cuando lo telefonó el Sheriff para pedirle que se encontrara con él en el pueblo. Estaba inmerso en un nuevo caso y quería su opinión. Erick cruzó la cinta amarilla que rodeaba la escena del crimen, y caminó hacia el sheriff. El forense daba instrucciones a dos agentes que terminaban de etiquetar algunas pruebas, y lo saludó con gesto.

La hemorragia petequial en los ojos de la víctima indicaba que la falta de oxígeno fue el motivo principal de su muerte, así como también que había sido estrangulada con el rosario que apretaba entre las manos. Las marcas moradas de las cuentas de ámbar se veían claramente en el cuello, incluso se podían contar.

—No encontraremos gran cosa —le advirtió el sheriff al verlo a su lado.

Estaba tumbada en un lecho de hojarasca, bajo unos árboles, en el parque cercano a la plaza. El rigor mortis no la había abandonado, lo que indicaba que llevaba muerta menos de veinticuatro horas.

—El sujeto debió de trasladarla cuando dejó de llover —añadió Erick.

Los dos hombres estuvieron de acuerdo con su observación.

Tanto el cuerpo como sus ropas estaban secos. La falda cubriéndole las rodillas, pudorosamente, las medias perfectas, los zapatos limpios y relucientes.

La mujer parecía estar orando, con las manos cruzadas sobre el pecho. Tenía el pelo peinado hacia atrás y los ojos cerrados, las facciones sin maquillaje, relajadas, incluso con un rictus agradable, como si hubiera recibido a la muerte con gratitud.

—Su comercio se encuentra justamente allí. —Señaló el sheriff la intersección triangular entre la tienda de antigüedades, la bodega y el hostel de la señora Stone—. Lo más seguro es que fuera sorprendida a la hora de echar el cierre, lo que nos sitúa a pocos minutos de cuando se inició la tormenta.

Erick calibró la distancia entre la tienda de lencería, la plaza y el parque.

—Entonces, el cuerpo ha permanecido en otro sitio durante ocho horas o

más.

Anduvo unos pasos apoyado en su bastón, ante la atenta mirada de los viandantes que se habían acumulado en un semicírculo.

Al llegar a la puerta de la tienda de lencería, echó un vistazo a la esquina, luego midió mentalmente los pasos hasta el parque, y regresó su atención al establecimiento. La señora Perkins había cerrado la persiana, no había rastro de que lo hubiera hecho precipitada, ni tampoco signos de lucha. Anduvo despacio, barriendo el suelo con la mirada y levantando la cabeza para vislumbrar de vez en cuando alrededor.

Tuvo que indicar a algunas personas que se apartaran de su camino. Aquella gente estaba contaminando la escena del crimen.

Cruzó el paso de peatones y se detuvo en la puerta del hostel de la señora Stone. Alzó la vista hacia los balcones del establecimiento, para comprobar qué clientes se interesaban por lo ocurrido, y por si surgiera algún posible testigo presencial. Tres de las ventanas estaban ocupadas por varias personas y tomó nota mentalmente para preguntar por sus habitaciones.

Continuó caminando por un estrecho callejón que conducía a un aparcamiento al aire libre, en el que contabilizó varios coches.

En el suelo, una mancha oscura llamó su atención. Se agachó, la observó, comprobó que estaba seca, probablemente porque un vehículo había impedido que se mojara con la lluvia. Alzó la mano para que un policía acudiera a su lado y señalara una nueva prueba. Después, avanzó hacia la izquierda, donde descubrió otro rastro similar que, con toda certeza, también sería sangre.

Llamó de nuevo al policía sabiendo que se encontraba en la verdadera escena del crimen, aunque, eso sí, totalmente contaminada.

Aquella mañana espléndida Janice y Faith necesitaban pintura. La psiquiatra había insistido en que guardara reposo para que disminuyera la inflamación de la rodilla, pero no hubo manera de convencerla. Ella adujo que apenas le molestaba al caminar, y que no podían perder un minuto si querían que la casona estuviera en condiciones de albergar clientes para la fiesta de la vendimia, después del verano.

Faith condujo la furgoneta hasta la tienda de los Renter y cuando iban a entrar les llamó la atención que parte de la plaza estuviera acordonada por una cinta de color amarilla, así como que el sheriff y dos policías de Buellton anduvieran por allí.

—Han asesinado a la señora Perkins —les informó la señora Renter nada

más verlas —. ¿Verdad, que es horrible? Este es un pueblo tranquilo, en el que nunca ocurre nada y, de repente, dos crímenes en pocos meses.

—La señora Perkins regentaba la tienda de lencería —aclaró Adele señalando el comercio a través de la cristalera.

—A la pobre la mataron en el aparcamiento y luego la depositaron en el parque —Concluyó Clare, angustiada.

—Mamá, eso no lo sabemos —le regañó la joven que terminaba de cobrar a una cliente.

En ese instante, la puerta de la tienda volvió a abrirse con un tintineo y dio paso a Joey, que nada más verla la saludó con una amable sonrisa. Se dirigió hacia los estantes de la droguería y Janice regresó la atención a lo que contaba la madre de su amiga, que, al quedar de nuevo a solas, susurró en tono confidencial.

—Frank ha estado hablando con el sheriff, así que la versión es de primera mano. Se cree que el asesino es el mismo que el de aquella mujer que apareció a las afueras, cerca de «*El dulce hogar de Ynez*». ¿Y a que no sabéis a quién le han pedido que les eche una mano? —Al contemplar extrañeza en el rostro de las tres jóvenes, añadió con el placer de saber que estaba contando una primicia—. Al joven Draven. De hecho la hipótesis de que se trate de un asesino en serie es suya.

—¿A Erick Draven? —La miró su hija extrañada.

—Conocemos al señor Draven —intervino Faith—. Anoche acompañó a Janice a casa. Es un hombre muy atento.

—Y guapo, muy guapo —añadió Adele con énfasis.

Janice se vio obligada a relatar lo ocurrido a Clare, aunque no se demoró en detalles. Se limitó a contar su caída en el bosque, a cómo consiguió llegar al porche de su casa y a que él, muy amablemente, la llevó en su todoterreno a la casona.

—El señor Draven es detective de homicidios en la ciudad de Los Ángeles, y está en Santa Ynez para reponerse de un accidente, supongo que por eso han buscado su colaboración —concluyó Janice, el incómodo relato.

—No solo es eso, niña. Erick es un especialista en analizar el comportamiento de los criminales; el mejor capturando psicópatas asesinos, según dice el sheriff. Tiene un largo historial de casos resueltos, el mismo FBI lo reclutó en Quántico durante un tiempo, pero después regresó a California porque su madre ya estaba enferma y quería permanecer sus últimos días a su lado.

—Vaya, Faith, mira por dónde el guapísimo Erick Draven y tu podríais hacer buenas migas —observó Adele, divertida—. Os movéis por las mismas aguas de la *psique*.

—¡Qué tontería! —La doctora desechó la idea con un manotazo al aire—. Pero no negaré que es un hombre atractivo y diferente.

—Diferente estás tú desde que viniste al pueblo —aclaró la pelirroja, dando por hecho que había surgido una gran amistad entre ellas—. Ya no hay ni rastro de la doctora asustada que vino al pueblo. Este valle hace milagros, te lo digo yo.

—Lo que no debemos olvidar es que hay un criminal suelto por Santa Ynez —imperó la voz admonitoria de Clare, ante las risas de las jóvenes.

Janice se adentró en la tienda en busca de la pintura que necesitaban para el porche mientras escuchaba los chistosos comentarios de sus amigas sobre Erick Draven, y las advertencias preocupadas de la señora Renter.

Adele tenía razón al decir que Faith había cambiado desde que se conocían. El entorno del valle, y la complicidad que cada día se consolidaba entre las tres, resultaban favorables para curar sus temores, las heridas de Faith y lo que fuera que le ocurriera a Adele, aunque nunca hablaba de ello.

—Hola, Janice —la saludó Joey, al girar la torre de conservas y encontrárselo de frente.

Iba pulcramente vestido con un traje de color azul claro. El pelo rubio, peinado hacia atrás, engominado. Parecía un pez gordo recién llegado del centro ejecutivo de Los Ángeles.

—Hola Joey, ¿qué tal está? —Se alegró de saludarlo.

—Bien, estoy bien, gracias. Pero al parecer usted no lo está. He creído escuchar que ha tenido un accidente. —Parecía tan preocupado que ella se sintió conmovida.

—No ha sido nada, una estupidez por mi parte. La próxima vez que vaya a dar un paseo en bici, me aseguraré de llevar una brújula, o de dejar un rastro de migas de pan para no perderme.

Él la miró extrañado y se quedó callado.

Las suaves carcajadas de Janice al observar su rostro perplejo le hicieron cosquillas en el estómago. Algo excitante se le agitó en las entrañas y le calentó el cuerpo. No estaba acostumbrado a que le gastaran bromas; mucho menos a que alguien, una mujer preciosa, lo mirara como lo hacía ella. Saboreó el chiste, complacido de comprobar que había tal intimidad entre los dos que ya parecían una pareja de enamorados y, aunque tarde, esbozó una

tímida sonrisa.

—Me alegro de que se encuentre bien, pero la próxima vez que vaya a dar un paseo al bosque podría ir acompañada y así no se perdería.

Él se ocuparía de que no le sucediera nada.

—Es muy amable, Joey. ¿Y qué le trae por la tienda?

—Busco productos sin lactosa. —Hizo una mueca—. Me hospedo en el hostel de la señora Stone y la buena mujer va a acabar conmigo, si sigue dándome leche de vaca. Aunque jura y perjura que no es así, he pasado una noche infernal después del vaso que tomé antes de acostarme. Me produce mucho dolor de estómago y un ardor inaguantable. —Hizo un gesto de sufrimiento, llevándose la mano al estómago.

—Más vale prevenir entonces, ¿verdad?

—Sí. Y eso que procuro paliar los efectos con un remedio casero que me enseñó mi madre. Masticar raíz de jengibre —le confió en tono bajo, para que el secreto quedara entre los dos.

Estaba preciosa, con la melena oscura recogida en una cola alta; la ceñida blusa de color rosa contra sus pechos, y el pantalón vaquero moldeando sus dulces curvas. Tan elegante. Era una mujer con mucha clase. A pesar de la ropa que llevara, con un simple collar de perlas estaría lista para asistir a una recepción. Y su cuello, blanco... cremoso, que dulzura poder rodearlo con las cuentas de un rosario mientras la poseía.

—¿Te parece que tomemos un café? —La tuteó en un impulso.

Ella parpadeó, sin duda la había pillado por sorpresa.

—Lo siento, pero tenemos que regresar cuando antes a la casona. — Señaló con la cabeza a su amiga.

—No pasa nada. —Un imperceptible rictus tensó su boca por un segundo en el que pareció contrariado—. Otro día será.

—Por supuesto, otro día.

—Podemos quedar si te apetece para ir a cenar... la noche que quieras, no hay prisa —añadió apresurado, al ver que su cara reflejaba una negativa.

—Sí, cualquier día de estos. —Buscó las palabras adecuadas para rechazarlo—. No suelo salir mucho por ahí, no quiero que piense que soy una desagradecida, pero...

—No tienes que justificarte, lo comprendo perfectamente. —le aclaró él en tono comprensivo.

Janice era el tipo de mujer que a su madre le gustaría: sensata, pudorosa y decente.

—Eres muy amable, Joey. —Por fin lo tuteó y sonó como música para sus oídos.

Janice le sonreía de forma tan provocativa que si no dejaba de mirarla podría abalanzarse sobre ella y tirársela allí mismo, junto al pasillo de las conservas.

En un impulso, creyó sentir que su pene se estiraba bajo los pantalones y trató de esconder la evidencia de su excitación con las manos.

—¿Has encontrado la pintura y los rodillos?

Escucharon la voz de la propietaria de la tienda que se acercaba por el pasillo central, cargada con una caja de botellas de agua.

—Sí, aquí están —repuso ella en voz alta para hacerse oír a través de las estanterías.

Cuando la mujer llegó hasta ellos, depositó la carga en el suelo y lo miró directamente. Como si esperara algo.

—Él es Joseph Morris, Joey para los amigos —lo presentó—. Y ella es la señora Renter, la madre de Adele.

—Clare, para los amigos —añadió la mujer tendiéndole la mano.

—Un placer, señora. Es decir, Clare.

—Llevo viéndolo por el pueblo desde hace unas semanas. ¿Ha venido para quedarse mucho tiempo?

—Depende de las circunstancias. —Él buscó la mirada dulce y comprensiva de Janice y sonrió al encontrarla—. Pero no descarto instalarme una temporada larga, si mis planes salen bien.

—Entonces te deseo que todo salga bien, Joey. Lo digo de corazón —le aseguró ella con otra sonrisa.

—Y yo también, señor Morris. —intervino Clare—. Bueno, Joey... y sepa que los amigos, de nuestros amigos, son siempre bien recibidos en la tienda y en casa. Ahora os dejo, voy a seguir colocando estas cajas en el almacén.

—Permítame que la ayude.

—¡Oh, gracias, Joey!

—Hasta otro rato, Janice. Ya nos veremos. —Se despidió con la mano antes de inclinarse para alzar las botellas de agua.

—Hasta luego.

—¿Y a qué dice que se dedica? —Quiso saber la mujer mientras caminaba a su lado por el pasillo.

Él se giró y le sonrió antes de entrar en el almacén.

—Soy un poco de todo.

—¡Ah, un manitas!

—Podría llamarse así.

Cuando terminaron de cargar los botes de pintura en la furgoneta, Faith regresó a la tienda para pagar la cuenta y ella se quedó en la calle. Se frotó la rodilla dolorida, pensando que la había forzado demasiado, ahora le molestaba y todavía quedaba mucho día por delante.

Al incorporarse, vio un papel en el cristal delantero, que alguien había sujetado con el limpiaparabrisas.

Se acercó y nada más verlo supo de quién era la nota.

«Los hombres desesperados, adoptamos medidas desesperadas».

## Capítulo 7

—¿Estás segura de que quieres que veamos al sheriff?

Faith conducía hacia Buellton; tal y como le había indicado Janice al salir del pueblo.

—Muy segura —aseveró, sin retirar la mirada de la autopista.

—Ya has oído lo que ha dicho la señora Renter.

—No importa.

—¿De verdad, piensas que estamos en peligro? No creo que los asesinatos de esas mujeres y tus cuñados estén relacionados.

—No quiero que se acerquen a la propiedad ni un metro. Eso es todo.

—Entonces, te amenazaron ayer, es eso, ¿verdad?

—Solo deseo asegurarme de que nadie nos molestará. —No quería que Faith señalara a los Still como culpables de su miedo, ni que la sobreprotegieran, sin dejarla salir sola de la casa—. En cuanto el sheriff nos diga que Philip Cross no está en el pueblo, me quedaré más tranquila. Sé lo que hago, Faith.

—No. No lo sabes. Y desde luego no tiene sentido que entremos en un círculo de paranoia, Janice.

—¿Qué intentas decirme? —Esta vez giró la cabeza para mirarla con fijeza.

—Que estás actuando como lo que no eres, una mujer que ha superado sus temores. Porque los hemos superado, ¿verdad?

—¡Qué pregunta más tonta! Te recuerdo que eres tú la que vino huyendo de un paciente que amenazó con matarte si te alejabas de él.

—Pero estamos hablando de Philip Cross, un hombre enfermo que se aferró a la única persona que le brindó compresión. Nada más. Procuré no darle importancia al hecho de que advertieras al sheriff, nada más llegar al valle, sobre tu recelo a que Philip nos hubiera seguido. Pensé que pensé que con el tiempo te darías cuenta de que no teníamos nada que temer. Pero esto ya es demasiado, pensar que ese pobre desgraciado pueda haber cometido algún crimen... A mí no me engañas, hay algo más que me ocultas.

—No quiero discutir contigo, Faith. —Se cruzó de brazos y miró de nuevo al frente.

Su amiga se orilló en el arcén de la carretera y quitó el contacto al coche.

—Yo tampoco, pero te aseguro que es imposible que Cross deambule por aquí. Su enfermedad es lo que le impide alejarse de su entorno, y no va a exponerse por venir a buscarme. Él creyó que era yo la que le proporcionaba estabilidad, pero en cuanto otro médico se ha ocupado de él, se ha olvidado de mí. A veces ocurre: la línea entre lo profesional y lo personal es demasiado delgada y puede romperse.

—Como en nuestro caso —replicó ella con recelo.

—Janice, estás mezclando las cosas. —Movi6 la cabeza con censura.

Durante unos segundos imper6 el silencio.

—Lo siento, llevas raz6n —reconoci6, cabizbaja—. S6 que Cross no tiene nada que ver con esto —le mostr6 la nota que hab6a encontrado en el parabrisas y comprob6 que a la psiquiatra se le mudaba el semblante—. Son ellos, mis cu6ados, otra vez. Tratan de asustarme, y si siguen as6 lo van a conseguir.

—Lo supe en cuanto los vi en el pueblo. Por eso insist6as una y otra vez en que el sheriff patrullara la propiedad. ¿Desde cu6ndo est6 ocurriendo?

—Llevan molest6ndome desde mucho antes de venir al valle, con llamadas y cartas an6nimas —confes6. Ya no ten6a sentido seguir ocult6ndolo. Al escuchar un leve suspiro de su amiga, a6adi6—. Por eso tenemos que ir a la polic6a, pero no podemos decirles la verdad.

—¿Te has vuelto loca?

—Precisamente es lo que trato de evitar, que se corra la voz por el pueblo de que estoy loca y me entierren con habladur6as.

—Janice...

—No, por favor —la interrumpi6 alzando una mano—. Ya me miran todos como si pensarán «pobre chiflada, no sabe c6mo llamar la atenci6n».

—Pero est6 la nota, y esas cartas. —Intent6 dar luz a sus argumentos.

—Que puedo haber escrito yo —concluy6, determinante—. Deja que haga las cosas a mi manera, Faith —le pidi6 en voz baja—. Me gustar6a que guardaras silencio cuando hable con el sheriff, que me permitas explicarle mis motivos para temer por nosotras, pero sin exponernos a la prensa ni a juicios gratuitos de la gente del valle.

—Y a m6 me gustar6a que volvieras a confiar en m6.

—Ya no eres mi terapeuta, Faith —objet6 sin disimular su enojo.

—Pero soy tu amiga, y aunque finja que no me doy cuenta de las cosas, las veo. ¿Crees que no me di cuenta de que tus cu6ados te sacaron de la bodega a empujones? ¡Por Dios, Janice! Si el 6nico que no apreci6 lo que pasaba all6,

fue el sheriff. —Al ver que no la contradecía, añadió—: Te están extorsionando, y tenemos que ponerlo en conocimientos de las autoridades.

—Si haces eso, no volveré a confiarte mis problemas —le advirtió, cabizbaja.

—¡Oh, Janice!

—No quiero que esta situación nos distancie, no te tomes a mal mi postura. Pero déjame hacerlo a mi manera. No puedo presentarme ante el sheriff y acusarlos, lo que tengo que hacer es adelantarme a ellos.

—¿Y cómo lo harás?

—Ahora soy yo la que te pide que confíes en mí.

—Mierda... está bien —Faith dio el contacto al coche y enfiló hacia la ciudad que se recortaba en el horizonte.

### *Buellton. Departamento del sheriff del condado.*

Ya era más de media mañana cuando Erick y el jefe David llegaron a la comisaría desde la morgue de Santa Bárbara. Habían pasado la mañana indagando sobre el caso de la señora Perkins y, tanto el fiscal del condado como Draven estaban convencidos de que el autor del crimen era el mismo que había acabado con la vida de otra mujer, meses atrás, a las afueras del pueblo Santa Ynez.

Erick apoyó la cadera en una de las mesas vacías y dejó el bastón a un lado. Un agente ocupaba otra y el sonido de una impresora interrumpía el silencio.

—Insisto en que es mala idea hacer hipótesis precipitadas, pero estoy convencido de que hay un nexo entre los dos crímenes. —Balanceó la pierna en el aire y se giró hacia el sheriff que revisaba unos documentos.

—La verdad es que el examen forense de la primera mujer y las pruebas recogidas en este nuevo homicidio, son muy parecidas. Algunas casi idénticas, como el rosario que ambas tenían entre las manos —reconoció el sheriff—, pero también puede tratarse de un imitador. Se han filtrado muchas noticias por la prensa y Santa Ynez no es lugar que albergue asesinos en cadena. ¿Intentas convertir estos crímenes en seriales?

—Llevas razón. En poblaciones pequeñas, en las que nunca pasa nada, surgen imitadores cuando ocurre un crimen de estas características, y también es cierto que la mayoría de los detalles superficiales han sido publicados en los medios de comunicación, haciéndolos del dominio público. Todo el mundo

sabe cómo estaban colocados los cuerpos, lo del rosario en las manos, la limpieza y el orden alrededor de las mujeres, el cuidado en el escenario y que fueron violadas. Pero eso no es concluyente, ambos sabemos que hay otros datos que no se han podido filtrar.

—Lo único que yo sé es que quiero que formes parte de la investigación. Necesitamos que nos eches una mano, no entiendo por qué te niegas.

—Porque estoy de paso y tengo otros asuntos de los que ocuparme.

—Pero si ni siquiera estás haciendo la rehabilitación que te indicaron en el hospital. ¿A qué asuntos te refieres? ¿A tu padre? —El hombre parecía perder la paciencia.

—Para inmiscuirme en algo así necesito estar al cien por cien y no lo estoy —refutó, enojado, dando un golpe al bastón que cayó al suelo.

—Tonterías. —El sheriff rodeó la mesa y se paró frente a él.

—Bien, pues entonces te diré algo que no es ninguna sandez. —Se puso en pie—. La mejor manera de estropear una investigación es hacer un perfil erróneo del sujeto y eso es lo que estáis haciendo en este caso al precipitaros.

—¡Vale, pues para eso estás tú aquí! ¿A qué esperas? —lo retó David con gravedad.

—Venga hombre, pero si la escena del crimen de esta mañana parecía un circo. Solo falta que hagan un documental del maldito caso y saldrán cientos de chiflados y locas que digan que han visto al asesino merodeando por el pueblo.

—Buenos días, sheriff —dijo una voz femenina desde la puerta.

Ambos se giraron con rapidez.

La preciosa viuda Janice Still y su amiga la psiquiatra estaban paradas en la entrada, junto al mostrador de información. A juzgar por sus caras, debían de haber escuchado parte de sus palabras.

«¿Qué había dicho?» «¿Cientos de locas que ven asesinos por el pueblo?».

—¿Qué les trae por aquí, señoras?

El sheriff se dirigió hacia ellas, aunque antes fulminó con la mirada al policía del mostrador que, ajeno a la visita, continuaba inmerso en una divertida conversación al teléfono.

—Precisamente, hemos venido para hablar de ese asesino que anda por el pueblo.

«Sí, ha escuchado las últimas palabras», se dijo Erick.

—A ver... no seamos tan literales... —El hombre suspiró, como si la

paciencia pudiera inhalarse.

—¿Cómo va esa rodilla, señora Still? —Se aventuró a preguntar él para calmar los ánimos.

Recogió el bastón que segundos antes había tirado al suelo y se acercó a ellas, que permanecían junto al mostrador de la entrada.

El agente de policía de recepción colgó el teléfono con rapidez.

—Me molesta un poco al caminar, pero va mejor, gracias, señor Draven—. Su respuesta fue breve. Cortés.

—¿Podemos ayudarlas en algo?

—La verdad, no los creo capaces de hacerlo, pero nos conformaremos con que nos mantengan informadas—. Alzó la mirada cuando lo tuvo frente a frente.

—Janice... —le regañó su amiga ante el tono insultante con el que hablaba a los dos.

—Es cierto, Faith —se defendió—. Estos agentes de la ley no moverán un dedo por nosotras, porque piensan que están hablando con una chalada.

Si había una palabra que pudiera definir a aquella mujer era «sorprendente».

La viuda Still tenía coraje, desde luego, pero también una dosis extraordinaria de vulnerabilidad, lo cual era una de las cosas que más le gustaban de ella. Y aunque se mostraba dura, y cortante como un estilete, su miedo podía olerse a kilómetros de distancia.

—Señoras, si vienen para obtener información sobre ese tal Cross, la respuesta es, no. No tenemos noticias de ningún Philip Cross. —El sheriff se hizo notar, alzando la voz.

—¿Acaso ha revisado los registros de todos los hoteles? ¿Está haciendo controles en los peajes de la autopista? ¿Y en las carreteras locales?

—Si no me da un motivo razonable para que podamos actuar, le repito que es totalmente inviable.

—Porque estoy loca, ¿verdad, sheriff?

—Escucha, David —intervino él, procurando mediar—. ¿Por qué no vas a tomar un café? Yo atenderé a las señoras y después me reuniré contigo.

El hombre fue a replicar, miró a Faith que parecía avergonzada, después a ella y finalmente a él. Murmuró un exabrupto, algo así como «chiflada del demonio» y se dirigió hacia la salida agregando:

—No tardes, muchacho. Tenemos demasiado trabajo por delante.

Faith y Draven aprovecharon el incómodo momento que se había producido para saludarse, y cruzaron unas cordiales palabras mientras caminaban hacia el despacho del sheriff, donde les había indicado que podrían hablar sin ser molestados.

Ella los siguió en silencio.

Tomaron asiento frente a él, que rodeó la mesa y se inclinó hacia delante, apoyando el peso del cuerpo en los codos, demostrando que toda su atención estaba centrada en lo que fueran a decirle. Su mirada azul oscura clavada en la suya, muy serio y, por qué no reconocerlo, guapo a rabiar con aquella sombra de barba que le confería un aire malvado que le venía al pelo.

—Y bien, Janice, ¿me permite que la llame así? —Inquirió con voz grave.

Toda su pose de interrogador a la vista. Sus encantos masculinos desplegados.

—No tengo ningún problema —aceptó ella, todavía de mal talante.

—Sé que todos estamos un poco alterados por los acontecimientos, pero si me cuenta lo que le ocurre, podremos buscar una solución. ¿Qué le parece, Janice? —Al ver que ella afirmaba en silencio, tecleó algo en el ordenador y volvió a mirarla—. ¿A quién estamos buscando, y por qué?

Faith se inclinó hacia adelante para responder, pero ella se adelantó.

—Su nombre es Philip Cross, y solo nos interesa tener la certeza de que no se ha instalado en ningún hotel de los alrededores.

—Philip Cross —repitió él en voz baja mientras tecleaba.

Giró el monitor para que ambas pudieran ver y en pocos segundos apareció una larguísima lista de hoteles de todo el condado. Después escribió algo más y se dedicó a acotar la zona hasta limitarla a unos setenta kilómetros, desde Buellton hasta Santa Bárbara. La lista menguó, considerablemente, aunque eran muchos los hoteles y hospederías que comenzaron a deslizarse por la pantalla. Fue abriendo cada uno de los enlaces que redirigía a los registros que se enviaban a diario a la comisaría y agregó, antes de soltar el ratón.

—Bien, señoras, pues supongo que son buenas noticias, porque no hay ningún Philip Cross hospedado en los alrededores. —Janice sintió que Erick Draven podía ver dentro ella, que sabía que había algo más. Sus ojos azules no dejaban lugar a dudas—. De todas formas, extenderé una alerta por si ese hombre es visto por el condado, es lo único que se puede hacer desde aquí, si no tramita una denuncia.

—Con eso es suficiente, gracias —Señaló, deseosa de terminar con

aquello—. Lamentamos las molestias, señor Draven.

—No hay de qué.

—Pero Janice... —intervino Faith, llamando la atención del detective.

—Es suficiente —repitió ella, en tono cortante.

Erick esperó unos segundos de cortesía, como si esperara a que añadieran algo más, pero al ver que se mantenían calladas, la miró de nuevo y agregó entornando los ojos.

—Iré a pasar la alerta. —Arrastró la silla hacia atrás, sujetó su bastón, aunque era evidente que apenas lo necesitaba para caminar, y se alejó hacia la puerta.

Nada más quedar a solas, Faith terminó lo que iba a decir instantes antes.

—¿Por qué no le has mostrado la nota? Deberías ser sincera y contarle lo de tus cuñados.

—Porque insistirá en eso de que «sin denuncia no hay nada que hacer».

—Al menos, puedes contarle que te están extorsionando. ¿Qué haces? —Inquirió, alarmada al ver que se levantaba y rodeaba la mesa del sheriff.

—Lo que tengo que hacer. No puedo creer en nuestra suerte.

—¿A qué te refieres? No, no... ¿estás loca? —Se cubrió la boca para no alzar la voz al ver que se sentaba en el sillón giratorio—. Nos van a pillar, Janice, esto no está bien.

—La vida que nos toca vivir tampoco está bien.

—¡Janice!

—Solo quiero comprobar una cosa.

—El señor Draven ha sido muy generoso al buscar información sin estar autorizado, y tú lo estás estropeando —rezongó Faith, nerviosa y sin dejar de mirar hacia la puerta entornada.

—Vigila que no venga. —Fue su respuesta cortante.

Deslizó el cursor por varios enlaces en lo que no había registros nuevos, se centró en pinchar en los del valle y... allí estaban. Los había localizado.

El *Holiday Inn* era un hotel que estaba a mitad de camino entre Buellton y Santa Ynez, en el centro del valle, en el pintoresco pueblo de influencia danesa *Solvang*, a menos de un cuarto de hora de ambos lugares. Estratégico e ideal para hospedarse y moverse con facilidad al no conocer la zona, y pasar desapercibido como si fueran turistas.

Ya estaba a punto de anochecer, cuando Janice bajó de la furgoneta.

Se había puesto una cazadora negra y había dejado la melena suelta, sobre los hombros, como si eso le proporcionara cierta seguridad de no ser reconocida. Llevaba una falda larga, también oscura, cuyo vuelo ondeaba por la brisa de las montañas sobre sus tobillos, al caminar con rapidez desde el aparcamiento.

Una vez dentro, admiró el vestíbulo de forma hexagonal, cuyas ventanas hasta el techo le conferían una iluminación espectacular debido a la puesta de sol.

Dejó la concurrida cafetería a un lado y se dirigió hacia el mostrador, donde aguardó su turno. Después preguntó por las habitaciones de Jonas y Luc Still.

La recepcionista miró tras ella, sin mediar palabra, como si esperara instrucciones de alguien que acababa de pararse a su espalda.

—¿Usted? —Inquirió al girarse y toparse con sus ojos azul oscuro—. ¿Qué hace aquí?

—Intentar ayudarla, señora Still —Erick arrastró las palabras mientras dejaba el bastón apoyado en el mostrador, y cruzaba los brazos sobre el pecho.

—De modo que se ha burlado de nosotras. Ahora lo comprendo todo. —Deseaba quitarle de una bofetada aquel aspecto arrogante de la cara.

De no haber sido porque estaban rodeados de gente, lo hubiera hecho.

—Lo mejor será que nos vayamos de aquí.

—¿Para seguir riéndose de mi estupidez?

—Las cosas no son así.

—¿Ah, no? Nos dejó a solas en el despacho del sheriff a propósito. Estaba tan seguro de que utilizaría el ordenador que me lo ofreció en bandeja.

—No me dio otra opción. Su desesperación no podía deberse solo a un pobre hombre enfermo que lleva recluido en una institución mental varias semanas.

—Y yo piqué.

—En efecto. Y le recuerdo que consultar los registros del sheriff es un delito.

—Pues deténgame. —Lo retó alzando la barbilla.

Aquel hombre además de sacarla de quicio, provocaba en ella un efecto que ningún otro había conseguido antes. La enfurecía y atraía a partes iguales.

—Haré algo mejor, la llevaré a casa.

—Tengo mi propio vehículo, señor Draven.

—El otro día también lo tenía y se aventuró a cruzar el bosque con una bicicleta en mitad de una tormenta.

Ella fingió que no había escuchado sus últimas palabras y se dirigió a paso rápido hacia la salida. Él también.

A pesar de que llevaba el bastón no le resultaba difícil seguirla de cerca. Al llegar al aparcamiento la llamó por su nombre, antes de que abriera la puerta de la furgoneta.

—Déjeme en paz, o llamaré a la policía. —El dolor y la rabia ensombrecían su voz, pero él pudo advertir algo más. Impotencia.

—No la creo.

—¿Por qué me hace esto?

—Porque fue usted quien me pidió ayuda.

—Pero no así. No de esta manera.

Como si se sintiera vencida, se giró para darle la espalda, para ocultar su desilusión, y apoyó los brazos en el capó.

Erick le permitió tranquilizarse durante unos segundos. En silencio, sabiendo que aquella mujer era mucho más vulnerable de lo que pretendía aparentar. Su mundo había cambiado de forma drástica en poco tiempo, igual que su seguridad. Se sentía amenazada por todos, por sus cuñados, por la gente, por su incertidumbre y por ella misma. Y la frustración le estaba ganando la batalla.

—No me mire así, se lo ruego, Draven. Deje de psicoanalizarme como si fuera uno de sus asesinos desequilibrados.

—No lo estoy haciendo. —Aunque tal vez sí. Procuró suavizar el tono—. Veo que también le han hablado de mí.

—Santa Ynez es un pueblo pequeño y todo se sabe.

—En eso estoy de acuerdo. —Rodeó la furgoneta, abrió la puerta del copiloto y la invitó a subir—. Vamos, Janice, la llevaré a casa. Yo conduciré.

—No hace falta que lo haga. Ya le he dicho que puedo ir sola. Gracias.

—Pero yo no. Esta mañana fuimos a Santa Bárbara con el coche del sheriff y el mío está en *Santa Ynez*.

—¿Y cómo ha venido a *Solvang*, entonces?

—Le pedí a un conocido que me acercara.

Al ver una leve sonrisa asomar a sus labios, bufó de frustración.

—Comprendo. Estaba usted demasiado seguro de que vendría antes de finalizar el día, ¿verdad?

—Me temo que así es.



## Capítulo 8

Erick se las había arreglado para quitarle las llaves y sujetándola por el codo la ayudó a subir a la furgoneta, como si estuviera acostumbrado a salirse siempre con la suya.

Ella, por su parte, había perdido toda resistencia.

Antes de dar el contacto, él alargó la mano por encima de la palanca de cambios, tendiéndosela en un gesto amistoso; de modo que no le quedó más remedio que corresponder, dejar el bolso en su regazo y estrechársela.

—¿Comenzamos de nuevo, señora Still? Sin rencores.

Janice esperaba un apretón firme, pero no que su mano tomara la suya, que sus dedos la sostuvieran y le acariciaran la muñeca como si quisiera apaciguar el pulso que se le había disparado.

—Dijo que me llamaría por mi nombre.

—Solo si usted hace lo mismo. —Parecía sincero al preocuparse por ella.

—De acuerdo, Erick —asintió. Esperaba no equivocarse.

En ese instante, los faros de un automóvil alumbraron la entrada del aparcamiento.

Ya se había ocultado el sol tras la cúpula hexagonal del hotel. Las farolas proporcionaban sombras móviles de las ramas de los árboles que se agitaban por la brisa que llegaba del valle, y la luz potente los enfocó durante unos segundos, mientras el coche estacionaba a unos metros de distancia.

Janice supo que eran sus cuñados nada más reconocer el estupendo deportivo que conducía Jonas. Observó cómo aparcaba a poca distancia y apretó los labios al verlos cruzar el recinto, ajenos a su escrutinio.

—¿Son ellos? ¿Los hermanos de su marido?

Erick los observaba con atención a través de los cristales tintados.

Al no obtener respuesta, cuando los dos hombres desaparecieron de su campo visual, dio el contacto y salió del aparcamiento. Poco después, enfilaba la carretera comarcal que los separaba del pueblo Santa Ynez, de modo que los escasos quince minutos de recorrido por la autopista podían estirarse un poco más.

—Antes dijo que Philip Cross lleva recluido en una institución varias semanas —inició ella la conversación.

—En efecto. Se encuentra en una clínica de salud mental, en la ciudad de

Los Ángeles. Después del altercado en la consulta de la doctora Sanders, su nuevo médico ordenó el ingreso y allí permanece hasta ahora.

—Gracias. —Fue todo lo que pudo decir.

Apenas le salía la voz de lo avergonzada que estaba por haberlo juzgado antes de tiempo.

—No me las de a mí. Fue David quien hizo las averiguaciones. Yo me limito a ponerla al día.

—Pero, entonces, ¿por qué el sheriff ha estado tratándome como si...?

—¿Cómo si estuviera loca? —Él apartó los ojos de la carretera para mirarla a ella— ¿Acaso no es lo que quiere usted que pensemos todos?

Regresó la atención a la conducción y guardó silencio. Esperando. Solo después de varios kilómetros envueltos en un espeso mutismo, ella dijo como si hablara para sí misma:

—Cuando vives la histeria más absoluta, o cuando te sientes tan culpable que deseas morirte... —chasqueó la lengua sin terminar la frase, pero lo pensó mejor y agregó—: Quieres chillar hasta que te sangre la garganta, pero no puedes porque en realidad ya estás muerta, y solo eres capaz de escuchar en tus gritos una melodía de muerte... Dígame, Erick, ¿dónde está la línea que define la cordura?

—Donde usted quiera ponerla. La elección es suya —repuso él con suavidad.

Ella se quedó pensativa, como si no terminara de comprender sus palabras. O como si las valorara siendo la primera vez que las escuchara, pensó Erick mirándola por el rabillo del ojo, sin dejar de observar la carretera.

Parecía tan herida y tan triste, tan sola y desvalida que lo único que deseaba era consolarla. Verla así le afectaba de una manera que no sabía explicar y entonces ocurrió lo peor: giró la cara hacia él y lo miró. Sus ojos hablaban por sí solos, y su mensaje atravesó una parte de su alma que hasta hoy era sólida, inalterable; una que había permanecido así durante demasiados años en su profesión.

—La elección es mía —repitió como si hablara para sí—. Eso es muy fácil decirlo.

El dolor emanaba en cada palabra. La envolvía como un manto de sufrimiento.

—Un día, decidirá sin darse cuenta.

—No haga demagogia, Erick. —Sonrió con tristeza—. Admito que le han

contado cosas de mi vida que... que no son agradables. Pero no me trate como si todavía estuviera en la clínica de reposo. No me cuente lo que deseo escuchar.

—Nunca lo haría.

Aquella mujer resultaba tan complicada como atrayente.

Él estaba acostumbrado a tratar con gente sombría, cínica, amargada o desquiciada; con personas que habían vivido en la penumbra mucho tiempo, incluso había trabajado con algunas que guardaban cicatrices enormes en el corazón. Las heridas emocionales eran las más difíciles de curar, lo sabía por experiencia. Sin embargo Janice no solo mantenía vivo el lado oscuro de sus sentimientos, lo alimentaba. Era algo tan intrínseco en ella que hacía que su corazón se tambaleara al apreciarlo.

El resto del viaje se hizo en silencio, pero al llegar al pie de la casona, Janice se giró para hablarle. Lo hizo en un tono más casual, como si las confidencias se hubieran quedado en el ascenso a la colina.

—Llévese la furgoneta, Erick. Mañana enviaré a alguien a buscarla.

—Se lo agradezco.

Ella bajó de un salto y antes de cerrar la puerta introdujo la cabeza en el interior.

—Ahora que ya conoce el otro motivo de mi inquietud, le ruego que me informe si ve algo extraño, quiero decir... si los encuentra merodeando por aquí cerca.

—No se preocupe. Los mantendré a raya.

—¿Así? ¿Sin denuncia, sin más papeleo? —Su rostro mostró una mezcla de alivio y sorpresa al mismo tiempo.

—Sin denuncia ni papeleo. Recuerde que no estoy en activo, de modo que no necesito una orden para cuidar de una amiga.

Janice asintió, complacida.

Él había dicho «amiga» en un tono tan íntimo que su voz más bien parecía un contacto físico.

Lo vio sonreír y tragó saliva con dificultad, con el anhelo de que aquel acercamiento fuera real; en realidad lo que deseaba era que... que la besara.

—Buenas noches, Erick —El hormigueo que le recorría la cara indicaba que estaba más roja que un tomate.

—Hasta mañana —se despidió él, antes de marcharse.

No muy lejos de allí, Joey se agitó furioso al ver a Janice en la puerta de

la derruida mansión, despidiéndose de aquel malnacido. Incluso le había prestado su furgoneta, como si esperara que al día siguiente regresara para poder echarse en sus brazos.

Agarró el volante con tanta fuerza que el cuero perforado crujió entre sus dedos, pero esperó a que ella cerrara la puerta para dejar fluir toda la rabia que lo ahogaba.

No podía permitir que lo descubriera. Todavía no.

La ira cegaba sus ojos obligándole a parpadear con fuerza para ver con claridad. Lo que había visto no podía ser verdad, debía tratarse de un error. Sí. Había una explicación, por supuesto que la había, y entonces apaciguaría su alma. El buen Dios no podía ser tan cruel.

Después de sentir la urgencia de ver a la mujer que lo adoraba, de hablar con ella y llenar de besos su cuerpo desnudo... le pareció como si un sexto sentido le avisara de que las cosas no iban bien. Algo en su interior le estaba avisando de que corría peligro, de que su preciosa Janice se estaba metiendo en la boca del lobo. Del lobo Draven.

Joey intentó tragar saliva, pero no podía, era como si tuviera la garganta llena de arena. Había hecho bien en quedarse en la parte trasera del jardín, oculto entre las sombras y con la certeza de que nadie lo descubriría. Cuando llegó a la casona preguntando por ella, lo había recibido su amiga, la rubia. «Hola, Joey», le había dicho al reconocerlo. Al indicarle que no sabía cuándo regresaría Janice, él se despidió amablemente y regresó a su furgoneta, dispuesto a esperarla.

Según le habían comentado en el pueblo, aquella mujer era psiquiatra en Los Ángeles y había ayudado a Janice a rehacer su vida. Lo más cachondo fue cuando descubrió que la doctora también tenía problemas, joder, igual que la pelirroja de la tienda, que parecía esconderse de alguien.

Las tres tenían oscuros sueños que las atormentaban. Tal vez por eso se habían unido, para que la dulce Janice compusiera una sinfonía para alejarlos.

Le gustaba que fueran tres supervivientes de la adversidad como él, capaces de sacar la cabeza del hoyo y respirar. Gracias al «Señor Misericordioso», no estaba solo en la difícil tarea de recomponer sus ilusiones.

De hecho, se había enterado de muchos secretos sobre ellas. Sobre todo de su Janice, de la gente que la despreciaba, la música que le gustaba tocar, lo que comía, el perfume que usaba... todo. Ambos tenían mucho en común.

Se había llevado una gran sorpresa al descubrir que sus padres habían

muerto también de forma dramática. La familia Wallace redimía los pecados del abuelo, el criador de caballos y fornicador del pueblo; el cabrón que «casualmente» sufrió un accidente en las cuadras. Pobre... murió en el acto.

Pero esa era otra historia antes del principio del fin.

Joder, Janice y él tenían tanto en común que daba miedo. Llevaban media vida compartiendo el mismo infortunio, sin saberlo. Aquello era obra del buen señor. Y ahora... ver a su preciosa mujercita con el usurpador de Erick Draven le había jodido la noche. Estaba tan ilusionado esperándola, y contento, ¡qué cojones!

Se suponía que no podía tener sentimientos por nadie, mucho menos amor; al menos, eso le habían diagnosticado los médicos de tarados que lo estudiaban desde niño. También su abuelo se lo repetía siempre, constantemente, antes de obligarle a rezar por la salvación de su alma, porque las medicinas de locos solo conseguían atontarlo.

Él sabía mucho de fármacos, llevaba toda su vida deshaciéndose de ellos por el desagüe del lavabo.

Pero la cuestión era: ¿y ahora qué?

Janice se estaba convirtiendo en su obsesión principal. Era su pequeña locura, una chifladura privada que no compartiría con nadie. No había pastillas ni antídoto contra eso. Lo que sí había era un inconveniente que se interponía en su felicidad, y se llamaba Draven.

¡Draven! ¡Siempre jodiéndole la vida!

Erick tenía que morir, debía ocupar el lugar que le correspondía. Esos habían sido los planes desde el principio. Y ella, aquella preciosa mujer, se había interpuesto y los estaba desbaratando, pero ya estaba decidido: Janice sería suya.

Nadie se la quitaría y menos el tullido que quedaba del gran detective.

Descendió de la furgoneta y caminó entre las sombras hacia la casona. Sabía que la puerta trasera del sótano solo estaba atrancada, y la que conducía a la cocina a través de la alacena estaba rota, de modo que no tendría ningún problema para entrar... y poseerla.

Janice se movió intranquila en la cama. Debido a los últimos acontecimientos, había comenzado a tomar de nuevo los somníferos que le recetaron en la clínica. De modo que la misma pesadilla de siempre resurgía del pasado. Thomas, con los ojos inyectados en sangre, juraba con voz lujuriosa que nunca le permitiría dormir, que jamás encontraría el sosiego de

una noche en calma.

Ella quería impedir que se volara la cabeza, allí mismo, delante de miles de espectadores, en el escenario. «Haré todo cuanto quieras. Thomas, por favor, no», gritaba para que pudiera oírla desde el más allá. Pero él no la escuchaba. Sonreía, apretaba el gatillo y... «pam»

Janice despertó de aquel horrible sueño en mitad de un grito desgarrador que solo ella podía escuchar, porque de su garganta no surgió ni un suspiro. Estaba paralizada por el miedo. No podía moverse. Seguía presa de la pesadilla, prisionera de él. Atrapada contra el colchón bajo el peso de su enorme cuerpo, con la cara muy pegada a la suya, sin darle opción a reaccionar y cubriéndole la boca y la nariz con una mano enorme, como si no supiera que el terror robaba sus gritos. Su respiración fatigosa le calentaba el rostro, incluso podía percibir su fuerte olor corporal. Thomas estaba sudando. Sintió como le apartaba el pelo de la frente al tiempo que deslizaba su boca húmeda por los ojos, después se los cubrió con su enorme manaza para que no lo viera. Lamió sus pómulos, su cuello, internó su cara por el escote del camisón y la besó entre los pechos sin permitirle moverse, ni respirar.

¡Dios mío, aquel sueño era el peor de todos, el más real!

Ya creía que había despertado y, sin embargo, él continuaba allí, sobre ella.

De repente, recordó lo que le había dicho Faith en una de sus consultas diarias: «enfrentate a tus miedos. Lucha».

El detective también le dijo algo que acudió a su mente con desesperación, casi sin aire en los pulmones y a punto de enloquecer, o lo que era peor, morir de un colapso.

«¿Dónde está la línea que define la cordura?», le había preguntado a Erick. «La elección está donde quiera ponerla, Janice», repuso él.

Y eso hizo. Contó hasta tres, sabiendo que ahora sí despertaría de verdad, porque era su decisión. Cerró los ojos con fuerza y luchó, peleó con él, se agitó entre sus brazos y gritó, gritó y gritó, aunque de su garganta no salía sonido alguno. Chilló tanto en su interior que, aún cuando dejó de sentir el cuerpo de Thomas sobre el suyo, continuó haciéndolo durante un buen rato.

De repente, se vio sentada en la cama, sudando, con la respiración acelerada; le temblaban las manos y tenía las piernas enredadas en las sábanas, pero el fantasma que la angustiaba ya se había evaporado.

El corazón parecía que se le iba a salir del pecho, y le escocían los ojos de tanto abrirlos para ver en la oscuridad, para que aquel cuerpo pesado no

regresara del más allá. Aunque, una vez despierta, sabía que Thomas no volvería a molestarla.

Aún así, salió de la cama, dispuesta a ponerse en marcha. Por nada del mundo quería regresar a otra de sus pesadillas. El camisón se pegaba a su cuerpo sudoroso, lo sacó de un tirón por la cabeza y se acercó a los ventanales para abrirlos de par en par. Agradecida, recibió la bocanada de viento fresco que se coló en el dormitorio como un espectro.

Parecía mentira, pero todavía percibía en el aire el olor corporal que tan fuerte había sentido en su pesadilla. Una mezcla a colonia masculina y sudor que le erizaba el vello. Se frotó los pechos con las manos, allí donde había sentido la boca húmeda de Thomas, y corrió hacia el cuarto de baño para desprenderse de todo lo que le recordara su horrible pesadilla.

Si no fuera porque se sentiría absurda, habría mirado debajo de la cama, como si el monstruo de su sueño se hubiera ocultado allí, como ocurría en tantas películas de terror que había visto.

«Nunca, nadie, mira debajo, por temor a hacer el ridículo ante sí mismo», se dijo satisfecho. «Es un hecho constatado».

Joey se arrastró bajo la cama al escuchar el agua de la ducha y abandonó su peculiar escondite.

Se había sentido el hombre más afortunado del mundo al localizar su dormitorio; al verla, dormida, como una preciosa niña arrebujaada bajo las sábanas. Vulnerable y temerosa. Hasta que un rato después de observarla en la penumbra, sin moverse de su lado, suspirando al unísono, respirando el mismo aire, comprobó que comenzaba a estremecerse, como si quisiera gritar y no pudiera. Entonces, comprendió el motivo de su agitación: Janice, su Janice, sufría una pesadilla.

Sintió que su miembro crecía ante el sufrimiento de ella mientras intentaba escapar del sueño.

Ver su cuello brillante por la transpiración, bajo la tenue luz de la luna que se colaba por los ventanales, le hizo sudar a él también. Profusamente.

Acarició su mejilla con los dedos y, al escucharla gemir, se excitó como nunca.

Su piel sedosa resultaba gloriosa bajo su toque. Ella seguía agitándose como si estuviera a punto de alcanzar el orgasmo más potente de su vida. Joder, juraría que se estaba poniendo duro como una barra de acero con solo mirarla, ¿podría ser verdad?

No esperó más. Se desabrochó los pantalones, buscó su miembro con dedos temblorosos y se dispuso a aliviarse pero... decidió algo mejor: se echó sobre ella.

Su peso la sobresaltó, despertándola, pero le dio igual; iba a hacerla suya de todos modos. Dormida o despierta.

Le cubrió la boca y la nariz para que no emitiera ruido alguno. Con la otra mano, le tapó los ojos, así no lo reconocería. Llenó su preciosa cara de besos húmedos, su cuello cremoso, entre los turgentes pechos.

¡Ah, sentir sus pezones contra los labios a través de la tela del camisón resultaba sublime! Y ella gimoteaba como una putita amorosa, lloriqueaba palabras inteligibles contra la palma de la mano abierta. Seguramente de amor.

«¡Buen Dios, qué cachondo me pone!», se dijo liberando su boca y tocándose el miembro para darle vida.

Cuando agitó sus caderas contra las suyas, la vio gesticular en la penumbra, como si rompiera a chillar, como si la estuviera matando de placer. Se quedó quieto mirándola y descubrió que su grito era mudo. Silencioso.

Y eso que todavía no se la había follado.

Necesitaba más, mucho más de Janice, pero no podía permitir que le viera el rostro, que lo reconociera, y mucho menos que supiera que era incapaz de alcanzar el clímax. A no ser que ella pagara un precio muy alto.

No resultaba tan fácil para un tipo como él. No sin acabar con su vida, sin ponerla a orar por sus pecados... entonces sí culminaba el acto sexual con grandioso éxito. De modo que dejó de torturarla, aprovechando el estado de *shock* en el que se encontraba, y se escondió debajo de la cama, para que todo siguiera formando parte de su pesadilla.

Ahora, al escuchar ruido en el cuarto de baño, consciente de que no lo vería salir de la habitación, se arrastró por el suelo; dispuesto a dejarla de nuevo a solas con sus fantasmas.

¡Ah!, no había nada mejor después una fantasía sexual que una buena ducha.

La próxima vez, la acompañaría debajo del agua. Tal vez, entonces la haría suya antes de rezar.

## Capítulo 9

La mañana transcurrió con normalidad. Faith y ella se dedicaron a lijar los marcos de las ventanas que les dijo el contratista que se podían aprovechar. En total eran casi todas las del frente de la casona. La antigua madera de cedro estaba en buenas condiciones y eso ahorraría una buena cantidad para retejar el techado. Si sobraba, también podrían hacer algunos arreglos en la parte trasera que estaba muy deteriorada.

Ya era la hora de almorzar cuando uno de los empleados entró en la propiedad con su furgoneta, lo que le recordó que todavía no le había contado a su amiga lo ocurrido con el detective Draven. Lo hizo mientras comían en el porche. Faith había preparado unos bocadillos, y ella sacó dos refrescos de la vieja nevera que funcionaba a trompicones.

—¿Fuiste a buscar a los hermanos Still? —Faith no daba crédito a lo que le contaba—. Debí imaginarlo cuando investigaste sobre su hotel. ¿Cómo se te ocurre? Menos mal que Draven ha demostrado ser un policía eficiente que tiene dos dedos de frente. —Negó con la cabeza como si se quedara sin palabras—. ¿Y qué pensabas decirles? Porque te recuerdo que ellos quieren dinero. Mucho más dinero. ¿Le contaste eso al detective? —Al ver su cara, agregó—. Ya..., imagino que lo olvidaste.

—No lo creí oportuno —replicó, dando por zanjado el tema de sus cuñados—. Y él tampoco me preguntó. Lo importante es que me aseguró que Philip está recluido en una clínica mental.

—Ya te dije que ese infeliz era incapaz de arriesgarse a salir de su entorno, solo para buscarme. Pero háblame de los hermanos Still. ¿Te dijo Draven si haría algo para evitar que sigan extorsionándote?

Ella concluyó su relato agregando con énfasis.

—... Y me aseguró antes de macharse en la furgoneta que los mantendría a raya.

—Sin denuncia ni más papeleo, no sé... —Faith se mostró un tanto escéptica.

—Eso pensé yo, pero alegó que está inactivo por su accidente y que puede actuar así por una amiga.

—Vaya —Faith sonrió antes de repetir—. ¡Una amiga!

—No seas tonta —le regañó ella dando un manotazo al aire.

Siguieron comiendo en silencio durante un rato, ambas inmersas en sus cavilaciones, hasta que el ruido de un motor ascendiendo la colina las hizo mirar hacia la entrada. Enseguida reconocieron el coche de Frank Renter que se acercaba con lentitud.

—He pensado que deberías tomar de nuevo las pastillas que te receté para las pesadillas —soltó Faith como si iniciara una conversación casual sobre el tiempo. Al ver que ella no objetaba nada, añadió—. No tienes que pasar más noches en vela después de sufrir uno de esos horribles sueños.

—Creí que no te habías dado cuenta.

—Ya ves que sí. Y anoche llegó un momento en el que pensé que debía ir a despertarte.

—La de anoche fue terrible —reconoció dando un trago a su bebida.

—Lo sé. Escuché cómo te movías por tu cuarto y por la casa de madrugada.

—Lo peor es lo paralizantes que resultan al principio, Faith. Quiero despertar, salir de ella y no puedo. Si al menos consiguiera gritar, desahogarme.

—Algún día, no te preocupes.

—Comencé a tomar la medicación cuando llegaron al pueblo los hermanos Still.

—Si es necesario, aumentaremos la dosis hasta que recuperes un sueño estable.

Ella estuvo de acuerdo.

—Por nada del mundo quiero sentir de nuevo esa sensación espeluznante de anoche.

—¿Por qué ha sido peor que las otras?

—Esta vez, ha sido diferente. —Hizo una mueca de asco antes de apurar el refresco de un trago, como si así pudiera tragar el recuerdo—. Mucho más real.

Faith se dispuso a seguir indagando, ahora que parecía receptiva, pero Frank llegó al porche, plantó su enorme corpachón delante de ellas y las saludó, obligándolas a centrarse en él, al tiempo que lo saludaban.

Erick se reclinó en el banco de piedra y procuró hacer acopio de paciencia para escuchar los grotescos argumentos de su padre mientras justificaba el último intento de fuga de la residencia de ancianos.

No se estaba mal en aquel jardín. La verdad era que parecía más un hotel

de lujo que un geriátrico, pero si su padre y sus amigos seguían comportándose como chiflados no tardarían mucho en ser ingresados en otro tipo de institución.

—¿Y a que no sabes qué? —Lo sorprendió el hombre con la pregunta en mitad de sus pensamientos.

—¿Qué? —Estiró las piernas y se frotó el muslo dolorido. Lo que le hizo recordar otra pierna menos musculosa y mucho más bonita que él había curado en el salón de su casa.

«¿Cómo le irá a la preciosa señora Still?», se preguntó.

Pero la conversación de su padre llamó su atención de nuevo. Ahora le hablaba sobre un tipo, un hombre al que había conocido semanas atrás. No era la primera vez que lo nombraba, al parecer estaba muy impresionado con él. Solo esperaba que no se hicieran muy amigos y lo animara a escapar como los otros.

—...Y el muy truhán va y me dice que algún día sabré la verdad. «¿Cómo que la verdad?», le digo yo: «¿Qué verdad?». Y va el tío loco y me responde muy serio, tanto que hasta me da miedo: «¡Nunca creas una verdad que no sea tuya!» —Estalló en risas, antes de continuar su perorata—. ¿Puedes creerlo, Erick? Ese tipo está peor que yo. —Soltó otra carcajada.

—Tú no está loco, padre.

—Ya... ya... Por cierto, ¿recuerdas ese coche que te dije que quería comprarme cuando salga de aquí? Pues he pensado que igual me va mejor una moto, como la que tenía cuando conocí a tu madre. Aquellos, sí, eran buenos tiempos.

Él se acomodó en el banco de piedra, estiró otra vez las piernas y suspiró, mirando al cielo azul celeste.

No había ni una nube. ¡Claro!, que tampoco las había días atrás, cuando por la noche estalló aquella tormenta infernal que llevó hasta su puerta a la *estiradilla* señora Still. Sí, *estiradilla*, porque aunque se empeñara en llevar ropas poco llamativas se le notaba a la legua que era una mujer elegante.

Suspiró al recordarla, e intentó prestar atención al monólogo de su padre.

—... Y por supuesto, no pienso regarlas. ¿Qué te parece, Erick?

—Bien, muy bien.

—¿Bien? —El hombre se rascó la cabeza y negó en silencio—. ¿Y cuáles te gustan más? ¿También las orquídeas?

Al ver que señalaba el invernadero, se fijó en las brillantes especies de flores tropicales que cultivaban algunos de los usuarios.

—¿Dime cuántas hay? —No tenía ni idea de lo que estaban hablando.

La adorable señora Still le estaba robando la capacidad de pensar desde hacía unos días.

—Pues ya te lo he dicho, hijo: hay bromelias, helechos, begonias y violetas africanas, aunque la flor estrella de la residencia es la orquídea.

—Sí, la orquídea está bien —decidió por fin, entendiendo parte del diálogo.

—Entonces Morris ha acertado en la elección.

—¿Qué elección?

—No te enteras de nada, muchacho. —Su padre gesticuló, perdiendo la paciencia—. ¿Pues cuál va a ser? ¡Orquídeas para declarar su amor a la mujer que ama!

—Sí, vale, papá... —Resolvió que ya era hora de marcharse. Cada día resultaba peor mantener una conversación con él—. Mañana pasaré a verte otro rato. Sé bueno, anda. —Se inclinó para besarlo.

—Cuídate, hijo. —Lo abrazó con fuerza y le dijo en aquel tono paternal que tanto echaba de menos—. Ya sabes que el peligro para un policía está donde menos lo espera.

Las noches de los sábados en *Barrels's Bar* eran de lo más codiciado.

La mayoría de los habitantes del pueblo se reunían en el patio cubierto por enormes parras trepadoras y había que reservar mesa con días de anticipación. El olor a mosto dulce y el ambiente agradable, así como la temperatura fresca que llegaba del valle, era todo cuanto necesitaban para pasar una sobremesa inolvidable.

Los padres de Adele se habían empeñado en que las tres amigas fueran con ellos a cenar y, después de una impresionante parrillada de pescado, se entretuvieron con los postres.

La conversación principal en la mayoría de las mesas giraba en torno al asesinato de la pobre señora Perkins, aunque no pasaban desapercibidas las miradas furtivas que lanzaban de vez en cuando los parroquianos hacia Janice.

A pesar de que habían pasado varias semanas, su presencia en el pueblo todavía levantaba cierta expectación, aunque todos se esforzaban por fingir que no ocurría.

A medida que transcurrían las horas, las conjeturas sobre el trágico final de la señora Perkins eran más desacertadas, a la par que morbosas, de modo que Frank prohibió que se siguiera hablando sobre el macabro hecho, y su

esposa lo apoyó con una cálida sonrisa.

—Ya está bien de azucar los malos pensamientos, queridas —les dijo Clare a las tres—. Disfrutemos de esta maravillosa velada.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Su marido llamó al camarero y pidió una botella de *Ca' Togni*, un vino tinto dulce que encantaba a la familia, y que nunca podía faltar en las reuniones importantes.

Janice intercambió una mirada con madre e hija.

—¿Qué festejamos?

—No hay que tener un motivo concreto para beber uno de los mejores caldos del valle de Napa —le recordó Frank descorchando la botella y sirviendo en las pequeñas copas que acababan de colocar en la mesa—. ¿Os parece poco memorable que estemos todos juntos, como una gran familia, confiando los unos en los otros? ¿Sin secretos?

Lanzó un beso al aire a su mujer y ella se lo devolvió, enviándoselo con la mano. Tan... fraternal e íntimo... Lo que Fran decía era cierto, y si era honesta tenía que reconocer que últimamente no confiaba en él con la integridad a la que se refería.

Llevaban años trabajando juntos, recibiendo homenajes, compartiendo premios y elogios, y también llorando penas, sufriendo humillaciones, como una familia.

Frank había sustituido a su padre, la había animado a estudiar música y le consiguió el primer contrato importante en la orquesta filarmónica de Boston. Él fue quien le presentó al virtuoso director de orquesta y compositor Thomas Still... el único que se quedó a su lado para recomponer los trozos de su corazón mientras estuvo recluida en el hospital.

Y ahora la miraba sin parpadear, con sus ojillos fijos en los suyos, esperando a que hablara de una vez.

—Vamos, Janice, confía a tu familia qué es lo que te preocupa —la animó con una sonrisa.

—De acuerdo —reconoció, dándose por vencida—. Sí, me inquieta que los hermanos Still hayan venido al valle.

—¿Y cuándo esperabas contárnoslo, cariño? —Quiso saber Clare.

—No deseaba preocuparos. De todos modos, ya está en manos de la policía y no tenemos por qué preocuparnos.

Miró a Faith con gesto acusatorio y su amiga negó con la cabeza.

—No culpes a tu amiga la doctora —le advirtió Frank—. He sido yo el que se ha enterado por ahí. Este es un pueblo pequeño, y si circulan libremente

los chismes sobre el asesinato de la pobre señora Perkins, imagínate cómo se corre la voz cuando el sheriff interroga a tus cuñados en la comisaría de *Buellton*.

—¿Interrogados? —repitió ella como si no pudiera creer lo que había oído.

El hombre afirmó, enérgicamente, antes de apurar su *Ca' Togni*.

—Ya no tienes que preocuparte más —la confortó de nuevo Clare, dándole unos golpecitos en la mano—. Como ves, cuando el jefe David se pone a trabajar, atrapando a los malos, es bastante eficiente.

—¿Fue el detective Draven? ¿Él se lo contó al sheriff? —Cada vez estaba más enfadada. «Atajo de chismosos»

—¿Erick? No, por supuesto que no. —Frank apartó la idea con un gesto con la mano—. Fue una casualidad: estábamos David y yo hablando en la plaza, cuando ese par de idiotas pasaron justo al lado. No pude quedarme callado, les pregunté qué habían venido a hacer aquí, y ellos respondieron, tan tranquilos, que habían venido a por su dinero. ¿Podéis creerlo?

—Claro que podemos creerlo, papá —repuso Adele—. Thomas siempre nos pareció un imbécil egocéntrico, pero sus hermanos no se quedan atrás.

Su madre asintió con la cabeza, dando a entender que estaba de acuerdo.

—No tuve más remedio que hablarle de las amenazas que habías recibido antes de venir —justificó el hombre con ardor—, y le entregué los anónimos que te enviaron en Los Ángeles.

—¿Qué hiciste, qué? —Janice lo miró indignada—. Dijiste que los habías tirado.

—Yo nunca dije eso, las pruebas nunca se destruyen.

—Bueno —intentó mediar Faith—, lo mejor será que dejemos que el sheriff haga su trabajo y saque del pueblo a esos hombres.

—No se irán —aseveró ella, mirándola.

Cuando sus ojos se encontraron, se sintieron unidas por el mismo vínculo que las había mantenido juntas desde que se conocieron en la clínica de salud mental.

—Puede que sí —le advirtió Faith, señalando la entrada del patio con la cabeza.

Erick Draven caminaba apoyado en su bastón hacia una de las pocas mesas que quedaban libres. Iba acompañado por el jefe David, tan ensimismados en la conversación que ni siquiera repararon en su presencia, a pesar de que estaban en la zona central del lugar. Sin embargo, para Janice no

pasaron desapercibidas las miradas de algunos de los clientes que estaban en otras mesas, no dejaban de observarla con curiosidad, como si esperaran que hiciera o dijera algo fuera de lugar.

—Se ha hecho demasiado tarde —dijo levantándose, lo que obligó a los demás a imitarla—. Me voy a casa. No he dormido bien esta noche y estoy cansada. Por favor, seguid disfrutando vosotros de la velada.

—Espera, te acompañamos —anunció Frank pidiendo la cuenta.

Clare se entretuvo saludando a una pareja que cenaba en la mesa de al lado y Adele y Faith salieron tras ella al exterior.

Caminaba todo lo rápido que le permitía la rodilla dolorida. Varias cabezas se giraron para mirarla al pasar por su lado y, cuando llegó a la calle, se apoyó en la pared como si necesitara encontrar equilibrio.

—Por Dios, Janice, ¿qué tripa se te ha roto? —quiso saber Adele, jadeando.

—Lo siento, ya os he dicho que estoy cansada.

—Es por Draven, ¿verdad? —Adivinó Faith.

—¿Esta carrera, a mitad de hacer la digestión, se la debemos a Erick Draven?—Adele puso los ojos en blanco.

—Él no te ha traicionado —le recordó la psiquiatra con suavidad.

—No, no lo ha hecho. —Se pasó una mano por la cara, como si de repente se sintiera tan cansada como decía—. Se trata de este pueblo de... cotillas. Todo el mundo quiere saberlo todo de todos. Ellos me miran, murmuran sobre lo loca que estoy y esperan que cometa un error para volver a echármelo en cara —espetó con desesperación—. Juzgan cada paso que doy, como aquella noche, como cada vez que...

—Está bien, Janice, nos vamos a casa —decidió Faith, sacando las llaves de la furgoneta. Hacía mucho tiempo que no veía a su amiga tan nerviosa, parecía a punto de desfallecer—. Despídenos de tus padres, por favor, Adele.

—Claro, lo haré —prometió ella, preocupada.

Antes de subir a la furgoneta, Faith le lanzó una alarmante mirada que la intranquilizó mucho más.

Erick vio de refilón a Janice y a sus amigas salir a toda prisa de la bodega.

Un poco más allá, Frank Renter y su esposa hablaban con una pareja que cenaba en otra mesa.

—No hay manera, muchacho. Por más que trato de encontrar la relación

entre el asesinato de la mujer a las afueras del pueblo y el de la señora Perkins, no consigo encontrarla, a pesar de las similitudes —terminó de decir el jefe David, antes de pedir dos jarras de cerveza.

—Pues ya sabes lo que pienso al respecto.

—Sí, que estamos ante un asesino en serie. —Chasqueó la lengua con disgusto—. Pero salvo algunos detalles idénticos, no encuentro el nexo — insistió el hombre con impotencia, antes de dar un largo trago a su bebida—. Tú te dedicas a esto desde hace mucho. Eres un veterano en asuntos violentos, échame una mano, aunque no lo hagas de forma oficial.

Erick sonrió, sin quitarle el ojo a los Renter que se despedían de la pareja con la que charlaban.

—¿Discutirías el caso con un civil, jefe?

—No me jodas, Draven. No estoy para chistes.

—¿Acaso me estoy riendo? —Inquirió él con gesto adusto.

—¿Qué te pasa hoy? Solo te falta dar un aullido para comerte a alguien — observó su amigo.

Erick resopló.

—Cada día es peor con mi padre.

—Mientras no aceptes lo que hay... es lo que hay.

—Sé que es una enfermedad sin marcha atrás, pero me enfurece ver a un hombre al que he admirado, convertido en un desconocido.

—¡Míralo desde otro punto de vista, hombre! Tu padre se está quedando sin recuerdos, pero vive el día a día.

—Eso, desde luego. Ahora tiene un nuevo amigo que cultiva flores exóticas en el invernadero de *El dulce hogar de Ynez*.

—Mientras no les dé por fugarse, otra vez.

—No. Este piensa declarar su amor a una mujer con orquídeas.

—¡Madre mía!

Los Renter pasaron por su lado y los saludaron con un asentimiento de cabeza, después continuaron hacia la calle, siguiendo a las tres mujeres que habían salido poco antes.

—¿Qué hay de los hermanos Still? —Erick cambió de conversación—. ¿Ha sido efectivo el correctivo en la comisaría?

—Me temo que no. Fue una suerte que se delataran en mitad de la plaza, cuando Frank les pidió que se marcharan del pueblo.

—Según he comprobado, Luc, el menor, es el más impaciente; le pierden las formas aunque luego no tome la iniciativa. Sin embargo, el peor es Jonas.

Es un hombre calmo, pero taimado y peligroso. —Erick lo puso en antecedentes.

—Veo que has hecho un perfil de los acosadores de la viuda, pero me temo que decir que han venido a por su dinero no es un motivo que justifique su expulsión del pueblo.

—Janice no interpondrá denuncia —le aseguró él.

—Vaya, ¿ahora la señora Still es Janice?

—Ya te he dicho que me ocuparé de este asunto —ignoró el tono irónico del sheriff y agregó—: Extraoficialmente.

—Sí, claro, como favor personal. ¿Sabes lo que me molesta de todo esto?

—Dispara.

—Pues que una cara bonita te haga ponerte en movimiento y dos asesinatos no te empujen a echarme una mano.

—Vamos, David, no creerás que tu cara bonita me llame la atención.

—*Ja, ja, ja* —El hombre imitó unas carcajadas sin reírse—. Frank Renter es amigo mío desde hace años, y me ha contado algunas cosas que podrán ayudarte en ese tema personal que te traes con la viuda. Además, guardo unos anónimos que me entregó, por si tengo que utilizarlos. No me gustan esos tipos, y estoy dispuesto a actuar de oficio.

—Harás bien. Y es Janice.

—¿Cómo?

—Que se llama Janice —le aclaró, mirándolo con fijeza.

El hombre cabeceó, como si comprendiera qué le estaba pasando a Erick con la viuda. Bueno, con Janice.

Le habló de las deudas que había heredado, a pesar de vender las empresas que no estaban embargadas. Le contó lo que le había relatado su amigo Frank sobre las llamadas y amenazas a la joven, después de que saliera de la clínica de reposo.

—Ella decidió venir a Santa Ynez, para reconstruir la casona de su abuela, alejarse de la prensa y de todo aquello que le mortificaba —añadió Erick, demostrando que también se había informado—. Por eso no quiere denunciarlos, incluso fingía que su nerviosismo se debía al temor de que viniera al pueblo Philip Cross, el paciente de su amiga. El resultado de todo esto es que Janice no soportará volver a vivir la misma presión mediática que sufrió durante su divorcio, ni tras el suicidio de su todavía marido.

—Al parecer, los hermanos la culpan de todo. De la ruina familiar, de la muerte del compositor... ¡Un asco, vamos! —El sheriff chasqueó la lengua

como era su costumbre y sugirió con cautela—. Supongo que dadas las circunstancias, ha llegado el momento de que actúe el detective Draven. Extraoficialmente, claro.

—Afirmativo, jefe.

## *Capítulo 10*

En los últimos días, Joey había cambiado sus hábitos nocturnos. En lugar de vigilar al aburrido Draven, se quedaba en los sótanos de la mansión Wallace, donde ya se sentía como en casa.

Cruzó el pasadizo subterráneo y cerró con cuidado la herrumbrosa puerta trasera que conducía a la bodega. Atravesó la alacena que daba a la cocina y caminó de puntillas hacia las escaleras que llevaban al dormitorio de la mujer que ya consideraba suya.

Aquel lugar le recordaba tiempos pasados. Fueron tantas las noches y los días que vivió encerrado en un sótano parecido, que no le causaba molestia la humedad ni la oscuridad que reinaba en la mayoría de las cámaras. De hecho, en la prisión nadie lo sabía pero se sentía en casa, igual que cuando su abuelo lo castigaba a rezar por su alma atormentada.

Había descubierto que además de poder escuchar todo cuanto se hablaba en la casona, a través de los respiraderos, la bodega se dividía en dos enormes estancias tan grandes como la planta principal de la construcción y las cuadras, unidos por un estrecho pasillo escavado en la tierra.

Llevaba una semana observando a Janice mientras dormía, aunque aquello era mucho decir, porque lo máximo que aguantaba acostada era una hora, o algo menos. Apenas si reposaba la cabeza en la almohada, caía en un profundo sueño, seguramente debido a las pastillas que ingería con un vaso de agua antes de desnudarse. Pero al poco rato de estar observándola, sus ojos comenzaban a moverse bajo los párpados como si un ritmo frenético la empujara a despertarse. Murmuraba frases entrecortadas al tiempo que se agitaba sudorosa bajo las sábanas; suplicaba al cabrón de su marido que no le robara la vida a través de los sueños.

Más de una vez, estuvo tentado de acunarla entre sus brazos, de besarla y decirle que con él estaba a salvo.

Sabía lo que era que alguien te torturara desde el más allá, su abuelo lo hacía constantemente, recordándole que el sexo solo engendraba pecado. Pero el temor a despertarla, y que lo reconociera, lo echaba atrás en sus anhelos.

No debía ser tan osado como la primera noche que la observó mientras sufría su pesadilla, entonces perdió la cabeza y le faltó poco para ser descubierto.

Un sonido atrajo su atención. Janice estaba comenzando a sollozar, no tardaría en abrir los ojos. Ya sabía de memoria todo el proceso de su escasa hora de sueño. La vio alzar un brazo, como si quisiera apartar algo o alguien, y tomó su mano con cuidado entre las suyas, después besó sus dedos con tanta ternura que creyó que se desmayaría de placer.

Ella pareció quietarse con el amoroso gesto, de modo que se acercó más y le acarició la frente sudorosa, hasta que la escuchó suspirar con alivio.

Eran dos almas gemelas; tan iguales que hasta los muertos regresaban a sus sueños para robárselos, pero eso iba a terminar. Y las malas intenciones de algunos que todavía estaban vivos, también.

Sabía lo de los sus cuñados, lo había escuchado en la tienda de ultramarinos. Se había corrido la voz por el pueblo, y todo el mundo hablaba de que habían venido a exigirle dinero. A su Janice.

Observó con deleite el movimiento de su delicada garganta al tragar saliva. Su pelo brillaba como una cortina de seda negra. Retiró la sábana con cuidado y descendió la mirada por la curva de su cadera. Al llegar a sus muslos cremosos, pudo imaginarlos abiertos para él, mientras se zambullía en ella.

¡Ah, tenía que contenerse! Solo había una forma de satisfacer por completo su ansia y era poseyéndola, haciéndola suya. Pero no podía culminar el acto. Con ella, no.

Su preciosa mujer no podía morir para redimir sus pecados. Todavía.

Como cada noche, Janice despertó asustada, sudorosa, con un grito atrapado y el sabor de la sangre en la garganta. Jamás se desharía de las pesadillas, lo había asumido, y aunque se medicara de nuevo, solo conseguía dormir una hora antes de sufrir un horrible dolor de cabeza durante el resto la noche.

Se dio una ducha para quitarse la absurda sensación de la caricia de los dedos de Thomas y se vistió con rapidez. Hacía fresco, y escogió unos vaqueros y una camisa de manga larga.

Más tarde, bajó a la cocina, preparó una infusión caliente y procuró beberla muy despacio, para calmar la irritación de garganta.

Al llegar al salón, se paró frente al piano de cola de su abuela. Estaba cubierto por una sábana blanca, y debía de llevar así el mismo tiempo que la anciana faltaba de este mundo. Retiró la tela y deslizó los dedos por el contorno del imponente instrumento, recordando los días felices en los que

regresaba a la casona en vacaciones, cuando todavía pensaba que un día lejano sería una concertista famosa y cumpliría todos sus sueños.

Sus sueños...

Llevaba una semana sin salir de la propiedad, desde aquella noche en la que supo que sus cuñados habían sido interrogados por el jefe David, y que Frank había abierto la caja de los vientos.

En cuestión de horas, su nueva vida era del dominio público otra vez y, a partir de ese momento, no se hicieron esperar las llamadas de periodistas y curiosos queriendo destrozarse sus ilusiones; incluso hubo detractores que no se amilanaron al llamarla de nuevo «asesina».

Lo positivo de aquella estresante situación era que, habiendo dedicado casi veinte horas diarias al trabajo, la restauración de la casona estaba muy avanzada. Muy pronto sería Adele la que comenzaría a diseñar los jardines y decorar el interior de las estancias, mientras que la mayoría de los obreros abandonarían la finca.

Cubrió el piano con la sábana y se sentó en el sofá. Los ventanales que daban a la entrada de la casona estaban abiertos de par en par, de modo que recogió las piernas contra el pecho y así, hecha un ovillo, dejó que el viento fresco le acariciara el rostro mientras bebía lentamente el resto de su bebida.

El intenso aroma de las orquídeas blancas que había recibido días antes flotaba por la estancia, inundándola de una fragancia dulzona. Se las había enviado Joey, con una agradable nota en la que le deseaba que disfrutara de la belleza de unas flores que a su lado quedaban eclipsadas, o algo así. Faith y ella se estuvieron riendo un buen rato por lo cursi que resultaba su escrito. Pero aquello era lo mejor que le había pasado en casi toda una semana, por eso homenajeó a las flores con un lugar privilegiado en la repisa de la chimenea del salón, frente al gran piano de cola. De alguna manera, su fragancia por las noches le ayudaba a disipar el mal humor que le dejaban las pesadillas.

Dio otro trago a la bebida y decidió que, una vez que amaneciera, echaría un vistazo a los establos. El contratista había considerado la posibilidad de conservar la viga central y mantener a la vista, los viejos troncos que cruzaban el techo, a más de cinco metros de altura. Claro que segurament...

Un ruido extraño llamó su atención, interrumpiendo sus cavilaciones.

Se incorporó en el sofá y prestó atención. Sí, no había duda, era un sonido difuso, que llegaba de afuera, en el porche.

Se levantó despacio, dejó el vaso sobre la tapa del piano y, descalza

como iba, caminó hacia el vestíbulo, aunque al pasar junto a la chimenea, agarró un atizador y lo apretó con fuerza en la mano.

El sonido era cada vez más fuerte. Como si alguien quisiera forzar la entrada.

Al quedar a solo unos centímetros de distancia de la puerta maciza, el «zas, zas, zas» dejó de escucharse. Se quedó agachada, esperando durante un buen rato, y entonces, cuando ya iba a regresar al salón, volvió a escucharlo.

«Zas, zas, zas».

Se acercó más a la puerta y pegó un ojo a la mirilla, pero no vio nada. Afuera todo parecía tranquilo, no había nadie. No podía tratarse de los Still, ellos se mostrarían ante ella para asustarla, no se esconderían. Además, sus cuñados preferían las notas y las llamadas amenazantes. Y un ladrón tan poco cuidadoso quedaba descartado.

«Zas, zas, zas», continuaba un ritmo apresurado que no identificaba.

Sin pensarlo dos veces, apretó con fuerza el atizador, alzó el brazo y abrió la puerta con rapidez, dispuesta a golpear con la barra de hierro a quien quisiera asustarla.

Antes de que pudiera reaccionar, una enorme bola dorada se abalanzó sobre ella, arrastrándola hacia el suelo y tirándola de espaldas.

—¡Oh, Dios mío! —Exclamó, asustada.

Un lametón caliente le mojó la cara y después otro, y otro.

—¡Eliot, no! —Escuchó la voz de Erick acercándose a las escaleras—. ¡Quieto!

Pero el can no le hizo ni caso.

—¡Hola, perrito guapo! —Lo saludó ella cuando se recuperó de la impresión.

Y se echó a reír como hacía tiempo que no lo hacía.

Eliot estaba inmovilizándola, le clavaba sus robustas patas delanteras en el pecho y seguía lamiendo su rostro mientras movía la cola con frenesí.

—¡Vamos, perro loco, sal de ahí! —Lo llamó Erick mostrando más firmeza, pero no sucedió nada. No le hizo ni caso.

Cuando terminó de subir al porche, tiró del collar y consiguió quitárselo de encima. Ella seguía riendo cuando le tendió una mano para ayudarla a levantarse del suelo.

—Lo siento, Janice, lamento lo ocurrido. —No sabía cómo disculparse.

—¡Oh, no pasa nada! —Le quitó importancia mientras se colocaba la ropa que el can había desordenado.

—Nunca había hecho eso con nadie. —Miró de reojo al perro que parecía dispuesto a saltar sobre ella de nuevo. «Vale que estaba preciosa pero...».

—Creo que le gusto. —Fue su sencilla explicación.

—Eso debe de ser.

Se apartó un mechón de la cara y lo miró, sin dejar de sonreír.

—Entrad en casa, por favor, no os quedéis en la puerta. —Dio una palmada y se giró hacia el can—. ¡Vamos, chico, te has ganado unas galletas!

Eliot no lo pensó dos veces. Entró como un rayo y corrió sin rumbo fijo hacia el interior. Ella lo siguió, llamándolo por su nombre.

—Supongo que podemos quedarnos un rato —reconoció él al ver que, o entraba o se quedaba solo afuera.

Una vez encontró la cocina, al fondo de la imponente planta baja de la casona, se quedó parado en la puerta, observando cómo ella llenaba un cuenco con agua y lo dejaba junto a unas cuantas galletas de avena.

Eliot dio buena cuenta del improvisado festín, ante la atenta mirada de ambos, hasta que ella se limpió las manos en las perneras de los vaqueros y lo miró, como si reparara en su presencia por primera vez.

—¿Qué hacíais por aquí, tan tarde?

—Una ronda de vigilancia.

—Una ronda de... ¡Oh! Gracias.

—No hay de qué.

—Para mí significa mucho, Erick, te lo aseguro.

Su sonrisa le pareció tan sincera que algo inexplicable infló su pecho y le aceleró el corazón. Estaba preciosa. Tenía el rostro sonrosado después de haber jugueteado con el perro por el suelo. Su boca entreabierta, los ojos brillantes y la melena despeinada le conferían un aspecto de lo más sexy. Toda ella ejercía un efecto extraño en él. Cada vez que la tenía cerca, su estómago se apretaba como respuesta.

—No pretendía acercarme mucho, pero el chucho salió disparado hacia tu casa y el resto ya lo sabes. —Ella lo había tuteado primero y no iba perder la oportunidad—. Antes se ocupaba de él el jefe David, pero desde que lo llevé a casa de mi padre, y vive conmigo, hace cosas raras. Aunque siempre ha estado un poco pirado.

—Me alegro de que sea un perro listo.

Se inclinó para rascarle detrás de las orejas, y Eliot le dio un golpe amistoso con el morro húmedo, después siguió bebiendo agua.

—No es muy listo por su parte, tirarse sobre la dama en la segunda cita

—le indicó Erick, cruzando los brazos sobre su amplio tórax.

—A algunas chicas nos gustan los matones de instituto —dijo en tono casual, antes de alzar la cara para mirarlo.

«Dios mío, no estará pensando en abalanzarse sobre mí, como Eliot», pensó, siendo consciente de su mirada burlona.

Alto y corpulento, tan guapo que cortaba la respiración, aquel hombre era capaz de eso y mucho más.

Janice se echó el pelo hacia atrás con gesto nervioso.

—No lo hubiera creído nunca de ti, Janice. —Su mirada indicaba claramente que a partir de ahora, valoraría esa opción.

—¿Te apetece un té? —Le ofreció ella antes de que la conversación se tornara demasiado personal sobre preferencias de seducción.

—De acuerdo, un té me vendrá bien —aceptó.

Su voz ronca raspaba sus sentidos.

Ella puso agua a hervir. El perro ya había concluido su festín y se había acurrucado junto a la puerta que daba a la vieja alacena del sótano, como si se dispusiera a echar una siesta.

Él seguía apoyado en la pared, sin quitarle los ojos de encima mientras disponía una bandeja.

—No te aclaras mucho con el cuidado de Eliot, ¿verdad? —observó sin esfuerzo.

—Somos un poco incompatibles —reconoció él.

—Pero si es un perro encantador.

Él frunció el ceño, como si no le viera el encanto por ninguna parte.

—Mi madre se encaprichó de él cuando era un cachorro, de eso hace ya cinco años. Ella estaba enferma, hacía poco que le habían diagnosticado un tumor cerebral y mi padre pensó que sería un buen compañero. —Comenzó a contarle sin que nadie lo hubiera animado, como si necesitara decirlo en voz alta. Al menos esa fue su impresión—. Al poco tiempo, ella nos dejó, y mi padre comenzó a tener pérdidas de memoria... no saben muy bien si es *Alzhéimer*, o si, simplemente, prefiere seguir viviendo en el pasado y no avanzar en el presente. Es un paciente difícil y no se presta al estudio de un diagnóstico concreto.

—Lo siento, Erick. —Apenas fue un susurro.

—Bueno, todo pasa, ya sabes...

—Sí, claro que lo sé.

—Y tú, ¿qué haces levantada a estas horas? —Su tono suave la pilló

desprevenida mientras servía la infusión en una taza.

Derramó un poco de té en la mesa y lo limpió con un trapo húmedo. Sin encontrar una respuesta que no sonara extraña, decidió decir la verdad.

—Procuro ocupar el tiempo en algo mientras llega el día.

—Por tus pesadillas —aseguró más que preguntar.

Ella sonrió, como si le hiciera gracia la forma en la que corrían los chismes por el valle.

—¿Acaso importa el motivo? —Dejó que sus miradas se encontraran.

—Puede que ahora no, pero algún día, tantas horas sin dormir te pasarán factura.

—Es lo que tiene vivir con un pasado demasiado oscuro.

—El pasado no se puede cambiar, Janice, no luches contra él. Simplemente, deja que se marche.

—Eso es muy fácil decirlo, pero gracias por el consejo —asintió antes disponer la taza sobre el plato, junto a una servilleta de lino de las preferidas de su abuela.

El detective Draven era un hombre demasiado perceptivo, poseía cualidades que en un primer momento le habían pasado inadvertidas. Seguramente, los años que había estado haciendo perfiles psicológicos de asesinos y tarados le habían ayudado a conocer mejor a la gente, a saber extraer sus pensamientos más recónditos. Pero no podía olvidar que también era la única persona que se había ofrecido a cuidarla sin pedirle explicaciones.

Le indicó con un gesto que saliera de la cocina y la esperara en el salón. Ella cargaba con la bandeja y como si recordara que Eliot también estaba allí, se giró para llamarlo.

No solo ya no estaba tumbado en el suelo, sino que había pegado el hocico a la vieja puerta que daba a la alacena del sótano, gruñía en tono bajo y se arqueaba contra la madera, erizando el dorado lomo.

—Vamos chico —lo llamó de nuevo. Al ver que seguía rezongando, sin retirarse de la salida al sótano, cabeceó con resignación y salió de la cocina —. Está bien, Eliot, si prefieres cazar ratones, no seré yo quien te lo quite de la cabeza.

Erick bebió otro sorbo y dejó la taza de té sobre la mesa.

Ella bebía más deprisa, lo que daba a entender que su bebida ya llevaba un buen rato esperándola. Se habían sentado en el sofá, frente a los ventanales.

La brisa húmeda del valle resultaba agradable, agitaba las delicadas cortinas dando la impresión de que quisieran echar a volar. La luz tenue de la lamparilla desparramaba reflejos cálidos por la habitación, sumiéndolos en un ambiente íntimo.

Una vez que entraron en confianzas, no desaprovechó la ocasión de seguir indagando sobre Janice Still. O Wallace, como prefería pensar en ella.

Llevaba días con aquella mujer dentro de la cabeza. Lo único que hacía era observarla, vigilarla en la distancia durante horas, aunque ella no estuviera a la vista. No se conformaba con saberla tranquila, trabajando en los arreglos de la vieja mansión.

El sheriff David tenía razón al reprocharle que dedicara más tiempo a Janice, que a ayudarle a atrapar al «asesino de Santa Ynez», como lo había bautizado la prensa. Pero es que era inevitable no pensar en ella. Algo ardiente y perverso surgía en su interior cuando la contemplaba. Cada parte sensible de su ser se estremecía al tenerla cerca. De acuerdo que llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer, entre la operación de la pierna, el hospital y su vida monacal en el valle, pero no podía dejar de imaginarla acariciando su pecho, o tumbada a su lado, en su cama. Necesitaba sentirla temblando de placer entre sus brazos, con los muslos rodeando sus caderas mientras gemidos silenciosos salían de sus labios entreabiertos.

Aunque no era un iluso, sabía que Janice no era una mujer para un tipo como él.

Lo más probable era que le diera una patada en el culo si se abalanzaba sobre ella como había hecho Eliot, aunque le hubiera confesado que le gustaban los chicos malos.

De todos modos, tenía que esforzarse para no imaginarla como una amazona, con su melena oscura agitándose sobre sus pechos mientras lo montaba.

—Te has quedado muy callado. —Lo sorprendió con los ojos clavados en sus senos, como si fuera un salido—. ¿Qué piensas, detective Draven?

—No te gustaría saberlo. —Fue muy sincero.

Una llamarada evidente se reflejó en sus preciosos ojos marrones, por lo que él supo que la atracción física era mutua. Ella también lo deseaba. El mensaje era claro. Y de repente sintió curiosidad por saber qué ocurriría si dejaba aflorar al matón de instituto que llevaba dentro.

Se acercó hacia ella en el sofá sin dejar de mirarla, sin decir una palabra. Janice le sostuvo la mirada, dejando que sus mentes establecieran contacto,

usando los ojos para invitarle a tomar la iniciativa. Él conocía el poder de una mirada, y utilizó la suya para acariciarla. La deslizó por su cara, por su boca, resbaló por las sombras que creaban sus largas pestañas, y no pasó por alto las ojeras azuladas que revelaban la tensión que sufría cada noche.

Después regresó a su boca de nuevo y la dejó allí, fija.

## Capítulo 11

Eliot comenzó a ladrar con fuerza, como si pretendiera amilanar a alguien; seguramente a un enorme ratón, pero aquello bastó para que Janice parpadeara y rompiera toda conexión.

—Debe estar muy entretenido con algún bicho. —Se echó hacia atrás en el sofá, alargando la distancia entre los dos.

—Ya te dije que ese perro es un poco tonto.

Él también se reclinó, dando por perdido el beso que buscaba.

Ambos evitaron mirarse durante unos segundos. Estaba claro que Janice no quería gustarle. Ella no se atrevía a mostrarse débil, como él intentaba no ser vulnerable a ella. La verdad era que a los dos se les daba igual de mal el asunto de las relaciones entre hombres y mujeres, así como los sutiles matices que eso conllevaba.

Erick pensó que cada vez que estaban juntos parecían bailar una danza con pasos diferentes, en la que no hacían más que pisarse. No recordaba otra situación similar en la que hubiera tenido que esforzarse tanto por hacerse notar ante una mujer. Aunque ella hubiera estado casada y él contara con varias relaciones amorosas en el pasado.

Ambos bebieron de nuevo.

Él apuró su taza de té y miró alrededor. El chucho no dejaba de ladrar.

—Esta casa es muy grande. —Alzó los ojos al techo abovedado del salón—. ¿Vivirás aquí cuando termines de reconstruirla?

Janice siguió su mirada y se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. De momento, mi única intención es terminarla. Mi abuela siempre quiso verla convertida en un pequeño hotel familiar y es lo que me propongo.

—Aquí hay mucho trabajo. Y para bastante tiempo.

—No tanto —le aclaró—. A las chicas y a mí nos gustaría inaugurarla para el final de la feria de la vendimia.

—Cuenta conmigo si necesitas una mano más. —Se ofreció, de repente—. No se me da mal la carpintería.

—¡Oh, te lo agradezco! Toda ayuda es bienvenida. Pero ¿qué hay de tu pierna herida?

—Ya casi no me duele, a este paso en unas semanas estará bien.

—Genial. Me alegro mucho por ti, Erick.

—Gracias.

—De nada.

Se hizo una pausa que recordaba a los incómodos silencios de los dibujos animados, en los que se escuchaban grillos. Aunque más que incómoda, la situación resultaba extraña. Instantes antes él iba a besarla, ella lo deseaba con toda su alma y ahora...

Erick volvió a iniciar la conversación.

—¿Qué harás cuando hayas restaurado la casona?

—Todavía falta mucho. No he pensado en ello.

—Siempre puedes convertirte en la propietaria del «*Hotel familiar Wallace*».

Ella rió complacida y su risa sonó a música celestial.

«Joder, me estoy volviendo un sentimental», pensó.

—Me gusta cómo suena —reconoció Janice, con ojos brillantes—. La familia Wallace siempre se había dedicado a la crianza de caballos. Cuando murió mi abuelo, su esposa se quedó sola, con un niño al que criar y sin saber nada de animales. Así es que vendió los equinos y, para subsistir, comenzó a alquilar habitaciones en su enorme hogar. Siempre soñó que algún día este caserón podría llamarse «*Hotel familiar Wallace*» ¡Me gusta! —repitió.

—Se dice por el pueblo que estas tierras, bien trabajadas, darían los mejores caldos de Santa Bárbara.

—Los Wallace nunca nos hemos dedicado a la producción de vino. Eso queda descartado de mis planes. —Fue tajante—. Por cierto... —carraspeó—. ¿Se dice algo más en el pueblo sobre mí, que deba saber?

—Poca cosa. —Estiró las piernas y ella se fijó en cómo los vaqueros se amoldaban a sus musculosos muslos al hacerlo—. Lo bueno de que el jefe detuviera a los Still en mitad de la plaza, al escuchar sus comentarios, es que la gente está alerta con ellos. Lo de la ronda de vigilancia de esta noche era más bien por asegurarme y dar un paseo, porque tus cuñados llevan varios días sin dar señales de vida por Santa Ynez.

—Mejor —suspiró, con alivio—. Ojalá se aburran y se marchen pronto. Así, los demás también me dejarán en paz.

—¿Lo dices por los habitantes del pueblo? Ellos te estiman, Janice. Deberías ver cómo te defienden en cuanto...

—¡Continúa! —Lo animó ella con un gesto, al ver que se quedaba callado—. Me defienden cuando dicen que soy una chiflada. O cuando aseguran que

Thomas murió por mi culpa —enumeraba las variantes de cotilleos que tanto temía—. ¡Dilo!

Su rostro se encendió de rabia. Él negó con la cabeza, sin estar de acuerdo.

—No lo dicen así, como tú lo interpretas.

—¡Oh, por favor! Tengo oídos, y también ojos en la cara. —Se levantó, no podía seguir sentada—. Sé lo que dicen, y lo que sienten por mí se llama: pena. Y la pena es un sentimiento tan confuso como el amor, solo que provoca vergüenza. Todo el mundo lo sabe. Thomas murió por mi culpa, bien, ¡pues ya está! —Alzó los brazos como un orador—. ¿Sabes lo que es sentirte atormentada cada segundo de tu vida?

—Sí.

—¿Sabes lo que...? ¿Sí? —Lo miró sin comprender—. Tú no sabes nada.

Erick también se levantó y caminó hacia ella que se había parado delante de los ventanales, mirando sin mirar en la oscuridad de la noche que llenaba el jardín. Se quedó a su espalda, y le habló en ese tono rasposo que usaba cuando quería mostrar comprensión.

—Tú y yo somos demasiado parecidos, Janice, por eso te comprendo.

—¡Sí, en eso llevas razón! —Se giró con rapidez, quedando cara a cara, con la cabeza levantada para mirarlo, y echando chispas por los ojos—. Y deberías aprender a controlar esa rabia que sientes hacia tu padre, simplemente, porque se haya rendido ante la pérdida de la mujer de su vida. Estás enfadado con la persona equivocada.

El silencio que siguió fue tan ensordecedor que ni siquiera pudo ser acallado por los fuertes ladridos de Eliot, en la cocina.

—*Touché* —aceptó él la derrota en voz baja.

Una ráfaga de ira debió de cruzar por sus ojos al mirarla porque ella pareció comprender que se había pasado. Se mordió el labio inferior y lo miró con ese deseo dulce y ardiente que siempre le dedicaba.

Y entonces Janice lo sorprendió.

Alzó los brazos, los entrelazó detrás de su nuca y se puso de puntillas con un gemido tan delicado que hizo tambalear sus sentidos de pura necesidad.

Él permaneció inmóvil, aceptando la leve caricia de sus labios en los suyos. Era un beso suave, un leve sondeo, una exploración.

Levantó una mano para tocarle la cara, y ella respondió con un suspiro al tiempo que cerraba los ojos, como si pretendiera atesorar aquellos momentos en algún lugar de su mente para no dejarlos escapar.

La sintió temblar entre sus brazos, inclinó la cabeza y profundizó el beso indagando en su boca con la lengua. La abrazó con fuerza, quería sentirla más cerca, necesitaba fundir sus cuerpos desde el pecho hasta los muslos, por eso siguió besándola como si fuera la única opción que hubiera en el mundo, de forma arrolladora, devorando su boca. Ella le devolvía los besos, los paladeaba de la misma forma, su cuerpo buscaba el suyo, se soldaba a él que trataba de regresar al sofá, tumbarla de espaldas y deslizarse entre sus muslos.

Joder, deseaba esto desde hacía tantos días... La deseaba tanto.

Abandonó su boca y buscó desesperadamente su cuello.

Janice arqueó la espalda para invitarlo a descender y al mirarla la encontró con sus ojos clavados en los suyos. No necesitó más para saber que aquella noche sería suya. Se apoderó de nuevo de sus labios con un beso exigente, posesivo, y ella lo acogió con un gemido de anticipación.

—No te vayas, Erick. Quédate esta noche —le pidió en voz tan baja que apenas fue un susurro.

—¿Tienes idea de lo que me pides? ¿De cuánto te deseo?

—¿Lo mismo que yo? —inquirió ella sin aliento.

Como respuesta a la suya, deslizó una mano por sus nalgas, atrayéndola hacia él para que sintiera toda su excitación.

En ese momento, los aullidos de Eliot acercándose a ellos los hizo separarse y ponerse en pie con rapidez, confundidos, sin saber qué estaba ocurriendo ni por qué el perro parecía que acabaran de apalearlo.

—¿Qué te ocurre, chico? —Erick se agachó al ver al animal correr desaforado y meterse bajo la mesa hecho un ovillo.

Janice se retiró el pelo de la cara con manos temblorosas y se apoyó en el respaldo de una silla para mantener el equilibrio.

Aún estaba en estado de *shock* por el tremendo beso que se habían dado. El detective Draven y ella. Y por lo que le había confesado.

Nerviosa, se lamió los labios que conservaban su sabor. Evocó el jugueteo de su lengua con la suya, y se llevó una mano al pecho. Respiraba con dificultad, todavía le parecía sentir la dureza de su erección presionando contra su vientre, y prefirió no pensar en lo que la había empujado a echarse sobre él, como si fuera Eliot, y a pedirle que se acostara con ella.

Se fijó en el pobre perro que no quería salir de debajo de la mesa y, por un instante, se sintió identificada con él. Ella también deseaba esconderse y no salir en un millón de años.

—Vamos, hombre, ¿qué te pasa? —Insistía Erick, tirando del collar. Pero

no había manera.

—Parece asustado. —Se acercó a ellos.

—Debes de tener ratas como caballos en el sótano, si es eso lo que le pasa.

—Mañana le diré al contratista que eche un vistazo en la bodega.

Erick estaba de cuclillas, junto a la mesa, y alzó la cara para mirarla.

El nacimiento de la oscura barba había comenzado a cubrirle la mandíbula. Se agachó a su lado, tratando de ignorar la innata sexualidad que emanaba de él, e intentó centrarse en el perro.

—¡Vamos, guapo, precioso! ¡Ven conmigo! —Lo llamó con suavidad.

Eliot avanzó un poco. Era como si quisiera, pero al mismo tiempo temiera salir.

—Hola, ¿qué hacéis? —Los sorprendió Faith desde la puerta del salón.

Llevaba una camisola por encima de las rodillas, iba descalza y estaba despeinada; por su aspecto, parecía haberse despertado por los ladridos del can.

Janice trató de justificar la presencia de Draven en la casona a tan altas horas de la noche y, sobre todo, el comportamiento de Eliot que ya parecía más tranquilo. Cuando todo estuvo aclarado, Erick decidió que ya era hora de largarse. Abusó de su tono grave para llamar de nuevo al perro y, esta vez, aunque con el rabo entre las patas, Eliot obedeció y lo siguió hacia el exterior.

Al llegar al porche, Janice encendió la luz y lo observó frente a ella, muy cerca, en el umbral de la puerta que casi ocupaba por completo con sus anchos hombros.

—Erick... sobre lo que te he dicho antes de tu padre... no creo realmente que tú... —balbuceó sin saber cómo continuar.

—No tiene importancia.

—Sí, la tiene. Para mí es importante aclarar que no es lo que pensaba en realidad.

—Sé lo que quieres decir, no te preocupes. —Su tono comprensivo era tan suave que la dejaba sin palabras.

—Bueno, y sobre el beso, cuando te he pedido que te quedaras... —Jamás se había encontrado con los sentimientos tan revueltos.

—A mí me ha encantado cómo besa la matona de instituto que llevas dentro —le retiró un mechón de pelo de la cara y sonrió.

Ella notó diversión en sus ojos. La había puesto a prueba y había caído en la trampa.

—A mí también me ha gustado besarte —reconoció con un titubeo.

—Si quieres la verdad, prefiero a la mujer de antes, la directa que dice lo que siente a la insegura que veo ahora. Y si estamos comenzando algo...

—Erick, no...

—¿Ya se va, detective? —los interrumpió Faith que llegó en ese instante.

—Sí, se hace tarde.

Esperó a que ella terminara su frase, o lo que fuera a decir; pero se quedó callada, igual de dudosa que segundos antes, de modo que llamó a Eliot y le indicó que se marchaban.

Al verlo bajar las escaleras Janice no dejó de mirarlo. Le resultaba imposible no admirar su atlética figura mientras se adentraba en la oscuridad de la noche, dando la impresión de que formaba parte de las sombras. Era un hombre complejo que le transmitía cientos de emociones, desde rabia hasta deseo, aunque ya había comprobado en varias ocasiones que bajo su aspecto de poli duro escondía un buen corazón.

—El detective Draven se ha olvidado el bastón —le advirtió su amiga que había regresado al salón.

Ella se encogió de hombros, sin dejar de mirarlo mientras su silueta se perdía por el camino que llevaba al bosque. Un poco más retrasado, lo seguía Eliot colina abajo.

—Al parecer ya no lo necesita para caminar. Sin embargo, ¿no te parece que el perro cojea?

Faith regresó al porche con el bastón en la mano.

—Sí, de la pata derecha.

—Mañana pediremos al contratista que avise a un técnico de control de plagas. Debemos de tener en el sótano ratas enormes. ¡Ah!, y por el bastón no te preocupes, mañana se lo llevaré a su casa.

«Así podrá devolverle la visita», se dijo antes de cerrar la puerta.

Joey dio el contacto de la furgoneta y salió disparado hacia el pueblo.

Necesitaba llegar al hostel, encerrarse en su habitación y tranquilizarse, porque estaba furioso. Había sido testigo de lo ocurrido en la casona, antes de ver al cabrón de Draven marcharse con el chuchó. Y menos mal que no se quedó a pasar lo que quedaba de noche, como ella le pidió. Si llega a hacerlo, habría salido de su escondite en el sótano, para patearlo con fuerza, igual que hizo con su apestoso chuchó. Después le habría rebanado el cuello, para que redimiera sus pecados.

«La sangre derramada por el cordero», dijo con voz gutural.

«Somos muy parecidos», le había dicho con toda la intención de tirársela allí mismo, en el sofá. ¡Y una mierda! Janice era suya. ¡Su mujer!

«Puedo venir a echarle una mano», le había sugerido con voz seductora. Solo le faltaba mover la colita como el pulgoso de su perro.

Él sí le iba a echar una mano, pero al gaznate.

Llevaba días sin ocuparse del propósito que lo había traído a esta basura de valle; estaba visto que no podía entretenerse. El amor por su preciosa Janice lo estaba apartando de su sueño: acabar con Erick Draven.

Lo único positivo de su obsesión por ella era que no se había visto obligado a rezar con otra mujer, excepto con la puta de la tienda de lencería. Eso hubiera complicado las cosas, sobre todo, si quería permanecer en el valle sin despertar sospechas.

Casi lo pillan escondido tras la puerta de la alacena que llevaba al sótano.

No imaginaba que el maldito perro se pasaría todo el tiempo rumbándole desde el otro lado; lástima que no podía cargárselo sin que se preguntaran cómo había ocurrido. Pero lo que más le pateaba el estómago era haber tenido que escuchar al maldito Erick mientras le tiraba los tejos a su chica. Las cañerías eran antiguas y los respiraderos tan grandes que parecía que estuvieran allí mismo. Lo oyó todo. ¡Todo!

Lo más imperdonable... ese beso.

«¡Estás muerto, malnacido!».

Al llegar a la puerta del hostel, seguía igual de enfadado. Era tan tarde que no se veía ni un alma por la calle, y con los últimos acontecimientos menos. No le apetecía meterse en la cama con un cabreo tan grande. Aquel hombre no podía quedar impune, se lo había robado todo.

Con el dedo en el timbre de la pensión, se quedó quieto. Reflexivo. Una idea rondando por su cabeza. «Jesús les dijo a sus discípulos: así como queréis que los hombres os hagan, haced con ellos de la misma manera. Lucas 6: 31».

Dio media vuelta y regresó a la furgoneta. ¿Cómo no lo había pensado antes? «Si el hombre intenta seducir a tu mujer, dale donde más le duele», se dijo, saliendo del aparcamiento.

Ya era media mañana cuando Janice abandonó los derruidos establos con el contratista. Habían estado valorando algunas opciones que mejoraran las

instalaciones sin alterar el presupuesto inicial, que ya estaba bastante perjudicado. Terminaron realizando algunos cálculos en el salón, y el hombre prometió ajustar lo pactado para incluir un estudio de plagas en el sótano.

Al quedarse a solas, se acercó a las orquídeas que decoraban la cornisa de la chimenea e inhaló su aroma. Coco. Aquellas flores blancas con motas rojizas olían a coco, pensó deslizando los dedos por los pétalos ondulados. Cada especie de distinto color emitía una fragancia diferente. Aunque todas eran igual de exóticas.

Lástima que ya se estuvieran marchitando, aunque si no recordaba mal, Joey le dijo que las cultivaban en *El dulce hogar de Ynez*. No le importaría pasarse por allí un día y comprar otro ramo para perfumar el salón.

Al girarse, vio el bastón del detective apoyado contra una columna y sonrió, al pensar cuál sería la mejor hora para ir a devolvérselo. Rodeó el piano de cola que seguía cubierto con una sábana y recordó las confidencias que habían cruzado allí mismo, con él de testigo, e inexplicablemente sintió la tentación de rozar sus teclas por primera vez en mucho tiempo. El hecho de haber hablado de su pasado, y de la música, le había avivado el gusanillo por experimentar de nuevo el placer de tocar. Aunque solo fuera un instante, igual que el de volver a besar al detective Draven. Deseaba hacerlo, un beso más.

Apartó de un tirón la sábana y se sentó con la espalda erguida, la mirada al frente. Inspiró, dejó salir el aire muy despacio, y relajó los hombros mientras cerraba los ojos. Sus dedos se deslizaron por las teclas con timidez, casi podía sentir cómo cobraban vida con su contacto. Era como si le susurraran que las mimase, que las acariciara, que las hiciera suyas.

Tras las primeras notas, lo que parecía un simple ejercicio se transformó en pasión. Sonrió al recordar cómo tocaba para su abuela cuando era una niña. Ella reía mientras sus manos correteaban entre las teclas y le decía que la mejor de las melodías era su risa.

Poco a poco, la obra maestra de Mendelssohn, «Variaciones Serias», reverberó por toda la estancia, escapando al valle por los ventanales abiertos. Las pausas de sus dedos, los gestos de su cabeza, todo era pura magia, la melodía sobria y caprichosa flotaba en el aire como un hechizo que traía recuerdos olvidados.

Por fortuna, la maldición de Thomas de materializarse ante ella a través de la música no se cumplía. Aunque para comprobarlo debería abrir los ojos, se dijo con temor.

Al finalizar la pieza, levantó los párpados muy despacio, y lo que vio

frente a ella la dejó de una pieza.

Joey la observaba al otro lado del piano, llevaba en las manos un precioso ramo en cascada de orquídeas rojas, y la observaba de un modo extraño. Iba vestido con su habitual traje, elegante y veraniego, con su pelo rubio engominado. La miraba en silencio, con un significado tan inquietante en su escrutinio que sintió un escalofrío.

## Capítulo 12

La llegada de Faith al salón en ese mismo instante, fue providencial. Lo invitó a sentarse en uno de los sillones y anunció como si no fuera evidente:

—El señor Morris ha traído más flores.

—Por favor, doctora, llámeme Joey —pidió él con una sonrisa, apretando las orquídeas contra su pecho y sin moverse del sitio.

—¡Gracias, Joey! —Janice se levantó del piano y se acercó para olerlas.

Al hacerlo, él se inclinó también e inhaló el aroma de su pelo, cerrando los ojos en un gesto similar al éxtasis.

Faith frunció el ceño, sin perder detalle.

—Orquídeas para otra bella flor —recitó en tono petulante al tiempo que le entregaba el ramo—. Y gracias a ti por hacerme sentir un privilegiado. Jamás creí que pudiera escuchar una ejecución de Mendelssohn tan magistral como la que has tocado hace un momento.

—Eres muy amable. —repuso complacida—. ¿Conoces la obra?

—Ha sido una actuación sublime. —Fue su respuesta.

—Gracias —Todavía seguía con las flores en los brazos—. Y aparte de este precioso detalle, ¿qué te trae por la casona, tan temprano?

—Bueno, he pensado que quizás necesites ayuda. —Al ver que lo miraba sin comprender, añadió—. He oído decir a los obreros que van a comenzar a reconstruir los establos y bueno... aquí tienes dos manos más si las aceptas.

—¡Oh! ¿Te dedicas a la construcción?

—No, exactamente.

—¿Y a qué te dedicas?

—Oficialmente soy comerciante, pero ya sabes, en esta vida hay que saber hacer de todo.

—¡Vaya! —No supo qué más decir—. Pues acepto tus manos, por supuesto—. Le entregó las flores a Faith que se ofreció para ponerlas en agua—. ¿Sabes?, eres la segunda persona que se brinda para ayudar en el establo.

—¡Qué bien! —Torció el gesto con disimulo—. Tú y yo tenemos mucho en común, Janice, ambos sabemos apreciar todo aquello que merece la pena.

Ella lo miró extrañada por sus palabras. También era la segunda persona en pocas horas que le hablaba de lo parecidos que eran.

—Me gustaría ofrecerte un refresco, pero esta mañana la vieja nevera ha

dejado de funcionar.

—Puedo echarle un vistazo. —Se ofreció.

Su sonrisa y el tono amable eran imposibles de evitar.

—Genial —lo invitó a salir del salón y antes de que ella echara a andar hacia la cocina, lo hizo él, con paso decidido.

—La mayoría de estas neveras funcionan igual —le advirtió al llegar.

Joey la movió de su sitio, desplazándola hacia adelante, observó el motor unos segundos, la abrió, comprobó algunos cables y sonrió.

—¿Podrás solucionarlo? —le preguntó ella, aproximándose.

Faith terminó de colocar el arreglo floral en un jarrón con agua y también se acercó.

—No hay problema, en un rato tendremos bebidas frescas —anunció, mientras se quitaba la elegante chaqueta y se la entregaba.

Se remangó la camisa, rodeó el frigorífico colocándose detrás y comenzó a canturrear.

Janice miró a su amiga que fruncía los labios en un indicativo gesto de desacuerdo.

—No me gusta este hombre.

—Es un poco raro, sí —reconoció ella saliendo hacia el salón.

—Más que raro, resulta... casual.

—¿A qué te refieres? —Cubrió el piano con la sábana y se acercó a las orquídeas que Faith acababa de sustituir por las otras.

—No lo sé. Igual son tonterías mías, pero siempre aparece en el momento justo, con la frase adecuada. No me hagas caso, Janice, ya sabes que últimamente estoy un poco susceptible.

Un buen rato después, mientras seguían escuchando el monocorde cántico de Joey desde el interior, Faith y ella dejaron de pintar las columnas del porche al ver aparecer a Adele por la colina. Iba montada en su bicicleta y se había cubierto la melena rojiza con un enorme sombrero de paja. Las saludó con la mano, y ascendió despacio hacia la casa por el camino de piedras grises. El veraniego vestido de color naranja se enredaba entre sus piernas al ritmo de los pedales y Faith y ella la esperaron al pie de la escalinata.

—Siento llegar tarde, chicas, pero no os vais a creer lo que ha pasado —anunció al llegar junto a ellas.

Arrimó la bici a la pared y se llevó una mano al pecho mientras tomaba aire.

—Ponnos al día mientras descansas —le aconsejó Faith, sentándose en los escalones.

—Esta madrugada ha habido un aviso de emergencia desde *El dulce hogar de Ynez*. Se lo ha contado el sheriff a mi padre. Al parecer, uno de los residentes ha intentado saltar por la ventana, se ha quedado colgado de la cornisa y han tenido que rescatarlo los bomberos.

—Vaya, ¿en qué estaría pensando?

—Ni idea. Aunque el jefe David dice que no es la primera vez que el anciano intenta huir de la residencia. Al parecer tiene una enfermedad senil bastante avanzada. Menos mal que todo ha quedado en un susto.

—Pobrecillo —dijo Janice.

—¡Pero si tú conoces a su hijo!—. Adele se llevó una mano a la cabeza, al recordarlo—. Se trata del padre de Erick Draven, ese detective guapetón que te ronda desde que llegaste al valle.

—¿A mí?

—Vamos, no te hagas ahora la sorprendida que tenemos ojos en la cara.

Faith sonrió y agregó, dando un tono misterioso a la confidencia:

—No solo ronda a nuestra amiga, Erick Draven estuvo anoche de visita en la casona.

—¿Hablas en serio? —Adele la miró, boquiabierta.

—Ya te digo. Estuvo un buen rato. Incluso pensé que se quedaría a dormir.

—¡No!

—¡Sí! Y la verdad, no me hubiera importado ser yo la que le abriera la puerta —Faith seguía metiendo cizaña.

—Reconozco que está como un queso. —Adele no se quedaba a la zaga—. No me importaría que viniera a mi casa, también.

—Y no puedes imaginar cómo la miraba, parecía que quisiera comérsela de un bocado. Y las cosas que le decía...

—Pues no parece un hombre muy hablador —advirtió la joven, fingiendo que Janice no estaba presente.

—No, si se las decía con los ojos. La lengua la utilizó para otros menesteres.

—¡Oh, vale ya! ¡Callaos! —Janice se levantó de los escalones para evitar que siguieran riéndose a su costa—. Sois las dos unas cotillas. Y tú, Faith, cuando entraste en el salón, dijiste que acababas de despertarte.

—Mujer, el perro llevaba un buen rato ladrando, pero no quise molestaros a mitad de ese beso de infarto que...

—Parece que os divertís mucho —Las interrumpió Joey, saliendo al porche.

Se estaba limpiando las manos en un trapo y tenía el rostro rojo, seguramente, por el esfuerzo de haber arreglado la nevera.

—¡Ah, Joey, no te hemos oído llegar! —Janice lo animó a acercarse con la mano.

—Ya me he dado cuenta. —El hombre apretó los labios y añadió en un tono bastante severo—. También he graduado la máquina de picar de hielo, si te apetece, Janice, puedo traerte un granizado. Bueno... a las tres —rectificó.

—¡Qué amable!

—Ahora no, muchas gracias, señor Morris —intervino Faith, antes de que él se pusiera manos a la obra. Otra vez.

—¡Está bien! —Colgó el trapo en la barandilla y se quedó parado, sin saber muy bien qué decir, en mitad del porche—. Y llámeme Joey, como hacen todos mis amigos. ¿No me considera un amigo, doctora?

Janice decidió limar la aspereza con la que le estaba hablando la psiquiatra.

—No es eso, pero no queremos robarte más tiempo, Joey. Ya te hemos molestado demasiado.

—Tú nunca podrías molestarme. —La miró con adoración e hizo ademán de tomarla por el brazo, pero ella echó a andar escaleras arriba.

—Traeré tu chaqueta.

—Como quieras —aceptó de mala gana—. Me marcharé, si ya no me necesitas.

Joey apretó las manos en dos puños y las volvió a abrir, necesitaba liberar la tensión que comenzaba a atenazarle. Lo pensó mejor y caminó tras ella—. Escucha, Janice, si quieres podemos salir a tomar algo esta noche.

—¿Salir? —Se giró para mirarlo antes de entrar en la cocina—. No gracias. Prefiero quedarme en casa.

—Bueno, puedo venir a visitarte, si te parece mejor.

Ella le entregó la americana y cruzó los brazos.

—No hace falta, Joey.

Su actitud decía claramente: «lárgate, Joey».

—Bueno, vengo mañana entonces para empezar.

—¿Empezar? —Lo miró sin comprender.

—En los establos. Quedamos en que te iba a echar una mano.

—¡Ah, sí, es verdad! Como le dije anoche a Erick, no viene mal un poco

de ayuda.

Él apretó los labios con fuerza. Que lo nombrara precisamente en ese momento le roía las tripas como el ácido de una batería.

—Pensaba que eras diferente, Janice.

—¿A qué te refieres? —Esta vez, sí lo miró de un modo raro.

Ningún otro hombre debía visitarla por las noches. Ninguno podía necesitarla como él la necesitaba, ni tocarla con el mismo deseo, ni con la misma desesperación. Ninguno, porque ella era suya.

Tomó aire por la nariz y lo expulsó lentamente por la boca, para serenarse.

—A nada. En realidad no quiero decir nada en concreto —contestó por fin. Janice seguía mirándolo de un modo extraño—. No te preocupes. La culpa no es tuya.

Tenía que apaciguar su rabia, o echaría todo al traste. Lo único que se le ocurrió fue acariciarle la mejilla con la punta de los dedos, necesitaba tocarla.

Ella retrocedió, al sentir su contacto.

«Cuando el cabrón de Draven te toca, no te apartas», pensó, con violencia.

Una parte de su alma ardía por ella y otra deseaba castigarla por puta. Pero nada más verla sonreír, se le olvidó lo segundo.

—Joey, se hace tarde. —Pareció buscar las palabras adecuadas para no resultar brusca—. Las chicas y yo queremos terminar de pintar las columnas del porche antes de que caiga el sol.

—Sí, claro. Te estoy entreteniendo —le devolvió la sonrisa.

—Sobre lo de venir mañana... no es necesario que te molestes, de verdad.

La miró durante unos largos segundos y supo que a partir de ahora nada sería igual. Él desconfiaba y ella...

—No es molestia, Janice, pero no me pidas que no lo haga. Por favor, déjame venir a ayudarte.

—Joey... —Buscó de nuevo las palabras para mandarlo al cuerno.

«Joder, no, joder». Parpadeó varias veces, nervioso, antes de suplicar, dispuesto a arrodillarse, si hacía falta.

—Janice, perdona si me he propasado o he dicho algo que te haya molestado. Sé que no es excusa, pero este dolor de estómago me está matando y... por favor... por favor no me rechaces.

Lo hizo con la misma voz que tantas veces utilizaba para buscar

compasión en su infancia; con aquella mirada vidriosa que clamaba perdón.

—¿Otra vez has bebido leche de vaca en el hostel?

Ella se mostró tan preocupada que parecía que fuera a abrazarlo, a besarlo para consolarlo.

«¡Sí, oh, sí!».

—Sí... sí... eso es lo que me pasa. —Buscó en su bolsillo y se echó algo en la boca que comenzó a masticar con fruición—. El dolor de estómago me pone de mal humor, y has tenido que ser tú quien lo pague, cuando lo único que deseo es complacerte. —Sudaba profusamente y se pasó una mano por la cabeza, como si el dolor amainara al tragar lo que comía—. En cuanto el remedio haga efecto, me sentiré mejor. Pero debes perdonarme, solo quiero ayudarte, Janice; estar seguro de que esos bastardos de tus cuñados ya no te molestan. ¿Es por eso por lo que no quieres que vayamos al pueblo, juntos? ¿Por lo que no quieres salir conmigo?

La miró, esperanzado. Como si ella fuera la tabla que salvara su alma en un océano revuelto.

—Bueno... por eso también —reconoció en un susurro.

—¡Ah, cómo no me he dado cuenta antes! —Se golpeó la frente con la mano—. No te preocupes, Janice, nadie más se atreverá a molestarte.

—Eres muy amable, Joey. —Miró con disimulo el reloj que colgaba sobre la puerta de la cocina—. Si no te importa, tengo muchas cosas que hacer.

—Ya verás —Ignoró el comentario—. A partir de hoy podremos pasear libremente por el pueblo sin que nos miren ni cuchicheen a nuestras espaldas. Ya está bien de tener al mundo en contra, Janice. Pero para eso debes darme otra oportunidad. Permíteme que te demuestre cuánto me importas.

—No tienes que demostrarme nada. —Lo miró y sonrió, con la misma dulzura que antes de que el cabrón de Draven se interpusiera entre ellos.

Cuando Janice era solo suya.

—Bueno, pero perdóname si te he molestado.

—No hay nada que perdonar. Todos tenemos derecho a tener un mal día.

—Gracias —Sonrió él también, siguiéndola por el vestíbulo.

—¿Ya te encuentras mejor?

—Sí. Mucho mejor.

«¡Que Dios se apiade de aquellos que se oponen a nuestro amor, porque arderán en el infierno!», gritó en su interior. «Amén».

—Ese remedio debe de ser mágico —advirtió, extrañada.

Él no dijo nada.

Al llegar al porche, Janice se dio cuenta de lo rápido que había recobrado la compostura. Parecía de nuevo el caballero andante en busca de damas a las que complacer, y no el tipo raro sobre el que Faith la había puesto en alerta. Su amiga tenía un radar para identificar pirados; a ella la interceptó nada más verla en el jardín del sanatorio mental de Los Ángeles.

Joey saludó a las chicas, como si ambos vinieran de pasar un buen rato en la cocina, incluso se tomó la licencia de sujetarla por el codo cuando entraban en el porche.

Faith no le quitaba ojo. Lo vio apartarle un mechón de pelo que había escapado de su coleta y colocárselo detrás de la oreja, con todos los matices que implicaba aquel gesto tan íntimo. Después, cuando se despidió, hasta el día siguiente, y se alejó hacia su furgoneta, no pudo mantenerse callada ni un minuto más.

—¿Ha dicho que volverá mañana? —inquirió, cuando él ya no podía escucharla.

—Se ha ofrecido a echar una mano en los establos.

—Vaya, igual que el detective sexy —observó Adele, con una sonrisa bailando en los labios.

—Eso he pensado yo —reconoció Janice, agarrando uno de los rodillos para seguir pintando.

—Insisto, ese hombre no me da buena espina —les advirtió la psiquiatra.

—Tiene problemas, y hoy no es su mejor día. —Janice trató de justificarlo. Aunque no le quitaba razón a su amiga.

—Si quiere echar una mano a los trabajadores no me negaré, desde luego, pero no le des confianzas. Anda por la casa como si fuera la suya —dijo muy seria.

—Sí, «mamá», no te preocupes. ¿Te quedas más tranquila? —Le sonrió antes de introducir el rodillo en el bote de pintura.

—No pienses que exagero —Faith suavizó el tono, como tantas veces hacía en consulta—, pero hay cierto tipo de personas que huelen la vulnerabilidad de otras a kilómetros, y tú todavía estás recomponiendo tu fragilidad.

—No creo que Joey sea de esos, y no puedo estar a la defensiva en todo momento, pero lo mantendré ocupado en los establos. Incluso puede repartirse con Erick las tareas que les mande el contratista.

—¡Claro! Además, nuestro Joey ha arreglado la nevera y el triturador de hielo —les recordó Adele, levantando una mano—. ¿Quién quiere un

granizado?

## Capítulo 13

Janice llamó a la comisaría de Buellton y pidió al jefe David el número de teléfono de Erick. A pesar de que le dijo al sheriff que solo pretendía preguntarle por la salud de su padre, percibió cierto retintín cuando se despidió de ella diciéndole, «de nada, señora Still».

El detective le agradeció la llamada, le dijo que ya habían regresado a la residencia de ancianos y que todo había quedado en un susto. Charlaron durante unos minutos más y ella prefirió ocultarle que tenía pensado ir a visitarlo a su casa para devolverle el bastón. Más que nada, por si cambiaba de idea a lo largo del día. De modo que después de cenar, se encaminó hacia la propiedad de los Draven.

Estacionó la furgoneta a unos metros de la casa, en el sendero de tierra rojiza que delimitaba el bosquecillo. Lloviznaba desde hacía un buen rato, y se fijó en que no había luz en ninguna de las ventanas. Tampoco estaba el todoterreno en la explanada frontal.

La vivienda era una construcción pequeña, tal y como la recordaba, con un jardín alargado frente al porche y poco más.

Intentó imaginar la escena de la señora Draven cultivando las flores que ahora no existían, y a su esposo, tomando café en la ventana de la cocina mientras observaba cómo se marchitaba la mujer que adoraba. Casi podía ver el dolor reflejado en el rostro de un hombre que sabía que muy pronto iba a perder a su amor.

Eliot entonces sería un cachorro, estaría correteando entre los setos repletos de margaritas para atrapar una mariposa, y Erick reiría a carcajadas al ver que no la alcanzaba.

Suspiró con fuerza y pensó que la vida era muy injusta, ya que siempre golpeaba a quien esperaba caricias.

Ella hubiera querido ser feliz en su matrimonio, a pesar de que Thomas le exigía constantemente un hijo al que legarle su imperio inmobiliario. Desafortunadamente, no fue capaz de engendrarlo y con el tiempo él dejó de pedírselo, pero entonces se cegó por la envidia, por los celos, y llegó el divorcio. Aún así, admiró y amó a Thomas, e intentó que su matrimonio funcionara. Quiso al hombre y al artista, y hubiera hecho cualquier cosa por tener aquel bebé que él tanto deseaba.

Sí, la vida era muy injusta, a veces, nos negaba lo que más buscábamos.

Los faros de un coche le indicaron que alguien se acercaba por el camino de tierra roja y ella bajó de la furgoneta, pensando que sería Erick. Se dispuso a ir a su encuentro, a pesar de la fina lluvia que caía, pero comprobó que al llegar al recodo de la carretera, el vehículo se había parado, con el motor en marcha, esperando.

«¿Esperando qué?».

El conductor hizo un cambio de luces, como si la avisara de su presencia, lo que resultaba absurdo porque los potentes focos cegaban por su proximidad. Después las apagó y todo quedó en la más absoluta oscuridad.

El sonido de la lluvia y el viento era todo cuanto podía escucharse.

Ella se quedó muy quieta. Apretó las manos en dos puños de forma defensiva, preparada, por si acaso, sabía por experiencia que en unos segundos podía ocurrir cualquier cosa.

Miró a las sombras con cautela, dando por hecho que el coche y su conductor, o conductores, seguirían allí, en la curva que se escondía tras el robledal que la separaba de su propiedad.

No se veía nada. No se escuchaba nada, salvo el crepitar del agua sobre su rostro. Si se trataba otra vez de los hermanos Still, tomaría medidas, porque ya no iba a soportar más sustos, ni amenazas.

—Dejadme en paz —gritó, mirando a la oscuridad—. No me dais miedo. Luc, Jonas, no os temo.

Mentira. Era mentira pero no lo iba a reconocer.

El corazón le latía a mil por hora, podía escuchar su propia respiración entrecortada.

De repente, el coche encendió las luces, cegándola al tiempo que se ponía en marcha, avanzando despacio, hacia ella que retrocedía de espaldas, sin perderlo de vista. Un paso, dos, tres. La velocidad aumentaba poco a poco, de modo que Janice se giró y echó a correr al darse cuenta de que aceleraba.

Ahora estaba claro que no solo se trataba de una amenaza. Iban a por ella.

Ya lo tenía casi encima cuando pasó tan cerca que estuvo a punto de atropellarla, pero Janice se apartó de un salto y quedó de rodillas en el camino, sobre la tierra mojada.

El vehículo frenó a unos metros y el conductor pisó varias veces el acelerador, a fondo, provocando un ruido infernal. Hasta que se alejó a gran velocidad, justo en el momento en el que las luces de otro coche entraban en la curva y la alumbraban en el suelo.

En menos de un segundo, escuchó unos pasos precipitados hacia ella y enseguida se encontró en sus brazos.

—Janice, ¿estás bien?

—¡Oh, Erick!—Se aferró a su cuello.

Él le recorrió el cuerpo con las manos para asegurarse de que continuaba de una pieza.

—¿Qué demonios ha ocurrido?

Estaba a su lado, en la tierra embarrada, de rodillas. Sus ojos preocupados clavados en ella bajo los cegadores faros del todoterreno.

—Han... han intentado matarme. —Su voz salió a trompicones. Al ver que él hacía ademán de levantarse para perseguir al vehículo, se lo impidió—. ¡No me dejes, por favor! No te vayas. Puede que regresen a terminar lo que comenzaron.

—No voy a ir a ninguna parte —le aseguró con firmeza al comprender que estaba demasiado asustada. Le pasó un brazo por la cintura y la ayudó a levantarse—. ¿Puedes caminar?

—Sí. Estoy bien.

Janice se apoyó en él y saboreó la cercanía de su cuerpo. Él la apretó más contra su pecho y la tomó en brazos encaminándose al automóvil.

—Te llevaré al hospital.

—He dicho que estoy bien —protestó metiendo la cara en el hueco de su cuello. Y era cierto: se estaba tan bien allí. Tan segura pegada a él que solo deseaba seguir así. Siempre.

—De todas formas quiero cerciorarme.

Erick la sentó en el asiento del copiloto, en el todoterreno, le puso el cinturón de seguridad y le apartó el pelo mojado de la cara.

Ella replicó.

—No soy una inválida, Erick, no me ha pasado nada y preferiría que entráramos en tu casa. No soportaría tener que dar explicaciones a extraños. Por favor.

Él miró el camino por el que había huido el coche que casi la había matado y negó con la cabeza, como si le costara trabajo escoger entre llevarla dentro, o salir a buscar al conductor asesino.

—Está bien —aceptó por fin.

Erick terminó de hablar por teléfono y regresó a su lado.

Ella estaba sentada en el mismo sillón en el que la había curado la noche

de la tormenta. Parecía imposible que ya hubieran pasado varias semanas.

Llevaba el pelo suelto, sobre los hombros, acababa de secarlo con una toalla y aunque iba vestida con una camisa de cuadros que le había prestado, y que le quedaba bastante holgada, estaba preciosa.

—Ya está al tanto el jefe David —le dijo con las manos en los bolsillos, para evitar volver a tomarla en sus brazos y cerciorarse de que no tenía ni un rasguño—. ¿Estás segura de que eran tus cuñados?

—No he podido verles los rostros, pero sí, supongo que sí. —Se frotó los brazos como si recordar lo ocurrido le diera escalofríos—. ¿Quién más querría hacerme daño?

—Tenemos un asesino suelto por el pueblo —le recordó con voz calma—. Puede que sea el mismo que ha matado ya a dos mujeres en pocas semanas.

—¿Intentas asustarme?

—No es mi intención. Solo trato de buscar respuestas.

—No sé por qué querría hacerme daño un desconocido. Lo más lógico es que se trate de los hermanos Still.

—Pero no has podido identificarlos, Janice, no puedes saberlo.

Su tono resultó concluyente. Demasiado como para no sospechar.

—¿Qué te ha dicho el sheriff? —Erick se apoyó en la cornisa de la chimenea, apretando los dientes para no decir nada—. Ya veo... Él sabe que no han sido ellos, ¿verdad? Eso es lo que te ha dicho por teléfono —adivinó, por fin.

—Según el jefe David, tus cuñados no han salido de su hotel en todo el día. Y allí continúan.

—¿Cómo que continúan en su hotel?

—Llevamos días siguiendo sus pasos, ya te dije que me ocuparía de ellos. Desde que los interrogó el sheriff, no han aparecido por Santa Ynez. Y hay un hombre apostado en la puerta de su hotel las veinticuatro horas del día.

Janice se levantó del sofá y comenzó a dar pequeños paseos por la estancia.

—No comprendo. No lo comprendo —repitió como una letanía—. Si no han sido ellos, entonces... ¿quién querría hacerme daño?

—Si pudieras hacer memoria, intentar recordar algo. ¿Qué viniste a hacer aquí? ¿Ese coche te siguió desde la carretera o ya estaba en mi propiedad?

—Llegó un poco más tarde que yo. De hecho creí que serías tú —dijo como si cayera en la cuenta, por primera vez.

Él cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz con gesto abatido. Con

la sombra de la culpa aplastándolo de forma irremediable.

—Entonces ese tipo te siguió.

—No vi ningún coche detrás mientras conduje hasta aquí. Nadie me siguió.

—Entonces conocía tus planes.

—Tal vez vino a buscarte a ti —sugirió ella con rapidez—. Ni yo misma sabía con seguridad que vendría a tu casa.

—¿Qué te hizo venir a verme tan tarde?

—Quería darte el bastón.

—Yo hubiera ido a por el maldito bastón —espetó con dureza.

Ella parpadeó, demasiado aturdida para comprenderlo.

—Ya, pero es que necesitaba verte.

—Por eso. Yo también lo deseaba. Pero si te hubiera pasado algo, yo...

Janice se acercó a él, estiró una mano y le acarició la mejilla.

—Cuando vi los faros del coche creí que serías tú, por eso me acerqué, entonces dieron las luces, me cegaron y...

—Si creíste que era yo, estamos hablando de un vehículo grande, otro todoterreno, o una furgoneta. —Su voz sonó como si hablara consigo mismo.

Atrapó su mano en la suya y la presionó contra la cara, para que no se alejara.

—Puede ser... no me fijé. Hacía mucho ruido y pisaba el acelerador como si estuviera a punto de salir a toda velocidad. Ha sido horrible, Erick, he pasado miedo.

Se abrazó a él, que la apretó con fuerza.

—Yo también he temido lo peor al verte en el suelo.

De repente, se sintió como un lobo posesivo. Toda su furia aullando a través de él, recorriendo sus sentidos y abriendo una grieta de desasosiego que no sabía cómo cerrar.

Janice alzó la cara para besarlo, pero él fue más rápido, la levantó en sus brazos y capturó sus labios. Entre una respiración y la siguiente su lengua se deslizó en su boca con voracidad, con un hambre desmedida. Desesperada.

No se conocía a sí mismo. No tenía ni idea de cómo manejar aquella necesidad que desquebrajaba su autocontrol, ni tampoco qué hacer con lo que sentía por aquella mujer.

«Estoy bien jodido», se dijo atrayéndola más, hasta sentirla fundida contra él.

La sensación de saber que ella también lo deseaba, era como quemarse

con el fuego de un hambre sexual imparable.

Janice jadeó al apreciar su erección bajo los vaqueros, presionando en la parte baja de su estómago. Dios, ella sabía a pura pasión. Un hombre podría perderse para siempre en su sabor si se lo permitía. La condujo a trompicones hacia el sofá, sosteniéndole la cabeza con una mano para profundizar el beso mientras que con la otra le desabrochaba la blusa.

Al sentir que caía sobre los almohadones, Janice gimió de anticipación. Los labios de Erick eran dominantes, firmes, poseían los suyos guiándola en una danza ardiente que la obligaba a arquearse para saciar el ansia que surgía de lo más profundo de su alma.

Todo iba tan rápido que la sensación era vertiginosa. Erick le había quitado el sujetador, y la forma en la que le chupaba los pechos, en la que sus dientes y su lengua raspaban su piel la enloquecía. Se sentía tan vulnerable, y a la vez tan poderosa bajo el peso de su cuerpo, que no podía pensar en otra cosa que no fuera en el placer que le provocaban sus besos. Él atormentaba sus senos. Primero un pezón y después el otro, acariciándolos, lamiéndolos, hasta que lo agarró por el pelo para impedir que dejara de torturarla de aquella manera, con un hambre sexual tan idéntica a la suya.

Cuando se sintió invadida por una ola de placer imposible de asimilar, gritó su nombre, aún sabiendo que su chillido sonaba mudo. Irónicamente, igual que el pánico en sus pesadillas, el éxtasis tampoco le cedía voz alguna.

De todas formas él fue consciente de que había tocado el cielo con las manos, porque alzó la morena cabeza de sus pechos, y le sonrió orgulloso al saber que solo con los labios le había provocado un orgasmo de campeonato.

—Te deseo tanto que tengo miedo de no poder parar.

—No pares —le pidió ella con urgencia. El tono de su voz áspero, desconocido.

—Yo... no estoy preparado —le confesó en un susurro entrecortado.

Janice estiró una mano y le rozó la entrepierna, por encima de la ropa.

—Yo creo que sí.

La dura protuberancia de su miembro indicaba que estaba más que listo.

—Me refiero a munición. No traje condones cuando vine al valle para recuperarme de la lesión en la pierna.

—Pero yo sí —le confió ella con voz queda—. Pasé por el pueblo antes de venir a traerte el bastón, e hice una paradita en la farmacia.

Él sonrió de aquella manera que tanto le afectaba. Había deseo en sus ojos, ardor y anhelo. Al encontrarse con su mirada, la desvió, como si no

quisiera que descubriera lo que sentía por ella.

Janice también apartó los ojos, con el corazón a mil por hora.

Metió la mano en el bolso que había dejado al otro lado del sofá y le entregó la caja de preservativos.

Él se deslizó hacia abajo sobre su cuerpo, mientras le desabrochaba los pantalones y se los bajaba. Se sacó la camiseta y la lanzó al suelo, después la besó en el vientre, por los muslos, sus hombros anchos se encajaron entre sus piernas al tiempo que le quitaba las bragas.

Ella sintió que el rubor le teñía la cara, aunque la penumbra del salón ayudaba bastante a ocultarlo. La sostuvo abierta para él, la miraba con un brillo especial en sus ojos mientras la acariciaba lentamente, deslizando los dedos por la humedad de su sexo, separando los pliegues de su carne, entrando y saliendo con suavidad, provocando llamaradas de placer por todo su cuerpo. Antes de que se diera cuenta, metió la cabeza entre sus muslos y chupó, la lamió con golpes suaves de su lengua, golpeando la entrada de su sexo, hundiéndose en ella con caricias largas que le arrancaban jadeos de perverso placer; porque eso era lo que hacía, la paladeaba de un modo malicioso, delicioso.

Ella levantó las rodillas y alzó las caderas del sofá para facilitarle la labor. Sus gemidos subían de tono, como las caricias de su lengua a medida que se acercaba más y más a un nuevo orgasmo. Hasta que estalló de nuevo. Subió y bajó en un silencio sostenido. Fue como si su alma se hiciera mil pedazos y una ola los arrastrara hasta la orilla de una playa, sumergidos en un grito ahogado.

—Dios mío, jamás he sentido algo así —le susurró sin aliento.

—Todavía nos queda lo mejor —Sus promesas siempre sonaban a gloria.

Dos orgasmos y ni siquiera la había rozado con aquella enorme erección que se embutía contra los vaqueros, pensó, anhelante. Y entonces necesitó tocarlo. Janice también quería darle placer, mucho placer, que temblara entre sus dedos como ella se deshacía en su boca. Le desabrochó los pantalones, metió la mano por la cinturilla del bóxer y la cerró alrededor de su sexo. Él reprimió un gemido con un sonoro suspiro, por lo que ella sonrió. Estaba segura de que, ni en sus fantasías más atrevidas, el detective Draven habría soñado que la viuda Still pudiera mostrarse tan osada, haciendo el amor.

Erick le quitó el envoltorio del preservativo de las manos, lo rompió con los dientes y lentamente comenzó a deslizarlo por su miembro. Grande, duro, espléndido, tan... Lo miró a la cara y... «Demonios», se dijo, «ahora él

mostraba un aire perverso. Salvaje».

La besó de nuevo, esta vez despacio, muy despacio, torturándola sin piedad. Se apoyó en un brazo y sin dejar de besarla, se alzó sobre ella. Balanceó las caderas y se introdujo con lentitud en su interior, tan lánguidamente que Janice pensó que estallaría en llamas por el pausado movimiento. Sabía que él podía ver en su rostro todas las emociones que sentía mientras le hacía el amor. Su unión era íntima, emocional y física. Ambos eran uno, ahora lo sabía. Él era todo cuanto ella quería.

—Llevaba semanas deseando tenerte —confesó al sentirla vibrar entre sus brazos.

—Lo sé. Y yo también. —Se le escapó un sollozo.

Erick se sumergió con fuerza. Cuando comenzó a moverse más deprisa, la sujetó por las caderas para poder embestirla dura y profundamente, una y otra vez, a un ritmo feroz. Un nuevo orgasmo le sacudió el cuerpo y se aferró a él, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados mientras una ola de placer tras otra la barrían por dentro. Él supo que no podría aguantar mucho más, pero ver cómo ella se derretía de placer era casi mejor que el suyo propio. Le acomodó las piernas sobre sus hombros, empujó un poco más y ella dejó escapar un pequeño gemido de gozo que le supo a gloria. Siguió moviéndose en aquella danza instintiva hasta que se perdió en aquella ola, dejándose arrastrar a su lado, apartando a un lado todo su autocontrol, igualando su pasión golpe a golpe.

Janice sentía el corazón en los oídos, no podía hablar, no podía respirar. No podía gritar. Solo podía amarlo.

## Capítulo 14

Los brazos de Erick la rodearon desde atrás y la estrecharon con fuerza. Ella se acomodó entre sus caderas y trató de ignorarlo, fingiendo que estaba dormida, pero le resultó imposible. Sobre todo cuando él comenzó a besarla en la nuca. Janice ladeó la cabeza para atrapar su boca y él la obligó a mantenerse quieta, en aquella posición privilegiada que le confería tenerla en su regazo, desnuda, con su miembro en el hueco de sus muslos.

Después de hacer el amor apasionadamente en el sofá, la había llevado en brazos al dormitorio y allí habían dado buena cuenta del resto de la caja de preservativos.

—Tenemos que irnos. Pronto amanecerá y Faith me echará de menos en casa —susurró ella, arqueándose contra su cuerpo de forma perezosa.

—Durmamos un par de horas antes de ponernos en marcha —Su voz sonó amortiguada contra su cuello.

—Hazlo tú. Yo velaré tu sueño —le aconsejó ella, cayendo en la cuenta de que estaría agotado después de haber pasado el día en el hospital con su padre y la tremenda sesión de sexo que habían tenido.

—¿Sigues sin poder conciliar el sueño?

—Sí, pero estoy acostumbrada, no te preocupes. —Le quitó importancia.

Llevaba demasiado tiempo sin dormir, como para no haberse hecho a la idea.

—Y también sigues sufriendo pesadillas por lo que le pasó a tu marido —concluyó él.

Janice se giró y quedaron cara a cara.

En sus brazos, y con la sensación de estar donde debía, todo sonaba diferente. Incluso escuchar de sus labios el problema que tanto la atormentaba hacía que pareciera más liviano.

—Esas pesadillas me perseguirán siempre.

Erick la miró en la penumbra, sus ojos hablándole en silencio, animándola a confiar sus secretos, ofreciéndole la oportunidad de abrirse a él.

Janice sintió un escalofrío y se apretó contra su cuerpo.

Sabía que aquel era el mejor momento para hablarle de lo que le pasaba, de lo que sentía. Estar en sus brazos le proporcionaba la fuerza que nunca encontraba para enfrentarse a su dolor, a su miedo a dormir y a que Thomas la

atrapara sin permitirle despertar. Y así se lo dijo.

Él la acomodó contra su pecho, la abrazó y la besó en el pelo.

—Tienes miedo a dormir por si tu marido viene a por ti. —Dicho por él no parecía un argumento tan ridículo, incluso hasta sonaba comprensible.

—Sé que parece una locura. De hecho, la mayoría de la gente del pueblo piensa que estoy chalada, incluido el jefe David.

—Él no cree...

Janice no le permitió protestar.

—Es cierto, Erick. Los hermanos de Thomas hicieron públicos mis informes psiquiátricos cuando me demandaron por ser la heredera universal de todos sus bienes. Los muy tontos no sabían que solo estaban litigando por unas enormes deudas. Ni siquiera quedaron satisfechos cuando les entregué lo que se pudo salvar después de la venta de las empresas que no estaban embargadas, incluido nuestro ático de Los Ángeles. Todo les parecía poco, hasta les pagué una cuantiosa cantidad de mis ahorros para que me dejaran en paz, pero nada.

—Debiste hablar claro con el sheriff cuando empezaron los chantajes. Y no me explico cómo Frank se ha mantenido callado, creía que era un hombre sensato.

—Porque yo le pedí que lo hiciera. Y porque pensé de verdad que me dejarían en paz cuando pusiera tierra por medio.

—Aún así, debiste hacer las cosas de otra forma, y no dejar que esos hombres te acosaran.

—¿Y permitir que todo volviera a empezar? Ya he tenido suficiente con que Thomas esté cada día más presente, más cerca de cumplir su amenaza. — Al ver que él la miraba como si se hubiera perdido algo, continuó.

Le habló de cómo cada hora de sueño que le concedía su marido era más horrible, más insoportable.

—Thomas está muerto, cariño —le recordó como si fuera una niña asustada.

—Lo sé —Suspiró, cansada de repetirse eso mismo—. Pero por las noches parece que está a mi lado. Lo siento tan cerca que puedo escuchar su respiración, sentir sus manos, su boca besándome la cara... su transpiración... —Se frotó el cuello como si le asqueara el simple recuerdo del sueño.

Erick la besó allí donde parecía que acabaran de tocarla, como si así pudiera apaciguarla.

—¿Eso te ocurre desde que has regresado al valle?

—Sí. A las pocas semanas comenzó todo. Y es tan... asqueroso.

—¿Tomas medicación?

—Al salir de la clínica no la necesitaba, las pesadillas eran más livianas, pero desde que llegué al valle, se han hecho tan reales que no puedo soportarlas. Faith me recetó otra vez somníferos, incluso he aumentado por mi cuenta la dosis, sin embargo... he comprobado que lo mejor es permanecer despierta, sin cerrar los ojos, sin darle a Thomas la oportunidad de torturarme —concluyó con firmeza.

—¿Y la doctora Sanders está al tanto de lo que ocurre? —Se mostró preocupado.

—Tengo que solucionar mis problemas yo sola, no puedo depender de ella toda la vida. —Se separó para mirarlo en la penumbra. Deseaba con todas sus fuerzas deshacerse de aquella sensación de ir siempre a la deriva, perderse por un tiempo en la dulzura de su mirada. Respiró profundamente y añadió—: Supongo que ahora estarás lamentando haberte acostado con una chiflada.

Él rió entre dientes y ella sonrió también, en lugar de enfadarse por ser objeto de su diversión.

—Tengo que reconocer que eres una chiflada muy sexy —Deslizó una mano por la curva de sus nalgas y la dejó allí de forma despreocupada.

Ella volvió a reír. Le parecía casi un milagro hablar sobre los peores momentos de su vida y que todavía tuviera ganas de bromear.

—Lo digo en serio, Erick.

—Yo también. Cuéntame qué pasó aquella noche. ¿Cómo comenzó todo? —le pidió él con esa voz suave y ronca que a veces utilizaba con ella.

La misma que usaría para hablar con un niño asustado, o la que imaginaba que pondría para mediar con todos los locos psicópatas que se cruzaban en su vida.

Janice cerró los ojos con fuerza. Cada vez que recordaba aquel momento fatal, sentía que se apoderaba de ella una profunda rabia, comparable solo al dolor. Aunque no se explicaba por qué tenía que sufrir por alguien que, hasta en el último latido de su corazón, solo pensó en causarle un gran daño.

Así se lo dijo y él le hizo verlo de otro modo.

—Creo que ese sufrimiento que te consume al recordar a tu marido es pura compasión, Janice, lo que demuestra que eres una buena mujer.

Ella valoró sus palabras.

—Thomas siempre se mostró orgulloso de sus éxitos, también de los

míos. Pero un buen día sus negocios comenzaron a ir mal, los gestionaban sus hermanos y, aunque procuraba disimularlo, surgieron problemas entre ellos. Por si fuera poco, mis contratos comenzaron a llegar pidiendo que actuara en solitario y él no asimiló que nuestras carreras se separaban.

»Ya no le importaba que el público se apiñara en la entrada de los teatros en los que él dirigía algunas de las mejores orquestas, sino que le afectaba de forma negativa que otra mucha gente me aclamara a mí, sin él a mi lado. Mi marido no concebía que el éxito pudiera ser efímero, sobre todo no concebía que el suyo lo fuera, y me culpaba de ello. Se pasaba el día pendiente del *rating*, como si estar más arriba o más abajo pudiera modificar su vida. Por otro lado, le molestaba que a mí no me interesara.

Entonces fue cuando comenzó a pedirme un hijo. Llegó a decirme que si no me quedaba embarazada era por egoísmo, por no querer renunciar al éxito para darle un heredero».

—¡Vaya un gilipollas!

Janice ahogó un amago de carcajada.

—Siempre sabes cómo hacerme reír.

—Porque adoro tu sonrisa. Sigue hablándome de ti.

Ella lo hizo. Le resultaba sorprendentemente fácil contarle sus inquietudes, sobre todo al ver pasar infinidad de emociones por su rostro severo.

Erick la escuchaba con los cinco sentidos, sumido en un agradable silencio, demostrándole que todo cuanto decía le importaba. Y también le gustaba sentir el calor de su cuerpo contra el suyo, sin dejar de abrazarla.

—Nunca he contado a nadie todos los detalles de esa noche. —Se removió nerviosa entre sus brazos. Ni siquiera Faith los conocía. Jamás había relatado con pelos y señales la horrible experiencia, y mucho menos había hablado de las visitas del fantasma de Thomas en la casona.

—Cuando estés preparada, lo harás.

—De todas formas, lo peor es que mis pesadillas son demasiado reales.

Ella asintió y continuó, animada por su comprensión.

—Me han quedado demasiadas secuelas que complican mi existencia —reconoció con lentitud—. No soporto ver sangre y no puedo gritar, mi voz se queda atrapada.

—Supongo que sabes que es importante hacer frente a lo que tanto te asusta. No se trata de vencer a tu miedo, sino de convivir con él y con tu pasado, para pasar página.

—Lo sé. Todo se resume en admitir que no soy culpable de lo ocurrido.

—Ya, pero la práctica resulta difícil, ¿verdad?

—Mucho. Algún día lo conseguiré. Contigo a mi lado todo resulta mucho más fácil —confesó mirándolo con fijeza.

—Me alegro de que digas eso. —Erick sonrió y ella se quedó sin aliento. Aquella sonrisa lenta le daba una apariencia inofensiva que Janice no se tragaba en absoluto—. ¿Y qué hay de la música?

—¿A qué te refieres?

—A que es algo muy importante en tu vida y también la has dejado de lado. El fantasma de Thomas Still no puede arrebatarte también eso.

—La música sigue dentro de mí —le explicó—. Yo soy la directora de orquesta que mueve mi día a día, muevo la batuta que marca el compas de la sinfonía de mi vida, y eso nunca podrá arrebatármelo ni Thomas, ni nadie. La mantengo oculta aquí. —Señaló la cabeza. Sonrió al recordar y le confesó muy flojito—: La primera vez que escuché una melodía maravillosa que me llegó al corazón, fue al verte y escuchar tu voz. —Hizo una pausa y continuó—. Hay veces en las que creo que mi espíritu no se ve amenazado; entonces, siento unas ganas irrefrenables de destapar el piano y tocar cualquier cosa, aunque sea una cancioncilla infantil. La tentación de sentarme y jugar con las teclas es enorme.

—¿Y por qué no lo haces? El otro día vi uno de esos trastos enorme, cubierto con una sábana en el salón de tu casa.

—Esta mañana he tenido el valor de destaparlo —reconoció, como si se tratara de una hazaña. Para ella lo era—. He conseguido vencer al miedo, por un rato, y he tocado una pieza.

—Bien, por ti. —La apretó contra él para demostrarle su apoyo.

—Antes podía pasarme horas y horas al piano. Por supuesto, paraba para atender mis necesidades más básicas —comer, dormir y cualquier otra llamada de la naturaleza—, pero cuando una melodía se me metía en la cabeza, esos asuntos no eran más que interrupciones. Mi auténtica vida era un concierto sin fin. Pero bueno... —Cambió de conversación—. Se nota que no tienes ganas de levantarte, ¿verdad detective?

—Ninguna —reconoció él, obligándola a arquearse bajo las sábanas mientras le hacía cosquillas.

—¡Oh, para ya! Por favor, Erick, no hagas eso —protestó intentando huir de la cama, pero él la apesó por las piernas y la arrastró de nuevo a su lado—. ¡No, por favor, más no!

—Una mujer desnuda con cosquillas es lo que más me gusta. —Se tumbó sobre ella para impedir que se levantara—. Y una mujer desnuda con cosquillas tocando el piano debe de ser la leche. Me gustaría oírte tocar algún día —le dijo cuando ella dejó de forcejear y solo lo abrazó.

—¿Desnuda ante el piano mientras tú me haces cosquillas?

—Eso después.

—Me has recordado a mi abuela —dijo en un murmullo—. Nunca se cansaba de escucharme mientras ensayaba. Cuando concluía una pieza y le pedía algunas de las deliciosas galletas de avena que acaba de hornear, sonreía y decía dándome una palmadita en la espalda, «toca un poco más, cariño; las galletas, después».

—¿Qué más decía tu abuela?

—Eres muy preguntón.

—Solo quiero saber por qué has permitido que te roben los sueños. La música era tu vida, tu abuela deseaba verte convertida en la mejor concertista y, sin embargo, has permitido que Thomas se lleve todo eso.

—Yo... —Janice guardó silencio. Pensativa.

Al verla morderse los labios con gesto preocupado, se inclinó y la besó suavemente, con los brazos a cada lado de la cabeza, en la almohada, presionando su dulce cuerpo con el suyo.

—Siento haber sido tan brusco, cielo, no era mi intención —dijo al finalizar el delicioso beso.

—No importa. Supongo que llevas razón —Estuvo de acuerdo—. Faith y tú siempre la lleváis.

—Adelante, cuéntamelo —la animó.

—¡Está bien! —Meditó durante unos largos segundos mientras buscaba las palabras adecuadas para hablar de lo que nunca contaba a nadie, pero prefirió comenzar por una edad en la que todo resultaba más amable: cuando era niña —. Mi abuela solía decir que todo el mundo lleva dentro su propia música, y que la mía la hacía regresar a épocas pasadas, en las que su corazón había latido emocionado.

—Una mujer muy lista.

—Sí. Henrietta conoció a mi abuelo en un concierto, en Santa Bárbara, y allí se enamoró de él. Ella siempre quiso ser concertista, tocaba el violín, pero jamás se atrevió a hacerlo en público. En aquellos tiempos no estaba bien visto, de modo que solo tocaba para los amigos. —Sonrió antes de

agregar—. También decía cuando yo era una adolescente que algún día amaría a un hombre con la misma pasión que interpretaba mi música, y luego se reía. —A pesar de que el tono de su voz sonaba calmo, dentro bullía todo un mundo de sentimientos contradictorios. Nunca nadie había conseguido extraerle tantas emociones y pensamientos juntos. Nunca. Negó con la cabeza y ocultó la cara contra su pecho, amortiguando la voz—. Reconozco que mi abuela llevaba razón. Parecía adivinar que Thomas y yo nunca terminaríamos juntos. Sin embargo ella y mi abuelo, a pesar de las extrañas circunstancias, se quisieron mucho y permanecieron juntos hasta que él murió.

—¿Qué extrañas circunstancias?

—Chismes de pueblo, habladorías. Se dijo durante un tiempo que él tenía una amante en el valle, pero si fue cierto o no, el amor que sintió por su esposa triunfó y de la otra mujer nunca pudo probarse nada.

—Vaya, con el abuelo Wallace.

—¡Tonto! —Fingió darle un puñetazo en el estómago al ver que se alzaba sobre ella, desnudo, espléndido, y con aire fanfarrón—. Y ahora dime cosas de ti y de tus inquietudes, que también las tienes, matón de instituto.

Él asintió, se acomodó a su lado y meditó, aunque ella sabía que más que buscar las palabras lo que buscaba era el empuje para reconocer sus anhelos.

—Anoche, cuando regresaba a casa estaba pensando en ti.

—¡Vaya! ¿Qué tiene eso de inquietante?

—Espera, mujer, no seas impaciente. Estaba pensando en ti, en lo que dijiste sobre mi padre y la forma en la que me niego a aceptar su enfermedad.

—Hizo una pausa y agregó—: No sirve decir lo injusta que es la vida.

—Eso ya lo dije yo. Si estamos haciendo un análisis de nuestros...

—¿Nos estamos psicoanalizando? —La miró de reojo con gesto burlón y ella se apretó contra él.

—Estamos desnudos y hemos hecho el amor. Ahora que ya sé como ama el hombre, quiero saber lo que piensa.

Erick la miró fijamente, tragó saliva y aceptó.

—Vale.

Al ver que guardaba silencio, ella intentó allanarle el camino.

—Supongo que el accidente de tu padre te ha afectado bastante.

—No sé qué hacer con él, pero algún día tendremos un problema gordo. —Chasqueó la lengua—. Hace unas semanas intentó huir de la residencia por un túnel, como si lo hicieran de la prisión de Alcatraz. Al parecer la idea surgió de un nuevo amigo suyo y él se puso manos a la obra, a abrir un agujero

detrás del lavabo de su habitación. Por si eso fuera poco, ayer se subió a la azotea y se lanzó al vacío. Ahora insiste una y otra vez en que lo empujaron... en que yo lo empujé —agregó con un deje de infinita tristeza—. En fin, el médico dice que ha salido ileso de pura suerte porque se quedó enganchado en las cuerdas que utiliza el jardinero para guiar las plantas trepadoras que hay junto al invernadero. Solo se ha dislocado un brazo y le duele la cadera, pero podía haberse matado.

—Pobrecillo —dijo en voz baja.

—No sé qué hacer, Janice. Esa residencia vale una millonada, pero no me importa buscar el dinero debajo de las piedras si él está bien. Lo malo es que los médicos ya nos han advertido que, si continúa con esa conducta que ha adoptado desde hace unos meses, tendrá que ir a un lugar más apropiado. Por su propia seguridad y por la de los demás —apostilló con retintín.

—Podrías hablar con Faith. No viene mal tener otra opinión.

Él fue a decir algo cuando su teléfono móvil comenzó a sonar en la distancia.

—Perdona, solo será un momento —prometió estirando el brazo y buscando en la mesilla de noche. Al recordar que se habían desnudado en el salón, salió de la cama de mal humor—. Espero que sea importante. Ese condenado bicho suena a urgencia.

Janice lo observó mientras se alejaba gloriosamente desnudo hacia las escaleras, aguantó la respiración y deseó que la llamada no trajera malas noticias. Aquel hombre le importaba demasiado, y las noticias desagradables minaban el alma.

Sabía que iniciar una relación tórrida con alguien como Draven era lo último que necesitaba, pero aún así le atraía demasiado. Hasta ahora, no se había dado cuenta de lo sola que estaba; de hecho, no había percibido cuánto lo necesita hasta que la abandonó en la cama y dejó su hueco vacío.

Escuchó sus pasos acercándose y lo vio aparecer por la puerta del dormitorio. ¡Santo cielo ahí estaba! Ocupaba mucho espacio. El aire a su alrededor parecía cargado de electricidad. Era tan grande, tan esbelto. Tan increíblemente guapo.

Se había vestido.

Lo vio cruzar los brazos y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse embobada mirando la prominencia de sus bíceps que distendían las mangas de la camiseta.

—Tengo que marcharme —le dijo muy serio.

—¿Qué ha ocurrido? —Salió de la cama alarmada al percibir su tono preocupado. Ni siquiera le importó mostrarse en toda su desnudez—. ¿Tu padre, otra vez?

—No. Vístete, por favor. Te lo contaré por el camino.

## Capítulo 15

Los cuerpos sin vida de Luc y Jonas Still se encontraban en mitad del garaje subterráneo del *Holiday Inn*, donde se hospedaban desde hacía días, a mitad de camino en el valle entre Buellton y Santa Ynez.

El deportivo de los hermanos estaba perfectamente estacionado, con la puerta del conductor abierta, lo que indicaba que se disponían a montar en él cuando fueron sorprendidos.

Erick se ajustó los guantes de látex y levantó la sábana térmica con la que los policías habían cubierto uno de los cadáveres para evitar las miradas de la docena de curiosos que se habían agolpado en las instalaciones.

—Este es Lucien Still —informó el sheriff con voz grave—. Y el otro es su hermano, Jonas.

—Joder. Esta vez, el sujeto se ha ensañado bien con ellos.

—¿Esta vez, dices?

Cubrió el cuerpo y se acercó al otro. Ambos estaban sobre un gran charco de sangre. Sus camisas desabrochadas y las gargantas totalmente separadas del tronco por un corte profundo de lado a lado. Otra incisión desde la barbilla hasta el pecho formaba una sangrienta cruz que llegaba hasta el tórax.

—Llegados a este punto, David, no me negarás que nos encontramos ante un asesino en serie.

—¿Y cuál es ese punto definitivo, si puede saberse? No existe relación aparente entre estos asesinatos y los dos anteriores de las mujeres.

—Me pediste mi opinión, jefe. Hace unas semanas te la di, a pesar de basarnos en meras conjeturas, pero no hay duda de que se trata del mismo sujeto.

—Al menos dime cuál es la causa que te lleva a esta conclusión, porque yo no veo conexión alguna.

—Como siempre es preliminar. Tendremos que esperar al informe del forense, aunque a simple vista es evidente que han muerto desangrados.

—¡Y tanto! Ese tipo les ha rebanado la garganta como si fueran cochinos.

En ese momento llegó la policía científica y ambos retrocedieron unos pasos para dejarles trabajar. El médico forense los saludó con un asentimiento de cabeza y abrió su maletín, al tiempo que se ponía de cuclillas ante una de las víctimas.

El jefe David seguía dándole vueltas al mismo tema del asesino serial con incredulidad.

—Reconozco la semejanza entre el caso de la mujer que asesinaron cerca de la residencia de ancianos y el de la señora Perkins, pero no veo ninguna con el de dos chantajistas que han venido al pueblo para extorsionar a una viuda que acaba de heredar. Por más que busco el nexo, no lo encuentro. — Chasqueó la lengua con fastidio.

—Ten en cuenta, David, que nos encontramos ante un asesino desordenado, con un fuerte sentimiento religioso. Estoy seguro de que el único vínculo entre las víctimas es un odio desmedido hacia alguien en especial, por eso sigue un patrón diferente en cada asesinato. A estos dos hombres los ha degollado, como si el hecho de ver su sangre derramada, apaciguara su alma. Sin embargo a las mujeres las estranguló con un rosario y las colocó como si estuvieran rezando. El corte que ambos tienen es en forma de cruz, y estoy seguro que mientras los mataba les recordaba que sería Dios el que los juzgaría, a pesar del castigo.

El forense les mostró un rosario que acababa de extraer de la boca de uno de los cuerpos, y lo introdujo en una bolsa para pruebas.

—Un tarado creyente, lo que nos faltaba —resopló David.

Ambos se fijaron en otro rosario idéntico que el médico extrajo de la boca de la otra víctima.

—O un hombre en el que la religión siempre ha estado muy presente, pero con un sentido malévolo y equivocado. Como si el pecado y el perdón fueran de la mano y él se hubiera convertido en la mano ejecutora de Dios.

—¿Entonces no buscamos a un cura? —Se rascó la cabeza con gesto dudoso.

—Más bien a alguien cuya vida ha girado en torno a la religión. No tiene por qué seguir un patrón idéntico, incluso cada vez que mate puede variar o perfeccionar su técnica. Aunque, con este sujeto me atrevería a decir que algunas de las víctimas solo son obstáculos, por eso no se preocupa de colocar los cuerpos, ni de esconderlos, como ha ocurrido con los hermanos Still. A la señora Perkins la estranguló, le colocó las manos sobre el pecho, se preocupó de que «durmiera en paz», de que su cara reflejara serenidad, y depositó un rosario entre sus manos, como si estuviera pidiendo perdón, o rezando por sus pecados.

—¿Qué pecados?

—El sexo, por supuesto. Todo lo que giraba en torno al erotismo de su

negocio, y al deseo que despierta la ropa interior femenina. Por eso la violó.

—Joder, y después la puso a rezar. ¡Qué tío más loco!

—Supongo que dio con ella en un momento de frustración sexual. La pobre señora se cruzó en su camino, en el sitio equivocado y en el momento equivocado.

—¿Y con la otra víctima que dejó en la carretera secundaria que lleva a la residencia?

—Estoy seguro que esa mujer frustró de alguna manera sus planes, y eso debió de cabrearlo mucho. En algunos asesinos seriales, el primer caso encierra las claves de la motivación del autor. —La imagen de la señora Perkins desfiló con rapidez ante su mente. La recordó en una escena que inspiraba claramente compasión, como una mujer pura y buena orando en un cómodo recodo del parque, bajo la sombra de los árboles, después de arrepentirse de sus pecados—. Me gustaría ver las fotografías del cuerpo de la primera víctima, y reconocer el escenario del crimen. Seguro que entonces comprenderemos más cosas de la motivación del sujeto.

—¿Significa eso que, por fin, nos echarás una mano? —El sheriff no pudo disimular su regocijo.

—Veremos qué se puede sacar de todo esto.

Echó un vistazo alrededor y se fijó en los policías que estaban empolvando los puntos habituales en los que solían encontrar pistas. Uno de ellos estaba haciendo fotografías y otro, de cuclillas, se disponía a hacer un molde de una huella de neumático, cerca de los dos cuerpos. Alrededor de la misma, había restos de tierra rojiza, como si se hubieran desprendido de la rueda al hacer un giro sobre el cemento del suelo. Tomó una bolsa de muestras de las que había dispuestas en un maletín, en el suelo, y recogió una pequeña cantidad en su interior. La observó de cerca, era tierra roja de la que había por algunas zonas del valle; la guardó en un bolsillo y le pidió al agente que tomara otra para analizarla.

—Desde luego, señor —dijo el hombre, obedeciendo.

El molde de la huella de la rueda ya estaba listo y le había puesto una etiqueta numerada.

—¿Qué puede decirme de esa huella?

—A simple vista, que corresponde a un vehículo grande.

Ambos coincidían. Hizo un análisis mental de cómo el sujeto, al acabar de matar a los hermanos, se acercó al vehículo, una furgoneta probablemente, la misma que utilizó aquella noche para consumir la violación de la señora

Perkins mientras descargaba la tormenta en el aparcamiento exterior de la plaza del pueblo. Se puso en pie y rastreó concienzudamente el suelo. Siguió un rastro imaginario de dónde estaría el vehículo antes de que acelerara y dejara aquella hermosa huella.

No tardó mucho en encontrar una mancha de color oscuro, como la que descubrió días antes en otro escenario del crimen. Pero esta vez no era de sangre, la cual había en abundancia alrededor de los dos cuerpos, sino de aceite quemado de un motor que no funcionaba muy bien. Estaba seguro de que de no haber sido por la lluvia, aquella noche también habría encontrado otra mancha idéntica en el lugar en el que estuvo estacionada la furgoneta donde el sujeto retuvo el cuerpo de la señora hasta que cesó la tormenta.

Se acercó al médico forense que abandonaba el lugar con el jefe David y esperó que les dijera algo más relevante que no fuera la causa de la muerte, mientras salían al exterior por la rampa del garaje.

—La temperatura corporal de las víctimas indica una franja horaria preliminar de la muerte de entre medianoche a las cuatro de la madrugada. Podré concretar más cuando haya llevado a cabo el resto del procedimiento y mida el nivel de lividez, pero ya tienen algo. ¡Ah, y lleva razón, señor Draven! A simple vista esos objetos que hemos extraído de los cuerpos son de culto religioso, para rezos católicos. Seguimos en contacto. —Se despidió el hombre alejándose hacia uno de los coches que había aparcados en la zona acordonada.

—Estamos a medio camino entre Santa Ynez, Buellton y el resto del valle —pensó Erick en voz alta—. ¿Qué hora sería cuando te avisé del ataque que sufrió Janice en mi propiedad?

David meditó, antes de responder.

—Sobre medianoche, ¿por qué? —Abrió muchos los ojos y añadió—. ¡Oye, no estarás pensando que todo esto es por la viuda!

—Eso lo está diciendo tú, jefe —replicó él en tono áspero—. Janice creyó que el tipo que la atacó era yo porque llevaba un coche grande, probablemente, una furgoneta; la misma que utilizó el sujeto para asesinar a la señora Perkins. Además, todo sucedió a medianoche, cuando yo llegaba a casa desde *El dulce hogar de Ynez* y pude impedir que la atropellara. De hecho, te recuerdo que a esa hora tú y yo hablábamos por teléfono, y los Still todavía estaban vivos.

—¿Y qué pinta la viuda en el escenario de este crimen? —El hombre señaló su todoterreno estacionado cerca de la entrada del hotel.

—La llevo a casa. Me disponía a hacerlo cuando me telefoneaste para avisarme del doble asesinato.

David alzó una ceja, miró su reloj y después a él, con una incómoda pregunta que dejaba en el aire. Sin embargo, prefirió seguir hablando del asunto de los hermanos.

—Joder. He tenido un hombre siguiéndoles la pista a esos chantajistas durante toda la semana, como me pediste. Y esta noche, después de que atacaran a la señora Still en tus tierras, van y se los cargan.

—Extraña casualidad, ¿verdad?

—Pues sí. —Un silencio reflexivo, mientras miraba de nuevo el todoterreno—. ¿Y dices que te disponías a acompañar a la muchacha a su casa? —Puso cara de estar echando cuentas, como si no le cuadrara que desde la primera vez que hablaron por teléfono, y la segunda, hubieran transcurrido varias horas—. ¿Te refieres a acompañarla después de...? —preguntó dejando la frase en suspenso.

—Sí, ¿qué pasa? Iba a llevarla casa. —De nuevo aquel tono áspero que no podía evitar cuando hablaba de un tema incómodo—. Como cuando te acompaño a ti, o tú me llevas a mí. Exactamente igual.

—Sí, tío, pero con sexo. No es exactamente igual —El hombre hizo una pausa para observar su reacción, pero Erick no mostró ninguna.

—Mañana iré a la comisaría —regresó al tema inicial—. Quiero ver las fotografías del primer caso, jefe. —Se despidió encaminándose hacia el vehículo.

El viaje de regreso se hizo en un profundo silencio, cada uno sumido en sus pensamientos; lo que Janice no sabía si agradecer, porque la noticia de que sus cuñados habían muerto de forma tan macabra no era fácil de digerir.

Por otro lado, la pasión que había vivido junto a Erick era un sueño hecho realidad, una quimera que había desestabilizado su mundo, poniéndolo patas arriba.

El crimen de los hermanos parecía una llamada de advertencia desde el más allá. «Solo escucharás en tus sueños, la melodía de la muerte», le había dicho Thomas antes de pegarse un tiro. Y así era porque una sinfonía lenta no dejaba de sonar en su cabeza en honor a sus difuntas ilusiones.

Definitivamente, Thomas estaba cumpliendo su maldición.

Meditar en soledad se le daba bien, y había tenido un buen rato para hacerlo mientras la policía investigaba las causas del doble asesinato.

También había sacado una conclusión. Ella no había venido al valle en busca de una relación; de hecho, desde la muerte de Thomas jamás se planteó volver a estar con un hombre, no lo había buscado, sin embargo él la había encontrado.

No se explicaba cómo Erick Draven había llegado a importarle tanto. Apenas lo conocía desde hacía unas semanas, y ya era imprescindible en su vida.

No debía dejarse llevar por los sueños, ni por las sinfonías que formaban sus emociones. Necesitaba mantener la mente despierta y el corazón dormido, ser realista, no enamorarse. Ahora no.

Al comenzar a ascender la colina que llevaba a la casona, vislumbró a Faith al pie de las escaleras. Menos mal que la había telefoneado desde la zona acordonada por la policía para contarle lo que había ocurrido con los Still. Pero su mensaje no debió de resultar muy apaciguador, porque distinguió en el porche a Adele y a sus padres que también la esperaban.

Ella miró a Erick y por un instante tuvo el absurdo impulso de pedirle que diera la vuelta y la llevara de regreso a su casa. Sin embargo, se limitó a suspirar con resignación y quitarse el cinturón de seguridad en cuanto el coche paró ante la escalinata de piedra.

Estaba cansada, pero la idea de irse a la cama sabiendo que no podría dormir le repelía. La tensión acumulada, los acontecimientos y la sucesión de sentimientos que la asaltaban al estar con Erick le estaban pasando factura. Aquello no era más que una ilusión que nunca podría completarse.

Cuando estaba a punto de bajar, él la retuvo por la mano.

—Espera, no te vayas así, sin decirnos siquiera adiós.

—Estoy agotada —manifestó sus pensamientos en voz alta.

—Lo sé. Y lamento profundamente que hayas tenido que vivir esta noche una experiencia tan horrible.

—Tú no tienes la culpa.

—No estoy de acuerdo. —Hizo una pausa reflexiva y al ver que lo miraba con atención, agregó—: Janice, sé que ahora no es el mejor momento para hablar de esto...

—¡Erick, no! —lo interrumpió, cubriéndole los labios con la mano—. No lo hagas más difícil, por favor.

—Está bien —asintió con suavidad.

Le acarició la mejilla con el dorso de la mano y se inclinó para besarla.

Janice se echó hacia atrás.

—Yo... es cierto que esta noche me has hecho sentir viva, Erick, y que tenemos que hablarlo, pero me gustaría que no vayamos más allá. Por favor — Apenas un susurro.

Sus ojos brillaban en la penumbra iluminada por el tenue reflejo del salpicadero, y el amanecer que despuntaba en el horizonte.

—Tengo la impresión de que nos estamos despidiendo —observó él con gravedad.

—Nos estamos despidiendo, Erick —determinó sin dudar.

—¡Vaya! —Agitó la cabeza como si no comprendiera—. ¿Me he perdido algo en el camino?

—Será mejor que me marche. —Señaló el porche donde la esperaban sus amigos.

Él apretó el volante con ambas manos y miró al frente. Los primeros rayos del sol asomaban tras el bosquecillo de robles.

—Desde luego. Si es eso lo que deseas...

—Es lo que deseo. —Necesitó toda su fuerza de voluntad para no echarse en sus brazos y pedirle que no la dejara sola. Nunca más. Pero sabía que estaba haciendo lo correcto al romper el más bonito de sus sueños. Antes de que otros se lo robaran, causándole más dolor—. Seamos realistas —le pidió con un hilo de voz—. Ni tú ni yo vinimos al valle en busca de aventuras, y mucho menos de amor. Ambos necesitábamos curar nuestras heridas y aunque esta noche me has hecho tocar el cielo con las manos, yo...

—Ni se te ocurra darme las gracias —le advirtió él con voz ronca, blandiendo un dedo ante ella.

—No iba a hacerlo —protestó a punto de echarse a llorar—. Pero mientras estabas con el sheriff y con... los cadáveres de los Still... he estado pensando.

—¿Y qué has pensado?

—Que no estoy preparada para iniciar nada. Todavía no. Mis heridas en el corazón y en la mente todavía sangran y ya sabes lo que ocurre cuando veo la sangre. No quiero sufrir más, ¿tan difícil es de comprender?

—No. Ha quedado muy claro.

—Erick...

—Si vas a seguir poniendo excusas, cállate.

—No son excusas.

Ninguno dijo nada más durante un largo silencio.

Janice se fijó en aquella sutil manera que él tenía de volverse

inescrutable. Más que mostrar un rostro inalterable, era como si acabara de recuperarse de recibir un buen golpe sin inmutarse. O se dispusiera a darlo.

—No puedes fingir que no ha pasado nada entre nosotros, y marcharte tan tranquila —espetó con demasiada brusquedad.

—No voy a hacer tal cosa. —Parpadeó nerviosa—. Pero pensando en ti... en mí... siento dos posiciones distintas. Por un lado estoy feliz por tenerte y por otro me angustia la idea de perderte. No puedo permitirme el lujo de soñar.

—¿Y por qué no te limitas simplemente a dejarte llevar, Janice?

—¡No es tan fácil! Necesito tiempo.

—Yo no te presiono, lo haces tú misma.

—No comprendes... mis días y mis noches son tan opuestos como los sentimientos que me atormentan. Dejarse llevar no sirve, y no quiero que más adelante tengamos que lamentarnos por lo que pudo ser y no fue.

Sin terminar de hablar, al ver que los Renter entraban en la casa y que sus amigas iban a buscarla, abrió la puerta y salió del coche antes de que él fuera a impedirselo. Aunque por la forma de mirarla, cuando ya estaba fuera, supo que no lo habría hecho.

—Ya seguiremos hablando más tarde. —Fue lo único que dijo antes de dar el contacto al motor.

—No hace falta hablar más, Erick.

—Eso lo decido yo —le advirtió con aspereza. Janice cerró la puerta cuando él agregó en voz alta, aprovechando que la ventanilla seguía bajada—. Procura no ir sola a ningún sitio, Janice.

—¿Por qué? ¿Acaso el sheriff te ha dicho algo que yo deba saber? —lo miró intranquila.

—No diré más, no quiero comprometer la investigación. Pero si alguien se pone en contacto contigo, o ves algo sospechoso por los alrededores, llámame o busca al sheriff.

—No se preocupe, detective, nosotras cuidaremos de ella —le advirtió Adele, asomando su roja cabeza al interior del coche.

—Sois las tres igual de testarudas, siempre queriendo solucionar vuestros problemas sin ayuda de nadie, al margen de la ley.

En cuanto el coche salió disparado, Adele y Faith la miraron como si esperaran algo. Una explicación.

—¿A qué ha venido eso de «testarudas»? —Inquirió Adele.

—Sí, eso. ¿Y lo de «vuestros problemas al margen de la ley»? —agregó

la psiquiatra.

—Veréis, es que han ocurrido algunas cosas —balbuceó, ella.

—¿Además de que quisieran atropellarte cuando fuiste a devolverle el bastón a su propiedad? ¿Además del asesinato de tus cuñados? —Faith puso los brazos en jarras.

Ambas la miraron con ojos analíticos, hasta que Adele se llevó las manos a la boca y gritó antes de exclamar.

—¡Te has acostado con él!

—Bueno... un poco. Sí.

## Capítulo 16

Erick estaba furioso.

«No estoy preparada», le había dicho. Esas palabras vibraban con cólera en su cabeza.

No sabía si estaba más enfadado con ella o con el maldito Thomas Still, el tipo cobarde que antes de pegarse un tiro se había asegurado de matar sus sueños para siempre.

Si su marido estuviera vivo sabría cómo luchar con él, cómo hacerle ponerse de rodillas para suplicarle perdón hasta que ella no se sintiera culpable de nada. Pero no sabía cómo enfrentarse a un muerto.

De repente, se acordó de su padre, cuando era jefe de policía de Buellton y trabajaba con David. Luego vino la enfermedad de su madre que lo obligó a jubilarse antes de tiempo. Él siempre decía que un hombre sabía cuándo había encontrado a su alma gemela, que el amor de una mujer podía cambiar a un tipo, sin importar un bledo si podía tenerla o no. Y era cierto, ahora lo sabía. Lo único trascendental en este momento era amarla, deseaba a Janice con todas sus fuerzas, pero ella se empeñaba en apartarse con la excusa del miedo. ¿Cómo enfrentarse a eso?

Amaba a aquella testaruda como su padre adoraba a su madre, a pesar de que llevaba varios años muerta. Tal vez por eso el viejo se aferraba a su pasado, a sus recuerdos felices, para olvidar el temor que sentía ante un futuro sin ella.

Reflexionó sobre sus conclusiones y negó con la cabeza. Por primera vez comprendía a aquel anciano enfermo que se alejaba irremediabilmente de la realidad; lo entendía porque Janice era su presente, como su madre lo era de su padre.

Golpeó el volante con una mano y sintió ganas de gritar.

Estaba furioso y eso no le permitía pensar con claridad. En realidad llevaba en aquel estado de idiotéz desde que la vio por primera vez en la tienda de los Renter. Entonces pensó que aquella amazona morena podría darle más de un quebradero de cabeza, y no se equivocaba. Después, cuando apareció en el porche de su casa, mojada, asustada y herida supo que lo había conquistado, pero la noche en la que lo besó... podría decir el segundo exacto en el que le robó el corazón.

¡Joder!, él nunca habría dicho que le habían robado el corazón. No era tan cursi, ni tan romántico, pero es que tampoco ninguna mujer se había colado en su mente con la fuerza de un disparo. La había sentido como un lobo a su hembra, como un hombre deshecho podía percibir su destrucción total.

Janice le había dicho muy claro que sus días y sus noches eran tan opuestos como sus sentimientos, pero es que él también estaba perdido. Llevaba caminando sin rumbo mucho tiempo y ahora que ella se había convertido en su Norte.

Entró en el camino de tierra roja que conducía a su casa y frenó en la misma curva en la que estuvo parada la furgoneta del sujeto.

Al ir a bajar se fijó en la moqueta del suelo del copiloto, estaba manchada del mismo barro oscuro que llevaba en la bolsa de muestras. Seguramente se había desprendido de las botas de Janice al haberse secado. Aún así, la comparó sacándola del bolsillo y tomando una cantidad en la mano. Eran idénticas. Y estaba seguro que la del camino también, pero no era una prueba concluyente, ya que color rojo del valle procedía del óxido de hierro expuesto en piedras desgastadas. Lo que sí lo sería eran las huellas de las ruedas de la furgoneta, pensó bajando y mirando alrededor. No le costó mucho localizarlas, aunque había llovido, parecían intactas. Las fotografió con el móvil y regresando al todoterreno, enfiló hacia su casa.

Descubrir que un psicópata pudiera haberse obsesionado con Janice, y que ese mismo hombre había cruzado varias líneas rojas le carcomía por dentro.

No quería alarmarse, ni alarmarla a ella, pero cuantas más vueltas le daba al doble asesinato de los Still, y al ataque que ella había sufrido en su propiedad, más seguro estaba del nexo que se había establecido. Encontrar ese vínculo y conectarlo con los asesinatos de las dos mujeres era cuestión de tiempo. Pero él no tenía ese tiempo. ¡Quería soluciones ya!

Janice bebió un trago de leche, consciente de los cuatro pares de ojos que no se quitaba de encima, mientras terminaba de relatar el ataque del desconocido que quiso atropellarla, y la horrible noticia del asesinato de los Still.

—¡Santo cielo, es todo tan desagradable! —Clare no daba crédito—. Pero... ¿no vas a hacer nada, Frank?

—Por supuesto —anunció el hombre con cara congestionada y la mirada fija en ella.

—Ya están investigando el asesinato de Luc y Jonas —les aclaró Janice sin mucho interés en continuar hablando de aquel tema—. No se puede hacer mucho más.

—Pero han intentado matarte, cariño —le recordó la mujer como si hablara con una niña. Una niña tonta.

—Telefonaré a David ahora mismo —dijo Frank, poniéndose en pie.

—El sheriff ya está al tanto —les recordó ella.

—Pero hay un asesino suelto —intervino Adele, que hasta entonces no había dicho nada.

—O dos —sugirió Faith.

—¡Dios bendito! Frank, tenemos que hacer algo —insistió Clare, agarrándolo por la manga de la camisa.

—Por supuesto —repitió él—. De momento, nos quedaremos aquí en la casona, no vamos a dejar a Janice ni un minuto a solas.

—Es una gran idea —celebró su esposa.

—Y tú señorita —El hombre la señaló con el dedo—, no irás a ningún sitio si no es acompañada.

—Eso mismo es lo que ha dicho Erick Draven —informó Adele.

—Me alegro de que ese muchacho tenga dos dedos de frente —advirtió Frank poniéndose en pie.

Janice guardó silencio mientras el matrimonio abandonaba la cocina, al tiempo que comentaban entre ellos la estupenda idea de instalarse en la casona.

—Siento que mi familia invada tu casa, Janice, pero esta vez tengo que darles la razón a mis padres.

—Tal vez, deberíamos regresar a Los Ángeles —apuntó Faith recogiendo los platos del desayuno.

—¿Huir de nuevo? —Ella la miró como si no la comprendiera.

—Tú nunca has huido —le reprochó Adele, ceñuda—. Pero opino como Faith. La noticia de la muerte de tus cuñados engordará las malas lenguas y, en menos de veinticuatro horas, el pueblo será un hervidero de curiosos y periodistas.

—Cierto —apostilló la psiquiatra—. ¿Tengo que recordarte como te persiguieron la otra vez?

—No, no tienes que hacerlo. —Ella se frotó la cara con las manos.

De repente, se sentía abatida.

—La mayoría de los vecinos saben que solo se trata de chismes sin

fundamento. —Adele quiso suavizar las últimas palabras—. Lo malo es que hay estúpidos que no se dan cuenta el daño que hacen. Te lo digo por experiencia, echan una cerilla, avivan el fuego y luego se lavan las manos. — Se quedó callada, como si hubiera hablado de más.

—¿A qué te refieres? —Janice había perdido el hilo de la conversación, aunque más bien pareciera que Adele hablaba de otro fuego.

—Olvídalo, no tiene importancia.

—Lo que no comprendo es quién querría hacerte daño. —Faith regresó al tema inicial.

—¿Y qué buscaba ese chalado en la propiedad de Erick? —Adele dio en el clavo porque ambas la miraron, como si no hubieran caído en el detalle.

—Llevas razón. Janice, has dicho que lo confundiste con el detective, lo que significa que ese hombre no te siguió, lo hubieras visto al salir del pueblo cuando fuiste a abastecerte a la farmacia. —Hizo referencia a la visita para comprar munición que les había contado, antes de que se unieran sus padres al desayuno.

Las tres pensaron durante unos segundos.

—Lo único que se me ocurre es que su objetivo fuera Erick —expuso Janice con cautela.

—Pero entonces no te habría asustado a ti.

—O le molestó que echaras a perder sus planes —dilucidó Adele.

—¿Qué planes? ¿Atropellar a Erick? —Janice apartó la idea por ridícula de un manotazo al aire.

—Hablando de tu detective... —La pelirroja hizo una pausa deliberada—. ¿No tienes nada más que contarnos? —Al ver que ella negaba en silencio, fue directa al grano—. ¿Nos cuentas que fuiste a por preservativos para acostarte con él y nos dejas sin los detalles? Te has quedado en lo mejor del relato cuando nos han interrumpido mis padres.

—Bueno... Ya no tiene arreglo. —Se mordió los labios.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo he estropeado. Antes de bajar del coche le dije que no estoy preparada para iniciar una relación amorosa, que sigamos como hasta ahora.

—¡Oh, no, Janice! —Faith se sentó a su lado, quedando ella entre las dos, y le pasó un brazo por los hombros en un gesto comprensivo—. ¿Y qué te ha dicho él?

—Se ha enfadado. Mucho.

—No me extraña —Adele fue sincera—. Solo te falta haberle dado las

gracias por un buen polvo. —Al ver que ella se mordía los labios otra vez, exclamó—. ¡Por Dios, lo has hecho!

Súbitamente, Janice se dio cuenta de lo ridículas que sonaban sus palabras en boca de otra persona; lo absurdas que sonaban sus excusas para ocultar la verdad.

—Tengo miedo de que mis sueños vuelvan a truncarse, no lo soportaría. Con él... no.

—No tiene por qué ser así. —Quiso convencerla Adele.

—Yo te comprendo —dijo Faith en ese tono amable que tanto bien le hacía—. Te mueres por volver a verle, por estar en sus brazos, pero te asusta lo que sientes porque ya lo sentiste una vez por otro hombre.

—Y me equivoqué. Me enamoré de Thomas y, aunque no fue lo mismo... él me lo robó todo.

—Tú lo has dicho, Thomas y Erick no son la misma persona.

—Por supuesto que no. Jamás sentí por nadie lo que siento por Erick, pero no puedo evitar tener miedo a sufrir de nuevo, a perderlo todo.

Janice recordó uno de los primeros conciertos que compartieron. Él era el director de orquesta y ella la pianista principal. Thomas la tomó de la mano y la acompañó al centro del escenario. El público la ovacionaba sin cesar, la vitoreaban, todos coreaban su nombre y ella se sentía la mujer más feliz del mundo. Incluso creía que la vida era maravillosa, o al menos que los problemas que estaban surgiendo en su matrimonio eran menos importantes. Luego, aquella noche, al llegar a casa, la condujo al dormitorio, la miró con desprecio y le pidió que meditara sobre lo ocurrido. «Humillar a tu marido no es la mejor manera de demostrar tu amor», le dijo con brusquedad, antes de marcharse. Después de eso, tardó varios días en volver a verlo, y lo primero que le preguntó al regresar, fue que si lo había echado de menos, que si había meditado sobre su ególatra actitud.

Por eso ahora se encontraba perdida en una marabunta de sentimientos contradictorios. Sabía que Erick no era el tipo de hombre del que una mujer como ella debiera enamorarse, ni al que pudiera aferrarse para vivir una vida sencilla y tranquila en el valle, rodeada de viñedos. Él siempre sería pura energía, su día a día estaría repleto de sangrientos asesinatos, de llamadas urgentes. Sin embargo, estaba segura de que él nunca mataría sus sueños, ni minaría su alma atormentada, sino que le ayudaría a alcanzarlos, a reconstruir su espíritu.

Erick Draven era un hombre de fiar.

—No debes asustarte por lo que estás sintiendo, Janice —le aconsejó Adele, al ver que se había quedado pensativa.

—No lo comprendéis —expuso con impotencia—. Claro que me muero por estar con él. No puedo dejar de pensar en lo que siento cuando me abraza. Es como si se me hubiera metido dentro y formara parte de mí, pero no estoy preparada.

—¿No estás preparada o temes estarlo?

—No me psicoanalices, Faith, ahora no.

—Solo pretendo que tú misma respondas a tus dudas, porque a mí me parece que estás tratando de dar esquinazo a tus sentimientos, pero atropellando a los de un hombre que se ha ido de la casona bastante dolido.

—No era mi intención hacerle daño.

—Pues se lo has hecho. —Adele apoyó la idea de Faith—. Erick iba muy cabreado.

—Desde luego —reconoció, avergonzada.

—Pero cabreado, cabreadísimo —insistió su amiga.

—Oh, sí, lo siento tanto —susurró con angustia.

—Ese hombre tenía pinta de estar bien jodido.

—¡Vale, Adele! —La coartó Faith—. Escucha, Janice, Erick te ha dicho que seguiríais hablando, ¿no es así? —Al verla asentir, añadió—: Pues esta vez, cuando os veáis, habla pensando en ti y en él. En lo que sientes. Sin permitirle a un muerto que se apodere de tus decisiones. —Faith endureció el tono—. Sin secretos, ni tapujos.

Adele asintió con la cabeza.

Ella sabía que los secretos tenían un aroma especial. Un olor dulzón y desagradable por permanecer demasiado tiempo encerrados. Una fragancia intensa que la asfixiaba cada vez que pensaba en ellos, porque ella también escondía los suyos. Todavía no habían salido a la luz. Todavía.

—¿Verdad, Adele? —Inquirió Faith en un tono que indicaba impaciencia. Como si acabara de repetir la pregunta.

—Perdona, ¿qué decías?

—Da igual —Janice le quitó importancia para concluir la conversación—. Hablaré con él, por supuesto, pero ni siquiera sé si volverá, o si me habrá mandado al cuerno.

—Pues claro que volverá, qué tontería.

—Y también puedes telefonarle. No vendría mal que supiera que si viene a verte, encontrará una puerta abierta —le aconsejó Faith.

Janice extendió los brazos, atrajo a sus amigas, y las besó. Luego se quedaron un rato así, abrazadas, sintiéndose arropada y querida por las dos.

—Gracias —les dijo en ahogado susurro.

—¿Por qué? —Faith le devolvió el beso.

—Por ser tan buenas amigas.

—No seas tonta. Nos vas a hacer llorar.

—Y nunca vuelvas a darnos las gracias por ser tus amigas, o dejaremos de serlo —le regañó la psiquiatra, fingiendo enojo—. Para mí, conoceros es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Al separarse un poco de ellas, Janice vio que sus ojos brillaban por las lágrimas, igual que debían hacerlo los suyos.

—¡Oh, Dios mío, qué bonita estampa! —Las sorprendió la voz de Joey desde la puerta de la cocina.

## Capítulo 17

Joey sonrió al verlas sorprendidas, abrazadas y emocionadas. Formaban una preciosa visión, como había dicho.

«Tres bellezas, besándose, manoseándose, con los pechos aplastados unos contra otros, las mejillas sonrosadas y las bocas húmedas, demostrándose amor incondicional. ¡Qué excitante!», pensó, acercándose a ellas.

—Acabo de enterarme de lo que te ocurrió anoche, Janice. ¿Estás bien? —mostró preocupación al máximo nivel.

Ella salió del abrazo de sus amigas y se puso en pie, al tiempo que él la tomaba por las manos y la miraba de arriba abajo, como si estuviera asegurándose de que era cierto que estaba de una pieza, sin un rasguño.

—Sí, gracias Joey. Todo ha quedado en un susto. Lo de mis cuñados sin embargo...

Él le besó los nudillos con gesto reverencial, ante su mirada perpleja y la de sus amigas.

—¡Oh, sí, sí! No se habla de otra cosa en el pueblo. —Movié la cabeza con tanta censura como su desvergüenza le permitía—. Pero no debes hacer caso de los chismorreos, ya sabes lo que son estos pueblos. Tú no eres culpable de nada.

—Yo... ¿qué haces aquí? —Inquirió ella incómoda al comprobar lo poco que había tardado en crearse un nuevo cotilleo.

Afortunadamente, rescató sus manos de entre las suyas.

—El señor Morris lleva aquí desde bien temprano. Apenas había amanecido cuando se puso a trabajar en los establos. —Faith la puso al día, dejando patente que el hombre no era de su agrado al guardar las distancias, al no llamarlo por su nombre de pila, por más que él insistiera.

—Claro, querida —aclaró él—. ¿No recuerdas que a partir de hoy, echaría una mano a los muchachos?

—Es cierto, Joey. Discúlpame, lo había olvidado —le sonrió mientras se alejaba.

—No te preocupes, dadas las circunstancias, es normal que no tengas la cabeza para pensar en el trabajo.

—La verdad es que no estoy para pensar en nada.

«Putá, más que putá. Eso te ha pasado por putá», gritaba su mente en

silencio.

Joey sonrió de forma angelical y agregó como si la piedad fuera su virtud más destacada.

—Pobrecita mía. Pero dime, ¿tú estás bien? ¿Te ha hecho algo ese desgraciado?

—No. Afortunadamente, todo ha quedado en un susto, como he dicho.

—¡Gracias a Dios!

Adele aprovechó aquel momento de calma que se acababa de instalar en la cocina para marcharse, alegando que llegaban los pintores.

—Lo mejor será que vayas a descansar un rato —le aconsejó Faith.

—Sí, tu amiga tiene razón. —Joey sonrió al ver que la psiquiatra agradecía sus palabras con otra sonrisa, aunque bastante torva.

—Entonces, no se hable más. Usted puede continuar trabajando en los establos con los carpinteros mientras yo la acompaño a su cuarto. Buenos días, señor Morris —lo despidió con brusquedad mientras empujaba a Janice hacia la puerta.

—Hasta más tarde, señoras —Apretó las manos en dos puños para no saltar sobre la rubia impertinente.

Aquella *doctorcita sabelotodo* se merecía un castigo. Si seguía interponiéndose entre su amada y él, no tendría otro remedio.

Se dejó caer en la misma silla en la que había estado Janice y agarró la taza que había utilizado para desayunar. Seguro de que estaba solo, con manos temblorosas, la llevó a sus labios y presionó sobre la marca que habían dejado los suyos, hasta que un estremecimiento de éxtasis vibró en lo más profundo de sus entrañas.

Había escuchado la conversación familiar que mantenían mientras desayunaban. Mientras ella les relataba el miedo que había pasado cuando un extraño estuvo a punto de atropellarla en la propiedad de Draven, revivió la experiencia y gozó al sentir su pánico mientras la escuchaba.

Había podido matarla, eso era cierto. Y si no lo hizo, fue porque todavía no era su momento, no porque no lo mereciera. La muy guarra había ido allí para entregarse al indeseable de Draven. De hecho, se había metido en su cama, sin importarle todo lo que estaba haciendo por ella.

Él, que la había salvado de sus cuñados.

No le gustaba que las cosas se torcieran, y esos malditos hermanos Still eran los culpables de que ella se descarriara. Si esos idiotas no hubieran venido para acosarla, Janice habría aguardado a que la cortejara despacio,

como se hacían las cosas que tenían que hacerse bien. No habría recurrido a Erick, no se habría echado en sus brazos, como confesó a las cotillas de sus amigas momentos antes.

La rabia se apoderó de él al recordarla gimiendo como una perra, fornicando hora tras hora... primero en el sofá, después en la cama.

La taza de porcelana explotó entre sus dedos de tanto apretarla.

«Maldición, ahora se manchará todo de sangre», se dijo envolviendo la herida en un paño de cocina y corriendo hacia la puerta que conducía a la alacena.

Se aseguró de que no lo viera nadie, cerró tras él y se introdujo en el pasillo estrecho que había junto a las estanterías y que conducía al sótano. Después de caminar por una galería, llegó a una pequeña cámara que había adecentado un poco. En los últimos días estuvo recopilando objetos y cosas necesarias para poder pasar más tiempo allí. Fueron muchas las noches que vivió en un lugar muy parecido, y podía decirse que aquel era su segundo hogar. Echó un vistazo alrededor y observó los objetos íntimos que estaba coleccionando como si fueran trofeos, a la espera de tomarla a ella, «el premio grande».

Se sentó en una silla desvencijada y se entretuvo en ojear el panel repleto de fotos que había creado en días pasados. Decoraba casi una pared entera y en ellas se veía a Janice paseando por los alrededores, o en el pueblo con sus amigas. Ella pintando el porche con uno de los muchachos que había contratado; ella entrando en la casa, o montando en la furgoneta. Ella acariciando el piano sin atreverse a tocarlo.

«Ella... ella... joder, siempre ella».

También desnudándose al trasluz, en su dormitorio. O vistiéndose después de darse una ducha. Estas últimas fotografías las había hecho con lente de largo alcance, desde el otro lado del jardín, pero resultaban de tan buena calidad que cada lunar, cada trozo de piel parecían estar a unos centímetros de sus dedos.

Al comprobar que la herida de la mano ya no sangraba, sustituyó el paño por otro limpio y se dispuso a cambiarse de camisa.

Había llevado a aquel lugar algunos artículos personales y ropa, nunca se sabía cuando habría que evaporarse, como si fuera un fantasma.

Antes de marcharse, colocó los tableros podridos que ocultaban la pequeña habitación. Había descubierto que si seguía un estrecho túnel, llegaba hasta las caballerizas. Ambas construcciones se comunicaban por un

ventanuco con rejas y, era fácil adivinar que, por allí era por dónde escapaba en su juventud el abuelo de Janice para sus escarceos.

La pobre Henrietta Wallace no tenía ni idea de que le ponía los cuernos, incluso pro el pueblo, decían las malas lenguas que lo hacía con su mejor amiga. Él sabía de primera mano que muchos de esos líos eran ciertos.

«Pronto, las aguas volverán a su cauce», se dijo caminando hacia la parte trasera del sótano que conducía al jardín. Había comprado una cadena y un candado, de modo que ahora solo él tenía acceso a la bodega por aquella puerta.

Lo próximo que haría sería visitar de nuevo al viejo Draven.

Disfrutaba viendo al chiflado en el que se había convertido el orgulloso sheriff del pasado, aquel que se paseaba por el pueblo como si fuera suyo, despreciando a los dejados de la mano de Dios como él.

Ahora el hombre tenía la cabeza perdida, por eso se ocupaba de enloquecerlo más- Era su deber cristiano recordarle, una a una, las palizas que su abuelo le había dado cuando era niño por su culpa. A pesar de que el anciano se resistía, ya comenzaba a aceptar sus pecados. La verdad de Nuestro Señor estaba a punto de florecer, como las orquídeas que compraba a diario cuando lo visitaba.

Hubo un momento de impaciencia en el que le habló con claridad, descubriéndole la verdad de sus intenciones y de su regreso al valle, relatándole el odio que guardaba hacia todo el mundo, hacia él y hacia su hijo, sobre todo al hijo por haberle robado sus sueños.

Aunque la satisfacción de ver cómo el viejo se hundía en la culpabilidad duraba poco. Ni siquiera era capaz de retener en la cabeza el horrible relato de cómo había estado planeando en la cárcel su venganza. Día tras días, año tras año. El hombre seleccionaba sus recuerdos y él no tenía cabida en ellos.

Rodeó la casona y entró por la puerta principal. Al asegurarse de que nadie lo había visto, subió las escaleras que conducían al dormitorio de Janice.

Antes de llegar ya podía oler su perfume. Ella siempre olía maravillosamente bien. Se detuvo con los ojos cerrados delante de la puerta e inhaló su aroma. La olió a ella y se excitó como un animal al reconocer a su hembra. Se sintió en el paraíso, aquel era su lugar. Pero su decepción fue mayúscula al abrir la puerta y ver el dormitorio vacío.

Janice miró con serenidad el paisaje que tenía enfrente. Había intentado

dormir un rato pero ni siquiera pudo cerrar los ojos. Imaginaba los cuerpos ensangrentados de Luc y de Jonas y el corazón parecía escapársele del pecho. Seguía sin poder ver sangre, incluso el color rojo le provocaba dolor de estómago. Y qué decir de una detonación fuerte, un trueno, o un estallido, todos se le antojaban disparos. Eran tantas sus fobias que a veces pensaba si no estarían en lo cierto al llamarla «loca».

Por otro lado, temía dormirse y que Thomas comenzara a atormentarla sin piedad. Por eso, sin dudarlo ni un instante, tiró los somníferos que guardaba en la mesilla de noche por el retrete, así evitaba la tentación de usarlos, nunca más. Prefería la vigilia a quedarse inmersa en su pesadilla más de lo necesario, incluso despierta.

Liberada, y con ganas de llenarse los pulmones de aire puro, siguió caminando.

Cuando era niña le gustaba descender la colina y observar la belleza de su hogar desde la distancia, aunque esta vez sin alejarse mucho como le había pedido Erick, pero necesitaba respirar y escapar de los pensamientos que la torturaban.

Cada vez la propiedad se parecía más a la que recordaba. Las plantas del jardín habían crecido en exceso y la mayoría estaban mustias, pero con la ayuda de las chicas se encargaría de devolverles la frescura y esplendor de antaño, como cuando las cuidaba Henrietta. Los arbustos que florecían en esa época del año estaban secos, muertos como sus ilusiones.

Si conseguía hacer renacer todo aquello habría obtenido un logro, y si Erick la revivía a ella... Oh, Dios, no quería hacerse ilusiones, pero con él sería tan fácil. «Déjate llevar», le dijo, cuando ella se proponía poner punto y final a algo recién estrenado. Su amor.

Ascendió por el sendero de piedra. El sonido de sus pasos se amortiguaba con el suave crujido de las hojas y ramas secas que pisaba. Miró a un lado la fuente que ahora se mostraba derruida y continuó hacia el robledal, aunque procurando no alejarse mucho.

El trinar de los pájaros que cazaban mosquitos en la laguna de la parte trasera resultaba melodioso. De repente, sus canticos, el cortejo del macho y la réplica de la hembra, el piar de los polluelos, el sonido sencillo del viento entre los árboles... en su cabeza comenzó a imaginar una preciosa composición a la vida y sus dedos empezaron a crear notas en el aire.

Miró hacia la mansión y tensó los labios. El brillo mágico que mostraba antaño se había extinguido, como el que ella irradiaba cuando era una estrella.

Estar allí era como reencontrarse con una época que hacía mella en su corazón, inundándolo de melancolía.

Los recuerdos se agolpaban en su mente, los buenos y los malos. Recuerdos que creía enterrados pero que resurgían y la obligaban a pensar en su pasado. Y por qué no reconocerlo, en un presente que podía tener futuro.

Pensó en el consejo de sus amigas: abrir una puerta a los sentimientos. Buscó el móvil en el bolsillo y se dijo que ya era hora de dar un paso adelante.

Una nota quedó sostenida en su alma mientras esperaba a que sonara el tono de llamada.

Su voz no tardó ni un segundo en contestar. Y parecía sorprendido.

—¿Janice?

—Sí, perdona que te moleste.

—¿Estás bien? —Inquirió, impaciente.

—Sí... sí, no te preocupes. Solo quería decirte que... bueno, yo... — balbuceó. No sabía cómo ser sincera sin parecer desesperada. «Aunque, ¡qué diablos!»—. Esta mañana he estado muy borde contigo, Erick. Me gustaría disculparme.

—Suele ocurrir cuando se tiene un mal día —ironizó él, provocando su risa.

—A pesar de eso, es importante para mí que no haya malentendidos.

—Para mí también.

Janice escuchó la voz impaciente del sheriff a lo lejos, lo que indicaba que los había interrumpido en plena investigación.

—¿Habéis descubierto algo?

—No mucho. Oye, más tarde iré a visitar a mi padre a la residencia, pero si te apetece podemos comer juntos.

—Me parece buena idea, pero lejos de la casona.

—Como quieras. ¿Ocurre algo especial por lo que quieres salir de la propiedad? —Hizo la pregunta con cautela.

—No, nada especial. Es que los Renter han decidido instalarse aquí por unos días y la casa está a rebosar.

—*El hotel familiar Wallace* al completo.

Ella no pudo evitar una suave carcajada. Él siempre la hacía reír, incluso en los peores momentos.

—Me encanta como suena, sí. Gracias, Erick.

—¿Por qué?

—Por hacerme reír, siempre me haces sentir bien, aunque no tenga motivos.

—Me gusta tu risa. Eso es todo.

—Erick..., gracias también por ser tan comprensivo.

El corazón le palpitaba con fuerza.

—No te fíes. —Su voz ronca, cargada de sensualidad.

—Si hay alguien en quien pueda confiar, eres tú.

Él suspiró e hizo una pausa, como si sopesara las palabras antes de seguir hablando.

—Nos vemos más tarde. —Al final fue todo cuanto dijo.

Cuando colgó, Janice miró hacia el que podría llamarse *Hotel Wallace* y pensó que algún día sería un buen lugar para vivir.

Con esa idea, continuó su paseo, pero algo a lo lejos llamó su atención. Era la silueta de un hombre alto, que caminaba despacio como si no llevara un rumbo fijo. En cuanto él la miró, supo que acababa de reparar en su presencia. Al verlo acelerar el paso hacia ella, su instinto de supervivencia le gritó que escapara ahora que podía.

«¿Escapar, hacia dónde?»

Aquel individuo de pelo gris se interponía entre la casona y ella.

—¡Hola, muchacha! —la saludó al tiempo que alzaba una mano, como si adivinara que estaba a punto de echar a correr en dirección contraria.

No parecía peligroso, pero también podía ser el asesino que andaba suelto, o el hombre que había intentado atropellarla. Sin dudarlo, y con una sangre fría que nunca pensó que tendría, Janice se enfrentó a él.

Escondió una mano en su espalda y gritó, procurando que la voz no le temblara.

—No se acerque más. Estoy armada y dispararé contra usted.

El hombre aminoró sus pasos, pero siguió caminando, eso sí, alzando esta vez las dos manos, dejándolas a la vista.

—¿Por qué? ¿Se ha vuelto loca? —le preguntó él.

—¿Cómo dice?

—Digo que, por qué quiere dispararme.

El hombre ya estaba a pocos metros y su rostro le resultaba familiar.

—Se encuentra usted en una propiedad privada, señor. ¿No le parece motivo para intentar disuadirle?

—¿Pegándome un tiro? —El anciano movió la cabeza con censura y sonrió.

«Dios mío, es idéntico a Erick, pero con treinta años más», pensó al tenerlo enfrente.

—También puedo llamar al sheriff —resolvió, ante la exageración de dispararle.

—¡Hágalo! —La animó con un gesto—. David es un viejo amigo. Yo también fui policía antes de jubilarme pero bueno..., llámele y se quedará más tranquila. Pregúntele por Draven, si cree que he venido para hacerle algún daño.

—¿Usted es el padre de Erick? —Ella relajó los hombros.

La verdad era que aquellos ojos azul oscuro eran imposibles de pasar por alto. Había visto otros parecidos, pero en ese momento no recordaba dónde.

—Sí, soy su padre, y si piensa dispararme con ese teléfono móvil que esconde en la espalda, está usted más chiflada que yo.

## Capítulo 18

—Entonces, ¿lo de la viuda va en serio? ¡Vale, vale! —Rectificó el sheriff al ver su ceño fruncido—. Lo de Janice Wallace, quería decir. Pero ¿va en serio o no?

Erick se volvió hacia él con una mirada glacial.

—¿Qué hay de esas fotos que te pedí de la mujer asesinada en las cercanías de Santa Ynez?

El jefe David tuvo que dar por imposible el interrogatorio a su amigo, que cuando se cerraba en banda era igual de testarudo que su padre. A pesar de insistir en lo mismo, sobre la viuda, no soltaba prenda.

—Pediré a uno de los muchachos que las traiga —dijo llamando a través de la cristalera de su oficina al policía que atendía el mostrador de recepción—. Este caso me lleva de cabeza, no se parece a ningún otro que conozca. Normalmente, suele haber un cadáver, o dos, para empezar, pero que se vayan multiplicando al tiempo que el sujeto cambia la técnica... —Negó con la cabeza sin encontrar las palabras—. Mira, aquí están las fotografías —agregó al ver al agente uniformado entrar con una caja de cartón—. Y no tardarán en traer también las cintas de vídeo del hotel para su visionado.

—Si las cámaras de vigilancia estaban conectadas, y las cintas funcionan, será todo un éxito.

—Es lo que suele ocurrir en estos casos, chico, como en las pelis.

Erick fue sujetando las fotos en una pizarra blanca con imanes.

En varias de ellas se podía observar el cuerpo de una mujer de mediana edad, tumbada en un recodo del camino, bajo unos árboles. Sostenía un rosario de cuentas de ámbar entre las manos, como si hubiera muerto rezando, aunque por las marcas en el cuello se adivinaba sin más exámenes que había sido estrangulada. Al contrario que con la señora Perkins, el sujeto no se había molestado en cuidar los detalles de su vestimenta, ni tampoco había ocultado el cadáver. Era como si la mujer hubiera sido un obstáculo al que tuvo que quitar de en medio, una pecadora que pidiera perdón por haber truncado sus planes. Los planes del asesino. Lo extraño era que el rostro de la mujer le resultaba familiar, como si la hubiera visto antes... pero, ¿dónde?

Colgó otras fotos de la señora Perkins y las miró con interés. Al igual que la otra víctima, había sido violada y estrangulada con un objeto de culto

religioso que sujetaba entre las manos. Mostraba en el cuello las mismas marcas de las perlas de ámbar que señalaban los misterios católicos del rosario, seguramente, con la idéntica intención de que purgara sus faltas, rezando por la salvación de su alma.

La diferencia radicaba en que aquella mujer, después de satisfacer el hambre sexual del sujeto, fue delicadamente tratada, el asesino cuidó los detalles, mimó su cuerpo y le proporcionó un lecho cómodo para su eterno descanso.

Según el examen forense, el asesino había eyaculado en ambos casos mientras ellas ya eran cadáveres, lo que indicaba que la muerte promovía su éxtasis.

Tomó tres nuevas fotografías de los cuerpos de los hermanos Still y las colocó debajo de las otras. Sus cuerpos ensangrentados, castigados. Seguramente agonizantes durante unos largos minutos en los que él eyacularía en los pantalones. La escena estaba sin tratar, los cuerpos en la misma posición que murieron. Sin cuidar los detalles.

Estaba claro que con sus muertes solo eliminaba los obstáculos que interferían en sus planes. Pero ¿cuál era el propósito del sujeto? ¿Eliminar a Janice?

—Tienes un perfil, ¿verdad? —aseveró el sheriff, mirándolo con fijeza.

—Este tío es complicado, pero creo que lo tengo. —Apoyó las manos en las caderas y se alejó un poco para ver las anotaciones que había en la parte izquierda de la pizarra—. Para saber qué le impulsa a matar tenemos que valorar el conjunto. —Alzó la cara y entornó los ojos. Observó más fotografías, de la huella de la rueda, del entorno y un mapa con líneas rojas y puntos que señalaban los escenarios de los crímenes—. ¿Qué hay del molde de la rueda?

—Siguen en ello, no tardarán en decirnos algo, pero la mayoría de las furgonetas del valle son antiguas y sus ruedas están gastadas.

—Ya imagino. —Prefirió centrarse en las fotos de las dos mujeres, hasta que se decidió por la de la señora Perkins—. La forma en la que el sujeto trata a las víctimas nos muestra diferentes facetas del mismo. Si tomamos a la señora Perkins como referencia, nos hallamos ante el reflejo de alguien importante para él: una mujer.

»En realidad no quiere hacerle daño, pero la considera impura y la castiga con sexo. El sujeto se siente impotente, cuando la desea es incapaz de diferenciar el pecado del apetito sexual, por eso descarga toda su rabia contra

ella. Solo entonces obtiene placer, cuando la víctima muere y, me atrevería a decir que, todo comenzó en el pasado, cuando este hombre asesinó a esa primera persona. Por eso le cierra los ojos, para que no lo mire cuando ya está muerta. —Suspiró y alzó la voz, al tiempo que se giraba para mirar al sheriff—. Tenemos que buscar a un hombre que viva solo, que no tenga familia o que esta haya muerto en circunstancias dramáticas, tal vez asesinados por él. Y seguramente no tendrá antecedentes porque se habrá ocupado de ocultarlos.

—Joder. —Fue todo lo que dijo David sin parpadear—. ¿Y cómo podremos reconocerle?

—Con toda seguridad nos encontramos ante un hombre de raza blanca, caucásico, de entre cuarenta y cincuenta años, capaz de convivir entre nosotros sin despertar sospecha alguna.

—¿Un tío del pueblo? Imposible. Llevo más de treinta años como sheriff y en todo ese tiempo debería de haberme dado cuenta de algo, o sospechar de alguien... En el valle nos conocemos todos.

—Este tipo es de los que suelen mostrar una gran locuacidad y encanto con los demás. Se presentará como un gran entendido en muchos temas, que en realidad solo conoce superficialmente. Su objetivo es alimentar su ego ilimitado, se cree con derecho a todo, las únicas normas que sigue son las suyas, tergiversa las conversaciones y los pensamientos a su antojo. Interpreta todo lo que ocurre a su alrededor según le interesa, y si alguien se interpone en su camino, sencillamente lo elimina.

—Como ha hecho con los Still.

—Exacto. Y probablemente con la mujer que mató a las afueras del pueblo. ¿Todavía no se sabe nada de ella?

—Muy poco. Su nombre era Mary Logan. Su madre era amiga de una residente que había fallecido días antes en *El dulce hogar de Ynez* y vino a presentar sus respetos a la familia y a por unos objetos personales al centro. No era del pueblo ni conocida de otras visitas.

—Su muerte fue casual. —Se quedó pensativo—. Estaba en el lugar y en el momento equivocado.

—Antes has dicho que exceptuando a la señora Perkins, que lo indujo a satisfacerlo sexualmente, las otras tres víctimas podían ser simples interferencias en sus planes —repitió David, en voz alta.

—Los Still y la señora Logan se interpusieron entre él y su objetivo —concluyó Erick mirando de nuevo el panel lleno de fotografías—. Pero ¿cuál? —Se frotó la mejilla con gesto adusto—. Por otro lado, la necesidad de

culminar sus propósitos le lleva a cambiar los escenarios y los planes, porque al fin y al cabo solo desea complacer a esa mujer con la que comenzó todo.

—Y según tú, ¿qué es lo que quiere hacer? ¿Cuál es su propósito?

—En eso estoy confuso. —Negó con la cabeza, como si así pudiera sacudir las ideas en su interior—. Es como si ese hombre hubiera comenzado con una intención, pero algo o alguien se ha cruzado en su camino y le ha obligado a tomar decisiones precipitadas con las que no contaba.

—El intento fallido de atropello de la viu... —David carraspeó y corrigió con rapidez—. El intento de atropello de Janice Wallace puede ser el detonante del cambio.

—Podría ser. Aunque creo que ella forma parte de sus planes desde antes.

—Claro, joder, por eso se ha cargado a los Still, porque la estaban molestando.

—Yo he pensado lo mismo —le confesó Erick.

—Pero si tomamos a la muchacha como referencia...

—Sí, también he pensado eso. Y es que la primera víctima fue asesinada antes de que ella llegara al pueblo.

El teléfono móvil volvió a sonar. Miró el visor y contestó con rapidez. Dos llamadas de ella en menos de quince minutos, resultaba inquietante.

—¿Janice? ¿Ocurre algo? —Una pausa—. ¿Con mi padre? —El sheriff lo miró interrogante y él apretó los labios mientras la escuchaba—. Sí, claro, voy enseguida... No, no te muevas de ahí, yo iré a recogerlo.

Janice estuvo de acuerdo con el señor Draven en que el plato estrella de los mejores restaurantes del valle incluía carne asada en barbacoa, sobre una punta de madera de roble rojo, con pan de ajo y salsa fresca.

—Y si le añadimos unos frijoles, ya te puedes morir tranquilo —agregó el hombre al tiempo que hacía un gesto aclaratorio con las manos.

—¿Y qué tal si también añadimos una ensalada de hojas verdes y queso?

—Bueno, bueno... —Nicholas sonrió, como si tuviera los platos delante y negó con la cabeza—. Cuando os caséis, podrás hacer todas esas maravillas para él.

Ella lo miró sin comprender, al tiempo que ascendían a paso lento por el camino de piedras.

Erick no tardaría en llegar, eso le había dicho antes de colgar el teléfono,

y bastante enfadado. Lógico, al enterarse de que su padre se había fugado de la residencia, esta vez con éxito, y según le había contado el hombre sin ayuda de nadie.

—Señor Draven, su hijo viene de camino —le dijo para tranquilizarlo, aunque la verdad era que lo veía muy relajado.

—¿Mi hijo?

—Sí, Erick.

—¡Ah, vale!

—No debería haberse marchado de la residencia, estarán preocupados por usted.

—No lo creas. Desde que dejé la medicación, todos están muy cabreados, sobre todo Erick. No deberías haberlo llamado.

—Él se preocupa mucho por usted. ¿Ha dejado de tomar la medicación?

—Sí, bueno, en realidad mi hijo ha sido el que me lo ha aconsejado. Dice que las pastillas no me dejan pensar con claridad. ¿Tienes caballos? —Señaló los establos a lo lejos.

—¿Cómo? —La pregunta la pilló desprevenida, hasta que siguió la dirección de su mirada—. ¡Ah, no! Todavía no. Primero tenemos que arreglar la techumbre y los boxes.

—Sí, lo sé. Mi hijo me ha comentado que la cubierta está muy deteriorada. —Hizo una mueca.

—Eso ha dicho el contratista, en efecto —reconoció ella complacida, al comprobar que Erick le hablaba mucho de ella y de la propiedad—. Nos llevará unas semanas reconstruir todo el tejado. Su hijo ha sido muy amable al ofrecerse a ayudarnos, aunque no creo que pueda sacar tiempo.

—Está colado por ti, lo sabes, ¿verdad, muchacha?

—Bueno... —carraspeó—, nos llevamos bien —Janice no supo qué más decir.

Hablar tan abiertamente con el señor Draven de lo que sentía Erick por ella, resultaba violento y, sobre todo, desconcertante.

—Te diré un secreto: creo que quieren encerrarme en un manicomio. Escuché cómo se lo decía el director de la residencia, y anoche, ese desgraciado intentó deshacerse de mí.

—Señor Draven, él le quiere mucho, no es ningún desgraciado.

—Bueno, no dirías lo mismo si te hubiera empujado desde la azotea para intentar matarte.

—Señor, ¿cómo puede acusarlo de algo tan horrible? —Se giró hacia él

con gesto escandalizado y dejó de caminar.

—¿Me enseñas las cuadras?

—¿Las cuadras? —Lo miró perpleja.

—Sí. —El anciano alzó las manos de modo explicativo—. Donde se guardan los caballos.

—Claro, por supuesto —Procuró tener en cuenta que aquel hombre estaba enfermo y que, probablemente, en unos minutos no recordaría las graves acusaciones que estaba haciendo contra Erick—. Sígame, por favor.

Desde donde estaban podía escucharse el lamento de una sierra y dos trabajadores apuntalaban una viga en la entrada de las caballerizas. A lo lejos, distinguió a Clare y a su hija, estaban tendiendo sábanas en una cuerda que habían sujetado entre dos robles y estas se alzaban con el viento como fantasmas blancos.

—¿Te gusta el valle, jovencita?

—Sí, es un lugar maravilloso.

—El mejor para vivir. Eso es lo que decía mi querida Katty en primavera, cuando nos sentábamos al atardecer en el porche y mirábamos embelesados las hileras ordenadas de vides que ya estaban echando hojas.

—Su esposa llevaba toda la razón —reconoció ella con suavidad.

El amor con el que Nicholas Draven hablaba de su mujer resultaba conmovedor.

Se pararon a medio camino y ambos observaron en silencio las suaves y verdes colinas que pronto comenzarían a teñirse de un peculiar color dorado por el sol.

«Como pan francés», decía su abuela cuando daban largos paseos.

—Sí, Katty era una buena esposa y una buena madre. —Nicholas cabeceó—. Ella nos quería mucho. A mi Erick y a mí, pero ahora ha venido... —La miró, movió la cabeza de nuevo y dejó la frase a medias, para continuar por otros derroteros—. ¿Sabes, muchacha? Tienes que cuidarte.

—No le comprendo. ¿Qué quiere decir?

—Que corres un gran peligro. Si he venido hasta aquí desde la residencia es porque eres la nieta de Henrietta Wallace y porque sé que te gusta mi Erick. Tú también me gustas a mí y, además, te pareces mucho a tu abuela.

—Mire, señor Draven, ya hemos llegado a las cuadras. —Janice había decidido no seguirle la corriente; tratar de mantener una conversación trivial que no implicara a terceras personas.

—Magnífica construcción —reconoció él, alzando la cara para mirar el

tejado—. Mi misión es protegerte, pequeña —insistió de nuevo antes de clavar sus ojos añiles en ella. De no ser porque era un anciano enfermo, juraría que era la mirada más sincera y cuerda que había visto en mucho tiempo—. Él está obsesionado contigo, por la forma en la que habla y habla sin cesar de lo que hacéis juntos, de lo que le dices... hasta me confesó que pensáis formar una familia y todo, con muchos hijos. Muchos hijos —repitió con nostalgia.

—Tenga cuidado con esas piedras, señor Draven —le aconsejó ella, manteniendo el punto de reflexión que requería la conversación.

—Son guijarros como los que rodeaban el estanque de la parte trasera. Claro que de eso hace mucho tiempo. —Al parecer el cambio de tema fue eficaz—. ¿Sabías que estas rocas son milenarias? ¿Y sabías que tu abuela las colocaba alrededor de la laguna para que tú no cayeras al agua?

—Sabe muchas cosas de mi familia —le sonrió, satisfecha.

—Era jefe de policía, sabía mucho de todo el mundo. La gente solía venir a buscarme para pedirme ayuda. A veces sin implicar a nadie, medio en secreto, otras no tenía más remedio que emplear algún correctivo, cuando la cosa se ponía fea. Este es un pueblo de cotillas.

—En eso estoy de acuerdo.

—Si quieres, cuando hayas terminado de arreglar la parte trasera del jardín, puedo ayudarte a construir las casitas para pájaros que colgaba Henrietta en los árboles. Llegaban a juntarse decenas de bichos de mil colores. A tu abuela le encantaban sus cánticos, decía que eran trinos celestiales.

—Me acuerdo de los pajarillos, pero no de las casitas. —Lo miró, ilusionada—. Por supuesto acepto el ofrecimiento, señor Draven.

—Llámame, Nicholas, después de todo vamos a ser familia.

—Lo haré, por supuesto.

Al llegar al establo, saludaron a los trabajadores que había en la puerta y pasaron al interior. El frescor los envolvió como una suave caricia y ambos suspiraron por la agradable sensación.

—Me encanta este lugar —dijo ella abriendo los brazos como si pretendiera abarcar el espacio.

—Recuerdo a tu abuelo. Era un buen criador de caballos que sabía mucho de negocios, como su padre, el bisabuelo Wallace. Lástima que el pobre muriera tan joven, y de forma tan dramática, pateado por sus propios animales. —Chasqueó la lengua con desaprobación.

Los tablones de madera del suelo crujieron al caminar sobre ellos. Todo estaba lleno de polvo de varios años y algunas filtraciones de agua habían podrido parte de la techumbre.

—Allí es donde tu abuelo guardaba los mejores sementales. —Nicholas le indicó un reservado grande al fondo y se dirigió hacia él.

—Parece que todavía huele a heno —observó ella, con una sonrisa.

Nicholas Draven frunció el ceño del mismo modo que solía hacerlo Erick.

Había algo en su porte que imponía respeto, una especie de determinación, impetuosidad y obstinación que debía de ir inherente en sus genes. Lo vio agacharse y quedarse quieto, mirando fijamente a la pared, como si estuviera reviviendo sus años de policía y analizara una huella, o algo así, pensó ella.

—Mira, muchacha —le indicó una especie de ventanuco oscuro reforzado con gruesos barrotes de hierro y repleto de telarañas—. ¿Adónde iré a parar esta salida?

—Ni idea —Janice se encogió de hombros y se agachó a su lado—. Puede que a algún respiradero, o simplemente a ningún sitio.

—Cuando era joven, se escuchaba por el pueblo que esta mansión estaba llena de pasadizos secretos —le confesó él, como si se tratara de un secreto.

—¿Pasadizos?

—Sí, subterráneos tenebrosos que el bisabuelo Wallace ordenó hacer en plena ley seca para traficar con whisky—. Ella no pudo por menos que echarse a reír y el gruñó, ofendido—. Hablo muy en serio, señorita. ¡Hey, ahí dentro hay alguien! —Gritó, haciéndole un gesto con la mano para que se acercara al ventanuco mientras se ponía de rodillas en el suelo.

—Ni por todo el oro del mundo meto la cabeza en esa enorme telaraña.

—Te digo que he visto a alguien al otro lado —le aseguró muy serio.

—Vamos afuera señor Draven. ¿Le apetece una limonada fresca?

—Fresca estará porque ya tenéis arreglada la picadora de hielo. —Se levantó con cierta dificultad y ella le tendió la mano para ayudarlo.

—Sí, es verdad.

—No se puede estar con este calor sin hielo bien triturado.

—Ya veo que sigue usted sabiendo muchas cosas de todo el mundo.

—Cierto. Y también sé que eres una virtuosa del piano. ¿O es del violín?

—Toco ambos instrumentos, señor —le explicó mientras caminaban hacia la salida, aunque él no tenía mucha prisa por marcharse y se apoyó en un murete de piedra.

—A mi Katty le encantaba la música. A ella le hubieras gustado, también.

## Capítulo 19

Erick aparcó junto a la furgoneta de Janice que uno de los trabajadores había traído horas antes desde su propiedad. El jefe David estacionó al otro lado, ya que se había empeñado en acompañarlo a la casona para convencer a su padre de que regresara a la residencia de ancianos.

Nada más abrir la puerta trasera del todoterreno, Eliot salió disparado como un rayo hacia las destartadas caballerizas y por más que lo llamó por su nombre, el perro no obedeció.

El sheriff le hizo un gesto con la mano, indicándole que fuera tras el maldito chuco, mientras se alejaba a paso rápido hacia la casona para buscar cobijo de un sol abrasador.

Divisó al perro corriendo entre los árboles que rodeaban los establos, y al llegar vio a Janice hablando con su padre. Parecía cómoda a su lado, y eso lo tranquilizó. Se quedó a medio entrar para observarlos desde una prudente distancia. Estaban charlando sobre música, un tema que sin duda ella conocía a la perfección, pero que jamás hubiera imaginado que le gustase a él.

Janice percibió su presencia porque se giró y enseguida sintió su mirada clavada en la suya. Le sonrió y su padre se adelantó unos pasos para interponerse entre los dos.

—Erick, ¿eres tú, muchacho? —Inquirió con voz grave, con una fuerza renovada que recordaba al policía enérgico que fue una vez.

La silueta de su hijo al contraluz solo era eso, el contorno de una sombra oscura en el umbral de la puerta.

En ese momento entró Eliot como una tromba de pelo dorado. Corrió hasta su viejo dueño, y se lanzó sobre él, tirándolo de espaldas.

Ella trató de ayudarlo a liberarse del perro, pero el hombre reía sin hacer nada al respecto más que abrazar al animal; de modo que se limpió con las manos las perneras de los pantalones manchados de tierra y se acercó a Erick que continuaba mirándola desde la entrada.

Estaba allí plantado, en pose de superhéroe, con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho. La miraba con un calor especial, aunque en cuanto su padre consiguió ponerse en pie y mantener al perro alejado por el collar, su rostro se tornó pétreo, y lo miró con dureza. A pesar de que llevaba puesta una versión de su «cara de guerra», Erick no pudo evitar sonreír con el

mismo calor que lo había hecho antes, al verlo jugar con Eliot.

El perro se debatía entre seguir saludando a su viejo dueño, o alternar las caricias con ella.

—Hola. Veo que lo estáis pasando muy bien —dijo como si encontrarse con ella y con su padre en los derruidos establos fuera el plan de la tarde.

Janice lo abrazó, feliz de comprobar que las tonterías que le había dicho esa mañana al despedirse habían quedado en el olvido.

—No le reprendas —le aconsejó cuando la apretó entre sus brazos. Era tan grande, fuerte y cálido que la hacía sentir muy pequeña a su lado. Y también muy querida.

—¿Que no le reprenda?

—Míralo, Erick, tu padre está tan... contento.

—No pretendas disuadirme, no se librará de una buena regañina.

Ella alzó las cejas, solicitando en silencio que fuera más flexible.

—Vamos, hombre, sé razonable.

—Lo soy, pero últimamente me vuelve loco —aseveró con impotencia—. He telefonado al director de la residencia antes de venir y me ha dado un ultimátum. Dice que mi padre está atravesando episodios que no son propios de su enfermedad, que tendrá que abandonar *El dulce hogar de Ynez*, que el médico lo enviará a un psiquiatra y a un centro especializado del que no pueda fugarse. ¡Así, como si mi padre fuera un criminal!

—No te enfades con él —le aconsejó, enmarcándole la cara con las manos—. Ni contigo, tampoco.

Él la miró fijamente y maldijo entre dientes. Como si luchara contra el impulso de acercarse a su padre y echarle una reprimenda, tal y como había dicho que haría, o fingir que no pasaba nada y abrazarlo.

—Lo intentaré.

—Puede que solo esté confuso —le sugirió ella—. Me ha dicho que ya no toma su medicación porque tú le aconsejaste que la dejara.

—El director va a llevar razón —aceptó con renuencia—. Desde hace un tiempo actúa de una forma muy rara.

En ese momento llegó hasta ellos el objeto de su conversación. Lo saludó con un breve «hola, hijo» y Erick, aunque procurando controlar el tono severo, comenzó a hablarle con cierta brusquedad.

Janice se alejó con prudencia, para no interponerse en asuntos familiares que nada tenían que ver con ella, y los observó conversar mientras salían del establo en dirección a la casona.

En cierto modo, tratar con Erick le recordaba a crear una composición musical. Un parte era trabajo manual, otra de arte, y una muy grande de descubrimiento, porque su personalidad era tan heterogénea que cada vez que estaban juntos le mostraba una nueva faceta. Y lo más curioso de todo era que desde que se había enamorado de él, había vuelto a pensar en la vida como si fuera música.

El perro pareció llegar a la misma conclusión de que no le interesaba la conversación entre padre e hijo, porque trotó hasta ella y le dio un trompazo en la mano para llamar su atención.

—Hola, guapo, yo también me alegro de verte. —Lo sujetó por detrás de las orejas y le rascó al tiempo que le hablaba—. ¿Te apetecen unas galletas?

Al mirar hacia la mansión, vio al jefe David y a Frank hablando mientras cruzaban el porche, y supo que estarían haciéndolo sobre el último caso de asesinato, el de los hermanos Still. Pero su sorpresa fue mayúscula, cuando al regresar de la cocina, de darle unas galletas a Eliot que la había seguido sin perderla de vista, escuchó parte de su conversación antes de entrar en el salón.

Ambos estaban de espaldas a la puerta, tomando una vaso de la fresca limonada que había preparado Clare y que ella misma había ofrecido a Nicholas Draven, poco antes.

—La gente imbécil es la que piensa que Janice debe pagar por lo que le hizo a su marido. Opinan sin saber, creen que ella le arruinó la vida y que Thomas se suicidó por su culpa. Y ese fue precisamente el motivo por el que vinimos a Santa Ynez, para comenzar de nuevo. Ahora, mira por dónde, ha vuelto a ocurrir. Otra vez los Still aparecen en función, como los cuchicheos y sentencias gratuitas, pero no esperaba que tú también fueras como ellos. Como los imbéciles. —Frank estaba enfadado, y no se molestaba en ocultárselo al sheriff—. Seguro que ha sido por esos comentarios por lo que algún pueblerino majadero quiso darle un susto de muerte a Janice, pero esto no quedará así. Yo mismo tomaré cartas en el asunto.

—Yo solo he dicho que todo se ha complicado en el pueblo desde que ella está aquí, Frank, no la tomes conmigo. Incluso Erick es de la opinión de que pueda ser el detonante de todos estos crímenes, y que el intento de atropello no se tratase de un susto, sino de algo más grave.

—¿Erick Draven? ¿Qué tiene él que ver con este asunto?

—No te enteras de nada, estás viejo Frank. Esa muchacha y Erick están... ya sabes...

—Que se vean a menudo no significa nada. Y si hay algo entre ellos,

mejor. ¡No le importa a nadie! Ambos son libres, jóvenes y no le deben explicaciones a ningún mentecato, mucho menos a un puñado de chismosos, como ella dice.

—Y yo estoy contigo Frank. —El hombre parecía abrumado—. Soy de la misma opinión, pero regresando al tema inicial, te diré que Draven es un especialista en lo suyo. Y si piensa que la muchacha tiene algo que ver en todo esto de los asesinatos, es para preocuparse. Sobre lo otro... yo solo digo que Santa Ynez es un pueblo pequeño, que todavía se rige por valores pasados de moda, pero la historia de la viuda Janice Still sigue muy presente, y para colmo, lo de sus cuñados... No tenemos que olvidar que nada más llegar al valle, se presentó en la comisaría para alertarme sobre un tal Cross. Ya le dije a Draven que...

—¿Erick piensa que yo soy la culpable de lo que está ocurriendo? —Los interrumpió ella sin querer escuchar más.

Los dos hombres se giraron con rapidez al saberse sorprendidos.

—No quería que sonara así. —El sheriff intentó justificar sus palabras—. Le ruego que me disculpe, señora. Lo que yo quería decir es que Erick está muy preocupado por usted.

—Déjanos a solas, David —le pidió Frank—. Yo me ocupo de explicarle a Janice lo que querías decir.

—Sí, será mejor que me marche. Dile a Erick que le veré más tarde en Buellton.

—No te preocupes.

Visiblemente azorado, el sheriff se despidió y abandonó el salón.

—¿Qué tienes que explicarme, Frank? —inquirió ella sin disimular su enojo.

Joey no pudo aguantar ni un minuto más escuchando. Antes, desde los subterráneos que comunicaban la casona con las caballerizas, percibió a través del ventanuco la conversación entre el viejo Draven y Janice. Y ahora, oculto por los grandes macetones y columnas, tenía que aguantar todas aquellas suposiciones absurdas sobre quién podría estar planeando una nueva muerte.

¡Desgraciados!, no se molestaban en mirarse los unos a los otros. Todos tenían cosas que ocultar. Todos. Había descubierto mucho sobre los habitantes de Santa Ynez y cada uno escondía un secreto.

La putita de Adele Renter guardaba uno inconfesable, tan enorme que

terminaría por explotarle en plena cara. Un sueño perfecto que se había truncado antes de comenzar. Y de la *doctorcita* ya sabía cómo ocuparse. La oiría suplicar por su vida mientras él se la tiraba, fuerte, duro. Mortal.

Después, rezarían juntos por el descanso de su alma pecadora, porque también tenía muchos pecados.

En cuanto al viejo Draven... poco más podía hacer por él. El pobre ya había asumido que los errores del pasado se pagaban en el presente, y ahora más que nunca demostraba que estaba chiflado.

No merecía la pena perder más tiempo con él, su mente se diluía por sí sola.

Al llegar a la explanada lateral de la casona, lejos de donde aparcaban los coches de los obreros, se dirigió hacia su furgoneta y se encontró con el sheriff que sospechosamente estaba agachado tras las ruedas traseras.

—¿Puedo hacer algo por usted, jefe David? —Voceó desde lejos con brusquedad.

Él se levantó y llevándose una mano al sombrero lo saludó.

—Solo estaba comprobando algo —carraspeó y agregó—. ¿Es suya esta furgoneta?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Perdone, pero las preguntas las hago yo.

Joey ya estaba frente a él, y la mirada que le estaba lanzando el policía no le gustaba nada. Procuró templar los ánimos y sonrió, aunque estaba seguro de que lo único que consiguió fue dibujar una mueca.

—No es mía. Me la han prestado.

—¿Quién? Usted no es del pueblo, ni tampoco es uno de los hombres del contratista —añadió como si reparara en que acababa de salir de la casona por la puerta principal, aunque iba vestido con ropa de trabajo y podría pasar por uno de ellos.

—Llevo un tiempo por aquí. Estoy ayudando a Janice Still y a los Renter a poner en pie la casona de la abuela Henrietta. —Volvió a sonreír—. Algún día, esta maravilla volverá a ser una suntuosa casa de huéspedes.

El argumento sonó creíble. La cantidad de datos que aportó a su explicación pareció convencerlo. Sin embargo...

—¿Quién le ha prestado la furgoneta? —Insistió el sheriff de nuevo, sin olvidarse del tema.

Se agachó, pasó un dedo por el relieve del dibujo del neumático y chasqueó la lengua, como si algo no le cuadrara. Joey supo qué era. Aquella

rueda tenía un molde de yeso. Estaba seguro. Y ese molde tan parecido a su neumático se exponía en una fotografía en un corcho en la pared de la comisaría de Buellton.

—¿Qué le ocurre a la maldita furgoneta? —Quiso saber, al tiempo que agarraba una llave inglesa del interior y cerraba la puerta con brusquedad.

—¿Sabe?, aunque le conozco de verle por el pueblo, me gustaría que me mostrara su documentación —le pidió el jefe, amablemente, mientras se incorporaba y se disponía a girarse para mirarlo.

—Como quiera —repuso él, antes de golpearle con fuerza en la cabeza.

Cuando Erick llegó a las escaleras de la casona con su padre, Eliot salió del interior como una bala y comenzó a ladrar al tiempo que movía la cola y daba vueltas alrededor de ellos.

—¿Lo ves? Se alegra de vernos juntos —le dijo el hombre, como si hubieran estado hablando sobre ese tema—. Eres injusto conmigo. Si vuelves a encerrarme en ese lugar me marcharé para siempre y no volverás a verme el pelo. De una forma o de otra, tú también quieres quitarme de en medio.

Él suspiró, temiendo perder la paciencia que Janice le había pedido que mantuviese. Esperó a que el perro se cansase de girar como un torbellino y buscó el coche del sheriff, junto al suyo, pero ya no estaba.

En ese momento aparecieron Frank Renter y Janice por el porche. A juzgar por sus semblantes serios, parecían haber estado discutiendo dentro de la casona, al menos esa fue la impresión que tuvo nada más verlos.

El hombre le dio un beso en la mejilla a ella, como si pretendiera borrar las malas vibraciones que se advertían a distancia. Después descendió las escaleras y lo saludó, tendiéndole la mano. Le dijo que hacía un rato que el jefe David se había marchado, pero que lo esperaba más tarde en comisaría, y se metió las manos en los bolsillos, bajo el abultado abdomen, con gesto contrito.

—¿Hay algún problema? —Fue directo en la pregunta, mientras los miraba alternativamente.

Janice negó con la cabeza, como si quisiera quitarle importancia. Era una lástima que mintiera tan mal. Frank se acercó a Nicholas y lo saludó.

Afortunadamente el chucho ya se había cansado de dar vueltas como una peonza y había encontrado otra tontería que hacer, porque se alejó hacia la explanada lateral del jardín, donde había una furgoneta blanca aparcada, lejos del resto de los coches.

—Iré a buscar a Eliot —dijo Janice, dando media vuelta.

—Espera, te acompaño —indicó él, echando a andar a su lado.

Sabía leer las señales de cuando alguien buscaba la soledad para lamerse las heridas pero este no iba a ser caso, no iba a consentir que volviera a cerrarse a él cuando apenas había comenzado a abrirse.

Al girarse para advertir a Frank que no dejara a su padre a solas, el hombre le hizo un gesto con la mano indicándole que se fuera tranquilo.

## Capítulo 20

Janice lo condujo en silencio por el camino que se curvaba al pie de la colina, como si acabara de decidir que darían un paseo. Al llegar al bosquecillo de robles que los separaba de su propiedad se sentó sobre las enormes piedras que delimitaban los terrenos y se quedó mirando hacia la mansión como si fuera la primera vez que la veía.

El sol calentaba el aire y una brisa ligera le alborotaba el pelo. La vio cerrar los ojos, concentrarse en el extraño silencio del valle que solo era interrumpido por el ulular del viento entre los árboles y los ahogados ladridos del perro más allá.

—Esta tarde habrá tormenta —dijo de repente, como si fuera lo que realmente le preocupara.

Él inhaló la humedad del ambiente y estuvo de acuerdo con ella.

—No tardará en llegar.

—¿Por qué no me has dicho que piensas que soy la culpable de los asesinatos de los Still?

Formuló la pregunta como si todavía estuvieran hablando del tiempo, mirando al horizonte, y con las manos cruzadas sobre el regazo. La melena oscura aleteaba contra su cara y él sintió una imperiosa necesidad de apartársela, pero se quedó tan quieto como ella. A su lado.

—No es así como lo dices. —Procuró que el tono de su voz sonara calmado. Últimamente practicaba demasiado aquella difícil cualidad.

—He escuchado al jefe David cuando se lo decía a Frank, no quieras convencerme de lo contrario. Le ha dicho que yo soy el detonante de esos asesinatos porque todo comenzó cuando llegué al pueblo. Y que tú piensas lo mismo.

—Hay parte de verdad en eso, lo que no significa que sea así. Solo se trata de una conjetura, y llevas razón, no debería haberlo dicho. Yo no suelo hacer hipótesis, pero no puedo evadir la realidad y es que estoy seguro de que el sujeto que asesinó a las dos mujeres, a los Still y el que intentó atropellarte es el mismo.

Ella lo miró sin parpadear. Se había quedado pálida y estaba punto de empezar a temblar. Su lenguaje corporal y los gestos indiscutibles de su cara la delataban. Estaba aterrada, aunque quisiera aparentar ser la mujer más

fuerte del mundo.

—Entonces es cierto —susurró como si hablara para sí misma—. La gente del pueblo debe de estar deseando que me marche. Ahora, además de la loca del valle, y de la culpable de que todos los Still hayan muerto, me llamarán la... ¿musa del asesino? —Se llevó las manos a la cara como si la situación la superara.

Él se acercó más y le pasó un brazo por los hombros. Enseguida ella se apretó contra su pecho y aceptó la caricia.

—Te repito que no es así, como lo piensas. Nadie te culpa de nada, y mucho menos la gente del pueblo. Tú no has matado a nadie y si bien parece que ese tipo, de repente, se haya fijado en ti, yo estaré a tu lado para impedir que se acerque. —La besó en el pelo y la acunó durante unos segundos antes de añadir—. Has sufrido mucho estos últimos años, pero ahora no estás sola.

—Frank siempre me ha ayudado —le recordó ella.

—Sí, pero has guardado muchas cosas aquí dentro —le golpeó el pecho con suavidad—, para no implicarlo demasiado. Yo me refiero a que no estás sola, del todo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Lo sé.

—Dímelo.

—No estoy sola —repitió despacio.

—Mírame. —Le sujetó la barbilla con dos dedos y la obligó a alzar la cara—. Confía en mí.

Janice no sabía por qué, pero estar tan cerca de él, sintiendo el calor de sus besos y la fuerza de sus brazos le proporcionaba la serenidad que necesitaba.

—Confío en ti.

—Así me gusta. Te conozco lo suficiente para saber que no eres de las personas que se dejan llevar por el pánico. Eso fue lo primero que me gustó de ti, tu testarudez, y la forma de enfrentarte a mí cada vez que nos cruzábamos.

Janice sonrió, ocultando la cara contra su camisa. Los dos se quedaron callados, inmóviles, conscientes de lo que sentían el uno por el otro, a pesar de los numerosos demonios del pasado que tenían que vencer. Entonces ella decidió dar el primer paso para enfrentarse a los suyos y comenzó a sincerarse en voz baja, como si sus pensamientos fueran los que escaparan por su boca, sin atreverse a mirarle a los ojos.

Le habló del momento en el que Thomas se suicidó delante de más de dos mil espectadores, esta vez sin omitir ningún detalle, de lo culpable que se

sentía y de cómo la maldijo para toda la vida.

Mientras desnudaba su alma, Erick no dejó de acariciarle el cuello con los dedos, masajeándola suavemente, dándole a entender que estaba a su lado. La escuchó sin interrumpirla a pesar de lo grotesco de su relato, mordiéndose la lengua para no pedirle que dejara de revivir instantes tan dolorosos.

Era evidente que no había contado a nadie con tanta claridad lo ocurrido en aquel pasaje de su vida, no porque lo escondiera, sino porque ella era de las que lloraban en soledad. Y parecía una tontería, pero mientras Janice le abría su corazón, podía sentir cómo el mal los envolvía en una nube tóxica, cómo los horrendos recuerdos flotaban en las palabras.

Ambos debieron tener la misma sensación porque nada más terminar su relato se separaron para mirarse.

—Mis pesadillas son demasiado reales, demasiado horribles. No quiero pensar en ellas, ni tampoco volver a vivirlas. Es tan... repugnante el contacto de las manos de Thomas por mi cara, su aliento, jamás olvidaré ese olor a...

—¿A qué? —inquirió él.

—No sabría explicarlo pero cuando despierto, creo que ese aroma agrídulce, mezclado con tabaco, sigue allí, y me recorre un escalofrío de miedo insoportable.

Por un segundo, las lágrimas brillaron en sus ojos antes de que las apartara de un manotazo, pero enseguida fueron seguidas por otras, y otras más que él se encargó de retirar con suavidad con los dedos. La vio tomar aire y cuando volvió a mirarlo lo hizo con fuerza renovada, como si ya no deseara seguir mostrando su vulnerabilidad.

Sí, Janice, era una de las mujeres más fuertes que había conocido.

—Solucionaremos lo de esos sueños —le prometió con determinación—. Aunque tenga que meterme en tu cabeza cuando duermas para sacar a ese hijo de puta de los pelos.

Ella sonrió. Con tal bestialidad de promesa era imposible no hacerlo.

—Eres un exagerado.

—Como quieras, pero tú no debes torturarte por lo que pasó, Janice. Todo fue culpa de los que tomaron decisiones erróneas, la de tu marido por pegarse un tiro, la de sus hermanos por chantajearte cuando un asesino anda suelto por el pueblo y se fija en ellos. No puedes combatir los recuerdos porque son tu única defensa.

—Lo haré. Lo intentaré —rectificó.

—Intenta también dejar los somníferos. Lo único que hacen es embotarte

los sentidos, en eso lleva razón mi padre.

—Yo he llegado a la misma conclusión. Los he dejado.

—Y no temas por si Thomas vuelve a atormentarte, porque a partir de ahora yo estaré allí, contigo. Juntos le obligaremos a marcharse. O tendrá que repartir las caricias conmigo.

—Tonto... —Ella rió suavemente.

—¿Estás mejor?

—Sí. Contigo siempre estoy mejor. Bésame —le pidió alzando la cara.

Él no se hizo esperar. La tomó en sus brazos y comenzó rozándole un párpado con los labios, dejando que el aroma a flores de su pelo le hiciera cosquillas en la nariz antes de pasar al otro párpado. Janice suspiró muy despacio, lo que le animó a acariciarle la mejilla con la boca, luego la frente, las sienes, sin prisa, recorriendo cada centímetro de su cara, memorizándolo. Cuando se dio por satisfecho con su rostro, se detuvo y sustituyó los labios por su mano. Deslizó los dedos por su cuello, por la mandíbula.

Con los ojos cerrados, ella se dejaba mimar, y él disfrutaba de la suavidad de su piel. Sus dedos, índice y corazón, se movían de forma sensual por su garganta, descendiendo lentamente por su escote, imaginando lo que le haría al anochecer, cuando estuviera a su lado en la cama.

—¡Oh, vamos! ¡Bésame de una vez! —le pidió ella, anhelante.

—Es lo que estoy haciendo, te estoy besando —le susurró junto a la oreja.

Erick ajustó la inclinación de su cabeza con las manos para tener mejor acceso y por fin la besó con suaves mordiscos, como si su boca fuera un manjar y él un hombre hambriento.

Era imposible ignorar lo que Janice le provocaba. Con solo tocarla sentía que una potente descarga de energía fluía entre ellos; una especie de impulso físico sin orden ni concierto que lo incitaba a tumbarla en el suelo y hacerle el amor, allí mismo, al pie del bosquecillo.

Ninguna mujer había conseguido desarmarlo como ella. El calor que lo consumía al estrecharla entre sus brazos le incitaba a devorar su boca hasta desfallecer.

Tan absortos estaban en aquel apasionado beso que ninguno se percató del hombre que los observaba a pocos metros de distancia, entre las sombras de los viejos robles.

Joey no podía creerlo. Hasta aquí había llegado su paciencia y eso que se había esforzado por darle una oportunidad a la zorra que sería la madre de sus

hijos.

«Todas sois iguales, provocáis el deseo del hombre y alimentáis el pecado», pensó sin dejar de observarlos.

Ella no se ocultaba para restregarse con el cabrón de Draven.

No solo era una guarra, sino que le gustaba demostrarlo, allí, expuesta a que cualquiera que saliera de la propiedad pudiera verlos devorándose.

«Maldita seas, Janice», rumió con rabia, al tiempo que buscaba en su bolsillo un trozo de raíz de jengibre para masticar y aliviar el dolor de estómago que muy pronto comenzaría, como cada vez que se irritaba. Y esta vez la buena señora Stone no tendría la culpa. Eran los Draven, solo ellos, los que le provocaban aquellos dolores del demonio. Como cuando era un niño y se retorció por el sufrimiento que le causaba ser el fruto de la lujuria de la carne.

De repente, gritos terroríficos del pasado regresaron a sus oídos, los suyos al ser castigado por su abuelo materno, un ser un depravado, un hombre piadoso de Dios. También pudo oír los alaridos de su madre, y los de todas las mujeres que habían sido sacrificadas para alcanzar el perdón de sus pecados después de procurarle placer.

A veces esos chillidos eran tan agudos que se le clavaban en el cerebro, le trituraban los sesos como cuchilladas de un punzante estilete. Solo entonces se amortiguaba el ardor de estómago.

Se cubrió los oídos con las manos por temor a que le reventasen y sollozó al tiempo que corría colina abajo hacia su furgoneta.

«No abuelo, no soy un pelele». «Ha llegado la hora de rezar».

Al alcanzar la casona, Janice observó que la mayoría de los trabajadores ya se habían marchado al pueblo para almorzar. Todavía quedaban varios coches estacionados junto a la escalinata del porche, y la furgoneta de Joey en la explanada lateral, donde Eliot no dejaba de ladrar y arañar la puerta trasera.

—Le dije al sheriff que se llevara al chucho con él —replicó Erick, observando el hueco que había dejado el coche patrulla entre el todoterreno y la furgoneta de Janice.

—Eliot es tuyo, Erick.

—De mi padre. —La corrigió con determinación. Movi6 la cabeza como si acabara de darse cuenta de que ahora los tenía a los dos, allí, juntos, y frunció el ceño, como tantas veces solía hacer—. De hecho el animal lleva un

año viviendo con David, lo que lo convierte casi en su dueño.

—Sobre tu padre... —atajó ella el tema sin saber cómo manifestar lo que pensaba—. Ya te dije que se encuentra confuso.

Él estuvo de acuerdo.

—Lo malo de esto es que los médicos dicen que esta patología no tiene nada que ver con su enfermedad, que hay algo más de trasfondo que se les escapa, y me aconsejan que lo estudie un psiquiatra. Pero si te soy sincero, lo que creo es que el director teme que ocurra algo malo en su aristocrática residencia, como su fuga, por ejemplo, y que se lastime o haga daño a alguien. Vamos, que me invitan a llevármelo sutilmente alegando que se comporta como si fuera un peligroso psicópata.

—Erick... no digas eso. —Ella trató de consolarlo.

—¿Por qué no? Joder, es la puta verdad. Ni siquiera sé si esta noche le dejarán quedarse o tendré que llevármelo a casa.

Se notaba que le enfurecía verse ante un problema que él mismo no pudiera solucionar. El hombre imperturbable que había visto otras veces en él se materializó allí mismo, ante sus ojos. De forma sorprendente, lo sintió tan lejano y gélido que tuvo un escalofrío a pesar de estar en pleno verano.

Un relámpago seguido por un trueno anunció que la tormenta de la que hablaban poco antes, se acercaba.

—Podemos comentarlo con Faith. Ella es una buena psiquiatra y seguro que encuentra una solución que satisfaga a todos, incluido a tu padre. El pobre... lo está pasando bastante mal.

—Lo mejor será que me lleve a los dos. Al padre y al perro. —Apretó los labios y cabeceó, al darse cuenta de que estaba pagando su frustración con ella; con la única persona a la que jamás querría hacer sentir culpable de nada—. Disculpa, Janice, no pretendía ser brusco contigo. Es mejor que me marche ya, antes de que termine de estropearlo.

Eliot seguía ladrando y arañando la puerta de la furgoneta y la tensión que lo embargaba iba en aumento. Parecía que de un momento a otro, Erick comenzaría a dar patadas a diestro y siniestro. Y, sin embargo, ella sabía que aquello nunca ocurriría porque era un hombre controlado, tal vez demasiado, aunque ahora pudiera estar mostrando algunos signos de debilidad. No estaba enfadado con ella, pero llevaba razón al decir que su brusquedad resultaba incómoda.

En ese momento salieron de la casa Frank y Nicholas Draven.

El anciano parecía de buen humor. Reían por algo que habían comentado y

llevaban dos vasos de limonada casi vacíos.

—Despídete de Janice, papá —le pidió en un tono que no admitía réplica.

El hombre obedeció sin rechistar, como si comprendiera que las cosas se podían torcer si le llevaba la contraria. Prometió volver en otro momento para seguir charlando de la boda con Frank, y Erick se pasó una mano por la cara con gesto impaciente.

Nicholas recordó que se olvidaban del perro y él le indicó que subiera al coche mientras iba en su busca. Otro relámpago avisaba de que en unos minutos comenzaría a llover.

—Vuelva cuando le apetezca, señor, pero antes dígame a su hijo que lo traiga, no se escape de la residencia sin avisar —le aconsejó ella antes de ayudarlo a subir al asiento del copiloto y ponerle el cinturón de seguridad.

—Yo no voy a pedirle nada a ese miserable. —Señaló al frente, hacia la explanada lateral, alzando la barbilla—. Ya te dije que anoche intentó matarme. Cuídate, muchacha —le dijo en tono bajo, como si temiera que alguien pudiera escucharlo.

Ella siguió la dirección de su mirada, Erick caminaba hacia la furgoneta de Joey, donde Eliot seguía ladrando y rascando la puerta trasera.

## Capítulo 21

Erick llegó a la vieja furgoneta blanca y ordenó callar al perro. Aunque la puerta del vehículo estaba bastante desconchada, pudo reconocer algunos de los arañazos que Eliot había hecho con sus patas delanteras y maldijo por lo bajo. Solo faltaba que el propietario de aquella antigualla quisiera cobrar los desperfectos.

Se fijó en las ruedas. Las llantas estaban manchadas de barro rojo, de la misma tierra de color fuego que abundaba por toda la zona, incluida su propiedad y cincuenta más, pero la huella de uno de los neumáticos llamó su atención. Él había visto aquellas marcas, más gastadas por un lado y con el relieve desigual imposible de imitar.

—¿Puedo hacer algo por usted, detective Draven? —Inquirió una voz grave tras él, que estaba en cuclillas.

Había sacado el teléfono móvil, dispuesto a comprobar la huella con la fotografía que tenía del molde que se utilizó como prueba, cuando un trueno estalló en el cielo como si estuviera a punto de partirse en dos. Erick miró al hombre rubio y grande que se cernía sobre él con cara de pocos amigos.

En ese instante comenzó a llover con fuerza.

Se incorporó, guardó el teléfono para evitar que se mojara, y como si se hubieran puesto de acuerdo, ambos corrieron hasta el tejado lateral del caserón para ponerse a salvo del aguacero.

—¿Nos conocemos? —Le preguntó él, al escuchar que lo llamaba por su apellido.

Al alzar la cara hacia el hombre, se topó con sus ojos brillantes. Casi furiosos.

—Supongo que nos habremos visto por ahí, detective. Santa Ynez no es un pueblo muy grande.

—No, no lo es. —Estuvo de acuerdo—. De todas formas, ¿le importaría enseñarme su documentación? Por favor.

El hombre se puso tan colorado que por un momento Erick creyó que explotaría. Aún así, se metió la mano en un bolsillo de la pernera del pantalón de faena y sacó la billetera al tiempo que él le mostraba su placa identificativa.

—¿Cómo lleva su pierna, Draven? —Señaló la izquierda, dando cuenta

de que estaba al corriente de su convalecencia y de la poca relevancia que podría tener su acreditación estando de baja laboral.

—Perfecta, gracias. —Fue la escueta respuesta.

—Siempre es un alivio saber que ha salido ileso de su accidente.

—Joseph Morris. —Leyó él en la documentación que le acababa de entregar—. De Boston, Massachusetts. Le he visto un par de veces por el pueblo en los últimos meses, ¿Qué hace por el valle de Santa Ynez, Joseph?

—Pues reencontrarme con la familia, con los amigos, regresar a mis orígenes. ¿Es un pecado?

A pesar de que su voz sonaba calmada y serena, sus ojos azules se movían inquietos.

—Tengo algunas preguntas para usted, sobre su furgoneta —Indicó el trasto viejo bajo la lluvia.

—No es mía. Me la prestó un amigo. Necesito un medio de transporte para mi trabajo actual. —Al ver que él alzaba una ceja, agregó—. Estoy ayudando a Janice a reconstruir el establo.

Que aquel tipo se refiriera a ella con tanta familiaridad le hizo alzar de nuevo la misma ceja. Cosa que no pasó desapercibida para el señor Morris.

—¿Trabaja para el contratista?

—¡Por supuesto que no! —Se mostró ofendido—. Yo soy un trabajador independiente, y para su información, detective Draven, fue la propia Janice la que me pidió que le echara una mano en las caballerizas. Gratis. Ella y yo somos muy amigos. Pregúntele a Clare Renter, o a su hija Adele, si no me cree.

—¿Por qué no he de creerle?

Morris se irguió como un animal que olera su muerte en el bosque, como si se viera ante el cazador.

Sus ojos de color índigo lo miraron con recelo y tomó una bocanada de aire. Varios gestos corporales muy significativos lo pusieron en alerta. El sudor perlaba su amplia frente, como si se encontrara ante un pelotón de fusilamiento.

—Porque yo puedo denunciarle a las autoridades, Draven.

—¿A mí? —La respuesta, realmente, lo sorprendió.

—Sí, porque mientras trata de buscar culpables a los que echarle la culpa de sus problemas, los demás nos dedicamos a cuidar de la nieta de Henrietta.

—¿Qué cojones está diciendo? —Lo miró con ojos ominosos y avanzó hacia él con los puños cerrados.

—No se haga el tonto, Draven. No tiene nada contra mí. Pero le molesta que Janice y yo seamos amigos, que nos veamos a solas y que prefiera mi compañía a la suya.

—¿De qué está hablando?

—De que usted solo busca una cosa de ella, y no es ético ni moral por su parte acostarse con una pobre mujer indefensa y asustada.

Erick lo agarró con violencia por la garganta y lo empujó contra la pared, inmovilizándolo.

Joey dejó escapar un grito ahogado, la sorpresa fue mortal, y mientras lo miraba con los ojos muy abiertos pataleaba en el aire, a pesar de que era tan alto como él.

—Repíte eso, hijo de puta.

—¡Erick, Joey! Por el amor de Dios, ¿qué ocurre? —Los sorprendió Janice al girar la esquina y encontrarse con aquella escena—. ¿Estáis locos?

Él liberó al tal Joey, como ella le había llamado, y la sujetó por un brazo para que no se acercara a él.

—¿Conoces a este tipo tanto como para darle trabajo en la propiedad? —le preguntó con voz grave y señalándolo con la barbilla.

El hombre se frotaba el cuello con las dos manos.

—Pues claro que lo conozco, es Joey —lo dijo como si todo el mundo debiera conocer al «maldito Joey»

—Ya le he explicado que somos amigos, pero está loco. ¡Loco! —espetó poniéndose de nuevo colorado y exagerando una horrible ronquera, como si hubiera estado a punto de morir estrangulado.

—Perdona, Joey, ha debido de ser un mal entendido. ¿Verdad Erick? —Ella lo miró de forma significativa, esperando una respuesta.

—De eso nada —replicó Joey—. No ha sido un malentendido. Este hombre ha intentado matarme, pero esto no quedará así. Iré a poner una reclamación al jefe David —Se atusó el pelo, como si le preocupara que cada mechón no estuviera en su sitio y la miró con candor—. Janice, será mejor que entremos en la casona, lejos de este... hombre.

—Ve tú, Joey, antes tengo que hablar con Erick.

—De eso nada, querida. No te voy a dejar sola, no lo he hecho otras veces y no lo haré ahora.

Erick negó con la cabeza, como si no pudiera creerlo.

Aquel tipo era muy listo. No solo había desviado toda su atención hacia Janice, obligándole a dejar el tema de la furgoneta en segundo lugar, sino que

ahora estaba quedando como un autentico gilipollas ante ella. Y por otro lado, el tal Joey, llevaba razón: no tenía nada contra él. Por mucho que su sexto sentido le avisara con redobles de tambor, no podía detenerlo solo por ser un imbécil que babeaba por la misma mujer que él.

En ese momento sonó el claxon del todoterreno con impaciencia. Los tres se giraron hacia allí y Frank les hizo un gesto con la mano para que se acercaran.

—¡Oh, cielos, lo olvidaba! —dijo Janice, girándolo para que la mirara y se olvidara de Joey—. Vine a buscarte porque tu padre se está poniendo nervioso y Frank no sabe cómo entretenerlo.

Aunque la treta no resultó.

—Todavía no he terminado con usted, señor Morris de Boston. —Erick blandió un dedo ante él—. No crea que me ha engañado con toda esta pantomima que ha organizado.

—¿No? ¿Y qué hará, detenerme? —La boca prieta y los ojos clavados en los suyos, con un odio tan intenso en la mirada que resultaba incomprensible.

—De momento, me quedo con esto. —Agitó su documentación en el aire.

—No puede hacer eso. —Dio un paso hacia él—. ¿De qué se me acusa?

—Sí, Erick, ¿de qué lo acusas? —Quiso saber ella.

—Procure no salir del valle, señor Morris —le habló a Joey, directamente.

—No saldré, por supuesto, no iba a marcharme a ninguna parte —aseguró con impaciencia. Su voz comenzó a subir de tono—. Por otro lado, no es justo que pague con gente inocente la rabia endemoniada que acumula en su interior.

Erick se irguió de nuevo, por lo que ella tuvo que interponerse entre los dos.

—Por favor, parecéis dos chiquillos. Creo que después de lo ocurrido estos días, todos estamos demasiado nerviosos. —Janice se posicionó con claridad, lo que todavía le cabreaba mucho más—. Joey, por favor, márchate a comer. Y tú, Erick, deberías llevar a tu padre de regreso a la residencia.

Él relajó los hombros. Janice llevaba razón, y el maldito Joey también. Aun así, ignoró sus palabras, y volvió a hablarle a él:

—No abandone el valle, señor Morris. El jefe David se pondrá en contacto con usted para que recoja su documentación en la comisaría de Buellton. ¡Y ahora márchese! —le ordenó con voz neutra, señalando su furgoneta.

Joey asintió con brusquedad antes de obedecer.

—Nos vemos más tarde, Janice —A pesar de la suavidad de sus palabras, sonó a amenaza.

Todavía llovía, aunque con menos fuerza. Como si con la discusión se hubieran barrido los nubarrones que habían cubierto la propiedad.

Lo vieron marcharse hacia el vehículo mientras se cubría la cabeza con las manos. Poco después, la furgoneta se alejó hacia el camino y entonces Janice se giró hacia él, a juzgar por su semblante, bastante enojada.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —Puso los brazos en jarra y negó con la cabeza—. No podemos empezar a ver sospechosos por todas partes, o esto se convertirá en un caos.

—Ese tío me da mala espina. —Fue todo cuanto dijo.

—Y a Frank, y a Faith, y a un montón de gente, pero porque es un hombre raro. «Raro»—hizo hincapié—. Solo eso. Y que yo sepa, hasta ahora, ser un poco *friki* no es un delito.

Erick se frotó la frente. Podía alertarla de todas las hipótesis que cruzaban por su cabeza y en las que Joseph Morris encajaba a la perfección, pero lo único que haría sería asustarla sin tener la certeza de que no se equivocaba.

—¿Desde cuándo le conoces?

—Desde hace tiempo.

—¿Ya vivía en el pueblo cuando te instalaste aquí?

—Supongo que sí. Oye, no estarás celoso, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

—Pues que Joey va a tener razón y te molesta que seamos amigos.

Ella iba por otros derroteros. Ni siquiera había contemplado la posibilidad de que pudiera equivocarse con él.

—Joder, Janice, ¿crees eso de mí?

—No, claro que no. —Fue sincera—. Puede que Joey confunda sus sentimientos hacia mí, incluso a veces resulta pesado; pero el pobre no sabe qué hacer por agradarme. Me ayudó cuando llegué al pueblo y me ofreció su apoyo, me auxilió cuando tuve problemas con mis cuñados, trae flores casi a diario, arregla lo que ve estropeado en casa y trabaja gratis en los establos. Solo es eso, un hombre un poco raro.

De nuevo, sonó el claxon del todoterreno.

—Será mejor que me lleve a mi padre antes de que se ponga más nervioso.

—Eliot también está esperándote —le sonrió, al recordárselo.

Erick asintió y, al momento, la tenía pegada a él.

Descendió la cabeza y sin decir nada más la besó. Ella gimió al sentir su lengua colarse entre sus labios como un fantasma, rápido, silencioso, y la abrazó con fuerza. Le encantaba la forma apasionada en la que respondía a sus besos, como si pretendiera competir con su ardor.

La estrechó contra su pecho y deseó que el peligro que la rondaba solo estuviera en su cabeza, como ella le había sugerido. También procuró pensar que todas esas emociones raras que ella le provocaba eran producto de su deseo y no del miedo.

No podía dejarse llevar por el temor, ni confundir las excesivas atenciones de un chalado por la mujer que le aceleraba el corazón, aunque seguía pensando que aquel hombre tenía algo que se le escapaba.

Janice seguía besándolo. Le rodeó el cuello con las manos para profundizar el beso, demostrándole que nada tenía sentido si no era con ella. Y Erick lo supo, tuvo la certeza de que lo único en lo que podía pensar era en formar parte de ella, en olvidarse de todo lo demás. Al menos, de momento.

La apartó con delicadeza, necesitaba unos instantes de reflexión, tiempo para recuperar el control de sus pensamientos, sin la presión de buscar su seguridad antes de valorar de quién debía resguardarla.

—Tengo que irme.

—Por supuesto. No hagas esperar más a tu padre —le aconsejó ella, apretándose de nuevo contra él y separándose después para mirarlo a los ojos—. Estaré bien. Recuerda que tengo la casa llena de gente. —Adivinó sin mucho problema lo que tanto le preocupaba.

—No podremos comer juntos.

—Me hago cargo.

—De todas formas, volveré esta noche —le aseguró con firmeza.

Lo tenía decidido. Acompañaría a su padre a la residencia, hablaría con el sheriff del señor Morris de Boston, se cercioraría de que lo investigaba y de que el tipo estaba realmente limpio, y al anochecer regresaría a su lado. Una vez estuvieran a solas, en su dormitorio, la haría suya mil veces y cuando la viera dormir, abrazada a él, por fin se relajaría. Y él también. Al día siguiente, interrogaría al tal Joseph. Sabía que escondía algo y ese algo estaba relacionado con su furgoneta. Necesitaba que Joseph Morris cometiera un error. Hasta el momento, el inestable admirador de Janice se había ocultado bajo su faceta de hombre educado, había sido inteligente. Lo malo era que ahora él estaba al tanto.

Volvió a besarla lentamente, saboreándola como si fuera una fruta dulce y no quisiera que se terminara.

—¡Venga, hombre, que es para hoy! —le gritó su padre, impaciente.

Joey estuvo dando vueltas por el valle durante no sabía cuánto tiempo, hasta que comenzó a anochecer y condujo hacia el hostel, aunque todavía permaneció durante un buen rato en el aparcamiento de la plaza sin atreverse a bajar.

Echó un vistazo rápido a la parte trasera, y al ver el cuerpo inerte del jefe David, tumbado boca abajo en la moqueta de la furgoneta, sobre un enorme charco de sangre seca, le lanzó un saco de tela para cubrirlo.

Menos mal que había estado hábil al fingir que era el sheriff el que abandonaba la propiedad en su coche patrulla y no él. Lo había escondido en el bosquecillo de robles, cubierto de maleza, antes de regresar a la casona y tener el encontronazo con Draven. Sin embargo, no había podido deshacerse del cuerpo del sheriff, otra vez el malnacido de Erick se había interpuesto en sus planes, al dedicarse a husmear en las ruedas de la furgoneta.

Necesitaba pensar, necesitaba tranquilizarse, buscar un lugar donde esconder el cadáver y ordenar sus ideas. Tomó aire un par de veces, miró a ambos lados de la calle y descendió del vehículo con rapidez. Estaba seguro de que alguien terminaría por descubrir que él era al que llamaban «asesino de Santa Ynez». Imposible ocultar la rabia y el odio que se habían apoderado de su alma podrida, sus facciones alteradas lo delatarían nada más cruzarse con cualquiera que lo mirara.

Entró en su habitación, cerró con llave y corrió al cuarto de baño. Se lavó la cara con abundante agua fría, el pelo rubio se dividía en gruesos mechones que chorreaban por sus mejillas coloradas. Ni él mismo se reconocía al mirarse en el espejo.

«¿En qué especie de animal me he convertido? ¿Dónde queda el hombre amable y atractivo que solo busca la paz eterna de los que no tienen descanso? ¿Por qué el buen Dios me pone a prueba cuando estoy tan cerca de conseguir mis propósitos?». Todas esas preguntas rondaban frenéticas por su cabeza.

Se frotó el rostro con las manos para borrar aquel rictus que tanto le recordaba a su abuelo, los ojos inyectados en sangre, la boca en una mueca cruel y las fosas nasales dilatadas, como un cazador a punto de capturar a su presa. O como cuando lo encadenaba y azotaba por mirar las piernas de las mujeres que acudían al responso dominical.

Ellas eran tan bellas, parecían tan puras, arrodilladas, pidiendo por sus pecados... Todas, todas eran unas mentirosas. Rezaban, suplicaban perdón, con las manos entrelazadas y los dedos escurriéndose por las cuentas de rosarios tan parecidos a los que él mismo vendía por medio país, para luego abrirse de piernas ante el primer desgraciado que las encandilaba.

Sí, tenía que recuperar el control.

No podía olvidar que si había regresado a este pueblo era para expiar los pecados de los culpables de sus desgracias. Ellos propiciaron las desdichas de su madre. Dios lo estaba castigando por todo lo malo que había hecho su abuelo, el viejo diácono.

De nada sirvió que un día le rebanara el pescuezo para redimir sus pecados.

¡Dios, cuánto odiaba a Draven! Cuando miraba al padre, veía a Erick con unos años más, y cuando miraba al hijo, escuchaba la llamada de la justicia divina.

Se inclinó sobre el lavabo y volvió a echarse agua en la cara.

Necesitaba recobrar la compostura, volver a representar el papel de amigo amable e incondicional de Janice, su rendido admirador, el hombre que lo haría todo... todo por ella.

La amaba. Su amor era real, sincero. Puro. Por eso no se permitía ir más allá de las caricias cuando la veía durmiendo, inmersa en una de sus horribles pesadillas. Mantenía su deseo a raya, a pesar de que su pene no pasara de tener el tamaño de un fideo cocido y flácido, porque ella sería su mujer. Su esposa. Y el día que la hiciera suya, el día que alcanzara el clímax en su interior, que su miembro golpeará con fuerza a cada acometida... sería porque las cuentas de un rosario se cerrarían al mismo compás, alrededor de su hermoso cuello.

«No. No. No! Abuelo, Janice no tiene que orar. Es mía».

Saber que Erick sospechaba de él le retorció las tripas. Aunque el muy imbécil no pudiera probarlo, parecía convencido de que los crímenes de Santa Ynez y él estaban relacionados. Lo había notado en sus ojos, en su forma de hablarle, y merecía su respeto, sí señor. Después de todo, el detective hacía honor a la reputación que le precedía.

Por otro lado, la suerte se había puesto en su contra.

Casi lo había pillado con el cuerpo del jefe de policía en la parte trasera de la furgoneta, mientras el maldito perro marcaba con las patas el lugar exacto donde lo tenía escondido. Aunque al cabrón de Erick no le hizo falta

investigar mucho. Fue mirarlo y reconocer al predador que llevaba dentro.

«¿Por qué todo se ha complicado? ¿Por qué?»

Golpeó con el puño el espejo del cuarto de baño y este saltó en mil pedazos.

La herida de su mano volvió a abrirse y comenzó a sangrar profusamente, aunque le dio igual. Entonces perdió de nuevo la paciencia. Él había venido a este maldito pueblo con un objetivo claro y ahora tenía demasiados obstáculos que superar. Demasiadas personas se interponían y que necesitaba quitar de en medio.

«¡Maldito seas, Draven, maldito seas!», vociferó mientras comenzaba a tirar todo cuanto encontraba a su paso por la habitación.

«¿Cuántas pruebas más me enviarás, Dios?»

Muebles destrozados, la silla tapizada con la misma tela de las cortinas arrojada contra la pared, la lamparilla de mesa lanzada hacia la puerta, el cenicero contra la ventana... daños colaterales.

—Señor Morris, ¿qué ocurre? —La dueña del hostel llamó a la puerta con impaciencia—. ¿Qué está haciendo en la habitación? ¡Abra, inmediatamente!

—Déjeme en paz, zorra. —Buscó el rosario en su bolsillo, sólo para calmarse, para apaciguar sus nervios—. ¡Lárguese!

—Señor Morris, abra o llamaré a la policía —insistió la señora Stone.

Antes de que concluyera su amenaza, giró el picaporte y se encontró cara a cara con la enfadada mujer.

—No va a llamar a nadie, señora —le dijo con los dientes apretados.

Su aspecto desaliñado, la cara roja, los ojos con el diablo brillando en su interior y el pelo pegado al cráneo como si fuera una cruel calavera, debieron de sorprenderla mucho, porque la hostelera quiso salir huyendo, pero él fue más ágil. La agarró con sus manazas ensangrentadas, le tapó la boca y cerró la puerta con una patada. Después se abalanzó sobre ella.

Debido a su corpulencia no le costó mucho trabajo reducirla, le subió las faldas con premura, le bajó las bragas y la penetró con fuerza al tiempo que rodeaba su cuello con el rosario de cuentas de ámbar que había caído al suelo con la pelea.

«Pide perdón por tus pecados. Pide perdón porque el sexo ensucia el alma».

## Capítulo 22

Hasta que se sentó en el sofá, Janice no fue consciente de lo largo que había sido el día y de la cantidad de cosas que habían ocurrido. Afortunadamente, Joey no apareció en toda la tarde para seguir trabajando en los establos, y cuando Erick la telefoneó para decirle que pasaría después de lo acordado por la casona, ella prefirió no preguntarle.

Por si fuera poco, cuando Faith se enteró de que Erick y Joey habían tenido un enfrentamiento, a la psiquiatra le faltó tiempo para echar más leña al fuego.

—El detective lleva razón. Ese tío es raro, incluso me atrevería a decir que oculta alguna psicopatía de fondo. Esconde algo.

—Por favor, ¿podemos hablar de otro asunto? —les pidió Clare que acababa de dejar sobre la mesa una jarra con limonada y varios vasos.

En ese instante entró Adele en el salón y fue inevitable que todas, incluida su madre, la miraran con ojos como platos. Les había dicho que tenía una cita y el encuentro estaba rodeado de un gran misterio.

Desde que regresó de la ciudad para quedarse en Santa Ynez, se mostraba demasiado enigmática, como si el peso de un secreto la sumiera en silencios reflexivos. Por eso, sus amigas se alegraron al saber que había quedado con alguien, aunque no dijo nada sobre la identidad de su acompañante.

Se había dejado la melena suelta y caía sobre sus hombros en suaves ondas de color rojizo. Llevaba un vestido negro, ajustado y demasiado elegante para una velada en cualquier local de Santa Ynez. Muy maquillada y con unos tacones de bastantes centímetros, se paseó delante de las tres mujeres como si desfilara.

No había duda de que estaba diferente, como si la alegría de antaño hubiera regresado a ella. La luz de sus ojos claros le confería a su rostro un brillo que podía confundirse con el que proporcionaba la ilusión, a pesar de que aquel estilo llamativo y exótico que lucía, no fuera con ella.

—¿Qué tal estoy? —Puso los brazos en jarra y se dio una vuelta completa.

Janice no supo qué decir para no herir sus sentimientos.

—Bueno... creo que causarás a tu amigo una gran impresión.

—Perfecto. Eso significa que parezco un putón.

—Desde luego, lo dejarás sin palabras —agregó Faith con delicadeza.

—¡Estupendo! Esa es la idea: enmudecerlo tanto como pueda. ¿Me prestas la furgoneta, Janice?

—Claro —repuso ella, yendo a buscar la llave.

—¿Vas a salir así vestida a la calle? —la amonestó su padre que entraba en ese momento.

—Sí, papá, tengo una cita y llego tarde.

—¿Una cita e irás en la furgoneta de Janice? —inquirió, ceñudo.

—Sí. No pretenderás que vaya en bici. —Se colgó el bolso del hombro y tomó la llave que le dio su amiga —. Deseadme suerte, chicas.

—¿Suerte? ¿Para qué? —Inquirió Frank como si no reconociera a su hija —. No deberías salir esta noche, con todo lo que está ocurriendo en el pueblo. ¿Se puede saber con quién has quedado? ¿Y por qué no viene a recogerte? Es lo que hace un hombre cuando tiene una cita con una mujer.

—Tranquilo papá, regresaré pronto. —Se despidió, fingiendo que no le afectaban sus palabras.

—No ha soltado prenda sobre el misterioso hombre que la espera en el pueblo. —Clare lo puso al corriente antes de que Adele saliera del salón.

—¿Lo conocemos? —insistió el hombre, aunque no obtuvo respuesta.

—Hola Adele, estás muy guapa —la saludó Erick que se cruzó con ella en el porche.

—Gracias, espero que sirva de algo —le sonrió al tiempo que le daba un apretón en el brazo.

—¿Vas al pueblo?

—Sí, tengo una cita.

—¿Quieres que te acerque? —La miró como si adivinara que su encuentro no parecía tan agradable como pretendía aparentar.

—No es necesario. No te preocupes. —Fue todo cuanto dijo antes de bajar las escaleras.

Cuando la vio partir en la furgoneta, entró en la casa y al llegar al salón, se encontró con el matrimonio Renter y las dos amigas. Frank no disimulaba su malhumor, estaba bastante enojado con su hija.

Él los saludó y se acercó a Janice.

—Siento llegar tan tarde —le dijo, sentándose a su lado, en el sofá.

Le pasó un brazo por los hombros y ella se refugió en el hueco de su hombro.

—Supongo que te quedas a cenar. Pondré un cubierto más —le dijo Clare.

—Gracias —repuso con una sonrisa.

—¿Sabes algo de David? —le preguntó Frank, sentándose frente a ellos.

—He tratado de localizarlo, pero no hay manera. Parece que se lo hubiera tragado la tierra.

—Su esposa está muy preocupada, me telefoneó hace un rato —dijo Clare que regresaba de la cocina.

—Mujer, si tenemos en cuenta lo que ha ocurrido en el pueblo los últimos días, es lógico que vaya tarde a casa.

Erick estuvo de acuerdo con él.

Pasaron al comedor y, mientras cenaban, siguieron charlando sobre el parco recibimiento que había tenido su padre al regresar a la residencia; del ultimátum del director y de la pequeña tormenta que había refrescado el ambiente.

Inevitablemente, más tarde, en el salón, la conversación derivó en los asesinatos y lo poco que avanzaba la investigación.

—¿Cuándo terminará todo esto? —El tono preocupado de Clare no se hizo esperar—. Debe de haber un límite para ese criminal.

—Todo psicópata tiene uno, pero hablar de la teoría del límite con un patrón tan ambiguo como el de este sujeto es demasiado arriesgado —explicó Erick.

—Estoy de acuerdo con esa teoría —aseveró Faith.

—David me contó que has hecho un perfil de ese tipo —intervino Frank—. Que piensas que los crímenes no cesarán hasta que alcance su objetivo.

—Así es. Y cuánto más cerca esté de él, más sanguinarios serán sus actos.

—¿Y tú, Erick? —le preguntó Janice mirándolo directamente. Hablar de sangre la ponía enferma, no podía creer que a él le resultara indiferente—. ¿Cómo puedes soportarlo? ¿A caso no tienes un límite?

—Claro que sí. —Fue sincero—. Cuando ves cadáveres, no sabes cuántos contarás a lo largo de tu vida, pero no resulta tan fácil como parece. Mi padre solía decir que cada poli tiene su número de casos que puede soportar, y mientras unos lo alcanzan pronto, otros se marcan cotas muy altas a las que nunca llegan a acercarse. Pero hay un tope, y cuando lo rebasas, todo se acaba. Pides el traslado a la oficina, devuelves la placa... lo que sea, porque ya no eres capaz de ver otro cuerpo más sin vida. Y si lo haces, si rebasas el límite, puedes acabar con una bala en el cuerpo. Si me preguntas por mi límite... —Negó con tristeza—. Una de esas balas truncó mi vida policial e irónicamente

ni siquiera estaba de servicio, sino visitando a mi padre en una residencia de ancianos.

Se hizo un largo silencio en el que todos visualizaron la escena desde su punto de vista.

—Y qué casualidad que fue por los mismos días en los que el asesino actuó por primera vez —agregó Janice.

—Sí, de algún modo este caso y tú estáis ligados desde el principio —aseveró Frank—. La pobre mujer no era del pueblo, había venido a visitar a una amiga de su madre, y al parecer se cruzó en su camino.

—Sí. Está claro que su objetivo era otro, no ella. Por eso se ensañó tanto, porque se interpuso en sus planes.

Faith y Janice se miraron en silencio. Quien no las conociera mucho, no podría imaginar la magnitud del disparate que acababa de cruzar por sus cabezas.

—Creo que lo mejor es que nos retiremos a descansar —La psiquiatra prefirió cambiar de tema.

—Llevas razón —la apoyó Frank, poniéndose en pie—. ¿Te quedas en la casona, muchacho? —Lo miró sin parpadear.

—Sí, así es.

—Bien. —Asintió con ímpetu—. Muy bien.

En un segundo, como si todos se hubieran puesto de acuerdo, los dejaron a solas.

Se quedaron allí, en silencio, abrazados en el sofá, pensando cada uno en sus cosas, hasta que Janice bostezó y él le indicó que se iban a la cama.

Al verla protestar, desoyó sus argumentos sin dejarla hablar; la tomó en brazos y cada vez que iba a decir algo la besaba con fuerza en los labios. Así, entre risas ahogadas y susurros, la llevó al dormitorio. Ni siquiera quiso escucharla cuando le advirtió que los Renter dormirían a pocos metros.

—Pero nosotros no vamos a dormir —le recordó, comenzando a desnudarla.

—Ah, ¿no?

—No. Haremos el amor hasta que amanezca. Y te advierto que está prohibido dormir.

—Sabes que yo nunca duermo.

—Por eso. ¿Qué mejor que emplear la noche en amarnos?

Su voz tan seductora le provocó un escalofrío de placer.

—Esta tarde he vuelto a tocar el piano —le confesó, dejando que le fuera

sacando la ropa como si fuera una niña.

—Solo necesitabas un poco de confianza. Nada más.

—Eso no es cierto. Te necesitaba a ti. Si no te hubiera conocido, la música no tendría sentido.

—Pues yo, ahora, quiero tocarte como si fueras mi melodía.

—Tonto... —Ella dejó escapar una suave carcajada ante la ocurrencia.

—Es cierto, quiero sentirte con fuerza, tocar cada tecla en tu piel. —Le rozó los pechos con los dedos y ella se estremeció—. Quiero llevarte a un lugar al que yo también iré, contigo, acariciaremos el cielo, y pulsaré esas notas que te hacen gemir de placer. Alcanzaremos juntos las nubes.

—¡Oh, Erick, eso que acabas de decir es precioso!

—Sí, y cursi de la leche.

Ella volvió reír.

Erick siempre sabía arrancarle una sonrisa. A pesar de parecer a simple vista un hombre demasiado rígido, en el fondo era un romántico. Y con buen humor. Al menos con ella.

—Sí, es muy cursi... pero precioso.

—Joder, me estás convirtiendo en un sentimental. —La tumbó de espaldas en la cama y comenzó a besarle los hombros mientras terminaba de quitarle la ropa interior.

—Me gustas, tal y como eres, detective implacable. —Alzó los brazos para facilitarle la labor—. Eres como una pieza que comienza a encajar en su sitio.

—Ya sabes más que yo, que todavía no encuentro mi sitio.

—Tu sitio está con los buenos, cazando a los malos. Sin embargo, veo un indicio de ablandamiento en tu actitud de hombre duro. ¿Sabes? Creo que esa fachada fría que muestras a todo el mundo es deliberada.

Esperaba que lo negara; sin embargo, se limitó a reírse. Fue una carcajada suave que estuvo a punto de pararle el corazón.

Para que Janice no siguiera analizándolo, comenzó a acariciarla con sensualidad, consciente de que así despertaba en ella un deseo imposible de ignorar. Deslizó una mano entre sus muslos y su sexo se humedeció enseguida. Se recostó a su lado, sin dejar de tocarla con delicadeza, y la condujo hacia un lugar placentero, tal y como le había prometido. Continuó diciéndole cuánto significaba para él sin palabras, solo con besos y gestos de amor.

Janice susurró su nombre cuando el placer explotó a través de cada célula de su cuerpo. Archeó las caderas y atrapó su mano entre las piernas, para

facilitarle que profundizara las acometidas de sus dedos. Quiso gritar, cuando se apoderó de ella un éxtasis intenso y abrumador, pero solo consiguió que saliera un gemido ahogado. Miles de ráfagas de placer atravesaron su cuerpo cuando alcanzó el orgasmo, miles de emociones maravillosas se convirtieron en algo interminable, en una sensación tan deliciosa que deseó que no finalizara nunca.

Antes de que pudiera darse cuenta, él se tumbó encima y con un suave movimiento la penetró. Ella siseó su nombre de nuevo en mitad de un jadeo. La estrechó entre sus brazos, buscó sus labios y su lengua empujó con avidez dentro de su boca, al mismo tiempo que su miembro empujaba más duro, más profundo.

Al escucharlo gemir, Janice estuvo a punto de alcanzar otro orgasmo. Sentir su pene clavándose en su interior, palpitando, el vello de su pecho raspándole los pezones y su boca devorando la suya...

De nuevo la sorprendió una nueva ola de placer, tan intensa como sentir que volaba hacia las estrellas y se apoderaba de una de ellas.

Por fin, Erick gimió su nombre, tensó su cuerpo y se derramó en ella acompañado de violentos espasmos que se fueron apagando para quedar abrazados, sudorosos y cansados.

Era como saber que ambos se pertenecían.

—Desde que te conozco, solo escucho una melodía en mi corazón que dice: «te quiero, Erick Draven. Te quiero Erick Draven».

La apretó contra su pecho, dispuesto a demostrarle que también la amaba, entonces Janice lo abrazó y lo besó dulcemente.

Siempre había sido un hombre al mando en la cama, como en todo, un amante generoso que intentaba dar más que recibir. La apretó contra sí con fuerza e intentó tomar el control también de sus besos, pero se sentía como un muchacho inexperto, con la sensación de que por primera vez era un novato.

Estaba claro que sin ella nada tenía sentido, que se había convertido en el motor de su vida.

Después de hacer el amor de nuevo, Janice no quiso dormirse. Estaba en la gloria entre sus brazos, con sus piernas enredadas en las suyas, sintiendo su respiración acompasada junto al oído, y quería retener aquel instante para siempre, para que prevaleciera sobre todos los demás recuerdos que la acosaban.

No había tomado somníferos; pero, sobre todo, no quería que una horrible

pesadilla ensombreciera la segunda noche que pasaban juntos, porque la primera ya resultó demasiado macabra con el posterior asesinato de los Still.

De todas formas, estar en la misma cama, desnudos y abrazados era lo más parecido a lo que siempre había deseado: la felicidad total.

Tal vez, se dijo, algún día, sus sueños terminarían por cumplirse y la paz regresaría a su vida.

De repente, sintió que le faltaba algo para culminar aquel bienestar que la envolvía. Necesitaba que sus manos se deslizaran por las teclas, percibir la música fluyendo de sus dedos.

Se giró entre sus brazos para cerciorarse de que él dormía profundamente, se vistió con una camiseta larga sobre la ropa interior y bajó al salón con cautela.

No podía despertar a nadie, o pensarían que estaba loca de verdad.

El perfume de las orquídeas se había intensificado con la brisa fresca de la tormenta que se colaba por los ventanales abiertos. El salón olía a canela y a vainilla. Había muchas flores nuevas por todas partes, sobre el piano y en un enorme florero encima de la mesa; no tenía ni idea de cuándo las habrían distribuido por la habitación. Entonces, un ruido en el jardín llamó su atención, se asomó a la ventana y, al no ver nada más que oscuridad, se sentó al piano.

Una lamparilla en la esquina era toda la luz que iluminaba la estancia, los destellos dorados hacían refulgir la madera recién encerada del instrumento.

Los primeros acordes sonaron amargos, lentos y separados, con intervalos, como si fueran pensamientos. Arrastró los dedos sobre las teclas con delicadeza, obligando a las notas a brincar sobre las cuerdas del piano, a golpear contra el aire y vibrar en su interior, como ella se había estremecido al sentir a Erick en su interior.

Una vez que comenzó a tocar, supo que ya no podría parar.

Tomó aire y la fuerza de la música se alzó por la estancia. Ejecutar aquel tipo de pieza exigía un gran esfuerzo, tanto físico como emocional, y se sentía pletórica.

Las notas se le escapaban tristes, ásperas, y temibles por la intensidad de la emoción con la que tocaba la melodía.

Cuando terminó, cerró la tapa sobre el teclado y una lágrima se deslizó por su mejilla. «Thomas y su maldición se están debilitando», se dijo, vislumbrando un abanico de maravillosos sueños por cumplir. Con Erick.



## Capítulo 23

Joey suspiró emocionado al escuchar la magia que fluía de los dedos de su amada. Llevaba un buen rato allí, esperando que se quedara sola, desde que el desgraciado de Draven la había subido en brazos al dormitorio para follársela como si fuera una perra el cielo. Y aquello lo había puesto de muy mal humor. No era lo que esperaba al llegar a la casona después de deshacerse del cuerpo del sheriff.

Lo había ocultado en la galería del sótano que conducía hacia las caballerizas, a falta de un sitio mejor. El tío pesaba como un buey, y había sangrado como un cerdo, pero por fin se había librado de él. A la dueña del hostel, sin embargo, no la había dejado en ningún lugar, todavía estaba en la furgoneta. Se le acumulaban los cuerpos y su amor por Janice le consumía mucho tiempo.

Al ver a su amada limpiarse una lágrima, y cerrar la tapa del piano con gesto melancólico, supo que lloraba por lo que le había hecho en la cama aquel cabrón. Como tantas veces lloraba su madre cuando...

«No sufras, mi amor, pronto rezaremos por tus pecados»

Iba a acercarse para consolarla cuando los faros de un coche alumbraron desde el jardín por los ventanales del salón. Se asomó con rapidez y vislumbró la furgoneta de Janice que acaba de estacionar frente a la escalinata. Maldijo en silencio y regresó a su escondite tras la puerta, a los pocos segundos vio entrar en el vestíbulo a la hija de los Renter.

A juzgar por su semblante, la cita con su amigo no había resultado como esperaba. Él sabía con quién había quedado a cenar, y también el motivo de su encuentro.

«Chica mala, mala», canturreó cuando pasó por su lado, sin percibir su presencia.

—¿Todavía estás levantada? —Preguntó Adele al entrar en el salón.

Janice se giró, sorprendida.

—Sí. No quería despertar a Erick y... —Se levantó al tiempo que bajaba la tapa para ocultar el teclado del piano y se encontró con ella a medio camino—. ¿Y tu cita, cómo se ha dado?

—No era realmente una cita —repuso con un encogimiento de hombros—. En realidad, se trataba de abrirme los ojos. —Lanzó el bolso sobre el sofá y

se sentó con gesto vencido—. Pero bueno, ya da igual. Me dijo que vendría... ¡mentira! Todo son mentiras, siempre mentiras. —Negó sin querer desvelar más.

—¡Oh, cuánto lo siento! —Janice corrió a su lado, sin comprender.

—No hagas preguntas, por favor. No lo habéis hecho en todo este tiempo, ni mis padres, ni vosotras, y me gustaría que siguiéramos así.

—Por supuesto, somos conscientes de que te ocurre algo muy grave, y si tienes problemas... —Dejó la frase a medias, para que su amiga continuara, pero no lo hizo—. Adele, lo siento mucho.

—Yo también —concluyó con un sonoro suspiro—. Tal vez ha sido lo mejor.

Al mirarla supo que había estado llorando. Sus ojos se veían enrojecidos y la nariz colorada la delataba.

—¿Mejor, para quién? —indagó sin poder contenerse. Y alzó las manos a modo de disculpa, al ver su mirada de censura—. De acuerdo, no más preguntas. ¡Vaya trío de amigas que nos hemos juntado! —Quiso poner una nota de humor que disipara el dolor.

—Sí. —Adele sonrió con tristeza—. Aunque a una de ellas parece que las cosas le van muy bien. Cuéntame qué tal con tu detective.

—No creo que sea buena idea.

—¿Y por qué no? A alguna de nosotras tiene que sonreírle el amor, y me alegro de que tus lágrimas sean de felicidad. —Le limpió un resto de humedad de la cara y tomando sus manos entre las suyas, las llevó hasta su pecho—. ¿Verdad, pequeña Janice? Dime que por fin, Erick y tú habéis aclarado las cosas. Dime que eres feliz.

De nuevo hacía gala de aquel tono despreocupado que la caracterizaba, pero detrás de la fachada de tranquilidad que fingía, se vislumbraban emociones turbulentas.

—No te equivocas. Lo soy. —Ahora fue ella la que se sonrojó. No estaba acostumbrada a hablar de sus relaciones personales con nadie; sobre todo, si habían sido tan placenteras como para hacerla llorar de placer—. Pero te recuerdo que estábamos hablando de ti.

—Llegar a la casona de madrugada, encontrarte ante el piano y enamorada, ¿te parece poco importante?

—A mí me asusta.

—¿La música o querer a Erick?

—Las dos cosas. Amar a un hombre como él, me da la fuerza que necesito

para enfrentarme a mi otra pasión, que es la música.

—Estás dramatizando un poco, ¿no crees? —comentó Adele, recostándose en el sofá.

—Si quisiera ser dramática, seguiría atemorizada por la eterna presencia de Thomas en mi vida. O me quitaría la vida de forma grotesca, como pretende cada vez que me acosa en sueños.

Adele se incorporó de golpe.

—Eso no tiene ninguna gracia.

—¿Y qué gracia tiene seguir asustada por un fantasma que me impide volver a amar o tocar el piano, cuando ambas cosas son imprescindibles en mi vida?

—Ninguna, por supuesto.

—En efecto, y por fin lo he comprendido. He querido negarme a mí misma que necesito a Erick a mi lado, que sin él no estoy completa.

—Me alegro de que por fin lo reconozcas, abiertamente.

—Y también he comprendido que la música forma parte de mí. Toda mi vida ha girado en torno a ella, nunca he trabajado en otra cosa, no tengo ni idea de cómo hacer negocios, ni siquiera con el contratista que está reformando la casona. De no ser por Faith y por ti, el sueño de la abuela Henrietta no llegaría a buen término. Tampoco he destacado en nada que no fuera en tocar el piano.

—También eres una anfitriona perfecta, una buena amiga, divertida, y serás la mejor propietaria del hotel más encantador del valle —replicó Adele—. Y ahora que vuelves a tocar el piano, y Erick está a tu lado, la vida te sonríe.

—Sí. —Entornó los ojos con gesto soñador—. Erick dice que un día la casona será el «Hotel familiar Wallace» —sonrió—. Está seguro de que muy pronto se colgará el cartel de «completo», y la verdad yo también lo creo. Las obras están muy avanzadas. —Tragó saliva y la miró con fijeza—. Ahora solo falta que las pesadillas se vayan. Me gustaría poder dormir al menos cuatro horas seguidas, solo cuatro... o tres... —El cansancio se reflejaba en su voz—. Pero bueno, de momento sé que la música ha regresado a mí y que llenará mis horas vacías. El piano siempre ha sido mi aliado hasta que Thomas me lo quitó.

—¡Bienvenido, el piano! —bromeó Adele, para aliviar la pena que traslucían sus palabras.

Janice asintió.

—¡Bienvenido!, porque él expresa con sus teclas lo que yo no puedo decir con palabras. Podría decirse que es la voz de mi corazón. Nunca me ha engañado, ni me ha humillado. Él sabe lo que quiero, lo que deseo y...

—Espero que no estés hablando de otro hombre. —Las sorprendió la voz ronca de Erick desde la puerta del salón.

Las dos se echaron a reír por la ocurrencia.

—Mucho mejor. Son las virtudes de «don Piano» —explicó, Adele.

—¿Qué tal la cita? —Se interesó él, yendo hacia el sofá.

—Bien. Con vuestro permiso, me voy a dormir. Estoy rendida. —Se escabulló claramente, poniéndose en pie, antes de que siguiera interrogándola.

—Nosotros deberíamos regresar a la cama —sugirió él a Janice, cuando quedaron a solas.

—Demasiadas emociones para poder conciliar el sueño.

—Bueno... siempre podemos quedarnos abrazados y hablar de ello.

Puso los brazos en jarra, los pantalones vaqueros desbrochados, con el cinturón cayendo de forma despreocupada a ambos lados de las caderas y desnudo de cintura para arriba, con el pelo alborotado y los ojos llenos de sueños.

Estaba guapísimo.

—Lamento que la música te haya despertado, pero sentí la necesidad de tocar el piano.

—No ha sido por la música, sino porque no estabas a mi lado. —Miró alrededor y frunció el ceño de aquella forma que adoraba—. ¿Y todas estas flores?

Era imposible no fijarse en los ramos de orquídeas que adornaban el salón.

—Supongo que son de las que suele traer Joey, cuando viene por aquí, y Faith la ha colocado por todas partes. Hay muchas, ¿verdad? —Al ver que apretaba los labios, agregó—. No seas injusto. El pobre hombre no sabe qué hacer para agradar.

—Para agradarte a ti.

—No digas eso. No quiero pensar que te has fijado en él porque sea «diferente».

Él se sentó a su lado en el sofá y negó con la cabeza.

—Sabes que no. Pero ese tío no me gusta, ya te lo he dicho y, por muy amable que sea, no cambiaré de idea.

—Faith opina como tú.

—Chica lista, tu amiga—. Volvió a mirar el ramo que había sobre la repisa de la chimenea—. Supongo que las ha comprado en *El dulce hogar de Ynez*. Son iguales que las que cultivan allí.

—El pobre piensa que puede conquistarme con ellas. No hay nada de malo.

Erick se quedó pensativo. Aquella conversación le recordaba otra en la que su padre le hablaba de un nuevo amigo que pretendía sorprender a su amada con orquídeas.

Una atrocidad le pellizcaba la intuición, la cual nunca le fallaba cuando tenía un funesto presentimiento.

—Quiero pedirte algo, cielo. —Se incorporó para hablarle. Para que ella le prestara atención. De repente, se había puesto muy serio—. No te acerques a Joey, al menos hasta que sepa algo más de él.

—¿Lo estás investigando?

—¿Podrás hacerlo, Janice? ¿Lo harás?

—Sabes que sí —aceptó. Su tono preocupado era alarmante—. Pero no puedes meterme en una urna de cristal para protegerme de todos los habitantes del pueblo, ni encerrarme en la propiedad por temor a que me ocurra algo.

—Siempre he creído que el secreto de tratar con la muerte es guardar las distancias. Esa es la regla de oro y tú has estado cerca, varias veces, en pocos días.

—Esa regla no me sirvió de protección cuando mi marido decidió quitarse la vida enfrente de mí, ni tampoco cuando ese hombre quiso atropellarme. El riesgo está ahí, siempre, ni tú ni nadie puede evitarlo. — Ambos guardaron silencio durante unos largos segundos, hasta que ella, concluyó—. Si te soy sincera, creo que la muerte me persigue allá donde voy.

—Eso es absurdo. —Se levantó de su lado con rapidez y la tomó en brazos, sorprendiéndola—. Y ahora, señora, regresemos arriba. Todavía falta un rato para que amanezca y se me ocurren un par de ideas para hacerte desear no salir de la cama.

—¿Qué cosas? —Quiso saber, sonriente.

—Comenzaré por decirte frases cursis al oído. —Su tono cadencioso prometía maravillas.

Ella le echó los brazos al cuello y se apretó contra su cuerpo.

Sí, se dijo Erick mientras la besaba y caminaba despacio hacia las escaleras, tenía que haber algo que pudiera hacer para que Janice no abandonara el lecho nada más terminar de hacer el amor.

De momento no le mentía al decirle que la mantendría a su lado mientras susurraba palabras de amor. Después podría introducirse dentro de ella, hacerla suya y desear sufrir insomnio para conectar del todo.

No volvería a dejarla a solas con sus pesadillas nunca más.

Era una promesa que se hizo al entrar al dormitorio con ella en brazos. Si había llegado su hora de renunciar a contar cadáveres, no se le ocurría mejor futuro que quedarse a su lado.

La depositó en la cama, se desnudaron sin dejar de mirarse y se tumbó sobre ella, sabiendo que acababa de encontrar su sitio.

Quería hacerle el amor despacio, tan despacio que fuera como si los envolviera una dulce ola de placer que nunca rompiera en la orilla. Pero ella solo le permitió separarse lo justo para darse la vuelta y colocarse a horcajadas sobre él.

Erick no tuvo tiempo de reaccionar antes de encontrarse en su interior. Janice lo acogió con anhelo, como si también fuera lo único que deseara en el mundo.

Resultaba tan fácil después de todo, era tan maravillosa la conexión que había entre ellos, que sobraban las palabras.

—Janice... —susurró antes de que ella le sellara los labios con un beso urgente.

Se alzó sobre su cuerpo y descendió con fuerza, haciendo que la penetrara hasta el fondo, acogiéndolo en su calidez más profunda. Su amazona de melena oscura lo cabalgaba con sensualidad, con el deseo reflejado en sus preciosas facciones.

Él apretó los dientes, conteniendo el impulso de pedirle que se detuviera un segundo, y ella siguió moviéndose sin piedad, poseyéndolo, hasta que finalmente la agarró por las caderas, perdió el control y la penetró una y otra vez sin cesar.

Ya no existía nada más, solo ella instándolo a no parar y él, que se vio arrastrado por un tsunami de placer y dulce felicidad.

Joey estaba tan furioso por todo lo que había tenido que presenciar aquella noche, que apenas podía controlarse mientras conducía hacia el pueblo. El cuerpo de la señora Stone giraba de un lado hacia otro, envuelto en la delgada alfombra que horas antes cubría su habitación, y golpeaba las paredes del vehículo.

Cuando faltaban pocos metros para alcanzar las primeras casas de la

población, frenó en el arcén de la estrecha carretera, bajó con celeridad de la furgoneta y abrió con rabia el portón trasero. La pobre mujer cayó al suelo por el impulso y rodó unos metros en dirección a la cuneta.

«Nada de esto tenía que haber ocurrido», se dijo propinando varias patadas al bulto que había quedado apoyado en un árbol, «todo se está complicando, todo».

Sin saber cómo liberar aquella cólera indomable que le empujaba a regresar a la casona, para trocear con sus propias manos a la puta que le estaba fundiendo las neuronas, observó el fardo retorcido que formaba la alfombra y regresó a la furgoneta. Agarró el bate de beisbol que guardaba debajo del asiento y con un violento grito corrió hacia el cuerpo. Alzó el palo en el aire y dejó escapar un alarido aterrador, luego otro golpe con un aullido más horrible, hasta que comenzó a apalearlo con fuerza mientras juraba: «la próxima en orar serás tú, Janice».

## Capítulo 24

Janice no sabía si era bueno, o malo, que Erick no hubiera dado señales de vida en todo el día. Estar encerrada en la casona la asfixiaba, se sentía cautiva, y recuerdos de años pasados le oprimían el alma. Por eso, cuando la señora Renter telefoneó pidiendo que enviaran a alguien para recogerla, porque su marido se iba a retrasar, ella no lo dudó, se ofreció antes de que lo hicieran Adele o Faith, y se encaminó hacia el pueblo en la furgoneta.

Anocheceía cuando tomó la curva que daba entrada a Santa Ynez y, en pocos segundos, el remordimiento se apoderó de ella. Estaba rompiendo la promesa que había hecho a Erick, no solo había salido de la propiedad sola, sino que algo en el ambiente indicaba que las cosas no estaban bien.

El camino que daba acceso a la calle principal estaba cortado con una cinta amarilla. Varios coches patrulla impedían el paso y un agente uniformado le indicó que diera la vuelta. Por fin, después de un buen rodeo, entró en el pueblo y estacionó en el aparcamiento exterior de la plaza, la cual encontró solitaria, como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para quedarse en casa.

Sorprendida por la quietud de un lugar que a aquellas horas debería estar atestado, se dirigió a paso rápido hacia la plazoleta. La luz amarillenta de las farolas alargaba su sombra hasta ocupar casi todo el callejón, se mostraba como una silueta amenazante delante de ella, y con la absurda sensación de que alguien la observaba corrió hacia a la esquina que formaban la tienda de antigüedades con el establecimiento precintado de la pobre señora Perkins.

En ese instante se topó con el anciano propietario que salía del local, recordó que el hombre se apellidaba Illeon y lo saludó con un asentimiento de cabeza al pasar por su lado. Vio por el rabillo del ojo que colocaba el letrero de «cerrado» en la puerta. Le extrañó que se quedara observándola mientras cruzaba la plaza, como si quisiera decirle algo, pero no lo hizo. Seguía igual de alto y delgado que lo recordaba, y, al parecer, tampoco había perdido la costumbre de husmear en la vida de los demás.

Su abuela solía bromear con la hipótesis de que todas las joyas de la gente del pueblo estaban empeñadas en su comercio, dando por hecho que era el hombre más rico del valle.

A pesar de haberse alejado, podía sentir el peso de su mirada en la

espalda.

No tenía que adivinar mucho para saber que estaba pensando en todo lo que se decía de ella por el valle. Las habladurías debían de estar en su punto más álgido. Dos mujeres que salían de la tienda de los Renter también la miraron con fijeza, con un rictus severo en sus rostros y la boca prieta.

Se sintió tan dolida e insultada por el desagradable escrutinio que decidió pasar de largo para no toparse con ellas.

No era una cobarde, pero de qué serviría enfrentarse a los chismes que circulaban sobre su facilidad para dejar cadáveres a su paso... cuando, algo de verdad había en ellos. Aún así no se permitió flaquear, echó hacia atrás los hombros, alzó la cabeza y caminó erguida hasta dejar atrás la tienda.

El tintineo de la puerta le indicó que alguien más salía del establecimiento.

—Janice —escuchó la inconfundible voz de Joey al llamarla.

—Hola. —Se giró de mala gana para saludarlo al tiempo que esperaba que la alcanzara.

—¿Qué haces por aquí? Creía que te quedarías en casa, después del lío que se ha formado. —Su rostro preocupado la hizo sentir mal. Había sido injusta con una persona que siempre estaba pendiente de ella.

—He venido a recoger a Clare, y de paso airearme un poco —reconoció con un amago de sonrisa para agradecer su inquietud—. No podía quedarme por más tiempo encerrada.

—Todavía quedan algunos clientes en la tienda, al parecer tardará un poco en cerrar. —La puso al corriente.

Si le extrañaba que hubiera pasado de largo del comercio, no dijo nada.

—No se ve mucha gente esta noche —Observó ella, echando un vistazo a la plaza solitaria.

—Creo que no te has enterado. —Joey se rascó la cabeza como si no quisiera hablar de ello.

—¿De qué? ¿Ha ocurrido algo? —Miró hacia la zona donde había visto los coches de policía.

—La verdad es que sí... me he topado con la horrenda escena cuando regresaba de Buellton.

—¿Por eso han cortado el acceso al pueblo desde la carretera? Creía que sería por algunas obras.

—Si la hubieras visto, Janice. —Negó con la cabeza como si no pudiera soportar el recuerdo de lo que había presenciado, encendió un cigarrillo y

exhaló el humo con fuerza—. La pobre tenía los ojos agrandados por el pánico de la culpa, con las perlas de ámbar incrustadas en su garganta, como si de un momento a otro fuera a desprenderse la cabeza del tronco, con toda esa sangre por todas partes y...

—¡Oh, por Dios, cállate!

Joey alargó la mano y acarició la larga trenza que caía por uno de sus hombros, rodeándole después el cuello con los dedos para atraerla hacia él.

—Te has puesto pálida, querida. —Al ver que ella se cubría la cara con las manos, la abrazó por los hombros—. Será mejor que pasemos a la bodega, me temo que estás a punto de desmayarte.

La condujo con delicadeza hacia el *Barrel's bar*.

Erick bajó del todoterreno y echó un vistazo a la plaza solitaria. Frank seguía sus pasos e inquirió con impotencia.

—¿Qué diablos está pasando, muchacho? Estos crímenes no tienen sentido.

—Claro que no, los tipos como ese asesino no funcionan con lógica.

—Es horrible lo que está ocurriendo en el pueblo. Cada crimen es más macabro que el anterior. —Movi6 la cabeza con pesar.

—Me temo que sí —reconoció Erick—. Es un patrón que ya expliqué al jefe David: cuanto más cerca esté el sujeto de su objetivo, más irrazonable será su comportamiento, más agresivo y sanguinario. Su necesidad de matar se antepone al modelo que lo define, lo que le convierte en un asesino descoordinado.

—Por eso se ha ensañado con la pobre mujer. —Se le escapó un suspiro tembloroso—. No le ha bastado con estrangularla como a las demás... la ha destrozado.

—Su rabia crece en proporción a su frustración.

Erick Observó al señor Illeon que bajaba la persiana metálica de su negocio, y no pudo evitar recordar la misma imagen de siempre, la de su madre empeñando las pocas joyas que conservaba de su familia.

En aquella época, el sueldo de un joven policía en el valle no daba para mucho, y ella contrarrestaba cualquier carencia que se presentara. Sobre todo, cuando su marido y su compañero David se iban a la ciudad de copas más de una noche, al terminar el servicio.

—Pobre señora Stone, ha debido de sufrir mucho. —Insistió Frank, sin poder dejar el tema—. Morir de esa forma tan salvaje, para luego ser

abandonada a las afueras.

—Afortunadamente, nadie ha podido ver el cuerpo apaleado y destrozado.

—¡Gracias a Dios!

El hombre estaba muy afectado y no era de extrañar.

Santa Ynez era un pueblo demasiado pequeño, en el que todos conocían sus vidas de memoria. Precisamente, eso era lo que tanto mortificaba a Janice, que analizaran la suya con lupa, entreteniéndose en los detalles más escabrosos.

Erick no podía quitarse de la cabeza que ella y los crímenes estuvieran relacionados, que había un nexo que la convertía en su objetivo. Solo tenía que seguir indagando, y concluir cuál era el vínculo, antes de que todo se complicara mucho más.

—El cadáver estaba escondido entre la maleza, como si el sujeto pretendiera ganar tiempo, y lo más importante es que de ese modo no se ha contaminado la escena del crimen.

—Escuché que ha sido hallado por un trabajador que regresaba de la residencia de ancianos.

—En efecto, y avisó inmediatamente a la policía. Todavía falta el informe del forense, pero me temo que la señora Stone ya estaba muerta cuando el sujeto la trasladó hasta ese lugar. Luego, debió de ocurrir algo que lo enfureció mucho más, por eso la golpeó hasta destrozarla, para castigarla de nuevo y liberar su rabia.

—¿Quieres decir que la mató en otro lugar?

—Probablemente en el mismo del que se trajo la alfombra floreada.

—¡Caray, llevas razón! —mover la cabeza incrédulo.

—Todavía tenemos que esperar a las pruebas forenses.

—Tú eres un policía de homicidios —le recordó el hombre—. Uno de los mejores que conozco. Estás especializado en análisis del comportamiento y, dadas las circunstancias, deberías tomar cartas en el asunto.

—¿Qué circunstancias? Si te refieres a los asesinatos, ya he avisado a los federales.

—A eso también, pero... ¿qué hay del sheriff? —Inquirió con fuerza—. David lleva horas desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra.

Erick asintió. Él también estaba preocupado.

—Hace un rato he hablado con su esposa y está muy asustada.

—Como todos, muchacho, lo suyo ya es una desaparición en toda regla. Este es un pueblo pequeño en el que nunca ocurre nada y el exceso de malas

noticias nos está desbordando. Sabes que los hombres de David esperan que asumas el mando en el pueblo.

Él desechó la idea con un gesto.

—Este ya no es un asunto local, Frank, y te recuerdo que los federales vienen de camino.

Erick observó al señor Illeon que se acercaba a paso lento, los saludó con un asentimiento de cabeza, apenas perceptible, y se dirigió hacia la bodega. Se paró ante la puerta durante unos segundos, como si decidiera qué hacer, pero no entró, se giró para mirarlos y continuó su marcha, calle abajo.

—Es un tipo muy raro —observó Frank que también seguía sus pasos—. Se dice que es el hombre más rico del valle.

—Y no me extrañaría. La mayoría de las familias con apuros económicos han pasado por su tienda.

—Lo sé. Y también dicen que sabe los secretos más oscuros de todos los habitantes del valle. —Una mirada significativa bastó para darle a entender que los escauceos de su padre cuando era un joven policía también eran del dominio público—. ¿Te apetece tomar algo frío? —Indicó la bodega con un gesto.

—Una cerveza estaría bien —aceptó, echando a andar hacia el establecimiento.

—¡Qué costumbre tenéis los polis de beber cerveza!

—No seas cascarrabias, Frank.

—Es cierto. David tampoco lo entiende, y mira que insisto en que beber un buen vino es un arte.

—Los polis no somos artistas.

—Hablando de artistas... Lo tuyo con Janice... supongo que es serio.

Parecía que el hombre hubiera ido tocando teclas hasta que sonó la que buscara.

—Frank —Su tono sonó de advertencia—, Janice y yo somos mayorcitos para que nadie tenga que decirnos lo que debemos hacer.

—Y no te falta razón. —Alzó las manos a modo explicativo—. Pero esa muchacha todavía es muy joven para cargar con tanto peso sobre sus hombros, y parte de ese sufrimiento se lo ha causado el amor. Si me preocupo por lo que pueda pasarle es porque la quiero como a una hija, y no tiene a nadie más que lo haga.

—Te equivocas, Frank, ahora me tiene a mí —aseveró abriendo la puerta del local y dejando que el hombre pasara delante.

Nada más entrar, Erick barrió el lugar con la mirada. Un par de hombres al final de la barra y el resto vacío, como casi todo el pueblo.

—Me alegro de que digas eso, muchacho. —El hombre caminó despacio hacia una de las mesas junto a la barra—. Significa mucho para mí que Janice pueda volver a ser feliz, y que lo que hay entre vosotros no sea un simple tonto.

—Con el debido respeto, Frank, no me siento cómodo hablando de amor contigo, pero si te hace sentir en paz, como dices, lo nuestro no es un tonto.

Se sentó frente al enorme arco que daba al patio. Había algunas mesas ocupadas por comensales, aunque fuera de su campo de visión.

Joey sonrió al verla regresar del cuarto de baño que había en el patio interior.

Se había refrescado la cara y ya no estaba tan pálida como cuando le relató lo que le había ocurrido a la dueña de la pensión.

Janice apuró de un trago la copa de vino que él había insistido en que les sirvieran y miró alrededor, como si se preguntara qué hacía allí.

—¿Te encuentras mejor? —La miró con ojos impacientes y ella afirmó con rapidez.

—Sí, es solo que se preocuparán en casa si tardo en llegar, además Clare me está esperando.

—Siento haber sido tan gráfico con los detalles del crimen —se excusó en un susurro—. A veces me apasiono contando las cosas y no me doy cuenta de que soy demasiado explícito. Pero al tratarse de la dueña del hostel en el que vivo... ya sabes... todo el mundo especula sobre lo ocurrido, y los detalles son realmente horribles. Pero la verdad supera a la imaginación porque verla rodeada de tanta sangre, con los ojos abiertos, vidriosos y...

—Por favor, Joey, para... —le rogó llevándose una mano temblorosa a la frente.

—Lo siento, Janice, ¡joder, qué torpe soy! —Se enojó, al tiempo que se daba varias bofetadas a sí mismo.

—Tú no tienes la culpa —lo excusó al verlo tan compungido—. Se trata de mis fobias, y la sangre es una de ellas.

—¡Oh, no lo sabía! —Mintió con tanto descaro que hasta él podría creerlo—. Bebe un poco más, hablaremos de otra cosa y se te pasará.

—Lo que realmente quiero es marcharme a casa.

—Espera, por favor. No voy a permitir que te vayas sintiéndote mal por

mi estupidez. —Fue contundente al decirlo y después llenó su copa—. Además, tengo que pedirte un favor. —Le indicó que bebiera con un gesto de la mano y cuando ella obedeció, agregó—: No quiero quedarme en el hostel con todo lo que ha ocurrido.

—Te comprendo, yo tampoco podría, pero no sé cómo puedo ayudarte.

—Es muy fácil. Se ha estropeado mi furgoneta, no arranca, y como este pueblo es tan pequeño, y no hay más hoteles cerca...

—¿Quieres que te lleve a algún lugar? ¿O que te preste la mía?

—Son opciones, sí, pero también podría quedarme en la casona, contigo. —Antes de que ella rechazara la idea, se apresuró a añadir—: sólo sería por esta noche, hasta que consiga mañana otro vehículo para desplazarme. Si me llevas a un hotel seguiré teniendo problemas para moverme por el valle.

—Bueno... no sé... —Parecía perpleja—. La familia Renter también está en casa y...

—El encantador hotel familiar Wallace, al completo —canturreó, antes de sonreír.

—Sí, ¿verdad? —Le devolvió la sonrisa.

Joey supo que la negativa se diluía.

—¡Qué bien! Después de todo, se cumplirá el sueño de tu abuela.

—Eso parece —asintió, al comprobar que sus planes sobre la casona eran bienvenidos por más personas ajenas a ella.

Él se sintió más que satisfecho. La muy coqueta no dejaba de enviarle mensajes de luz verde con la mirada, estaba claro que le gustaba el juego de la seducción, como a la mayoría de las mujeres. No había nada como decirle lo que ella había comentado a otros en confianza, para acercar posiciones.

Y él también buscaba esa intimidad. Había escogido aquella mesa al final del patio con toda la intención de mantenerse apartados de los curiosos que pudieran entrar en la bodega. Allí, junto a las enredaderas que tapizaban la pared, y que procuraban una especie de refugio verde y natural, casi parecían una pareja de verdad.

—Debo irme ya —anunció ella nada más dejar la copa sobre la mesa.

Aunque él sabía que decía una cosa con la boca y otra con sus ojos.

—¿Y qué hay de llevarme contigo a la casona? —Al hacer la pregunta repiqueteó el dedo índice y el anular de la mano derecha sobre la mesa con gesto impaciente.

—No creo que sea buena idea, Joey. —Suspiró después de seguir el consejo de Erick de alejarse de él.

—Pero... ¿por qué? —Arrastró hacia atrás la silla con impaciencia.

Ella se puso en pie sin esperar a escuchar su protesta, salió del patio y se adentró en el local.

## Capítulo 25

Nada más alzar la vista, Janice se encontró con los ojos azul oscuro de Erick que, por primera vez, le parecieron sorprendidos.

Era evidente que no esperaba encontrarla allí. Frank estaba junto a él y ambos se pusieron en pie al verla. Cuando sus miradas se posaron a su espalda supo que se habían fijado en Joey.

A pesar de la tensión que se palpaba en el momento, no pudo evitar pensar que estaba guapísimo con aquellos pantalones vaqueros que le moldeaban las musculosas piernas. La camisa blanca bajo la chaqueta negra mostraba un poco de color en el océano oscuro de tumultuosas emociones que emanaban de él.

Caminó hacia ella y al estirar el brazo para sujetarla por el codo, Janice vislumbró un arma de considerables proporciones. Enseguida comprendió por qué llevaba la americana puesta, a pesar del calor sofocante del verano. Una pistola no se ocultaba así como así de miradas indiscretas, y a ella la sola visión de la reluciente culata le ponía los pelos de punta.

En un instante, Erick pasó de ser el amante solícito que la adoraba, al detective frío que ya conocía de antes, aunque de aquello parecía que hubieran pasado años. No había ni un destello de cordialidad en sus ojos al mirarla, y mucho menos al quedarse fijos en Joey que llegó hasta ellos.

Afortunadamente, el hombre supo lo que le convenía y con una mirada glacial, igual de intensa y peligrosa que la del policía que analizaba sus movimientos, se despidió con un simple «buenas noches» y abandonó el *Barrel's bar*.

—Supongo que preguntarte, qué haces aquí, es absurdo —ironizó Erick con un rictus amargo.

Solo le faltó señalar la puerta para dar a entender que, además, estaba con Joey. Todo lo contrario de lo que le había pedido.

—He venido a Santa Ynez para recoger a Clare —repuso molesta.

Al menos merecía el beneficio de la duda antes de ser juzgada.

—¡Vaya muchacho, es cierto! —intervino Frank, consciente de que la situación era demasiado violenta—. Olvidé que mi esposa me dijo que avisaría a la casona para que alguien viniera al pueblo a por ella, si me retrasaba contigo en Buellton. Pero vamos, ya me ocupo yo de recogerla en la

tienda y llevarla.

—Bien, entonces, nosotros nos vamos. —La sujetó por el brazo para conducirla hacia el exterior.

—Puedo ir sola —protestó zafándose de su mano.

—Eso es precisamente lo que no debes hacer —gruñó él, antes de volver a agarrarla, girarla y mirarla.

—No soy tu perro para que me des órdenes.

—¿Qué quieres decir? —Su mandíbula se apretó.

Estaba enfadado, muy enfadado, y ella también.

Erick rumió algo ininteligible y se adelantó hacia la salida. Los pocos clientes que había en la bodega los miraban sin perder detalle.

¡Lo que faltaba, ahora ya tendrían más chismes de los que hablar!

—Ve con él, Janice. Yo llevaré la furgoneta a la casona —le aconsejó Frank, procurando mediar—. Erick solo está preocupado por tu seguridad y con todo lo que está pasando...

—Lo sé, Frank. —Se encogió de hombros con gesto abatido y le entregó las llaves—. Joey me ha contado lo que ha ocurrido con la señora Stone, y te aseguro que si también pretendía asustarme con los detalles de su cuerpo destrozado, lo ha conseguido.

—Todos estamos un poco nerviosos —le dio una palmadita en el hombro y la animó a salir del *Barrel's bar*.

Erick la estaba esperando en la plaza, junto al todoterreno. Al verla llegar, rodeó el vehículo y abrió la puerta a la espera de que subiera. Enseguida regresó al asiento del conductor, esperó a que se pusiera el cinturón de seguridad, dio el contacto y enfiló hacia la carretera.

El viaje hasta la propiedad fue rápido y silencioso, lleno de rigidez. Janice ni siquiera intentó hablar.

Cuando Erick estacionó a unos metros del caserón, tuvo la sensación de que aquella situación ya la había vivido días antes, cuando regresaron a casa igual de enfadados, y también con la misma sensación de necesidad, deseosa de que la abrazara, que aliviara su desazón llenándole la cara de besos.

No quería estar enojada con él. Con él, no, nunca.

Al girarse para mirarlo, el corazón le dio un vuelco.

Erick parecía un rufián, con el pelo desordenado cayéndole sobre la frente y la sombra de barba oscureciendo su mandíbula. En la penumbra del interior del coche, iluminado por la tenue luz verdosa del salpicadero, sus ojos desprendían un calor abrasador mientras la observaba con fijeza.

—Siento si he sido demasiado brusco contigo en la bodega, pero todos los polis tenemos una debilidad. Y si hay algo que me hace vulnerable eres tú.

—Erick... no... —Un nudo de emoción le impidió decir nada más.

—Ese tío va siempre detrás de ti y... —Suspiró con fuerza.

—Solo se trata de Joey.

—No soportaría que te ocurriera nada malo, Janice. A ti, no.

—No tiene por qué ser así.

—Yo creo que sí. ¿Es que no lo comprendes? No puedo vivir sin ti, y si tengo que pegarme a tu culo día y noche, lo haré.

Quizá fuera el peor intento de hacer las paces de la historia, pero para ella sonaba a música celestial.

Erick le apartó un mechón de pelo de la cara y ella cerró los ojos al sentir la caricia de sus dedos detrás de la oreja. Que él le declarara su amor tan abiertamente le producía una sensación de vértigo imparable, pero al mismo tiempo le templaba el cuerpo y tranquilizaba su alma.

—Hazlo, no me dejes nunca —le pidió apretándose contra él que la estrechó entre sus brazos.

—Nunca —prometió, mientras le cubría la cara de besos como había deseado poco antes.

Janice sabía que pocas cosas en la vida eran eternas, que el dolor y el desamor eran compañeros infatigables, y que las promesas no siempre se cumplían, pero esta vez no le importaba, nadie mataría su sueño de vivir su amor junto a él. Durara lo que durara.

Tras el calor sofocante del día, la noche caía lentamente. El aire húmedo del valle traía consigo el familiar aroma a lluvia y a flores silvestres, lo que indicaba que muy pronto los sorprendería una tormenta.

—¿Cuándo apareció ese tipo en escena? —Su voz sonó amortiguada, al tener los labios contra su pelo.

—¿Cómo dices? —Lo miró sin comprender, separándose de él.

—El bueno de Joey. ¿Cuándo lo conociste?

—No sé, no recuerdo... —Pensó durante unos segundos—. Creo que la primera vez que lo vi fue cuando los hermanos Still me acosaron en la puerta del *Barrel's bar*. Sí, en efecto —aseveró, más convencida—. Él me defendió. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió, desconcertada.

—No. Esa no fue la primera vez que estuvisteis en el mismo lugar —corrigió con voz grave—. El día que llegaste al pueblo con Faith, ese hombre estaba en la tienda de los Renter.

—Si tratas de buscar un nexo entre Joey, los crímenes y mi regreso al pueblo no lo hallarás. Te recuerdo que cuando ocurrió el primer homicidio, yo todavía vivía en los Ángeles. Sin embargo, si estamos buscando paralelismos del asesino del valle con alguien...

—¿Qué? —insistió al ver que ella guardaba silencio.

—Pues que tú también estabas en el mismo lugar que Joey cuando llegué a Santa Ynez, me refiero a la tienda de los Renter. Y también en la bodega cuando los Still me sacaron a la calle para exigirme dinero. Además, olvidas que tú también estabas cerca del lugar donde mataron a la mujer que salía de *El dulce hogar de Ynez*. De hecho, las chicas y yo hemos comentado en alguna ocasión la absurda posibilidad de que el objetivo del verdadero asesino fueras tú.

—¿Yo? —La miró tan sorprendido que ella no pudo evitar sonreír.

Era la segunda vez que desconcertaba al detective que nunca se inmutaba.

De repente, las casualidades de las que hablaba Janice no parecían tan descabelladas. La escena de ella en el suelo, cuando alguien trató de atropellarla en su propiedad, vino a su mente como un *flash*. Janice había pasado por el pueblo para ir a la farmacia antes de acercarse a su casa; de modo que estaba segura de que nadie la había seguido por la única carretera que podían circular. El tipo ya estaba allí. Y también evocó el momento en el que un ladrón le disparaba en la puerta de *El dulce hogar de Ynez*, sin siquiera darle la opción de entregarle el dinero, y sin causarle ningún daño. De no ser porque aquella mujer se cruzó en su camino, el disparo habría sido certero.

Y esa mujer era la misma que después sufrió la furia del asesino por arruinar sus planes, se dijo enlazando pensamientos.

¡Claro que le sonaba su cara, porque era la señora Logan!

Recordó cómo ella salía de la residencia. Él le abrió la puerta para cederle el paso sin fijarse mucho en lo que ocurría alrededor. Estaba enojado con su padre por cómo lo había recibido después de muchos meses sin verse. Solo deseaba regresar a la ciudad, dejar atrás la sensación de culpa que le roía al ver al viejo que apenas lo reconocía, y que en los pocos momentos de lucidez que disfrutaba lo machacaba a reproches. Entonces vio a un tipo que bajaba de una furgoneta blanca. Una exactamente igual a la de Joey, y la escena se repitió en su cabeza a cámara lenta. El sujeto llevaba un pasamontañas, sacó una pistola del interior de su cazadora, le apuntó y en el acto supo que le iba a disparar. La mujer se interpuso en su camino al andar despacio delante de él, por lo que se abalanzó sobre ella y la tiró al suelo.

Afortunadamente, la bala que iba dirigida a su cabeza quedó incrustada en el tronco de un árbol. Una segunda impactó de lleno en su muslo izquierdo.

La puesta en escena del pasamontañas, y que el hombre huyera a toda velocidad mientras la gente se agolpaba sobre él, había creado tal confusión que en ese momento no supo analizar la verdadera situación.

El objetivo del sujeto era él.

—Erick, ¿estás bien? —Por su forma de preguntarle, parecía que Janice lo hacía por segunda vez.

—Sí... sí —Agitó la cabeza aturdido por lo que acababa de dilucidar.

—Te has puesto pálido. Por un momento he pensado que estabas muy lejos de aquí —le sonrió, lo que indicaba que probablemente el color había regresado a su cara.

Erick tuvo que hacer un gran esfuerzo para no explicarle sus conjeturas.

De nada serviría asustarla; lo único cierto era que tenía que mantenerla alejada del sospechoso hasta que todo se aclarara, porque si el objetivo era él mismo, ella también se situaba en el centro de la diana.

—Tengo que regresar al pueblo —le dijo a modo de justificación.

—Por el sheriff, ¿verdad? —Inquirió, comprensiva. Él asintió—. ¿Qué crees que le habrá ocurrido?

—Esperemos que solo esté inmerso en alguna pista y que pronto tengamos noticias de él.

Por su gesto supo que sus tranquilizadoras palabras no la convencían.

—Soy una egoísta acaparándote de esta manera.

La vio abrir la puerta del coche y la retuvo con suavidad por un brazo, antes de que bajara.

—Procura descansar, cielo —le dijo con ternura—. Intentaré regresar más tarde.

—Sabes que te esperaré despierta. —Su voz sonó a dulces promesas. Se inclinó hacia él y lo besó suavemente en los labios—. Ten cuidado —le susurró todavía pegada a su boca.

—Lo tendré.

—Te quiero tanto, que yo tampoco sabría vivir sin ti.

—Yo también te quiero. No sabes cuánto.

—Sí que lo sé.

Erick pugnó con el impulso de renunciar a ocuparse de los asuntos del jefe David, para dedicarse a mimarla hasta que la venciera el sueño. Al fin y al cabo, los federales ya se estaban ocupando. En cuanto a sus novedosas

sospechas, solo eran eso, suposiciones basadas en casualidades.

Sin embargo, se limitó a dejarla salir de la jaula de sus brazos para disponerse a bajar del todoterreno.

La vio subir la escalinata hacia el porche y la saludó con la mano cuando ella se giró y agitó la suya. Solo cuando estuvo seguro de que la puerta se había cerrado, se dispuso a dar el contacto para marcharse, pero las luces de un vehículo de grandes dimensiones que ascendía la colina le hizo cambiar de idea.

Se puso en alerta y esperó hasta reconocer al conductor que no era otro que Frank, acompañado por su esposa.

Clare bajó a toda prisa de la furgoneta de Janice, parecía nerviosa y gesticulaba mientras le hablaba a él desde la distancia.

—¿Qué ocurre? —No tardó ni un segundo en llegar hasta ella que caminaba a paso rápido hacia la casa.

—¡Que han intentado matarnos, eso es lo que ocurre! —Estaba tan alterada que la sujetó por los hombros para obligarla a frenar sus pasos.

Nada más mirar a Frank que se acercaba a ellos con grandes zancadas, y el semblante muy serio, supo que su mujer estaba en lo cierto.

—Ha sido horrible, Erick, horrible. —Clare parecía a punto de derrumbarse en sus brazos—. Un loco ha tratado de matarnos en la carretera.

—¿Cómo ha sido?

—Embistiéndonos varias veces, como si quisiera echarnos fuera del camino con su furgoneta. ¡Jamás había pasado tanto miedo! —Se cubrió la cara con las manos y rompió por fin a llorar. Afortunadamente, su marido se hizo cargo de la situación. La abrazó e intentó tranquilizarla mientras la conducía hacia las escaleras.

—Tienes que hacer algo, Erick. El sheriff no está aquí para ayudarnos —le pidió Clare entre sollozos antes de entrar en la casona—. Dime que lo harás.

Él asintió y murmuró una maldición, al tiempo que se apoyaba el coche, bajo la luz amarillenta de las farolas.

—Ese tipo no venía a por nosotros, muchacho, iba a por Janice —le advirtió el hombre al regresar a su lado.

—Lo sé.

—¡Tienes que hacer algo, Draven! —urgió con impaciencia, como había hecho su mujer—. No voy a permitir que toquen a los míos, en este caso a las mujeres que tengo a mi cargo. A mi familia. Antes me quedo sentado en las

escaleras con un rifle entre las manos, y espero a verlo llegar colina arriba para destriparlo de un disparo.

Frank estaba frenético y no se molestaba en ocultarlo.

—No hará falta.

—¿Estás seguro? —Alzó la voz. Después lo miró fijamente y a pesar de la penumbra que los rodeaba debió vislumbrar sus pensamientos porque añadió—: Vas a decirme algo que no me gustará. ¿Verdad?

—No te va a gustar.

—Está bien. Dispara.

Erick le explicó lo que había hablado con Janice y la conclusión a la que había llegado, a pesar de que no se sostenía. Detalló los momentos en los que el asesino, Janice y él habían coincidido en los mismo lugares y, según los fue enumerando, se convenció de que estaba en lo cierto.

—¿Y ese tipo del que hablamos sería el mismo que anda rondando por aquí como si nada?

—Joder, creo que sí. Tengo que asegurarme; pero mi intuición me dice que, sí.

—No sé qué decir, muchacho... —Frank se rascó la calva, como si fuera muy difícil de asimilar sus conjeturas—. ¿Y dices que tú eres su objetivo? ¿Dónde coloca eso a Janice?

—En el centro. Justamente ahí —aseveró con fuerza—. Por eso su rabia con ella, porque se interpone en sus planes. Una vez que Janice se ha metido en mi corazón, se sitúa en su punto de mira.

—Bueno, reconozco que ese Joey es un tipo raro, aunque se mueve por el pueblo como si fuera de aquí. Nadie lo ha visto antes, pero él nos trata como si nos conociera de toda la vida. —Frank fue rebajando el tono, a medida que se fijaba en detalles que él mismo había pasado por alto—. ¿Cómo dices que se llama de apellido?

—Morris. Su nombre es Joseph Morris.

Frank entrecerró los ojos antes de recordar en voz alta:

—Hubo unos Morris en Santa Ynez pero de eso hace más de cuarenta años.

—Más que su apellido me interesa su furgoneta. David envió un molde de una de las huellas de las ruedas que encontramos en el escenario del crimen de la señora Perkins. Espero que se corresponda con la misma que fotografié en el camino que conduce a mi casa, pero estoy seguro de que coinciden. Y luego está la muestra de tierra roja que encontré en el pavimento del aparcamiento,

que casualmente también es la misma que Janice llevaba en las botas el día que intentaron atropellarla. Solo son suposiciones, joder... Frank...

—La verdad es que el color rojo del valle procede del óxido de hierro de las rocas desgastadas, pero son tantas casualidades.

—David siempre decía que las casualidades no existen.

—¿Y por qué hablas en pasado de él? —El hombre volvió a ponerse nervioso.

—Porque si averiguó algo sobre el sujeto, puede que su desaparición no haya sido voluntaria, como creemos.

—¡Cielo santo! —Por fin, Frank comprendió la magnitud de lo que pasaba por su cabeza—. ¿Janice sabe algo?

—Le he pedido varias veces que no se acerque a ese hombre, al que siempre defiende. Aunque parece que por fin lo ha comprendido.

—Y tanto. Esta noche la vi muy afectada. Ese desgraciado le habló en el *Barrel's bar* sin miramientos, se ensañó contándole cómo habían encontrado destrozado el cuerpo de la pobre señora Stone, a sabiendas de que ella no soporta ni siquiera imaginar la sangre.

—¿Le describió la escena del crimen? —Se puso en alerta.

—Más o menos.

—Nadie sabe los detalles, esta vez las cosas se han hecho bien y no creo que se haya filtrado ningún dato.

—Pues te aseguro que ese hombre lo sabía todo.

## Capítulo 26

Cuando todavía no eran las once de la noche y la telefoneó Erick desde la comisaría de Buellton, supo que era para disculparse por no poder ir a reunirse con ella.

Era comprensible que colaborara con los federales en la búsqueda del asesino, y que asumiera el mando de la comisaría del valle, tal y como había oído que decía Frank durante la cena.

Después de escuchar la aterradora historia de Joey, de cómo habían encontrado a la señora Stone, y de que Frank insistiera en que le hablara de todo cuanto le había contado el hombre sobre lo que había visto, no le extrañó que Erick también le hiciera preguntas al respecto cuando la telefoneó.

Ella repitió todo cuanto escuchó del gráfico relato de Joey, y no le tranquilizó que ambos insistieran en que no debía volver a ver a ese hombre.

—¿Creéis que pueda ser Joey el asesino? —le preguntó con un nudo de temor atrapado en la garganta.

—Cielo...

—Dímelo, Erick, no me tratéis como si fuera una niña indefensa.

Él pareció dudar al otro lado del teléfono, pero finalmente cedió.

—No es seguro, necesitamos pruebas fehacientes o el juez no emitirá una orden de arresto, pero todo sobre ese tipo me huele mal. Es cuestión de horas que podamos probar si tiene algo que ver con los asesinatos. —Ella debió de quedarse callada durante demasiado tiempo, porque Erick agregó—. No te preocupes, cariño, Frank está al tanto y enviaré un policía para que dé una vuelta por la propiedad.

—¿Pero por qué está ocurriendo todo esto? —No alcanzaba a imaginarlo.

—Eso es algo que todavía tenemos que averiguar.

—Hazlo pronto, por favor.

Ella intentó fingir que no estaba asustada, y se despidió de él hasta el día siguiente; sin embargo, le temblaban las piernas.

Antes de acostarse, se aseguró de cerrar las ventanas y echar el cerrojo. Era una reacción exagerada, pero las conversaciones con Frank y Erick la habían puesto demasiado nerviosa. Luego, como cada noche que pasaba sola, se dispuso a entregarse a la condena de Thomas. Solo que esta vez, con el mal sabor de boca de pensar que aquel buen hombre, que desde un principio se

había mostrado solícito y amable, podía tratarse de un peligroso psicópata. Aunque reconocía que era un tipo extraño, que cada día se revelaba más posesivo con ella.

Después de largas horas de vigilia, en la quietud de la noche, la maldición de Thomas intentó apoderarse de su alma. Nada más sentir el suave toque del sueño, abrió los ojos de golpe y se sentó en la cama. Suspiró con fuerza, se apartó el pelo de la cara y miró hacia las ventanas, donde la luz del amanecer se filtraba tras las cortinas.

Había comprobado que desde que no tomaba los somníferos, y desde que sentía la poderosa influencia de Erick, resultaba más fácil despertar. La lucidez regresaba antes y se diluía la presencia de su torturador.

Janice se obligó a cerrar los ojos de nuevo y respiró hondo. No quería pensar en su pasado, y mucho menos evocar los macabros detalles con los que la había ilustrado Joey. No iba a permitir que los recuerdos arruinaran sus planes de sueños maravillosos junto al hombre que amaba.

Se había prometido a sí misma que no lo consentiría. Anhelaba recuperar una vida sin acordes fúnebres, tenía que aferrarse a la realidad con fuerza, sin importar lo asustada que estuviera, o los enormes miedos que todavía la acosaban.

Se sentía preparada para ser de nuevo una mujer libre. Necesitaba dejar atrás a la atemorizada, que se obligaba a pasar las noches despierta. Y sola. Sobre todo muy sola. Tenía que aprender a liberarse del demonio que la perseguía en sus pesadillas; era eso o reconocer que Thomas vencería, a pesar de estar muerto.

Sin pensarlo más, se levantó y se dirigió a la ducha.

Poco después, cuando el sol ya asomaba por el horizonte del bosquecillo de robles, bajó las escaleras del porche y miró hacia los establos. El centro de la explanada que daba acceso a la casona estaba precioso, decorado con enormes macetones de barro alrededor de la fuente que muy pronto alegraría la vista con sus chorros de agua cayendo en cascada.

Rodeó la construcción y se fijó en los olivos centenarios que circundaban el estanque. Sus ramas se combaban por el peso de frutos en pleno proceso de madurez, y pensó que el verano pronto llegaría a su fin, así como las obras que iban a pasos agigantados.

Adele estaba haciendo un buen trabajo con la decoración de la propiedad. Era muy buena en su trabajo y, como tantas otras veces, se preguntó qué sería aquello tan grave que la obligó a regresar al pequeño pueblo donde nació.

Había dejado todo: su vida en Los Ángeles, su apartamento en el centro y una carrera exitosa con grandes logros en su currículum. Incluso, Clare había comentado, cuando su hija no estaba, que sabía que había renunciado a proyectos importantes en Nueva York, sin dar explicación alguna.

Juraría que había sido por un hombre, el mismo tipo que no acudió a su cita. Pero como decía Erick, solo eran conjeturas.

Deslizó la mirada por el lugar e imaginó cómo quedaría la zona de recreo que las chicas y ella habían planificado en el jardín trasero.

Bajo las columnas que formaban un cuadrado, crecerían enormes buganvillas moradas que tapizarían un techo de flores. En el centro, varias mesas de cristal y sillones de mimbre servirían de descanso a los huéspedes después de un día ajetreado en el valle. Unos macetones de piedra a ambos lados albergarían petunias de muchos colores. Y casi podía sentir el frescor de la noche, mientras los clientes del *Hotel Familiar Wallace* tomaban una copa, bajo la luz titilante de decenas de farolillos de colores.

Sí, la casona ya iba pareciendo un hogar. Su hogar.

Regresó a la explanada principal y se dijo que no podría vivir en otro sitio que no fuera aquel. Era idílico, perfecto, y rústico. Todo lo que necesitaba para que la música regresara a ella con la misma fuerza que el amor.

Miró alrededor y decidió que sí, que también podía tocar al piano alguna piezas románticas a la luz de la luna.

Esbozó una sonrisa y se dio cuenta de que estaba haciendo planes. Hacía tantos años que no pensaba en el futuro que los sueños se agolpaban, deseando salir para cumplirse.

Erick introdujo la clave en el ordenador del sheriff y comenzó a buscar. Se la había confiado uno de sus hombres, cuando el fiscal le comunicó que las pruebas que había presentado para acusar a Joseph Morris, como principal sospechoso de los asesinatos de Santa Ynez, no eran suficientes.

Los agentes especiales del FBI a cargo de la investigación lo invitaron amablemente a dejarles trabajar, recordándole que estaba allí como civil. Solo los tres policías a las órdenes del sheriff David lo instaron a indagar por su cuenta; sobre todo ante la desaparición de su jefe, que aunque no había transcurrido el tiempo reglamentario, sabían que no se había evaporado por voluntad propia.

Pidió a uno de los agentes que se pasara por la propiedad y los

alrededores de la casona, y el hombre le aseguró que la señora Still quedaba en buenas manos.

No era un secreto lo que había entre Janice y él. Se había corrido la voz y muchos curiosos se habían pasado por la comisaría de Buellton para interesarse por el trasiego de policía estatal y federal en el valle; así como por la desaparición del jefe David.

Daniel Groisman, uno de los antiguos compañeros de su padre se dejó caer por allí, por si podía echar un cable. Mientras estuvieron hablando, el hombre leyó por encima sus apuntes, como si pretendiera ver algo que se les hubiera pasado por alto al FBI o al fiscal.

—Joseph Morris —dijo en voz alta al mirar sus notas—. Hubo un diácono en el valle que se apellidaba así. John creo que era su nombre.

Era la segunda vez que alguien de más edad que vivía en Santa Ynez, hacía referencia a aquel hombre. Esta vez, el comentario llamó su atención.

—¿Podría ser su hijo?

El hombre negó con energía.

—Ni hablar. Que yo recuerde ese bastardo solo tuvo una hija; y que Dios me perdone, porque la muchacha era bonita pero le faltaba un tornillo. Bueno, en realidad toda la familia necesitaba con urgencia a un loquero: el viejo diácono, la hija y el nieto.

—¿Tenía un nieto? —Podría ser un hilo del que tirar.

—Creo que sí. Más de una vez tuvimos que traerlo a la comisaría porque era un chiquillo extraño. —Se frotó la barbilla con la mano, como si le costara recordar—. Un día lo sorprendieron decapitando gallinas en el corral del panadero. Estaba como una puta cabra, el pobrecillo. Yo creo que por las palizas que le daba su abuelo. Más tarde, el diácono Morris tuvo algunos problemas con la justicia, hasta que al final el viejo párroco Martin lo expulsó de su iglesia. Después, creo que se marcharon bien lejos. Pero, si quieres más información, puedes buscar en el «cajón de la mierda».

Erick sabía a qué se refería. Su padre solía llamar así a los antiguos archivos que se guardaban en el sótano de la comisaría, cuando todavía el pueblo no estaba informatizado. Allí había casos resueltos, y algunos que jamás verían la luz, guardados bajo llave.

Se despidió del hombre con la promesa de mantenerlo informado y, al mirar por la ventana, se dio cuenta de que ya había amanecido. La noche había sido larga, tenía las piernas entumecidas de estar sentado ante el ordenador y decidió ir a estirarlas.

El chucho debía de estar nervioso, se había quedado encerrado en la casa desde el día anterior y, aunque no le apetecía mucho, tenía que ir a sacarlo si no quería que hiciera sus necesidades en el salón.

Aún así, bajó al sótano para averiguar si los informes policiales, de años atrás, seguían archivados. Y así era, largas y altas estanterías llenaban la pared frontal de una habitación con cajas ordenadas por fechas e iniciales.

La historia delictiva Santa Ynez, de más de cincuenta años, estaba allí.

El valle procuraba conservar su cultura y su estilo de principios del siglo XX. La arquitectura de la escuela de ladrillos rojos, el casino y la iglesia del pueblo eran edificios de interés por toda la comarca. Hasta hacía bien poco, se reconocía por ser un pequeño grupo de localidades, cada una con sus peculiaridades, que vivían de la agricultura y de sus costumbres pintorescas. Santa Ynez, sin ir más lejos, conservaba ese aire histórico, que recreaba calles del viejo oeste americano con sus bodegas y salones.

Eso le llevó a recordar que cuando su padre era policía, junto a David, solía hablar de los problemas que había en el pueblo y de cómo en el pasado se solucionaban sin tener que mediar la justicia. Muchos de aquellos asuntos, ni siquiera estarían en el «cajón de la mierda».

Recordó que Eliot se iba a mear en la casa y, sin entretenerse más, salió de la comisaría, rumbo a su propiedad.

Janice decidió concluir su paseo matutino cuando reparó en varios obreros que estaban descargando materiales a las puertas de las caballerizas. Una muchacha estaba pintando el vallado exterior de color blanco, la saludó con el brazo y ella respondió con una sonrisa.

Hacía un par de días que no pasaba por allí y, según le había dicho Joey, los establos pronto estarían listos para albergar de nuevo a seis o siete caballos pura sangre, como antaño. Ella se conformaba con que fueran algunos ejemplares fáciles de montar, lo que añadiría encanto al hospedaje con caminatas por el valle y el bosque.

Al recordar a Joey esperó no encontrarlo por allí. Sería muy violento tener que decirle que se marchara, pero no iba a permitir que continuara cerca de la casona, ni un minuto más. Le costaba creer que él fuera el hombre más buscado del condado, un asesino con todas las palabras. Aún así, no iba a cuestionar las hipótesis de un detective tan experimentado como Erick.

Al llegar a la entrada se dio cuenta de que el interior estaba casi terminado.

Los obreros se habían dado mucha prisa, pensó al ver los pesebres y los boxes separados por unos barrotes de madera de pino, listos para ser utilizados. El olor a nuevo y a serrín trajo recuerdos del pasado, cuando su abuela decía que aquellas caballerizas algún día recuperarían el esplendor de antaño.

Uno de los hombres estaba de cuclillas al final del corredor, atornillando un enorme cajón de color verde para transportar heno a los compartimentos. Cuando se acercó a él, se sorprendió al darse cuenta de quién era.

Joey llevaba un mono de trabajo, como los otros dos operarios, y una gorra de gran visera que le ocultaba el rostro. Se levantó nada más verla y todavía con un destornillador en la mano, le sonrió, antes de saludarla.

Al parecer, nadie le había dicho que era sospechoso de los crímenes del valle, porque estaba tan tranquilo. Aunque también cabía la posibilidad de que la policía se hubiera dado cuenta de que era inocente, que solo era un tipo raro.

—¡Buenos días! ¿Qué tal estás esta mañana? ¿Más tranquila?

Janice lo miró con frialdad.

—Bien. Gracias. Si me disculpas tengo prisa.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la casa.

Joey casi dejó caer la herramienta al suelo por el desconcierto. Era evidente que algo había cambiado entre ellos porque Janice no le permitió acercarse. Es más, aceleró el paso al verlo adelantarse.

Put. No era digna de él, ni de su amor.

Después de la noche infernal que había pasado, retorciendo las horas mientras aguardaba al alba en el sótano, y ahora lo despreciaba. No se atrevió a tirar la puerta de su dormitorio por miedo a que lo oyeran los Renter.

La muy golfa había echado la llave, como si presintiera su visita.

De hecho, casi enloqueció al saber que estaba sola, en la cama, sin el incordio de Draven y sin poder tocarla. Hasta imaginó que trepaba por la fachada para entrar por la ventana, pero finalmente se durmió en el subterráneo.

Janice iba delante, andaba a paso rápido; mientras él la seguía, consciente de los cuchicheos asustados de los obreros que se cruzaban.

Era el tema de la mañana. Todos comentaban absurdas conjeturas, sobre los terribles asesinatos, desde que llegaron del pueblo. Alguno llegó a decir que había que proteger a la señora Still porque no se merecía sufrir más.

¿De qué mierda iba todo aquello? Ella era la culpable de que todo se

hubiera estropeado.

Y luego estaba lo del coche patrulla dando vueltas por la finca de los Wallace.

La chica que pintaba el vallado exterior dejó la brocha y se dirigió hacia ellos. También uno de los obreros que bajaba material de construcción de una camioneta. El hombre lo miró con cara de malas pulgas y se quedó muy cerca, como si quisiera impedir que siguiera a su patrona.

Malditos hipócritas. No hacía mucho acusaban a Janice de haber matado a su marido. Ella misma lo pensaba así. ¿Ahora se compadecían de la pobre viuda?

Durante un instante, sintió la tentación de gritarles a la cara: «¡yo soy el asesino del valle!». Más que nada para ver su reacción, pero se contuvo. Lo único que podía hacer era regodearse y pensar, qué pasaría si aquellos gilipollas supieran lo cerca que lo habían tenido.

Aquello le hizo reír. Y fingiendo que no le afectaba la repentina actitud protectora de unas personas, que hasta no hace mucho la llamaban loca, se colocó a su lado.

—¿Me estás evitando, Janice? ¿He hecho algo que te moleste?

—Nada, Joey, solo que tengo prisa. Ya te lo dije.

—No te creo. —La sujetó por un brazo y ella se zafó con rapidez—. ¿Te sigue molestando que te vean conmigo? ¿Es eso?

—¿A qué te refieres? —Lo miró sin comprender.

—A toda esta gente del pueblo. —Señaló con la cabeza otros obreros que los miraban desde sus puestos de trabajo—. Están ávidos de carnaza, solo buscan chismes para destrozar tu autoestima, pero ya te dije que no lo permitiré. Creo que te lo he demostrado con creces.

Joey supo el momento exacto en el que ella pensó en la horrible muerte de sus cuñados. No había sido un comentario acertado.

—Mira, Joey, no quiero que pienses que soy una desagradecida, pero...

—¿Qué hay de malo en que nos vean juntos?

Ella agitó la cabeza, con impaciencia.

—¿Por qué quieres que nos vean?

—Porque todos me envidiarán.

—¿Tan importante es eso para ti?

—¡Por supuesto! —Se mostró, ofendido—. Las relaciones a escondidas siempre destruyen. Solo los fracasados se esconden.

—Tú y yo no tenemos una relación. He sido amable contigo, sí, pero solo

te he considerado un buen amigo. Nada más.

Él se sintió tan rechazado que creyó percibir el duro bofetón de su abuelo. El vozarrón del diácono Morris regresó a su mente como un rayo. «Arrodíllate y reza por tu alma. No vuelvas a desear el cuerpo lascivo de una mujer o te arrepentirás»

El instinto se apoderó de él, la abrazó y Janice se apartó con brusquedad. En un segundo, se vio rodeado por varios de los trabajadores que habían acudido al camino.

—La acompañamos a casa, señora —dijo uno de los hombres colocándose junto a ella.

—Morris, será mejor que abandone la propiedad, o llamaremos a la policía —le advirtió el primero que había reparado en su presencia.

—¿Y eso por qué? ¡Sois todos unos farsantes! —Agarró el cajón verde para el forraje en el que había estado trabajando y lo arrastró hacia su furgoneta, pero después pareció pensarlo mejor, corrió hacia ella que todavía ascendía por la vereda de piedras y la llamó—: Janice, recuerda que esta gentuza es la misma que te crucificó cuando Thomas se voló la tapa de los sesos de un disparo —gritó para que lo escuchara—. ¡Janice! ¡Janice!

Pero ella ya estaba subiendo la escalinata hacia el porche.

La frustración lo envolvió como un manto y, ante la mirada vigilante de los obreros, regresó a su furgoneta y se marchó.

## Capítulo 27

Janice entró en la cocina, donde encontró a Faith y a Clare desayunando. Al preguntar por Adele, la psiquiatra contestó.

—Se ha quedado en cama un rato más.

—¿Está enferma?

—Al aparecer la cena no le sentó muy bien.

—Supongo que fue la crema de champiñones —intervino Clare—. Nunca le han gustado los hongos y anoche, con la preocupación de todo lo que está pasando en el pueblo, se la tomó sin rechistar.

—Pobrecilla, lleva toda la mañana vomitando. —Se compadeció Faith.

—Ahora subiré a verla —dijo Janice, tomando una galleta de avena de la fuente que había en la mesa.

—Tú también estás un poco pálida —observó su amiga enarcando una ceja.

—No os lo vais a creer, pero ha ocurrido algo muy extraño.

La mujer colocó ante ella una taza de café bien caliente y mientras la llenaba con leche, la animó a seguir hablando. Ambas escucharon con atención lo que les relató sobre su encuentro con Joey en las caballerizas.

—Haces bien en no acercarte a ese hombre —le advirtió Faith—. Más pronto que tarde Erick encontrará algo para poder acusarlo formalmente.

—¿Quieres decir que no han servido de nada esas pruebas que había reunido? —Ahora comprendía por qué Joey campaba a sus anchas por el valle.

En ese instante entró en la cocina Frank. Llevaba la misma ropa del día anterior y a juzgar por su aspecto había pasado la noche sin dormir. Como ella.

—El fiscal las calificó de meras casualidades que no se sustentan sobre una base sólida, solo en su intuición —anunció, sentándose a la mesa y dando a entender que había escuchado parte de la conversación antes de entrar.

—Pero deberían tenerlo en cuenta. Erick es un detective sagaz, que ha demostrado un sexto sentido a lo largo de su trayectoria —Ella lo defendió apasionadamente.

Tanto que Frank sonrió.

—Terminará por conseguirlo. No te preocupes. Lo malo es que, hasta que

eso ocurra, Joey está en la calle y no hay nada que se pueda hacer para detenerlo.

—¿Ni siquiera para interrogarlo? Desde lo ocurrido anoche en la carretera no dejo de temblar al imaginarlo por la casa como si fuera un amigo. Yo misma lo he tratado como tal. —Se lamentó Clare.

—Seamos cautos, querida —le pidió su marido—. De momento, la gente que trabaja en la propiedad ya está alerta y no le dejarán acercarse.

—Lo he comprobado esta mañana, cuando lo vi en las caballerizas —aseveró Janice—. Varios trabajadores se encargaron de alejarlo de mí. No creo que siga por aquí.

—Por supuesto, cariño. Todo el mundo se preocupa por tu seguridad. ¿Acaso lo dudabas? —Clare se sentó a su lado.

—Lo mejor será mantener la calma y esperar a que cometa un error. Eso, o que Erick termine por encontrar algo para echarle el guante. Y estad seguras de que lo hallará. —Frank se puso en pie, dispuesto a marcharse de nuevo.

—¡Maldito, chucho! —dijo Erick al comprobar que Eliot se había escapado de la casa por la puerta de la cocina.

Se fijó en el cerrojo interior y lo vio partido. Probablemente el perro lo había roto al saltar para salir y ahora no había ni rastro de él.

Dio una vuelta por los alrededores, lo llamó a gritos, pero nada.

Supuso que tal vez se habría internado en el bosquecillo de robles y se dirigió hacia allí. No había caminado ni quinientos metros cuando un bulto grande y reluciente bajo la hojarasca llamó su atención. Se acercó con cautela, con el arma en la mano y apuntando hacia el vehículo, porque enseguida reconoció el coche patrulla de David.

No sabía qué o a quién encontraría en su interior.

No era hombre de plegarias, pero deseó con vehemencia que el cuerpo de su amigo no estuviera pudriéndose en el interior.

Retiró las ramas que lo cubrían y suspiró aliviado, cuando vio que no había nadie. También miró en el maletero, pero estaba vacío. No hallar sangre, ni ningún otro rastro que indicara violencia, sumaba un punto positivo a las turbulentas hipótesis que cruzaban por su cabeza. Sacó el teléfono y llamó a los federales que seguían buscando pruebas en Buellton.

Poco después, aquella zona del bosque se convirtió en un hervidero de gente. Agentes del FBI, policía estatal y los chicos de la local que lo miraban

ansiosos, a la espera de alguna orden que acatar con rapidez, lo cual era comprensible ya que el coche era el de su jefe y anhelaban encontrarlo con vida.

Frank llegó en ese momento con la furgoneta de Janice y Erick tuvo que tranquilizarlo. El hombre se llevó un buen susto al creer que el cuerpo de su amigo estaba en el coche y, aliviado al saber que no había nadie, se alejaron en dirección hacia su casa.

Poco a poco el color fue regresando a su cara, por naturaleza sonrosada, y él le habló de la escapada del perro.

—Si lo veis llegar a la casona, me avisáis.

—No creo que llegue hasta allí. Está bastante lejos, al otro lado del bosque.

—Pero él conoce el camino. Hemos paseado muchas noches por los alrededores para estirar las piernas.

—Y para comprobar que ella estaba a salvo. Sí, señor... ¡qué callado lo tenías! —Frank sonrió tan complacido que parecía un padre a punto de entregarle la mano de su única hija.

—¿Y qué tal las cosas por la casona? El policía que envié a primera hora me contó que Joseph Morris se presentó a trabajar en las caballerizas como si no pasara nada.

—Ese tío tiene un morro que se lo pisa. Pero los muchachos se encargaron de echarlo de allí.

—Lo sé. —Hizo una pausa y agregó—. Todavía no tengo nada contra él, Frank. Me siento tan impotente.

—Ya lo encontrarás, no te impacientes.

—Es que es imposible que no haya nada de él en ninguna base de datos para acusarlo de algo, ni siquiera una multa.

Al ver que se frotaba la cara con las manos, el hombre se compadeció de él.

—No has dormido mucho esta noche.

—No lo haré hasta que consiga encerrar a ese loco. Ahora sé cómo se siente Janice, bajo la amenaza de esas horribles pesadillas que la torturan. Es imposible cerrar los ojos y dejarte llevar por el sueño sin más.

—Sí. Esa muchacha ha sufrido demasiado. —Frank cabeceó—. Hace un rato se marcharon su amiga la doctora y ella con mi mujer al pueblo.

—Deberían haberse quedado en casa —repuso molesto.

—Estarán bien. Clare tenía que abrir la tienda y las muchachas se han

ofrecido para acompañarla. ¿Crees que ese tipo se atreverá a hacerles algo estando las tres juntas?

Erick asintió.

—Llevas razón. Lo mejor es recuperar la sensación de normalidad, y en la tienda estarán entretenidas.

—Sí, porque ya conoces a Janice. —El hombre sonrió—. No puede quedarse quieta un segundo. Les he dicho que se lleven mi coche, por lo que pasó anoche... es mejor que ninguna de las mujeres conduzca esta furgoneta.

Llegaron al porche de su casa y Erick lo invitó a entrar para tomar un café.

—No, gracias. Me acercaré a la tienda, a ver cómo van las chicas, y después por la comisaría de Buellton.

—Yo me daré una ducha y nos vemos allí. Ahora que ha aparecido el coche de David, su búsqueda será más exhaustiva.

—¿Crees que está vivo? —La pregunta sonó temerosa.

—Que no lo hayamos encontrado ya, juega a nuestro favor.

Ninguno dijo nada más.

El resto de la mañana pasó como un suspiro. Faith y Clare estuvieron atendiendo a los clientes en la tienda, mientras ella preparaba los pedidos en el almacén. No permitió que los malos pensamientos se adueñaran de su mente, y procuró mantener esa calma tan complicada que Frank les pedía.

Fue mucha la gente que se dejó caer por el comercio. Unos para comprar, o para ponerse al día de los chismes que circulaban por el pueblo, y otros para ofrecerles su ayuda y amables palabras de aliento.

Los Renter eran muy queridos en el valle, y la noticia de que habían sido atacados la noche anterior en la carreta ya era del dominio público. Pero lo más llamativo resultó ser que la mayoría de los clientes querían hablar con ella, saludarla. No sabía que hubiera tantas personas que se preocuparan por su estado de ánimo, jamás habría imaginado que esas miradas furtivas que sentía clavadas en la espalda desde que regresó a Santa Ynez, fueran de solidaridad y no de censura.

Había estado tan cegada con su dolor que, en lugar de ver afecto en ellos, lo que percibía era odio y rencor. Se vio tan superada por la situación, se sintió tan avergonzada por haber pensado mal de todos, que irse al almacén para disponer los pedidos resultó una liberación. Era eso o romper a llorar de emoción en cualquier instante.

Supo que habían encontrado el coche patrulla del sheriff en el bosquecillo que estaba cerca de su casa, y que había sido Erick el que lo había descubierto. Los sucesos corrían por el pueblo, y el boca a boca funcionaba de maravilla.

Solo esperaba que el no haber hallado ni rastro del jefe David, fuera positivo.

Estaba terminando de colocar en una caja varias latas de conserva, cuando escuchó el ruido de la puerta del almacén tras ella. No tuvo tiempo de girarse para mirar, porque enseguida reconoció aquellos brazos amorosos que la rodearon desde la espalda.

Erick le rozó la nuca con los labios y se apretó contra él. La caricia apenas duró unos segundos, pero se dijeron tantas cosas, y prometieron tantos sueños, que otros necesitarían años para expresarlos.

Janice se giró entre sus brazos y lo miró con ojo crítico.

—No tienes buen aspecto.

No era del todo cierto. Recién duchado y afeitado, con el pelo oscuro todavía húmedo cayéndole por la nuca, estaba imponente. Pero ambos sabían a qué se refería.

—Tú, sin embargo, estás preciosa. —Colocó su larga trenza negra a un lazo y la besó de nuevo en el cuello.

Ella se apretó contra su pecho y alzó la cara, sabiendo que iba a besarla. Y se moría de ganas de que lo hiciera.

Erick se tomó su tiempo, incluso se detuvo a mitad de camino hacia su boca, la miró a los ojos y sonrió. Ella se colgó de su cuello y lo atrajo con necesidad, le encantaba aquella sensación de pertenencia; sentir sus fuertes brazos sujetándola con ternura. Aunque la verdad es que nunca antes había sentido nada tan perfecto y profundo.

Fue un beso apasionado, mezcla de suavidad y dureza, como era él.

Su pasión la dejó sin aliento. Era como si pretendiera mantenerse aferrado a la realidad y comprendiera su calvario a través de las pesadillas; como si necesitara despertarse de una horrible junto a ella, y abrazarla lo mantuviera despierto.

—Erick... —lo llamó suavemente. Él suspiró con fuerza, apoyando la frente contra la suya y sin romper el abrazo—. David está vivo, ya lo verás.

—Todo está ocurriendo por mi culpa.

—Tú no puedes saber eso. ¡Qué tontería! —Trató de hacerle entender que aquello era una locura.

—Janice, no me preguntes por qué, pero lo intuyo; aunque eso no les basta a los federales ni al juez. Ni tampoco impedirá que ocurra otra vez. —Su voz sonó tan suave que apenas era un susurro.

—¿No pretenderás mantenerme a distancia para protegerme? —inquirió con rapidez.

—No puedo estar lejos de ti, y lo sabes.

—Si de verdad hay alguna conexión entre el asesino y tú, pronto la encontrarás —aseveró ella, sujetándole la cara entre las manos.

Erick tomó una bocanada de aire al tiempo que movía cabeza.

—Gracias.

—¿Por qué? —Sonrió, sin darle importancia a su gratitud. Sabía que se refería al hecho de creer en él.

—Por ser tan maravillosa. —Fue su respuesta final.

Un par de horas más tarde, Erick se alegró al llegar al *Dulce Hogar de Ynez* y encontrar el lugar muy tranquilo. Los últimos acontecimientos en el pueblo, y que después del almuerzo los residentes se retiraban a sus dormitorios a descansar, sumían al centro en un silencio sepulcral.

Al llegar a la habitación de su padre la encontró vacía, por lo que decidió preguntar por él en el control. Solo esperaba que no se hubiera fugado otra vez, porque la amenaza del director de expulsarlo seguía en pie.

Una enfermera le indicó que había recibido una visita y que podría encontrarlo en el invernadero; de modo que salió al jardín y se acercó con rapidez hacia la pequeña casita prefabricada con cristales.

Los vio nada más llegar, al señor Illeon y a él. Jamás hubiera imaginado que aquel anciano esquivo mantuviera una amistad tan profunda con su padre como para ir a verlo.

Aguardó con cautela, y los observó desde la puerta. Charlaban mientras paseaban entre las macetas de plantas que crecían a ambos lados del estrecho corredor, y los vio pararse ante unas flores exóticas de brillantes colores.

Recordó otras iguales y enseguida supo donde las había visto: en el salón de la casona.

—¡Hey, chico, vamos, pasa! —Lo llamó su padre que lo sorprendió mirándolos—. ¿No te habrás vuelto ahora tímido?

Él sonrió, mientras negaba con la cabeza, y caminó hacia ellos.

—Sabes que no soy tímido, papá. —Lo abrazó al tiempo que lo besaba en la mejilla y miró sin disimulo al señor Illeon.

—Supongo que recuerdas a Charles. —Señaló al propietario de la casa de empeños.

—Por supuesto. —Le tendió la mano.

El anciano correspondió al saludo con un apretón. Lo miraba de un modo tan intenso que, por un segundo, creyó volver a ser aquel chiquillo que se asomaba al escaparate de la tienda, para ver si sorprendía al avaro contando dinero.

—Ya me marchaba —dijo a modo de disculpa, como si comprendiera su extrañeza por encontrarlo allí.

—¿Tan pronto? —Inquirió su padre, molesto.

—Es cierto, señor Illeon, por mí no se vaya —le aconsejó—. Solo he venido para ver cómo va todo, pero tengo que regresar a la comisaría de Buellton.

El anciano sujetó su pequeño sombrero entre las manos y asintió.

—¿Se sabe ya algo de David? —Su padre demostró que estaba al corriente de lo que ocurría por el pueblo—. ¡No me mires así, leche! —le regañó, alzando la voz y gesticulando—. Estoy encerrado, pero no soy sordo.

—Nunca he dicho que lo seas —repuso con gesto tenso.

—Y tampoco estoy loco, como quiere ese fracasado que creáis todos. Primero quiso matarme y ahora el muy... ¿Lo has visto por ahí rondado? Ten cuidado, mucho cuidado.

Ahí comenzaban los desvaríos.

—¿A quién tenía que ver? —La impotencia de no poder hacer nada para mantener diez minutos de lucidez crecía en su interior.

Su padre abrió mucho los ojos, tan azules y perspicaces como los suyos. Luego sonrió y negó con la cabeza.

—¡Bah, olvídalo!

Erick reparó en la cantidad de flores que crecían por todas partes. Su aroma era dulce, una fragancia penetrante que últimamente flotaba en el ambiente de la casona.

—¿Venden estas plantas?

—Se cultivan para hacer terapia —le explicó su padre recobrando la sensatez—. Aunque eso es lo que dicen los médicos para que algunos de estos viejos se entretengan en cuidarlas, y no piensen en lo que se pierden al salir de aquí.

—Pues yo las he visto en otra parte.

Su padre se encogió de hombros.

—No es raro encontrarlas en cualquier floristería del valle. Hay de muchas especies, ya te lo expliqué. Como también te dije que la estrella de la residencia es la orquídea. —Señaló varias flores de color naranja brillante—. Esa misma... su fragancia es dulce como la canela y es la que él suele llevarse.

—¿Quién? —Esta vez sí prestó atención a su comentario. Aquella conversación comenzaba a sonarle a otra que no hizo caso.

—Ya te lo dije. Joseph viene, se lleva un buen ramo, y aprovecha para exigirme cosas.... cosas que yo nunca podré asumir.

Erick se tensó de nuevo al escuchar a su padre hablar del sospechoso como si lo conociera mucho.

—¿Joseph Morris? —Un escalofrió le recorrió la espalda.

—El mismo. Desde que ha regresado al valle ha hecho muchas amistades. El caradura sabe cómo encandilar a la gente, con esa palabrería barata que se gasta. Igual que a esa pobre chica... la viuda Still. Mira que intenté advertirla, pero ni caso.

—Yo también intenté prevenirla. Sin ir más lejos ayer —intervino el señor Illeon que hasta entonces había escuchado en silencio—, pero la nieta de Henrietta hizo como siempre que nos cruzamos: salir corriendo.

—¿De qué quería advertirla? —Su tono sonó más grave de lo normal.

—No suelo meterme donde no me llaman —El hombre intentó justificarse—. Pero desde mi tienda se observa la plaza a la perfección. De una parte a otra. Y aunque no quieras, ves cosas que no te gustan. Una de ellas es ese tipo, vigilando a la gente, en su furgoneta, esperando durante horas hasta que la nieta de Henrietta entraba o salía de la bodega, o de la tienda...

—¿Está seguro de que la vigilaba a ella?

—Y a usted, también, señor Draven. Ese tipo es igual de despreciable que su abuelo.

Illeon chasqueó la lengua y se colocó el sombrero como si se fuera a marchar ya.

—¿Conocía a su abuelo?

—Claro, todo el mundo conocía al diácono Morris. —El hombre echó a andar hacia el exterior, con el ánimo de seguir hablando, y él lo siguió.

Su padre caminó tras ellos, a poca distancia.

—¿Qué puede decirme de esa familia? Tengo entendido que el diácono murió, y su familia se marchó del valle para no regresar nunca más. De hecho es como si se hubieran evaporado.

—Así es. Más de treinta años sin saber de ellos hasta que ese loco regresó vendiendo biblias y artículos religiosos.

## Capítulo 28

Joey golpeó la pared de su habitación con fuerza, se desnudó y se metió en la ducha. Necesitaba que el jabón arrastrara la furia que lo embargaba. El agua caliente cayó con fuerza sobre la herida de la mano que volvía a sangrar, aunque le dio igual. Solo pensaba en Janice, en cómo hacer que se arrepintiera de todos sus pecados y, sobre todo, que Draven muriera con esa gloriosa visión ante sus ojos.

Tenía el pulso tan acelerado por la rabia que creyó que le daría un infarto.

De eso dijeron que había muerto el viejo Wallace, de un infarto y pisoteado por sus caballos de pura raza. ¡Qué poco sabían! Nunca adivinarían que fue él quien lo molió a palos. Fue un error, sí, se equivocó de cabrón, pero las personas se equivocan... Y ahora, su nieta, sin saberlo, estaba resultando su total destrucción.

Todo el mundo decía que el ricachón tenía una amante. Y ver a su madre, entrando y saliendo de las caballerizas de la propiedad, le trastornó las neuronas. Él fue su primera víctima. Lo mató, preso de la rabia ante tanta lascivia y pecado; aunque no lo hizo tan mal, nunca relacionaron su muerte con la venganza de la mano de Dios.

La pobre Henrietta quedó viuda con un hijo que vivía fuera y una gran finca que gestionar sin tener ni idea de cómo hacerlo. ¡Qué pena que por entonces él fuera solo un niño!

Un chiquillo enclenque y sucio, al que todos miraban mal.

«Sí, señor Wallace, no te tirabas a mi madre, me equivoqué de pecador, aunque hice un favor al resto de las mujeres del valle, incluida la tuya», gritó enjabonándose con rabia.

Con solo diez años, Joey había aprendido a disfrutar del placer de castigar a los lujuriosos, lo que era mucho más gratificante que sacrificar animalejos. Hasta que aquel comerciante de artículos religiosos se dejó caer por el pueblo. Era más fanático de las escrituras que el propio diácono, que había sido expulsado de la iglesia por el que entonces era el párroco de Santa Ynez.

El vendedor visitaba tanto su casa que cayó en las redes libidinosas de su madre. Follaban como conejos en el sótano de la iglesia, hasta que un día su abuelo los sorprendió en plena función, los obligó a casarse y... a los pocos

días de la boda el pobre anciano murió... se colgó de una viga, con un cable de la luz, y se rebanó el pescuezo. ¡Qué pena que cuando pataleaba, no pudo hacer nada por salvarlo!

Así aprendería. Él no era nadie para entregar a su hija al cerdo de Ralph Williams. Su madre era la única mujer que le había mostrado algo de amor, aunque no lo pareciera.

Lo peor vino después. Su padrastro se los llevó bien lejos, a Massachusetts, para comenzar una nueva vida. Incluso le dio su apellido como si fuera su hijo. Lo malo era que al hombre no le gustaba que anduviera acechándolos cuando copulaban, y lo castigaba durante horas a rezar el rosario en una despensa del sótano, para que recordara que era hijo del pecado, como si el abuelo Morris lo instruyera desde el infierno.

Terminar con aquel capítulo de su vida fue muy fácil.

Una vez conocido el placer de la redención del alma, ya se podía alcanzar la perfección de la mano ejecutora. Solo tuvo que castigar de vez en cuando a alguna puta para aliviarse porque de otra forma no podía... su miembro no... ¡No podía, y ya está!

Aprendió a moverse por el país sin dejar huella, las cosas le iban bien.

Se quedó el negocio de su padrastro y se dedicó a viajar, vendiendo artículos religiosos.

Hasta que una noche, el cabrón que le jodió la vida desde el minuto *uno* se materializó delante de sus narices. Fue como una revelación divina.

Tenía pensado regalarle la vieja biblia de su madre a una pudorosa profesora de religión que cortejaba. Se le ocurrió abrirla por el final y descubrió unas frases escritas a mano en el margen inferior de la última página.

*«La semilla de Draven crece en mi vientre. Nacerá un niño hermoso, a pesar de que padre asegura que mi hijo será el demonio encarnado».*

Leyó aquella confesión, una y mil veces, para asegurarse de que la acusación era real. Y se puso furioso al saber el origen de todo su mal; tanto que, se le fue la mano con su novia, le causó lesiones incurables y su familia lo denunció por malos tratos.

Después, todo se complicó. La policía abrió una investigación y pasó muchos años en prisión; ni siquiera supo cuantos, pero cada día de su largo encierro imaginaba mil formas de vengarse del hombre que le había llevado a aquella situación.

¡Maldito Draven!

Al salir de la cárcel, se dirigió veloz a buscar al hombre que había preñado a su madre. Pero al verlo supo que el viejo estaba enfermo, y no conservaba los recuerdos. Daba igual que lo castigara por el pasado, no podía redimir sus pecados; sin embargo, el hijo... cuando lo vio salir del geriátrico... él ocupaba su lugar, y él pagaría el sacrificio por el padre.

Joey se había quedado helado, sumido en sus recuerdos, Hacía mucho tiempo que había cerrado el grifo de la ducha y estaba tiritando. La herida había dejado de sangrar, de modo que se envolvió en la toalla y regresó al dormitorio para buscar algo con lo que cubrirse la mano.

No pudo evitar, seguir evocando el pasado.

Si regresó a este maldito valle, solo había sido para ocupar el sitio que le correspondía, junto al padre; y terminar con el hombre que le había robado su vida perfecta.

En eso se sentía tan identificado con la dulce y preciosa Janice. Casi podía escucharla al piano, tocando una melodía fúnebre por sus sueños. La amaba. Nunca había amado de verdad a una mujer hasta que la conoció a ella. Y el cerdo de Erick se la estaba tirando.

Terminó de vestirse mientras pensaba y se sentó en la cama. Media hora más tarde, todavía miraba el televisor destrozado sin verlo.

Los muebles rotos de la habitación seguían desperdigados por todas partes, así como los restos de sangre seca de la señora Stone. Era cuestión de horas que el detective Draven hallase algo con lo que el juez ordenara un registro del cuarto, y descubrirían el pastel.

¡Había cometido tantos errores! ¡Tantos!

Miró el reloj y supo que la señora Renter ya estaría a punto de cerrar la tienda. Ya era hora de terminar su obra. Janice esperaba ansiosa para que la tomara.

Después rezarían juntos.

Erick había quedado con Frank en la comisaría de Buellton. Con orden, o sin orden, necesitaba contrastar lo que le había dicho el señor Illeon con la base de datos del sheriff. Cuando fuera a buscar a Joey Morris, también conocido como Joseph Williams, lo haría con la seguridad de que no saldría libre en mucho tiempo.

El hombre no tardó mucho en llegar, justo cuando la impresora lanzaba varios folios de información sobre el tipo que había cumplido condena durante más de veinte años en la prisión de máxima seguridad de Massachusetts.

Erick relató a Frank la historia que el mismo señor Illeon le había contado, poco antes.

—La hija del diácono era una mujer guapa que solía enamorarse con facilidad de cualquiera que le hiciera caso. Cuando quedó embarazada se sabía que era de alguien del pueblo, pero ella nunca dijo quién era el padre de aquel chiquillo.

—Recuerdo a su hijo. Con esos ojos tan azules y ese pelo rubio... joder —Frank se rascó la cabeza con gesto confuso—. Era Joey... ¿cómo no lo he reconocido?

—Porque han pasado más de treinta años.

Frank asintió, mientras seguía recordando. Una vez esclarecida la identidad del sospechoso, todo era mucho más fácil.

—Su abuelo decía que el pequeño era un «engendro del demonio». Así lo llamaba. Y la verdad es que el muchacho parecía medio trastornado. Siempre vigilando a su madre por orden del diácono, con aquellos ojos tan fríos y desorbitados que daba miedo mirarlos.

—Según ha dicho Illeon, su madre se casó con un vendedor de biblias y artículos religiosos, lo adoptó legalmente, le dio su apellido, Williams, y cuando el abuelo se suicidó, la nueva familia se marchó lejos del valle.

—¡Así es, y nunca más se supo de ellos! —aseveró el hombre, confuso.

—Hasta que Joseph Williams salió de la prisión de Boston para venir aquí. Fue entonces recuperó su apellido original, por eso no encontrábamos nada sobre él. Morris llevaba desaparecido más de treinta años, no existía; sin embargo, como Joseph Williams, el sujeto tiene un florido expediente —le entregó los folios que habían salido de la impresora y continuó—: Cuando fue denunciado por la familia de su novia, se descubrió que había asesinado a su madre de la misma forma que a las demás víctimas: la señora Perkins, la mujer que se cruzó en su camino al salir de la residencia de ancianos, la dueña del hostel.... y quien sabe cuántas más habrá por otros estados que nunca se han relacionado. De hecho, a su madre y a su padre adoptivo los asesinó en el estado de Luisiana, donde vivían por aquel entonces. Al vendedor de artículos religiosos lo mató con el mismo *modus operandi* que a los cuñados de Janice.

—El hombre se había interpuesto en su camino, igual que los Still. —Supuso Frank, tomando un vaso de café recién hecho que le sirvió uno de los policías.

—Y cada vez que ha matado a alguien, su proceder ha sido más sanguinario y descuidado. Está nervioso, le urge culminar sus planes.

—¿Y cuáles son?

—Matarme a mí, por usurpar su lugar.

Frank se atragantó con la bebida al escucharlo.

—¿Eso te lo ha dicho el señor Illeon?

—No. Eso lo he deducido yo al comprender que siempre he sido su objetivo.

—¡No jodas, muchacho!

Que Frank blasfemara indicaba que su conclusión le parecía horrible. Tanto como a él, si no la creyera factible.

—Yo tampoco lo hubiera pensado si mi padre no hubiera reconocido que Joey le confesó que era hijo suyo y que había regresado para ocupar su lugar.

—Hombre... tu padre no ha sido precisamente un santo, pero... —Buscó las palabras—. ¿Y entonces qué se puede hacer?

—Solicitar que el juez curse la orden de arresto. Esta vez hay pruebas más que contundentes de que Joseph Morris, o Joseph Williams, es el asesino del valle.

—¿Y dónde vas tú? —Frank lo miró extrañado al verlo salir del despacho del jefe David, abrochándose el arnés que sujetaba su arma.

—Esta vez no quiero que se escape. Quiero ser yo quien lo detenga.

—Pero Erick... espera...

La propiedad estaba desierta cuando Janice aparcó el coche de Frank frente a la casona. Los obreros se habían refugiado del sol que caía a plomo a aquellas horas en el valle. Se habían marchado al pueblo a comer y a descansar hasta que refrescara un poco. Solo el sonido de los insectos voladores rompía el silencio que llegaba del bosque.

Al mirar hacia las caballerizas, creyó ver una nube dorada que correteaba a lo lejos.

—¿Habéis visto eso? —preguntó a Clare y a Faith que estaban sacando varias cestas con víveres del maletero—. Me parece que Eliot ha venido a visitarnos.

—Ya nos previno Erick cuando se pasó por la tienda esta mañana —le recordó su amiga—. Ve a buscarlo, nosotras llevaremos la compra a la casa.

—Está bien. Avisad a Erick de que su perro ya no está perdido —les dijo mientras se dirigía hacia los establos.

Al entrar en el edificio, el aroma a heno y a serrín inundó sus fosas nasales, como cada vez que iba allí.

Juraría que el perro había entrado en las cuadras, se dijo acercándose a los boxes de la derecha. Un ruido en la pared del fondo llamó su atención, era como el murmullo de voces, como el «*run run*» de alguien que hablaba muy lejos, pero que parecía que estuviera allí mismo.

Se acercó muy despacio, hasta llegar al final del pasillo formado por los cajones de madera que utilizaban para transportar el forraje. Le resultó curioso que estuvieran ordenados hasta el vallado exterior, como si fueran soldados de color verde, formando una fila.

Se inclinó sobre el suelo y vio una rejilla oxidada que conducía a algún lugar. Parecía una enorme ventana a la oscuridad, como un pozo sin fondo, cubierto por una enorme telaraña. Al acercar la mano sintió una corriente de aire fresco que sin duda provenía del otro lado, pero no se veía nada. Eso sí, las voces se escuchaban más nítidas allí. Incluso creyó escuchar la de Clare.

Entonces recordó lo que relató el señor Draven aquel día que visitaron las caballerizas. Dijo que cuando era joven, se rumoreaba que la casona estaba llena de pasadizos secretos que el bisabuelo Wallace utilizaba para traficar con alcohol, cuando imperaba la ley seca.

Buscó en el margen de la reja y siguió con los dedos su contorno. Si aquella enorme ventana comunicaba con el otro lado, debería tener un cierre.

«*Click*». Lo encontró. Empujó el pasador hacia arriba y la cancela oxidada se abrió. El señor Draven tenía razón. La casa tenía subterráneos tenebrosos.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y encendió la linterna. Apuntó con la luz al fondo y, tras la enorme telaraña que apartó con la mano, se encontró ante un estrecho y lúgubre pasadizo.

Avanzó unos pasos y al ver que el pasillo se abría hasta formar una cámara, la curiosidad pudo más que la templanza. Su mente le decía que no siguiera, pero su instinto la invitaba a continuar.

Nada más caminar unos metros, comprendió que las voces que escuchaba en las caballerizas eran las de sus amigas en la bodega de la casona. Probablemente estaban colocando los víveres en la despensa y por eso las oía con tanta claridad.

Eso le hizo recordar el día que Eliot no dejaba de ladrar con el hocico pegado a la puerta de la despensa... el perro ladraba a alguien que...

«¡Dios mío!», se dijo al ver luz tras una puerta entreabierta.

Empujó con cautela y entró en una especie de cámara iluminada por velas a medio consumir, pero lo peor fue descubrir unas lejas repletas de objetos

suyos. Cosas personales e íntimas que había ido echando de menos y que alguien había reunido allí como trofeos: ropa interior, una pulsera, zapatos y un pijama, dos lápices labiales, unas medias. Y decenas de fotografías pinchadas en la pared con chinchetas. Imágenes de ella en el pueblo, o en la bodega, o pintando el porche con las chicas... ella con Erick, ella en la ducha, desnuda en su cuarto, dormida...

Al otro lado, descubrió otra pared también repleta de fotos, pero esta vez de Erick y de su padre. El señor Draven en el jardín de la residencia, en su habitación acostado, en los pasillos o en el comedor con otros usuarios. Imágenes de Erick en el todoterreno, sentado al ordenador a través de la ventana, paseando con el bastón, saliendo de un hospital.

Se sintió enferma, tanto que creyó que iba a vomitar.

Al darse la vuelta para irse, vio en el suelo lo que parecía un trapo manchado con sangre seca. Se llevó una mano a la garganta, sin poder gritar y dejando escapar un simple sollozo se dirigió hacia la salida.

La luz de la linterna comenzó a parpadear y supo que le quedaba poca batería, de modo que se apresuró a escapar de aquel lugar que parecía maldito. Necesitaba respirar, salir de allí. Huir de lo que parecía una nueva pesadilla, pero tan real.

Tanto que creyó escuchar un lamento.

Se quedó quieta, esperando, y de nuevo lo percibió. Un quejido tan suave que apenas podía identificarse, como si un animal, o lo que fuera, se encontrara a las puertas de la muerte.

¿Y si era Eliot, que estaba herido?

Suspiró para armarse de valor y caminó un poco más por el corredor oscuro.

De repente, tropezó con un bulto en el suelo y trastabilló hasta quedar apoyada en la pared. Allí había algo que obstaculizaba el paso, se dijo alumbrando al suelo. Un fardo oscuro y grande que ocupaba todo el ancho del pasillo.

Lo vio moverse levemente y, al emitir otro gemido, se dio cuenta de que era una persona, por lo que con el corazón en un puño, se agachó y estiró la mano para tocarlo.

Sintió una humedad caliente en la punta de los dedos, de modo que la retiró con rapidez. Dirigió la poca luz que le quedaba hacia su mano y el color rojo de la sangre le nubló la visión.

Erick llegó al hostel y no le costó mucho trabajo conseguir que uno de los trabajadores le entregara la llave de la habitación de Joseph Morris. Al contrario, todo el mundo en el pueblo estaba ávido por esclarecer los crímenes y se ofrecían para ayudar.

Abrió con dificultad la puerta, como si tropezara con algo en el suelo, y el muchacho que lo había acompañado soltó un alarido al ver lo que había en el interior.

El cuarto estaba destrozado. Los muebles hechos astillas, cristales y trozos de espejo por todas partes, las paredes pintadas con cruces y el suelo manchado de sangre oscura y seca, que sin duda pertenecía a la propietaria de la pensión.

Aquel era el escenario del crimen de la señora Stone, y la alfombra floreada que envolvía el cuerpo era la que faltaba en el centro del dormitorio. Si se hubieran hecho públicos los detalles del asesinato, seguramente alguien la hubiera reconocido; sin embargo, solo Joey sabía esos detalles y se los relató con todo lujo de detalle a Janice.

—Avisé a los federales —le ordenó al muchacho que se había apartado horrorizado.

Una vez se aseguró de que el sujeto no estaba en el hostel, salió del edificio a toda prisa y se dirigió hacia el todoterreno. Si su intuición no le fallaba, Janice estaba en peligro. Ahora más que nunca, Joey era un hombre muy peligroso.

Iba a dar el contacto cuando sintió un fuerte golpe en la cabeza y un dolor punzante que, lentamente, lo fue sumiendo en la más profunda oscuridad.

## Capítulo 29

Janice supo que se había desmayado, cuando vio la desdibujada imagen de Thomas flotando ante ella, como si fuera uno de sus sueños. Al recordar lo ocurrido, se sentó como impulsada por un resorte, con un grito atrancado en la garganta, y la cara de su marido desapareció, como siempre.

Todavía permaneció un buen rato en la oscuridad, tratando de hallar sentido a los estímulos inconexos que recibía de aquel lugar, pero un nuevo lamento a su lado la trajo finalmente a la realidad.

Estiró de nuevo la mano y tocó el contorno de un cuerpo que le resultaba familiar. El móvil ya no tenía batería, no funcionaba la linterna, pero enseguida supo que se trataba del jefe David.

—Sheriff —lo llamó, intentando moverlo—. Soy yo, Janice. Sheriff, por Dios, diga algo.

Un gruñido tan suave como un suspiro fue todo cuanto recibió como respuesta.

Esta vez se armó de valor y palpó con cuidado la lesión que había descubierto en su cráneo. No entendía mucho de heridas, formaban parte de sus fobias, pero la vida del jefe estaba en juego y eso era más poderoso que cualquier temor infundado.

La sangre que cubría el corte estaba seca, lo que indicaba que no había perdido mucha, pero al no estar consciente podía tener lesiones internas mucho más graves.

Debía actuar y, si se daba prisa, pronto ambos estarían fuera y a salvo.

Intentó arrastrarlo por el corredor, pero era imposible. David era grande y pesaba demasiado. De modo que decidió abandonarlo y salir sola en busca de ayuda. No podía saber cuál era la dirección que debía tomar. Todo estaba oscuro y optó por guiarse a través del tacto, siguiendo la rugosa pared que la llevaría a algún extremo de los pasadizos. Si pensaba con claridad, lo lógico es que el otro lado la llevara a la casona, a la bodega donde había escuchado las voces de sus amigas.

Ya se había alejado unos pasos del sheriff cuando creyó escuchar que la llamaba.

Regresó a su lado y se acercó para poder oírle.

—Vendré enseguida con ayuda, no se preocupe —le prometió.

Él movió la mano sobre su cuerpo muy despacio y señaló su arma.

—La pistola —le dijo con un hilo de voz.

—No... no. —Se apartó temblando—. No me pida eso.

—Janice, hazlo... o Joey te matará.

—Pero...

Al ver que el hombre se había desmayado de nuevo, Janice sollozó, y con un esfuerzo sobrehumano, extrajo la pistola de la cartuchera.

La tocó con aprensión, sintiendo el contacto del metal frío en los dedos. La guardó en la parte trasera del pantalón, pegada a su piel, bajo la camisa y siguió tanteando la pared para encontrar la salida.

Erick volvió en sí sin saber qué había ocurrido. Un segundo antes estaba en su coche, dando el contacto para salir del pueblo y en otro... le pareció sentirse envuelto en una densa niebla. Numerosas lucecitas brillantes centelleaban ante sus ojos. Le dolía la cabeza, intentó llevarse una mano a la frente y descubrió que no podía.

Estaba atado. De manos y de pies. También le habían introducido algo en la boca que lo asfixiaba e impedía que pudiera articular palabra.

Enseguida recordó que alguien le había golpeado desde el asiento trasero de su coche. Joey debía de haberlo visto llegar y decidió esperarlo, escondido en el todoterreno. Había bajado la guardia, un error imperdonable, pero pensar en que ella podría estar en peligro lo había hecho flaquear.

Las lucecitas seguían moviéndose ante sus ojos, y él también se zarandeaba, aunque no podía agitarse, estaba inmovilizado, aprisionado en algo similar a un cajón estrecho que alguien, Joey, arrastraba por el suelo para transportarlo.

Pronto comprendió que los destellos que veía era la luz del sol que se colaba por las rendijas de la madera que lo aprisionaba. No tenía espacio, parecía un ataúd y sudaba por el calor. Apenas había aire para respirar e intentó no dejarse llevar por la histeria. Tenía que pensar con sensatez, o no encontraría el modo de salir de allí.

Se agitó con fuerza y la cuerda se enterró con crueldad en los tobillos.

Estaba en posición fetal, con las rodillas bajo la barbilla, la cabeza inclinada y los brazos torcidos, atados a la espalda. El dolor que sentía en los hombros era terrible, pero al menos evitaba que se desmayara otra vez. Necesitaba continuar consciente, permanecer alerta, si quería seguir vivo y

salvarla a ella.

Entonces sintió que las luces se apagaban, que entraban en un lugar oscuro, y siguió siendo arrastrado como si lo enviaran directamente al infierno.

No había duda, Janice vislumbró al fondo de aquel lugar una cámara alumbrada, seguramente la misma en la que antes había descubierto todos aquellos «trofeos». Se acercó muy despacio, podía escucharse una voz y reconoció que era la del locutor de la radio local del valle, repitiendo con claridad lo que parecía que ya había dicho en varias ocasiones.

—El presunto asesino se llama Joseph Morris, también conocido como Joseph Williams, y se le busca por la muerte de varias personas en la población de Santa Ynez, y la desaparición del sheriff David. Se cree con seguridad que va armado, y es un hombre muy peligroso. Si lo ha visto, llame con urgencia a la comisaría de Buellton o a la policía estatal.

Joey agarró la radio con furia y la lanzó contra la pared haciéndola añicos. Sabía que lo descubrirían, pero no tan pronto. No, sin antes culminar sus planes.

Miró el cajón para el forraje en el que había encerrado al cabrón de Erick, estaba destinado para dar de comer a los caballos, pero ahora tendría otro uso: sería el perfecto féretro de su hermano.

La sangre le pulsaba en los oídos, estaba nervioso y frenético, una combinación nada buena si se esperaba que los planes salieran bien. Se apoyó contra la pared y tomó aire. Tenía que calmarse.

Abrió el cajón y sonrió al ver al detective encogido como una anchoa en su lata.

Erick lo miró con tanto odio que sintió ganas de matarlo en ese mismo instante. Sin esperar más.

—Hijo de puta, suéltame —exigió con voz dura en cuanto le sacó el trapo que taponaba su boca.

El muy idiota todavía creía que podía darle órdenes. Lo vio agitarse con furia en su estrecha prisión de madera y sonrió.

—Deberías suplicarme que te deje con vida —le aconsejó con voz suave, igual que se hablaba a los tontos y a los animales.

Como le hablaba siempre Janice.

—¡Jamás! —escupió las palabras.

—Estás exhausto, hermanito. No sabes lo que dices.

—No me llames así. Tú y yo no podemos llevar la misma sangre.

—¡Pues la llevamos! —gritó dando una patada al cajón que se deslizó hasta el otro lado de la cámara.

Un ruido en la puerta llamó su atención y levantó la mirada.

No fue imaginación suya porque el detective también movió la cabeza. Solo fue un gesto imperceptible, pero que no pasó por alto. La madera crujió otra vez, como si alguien estuviera al otro lado, en el oscuro y tenebroso pasadizo del sótano.

Joey comenzó a canturrear algo ininteligible.

Erick pensó que era alguna letanía, posiblemente en latín, y al verlo alejarse hacia la puerta, suplicó en silencio que no hubiera nadie afuera. Pero sus pensamientos fueron sorprendidos cuando, de repente, regresó hasta él y lo cambió de posición.

Con una fuerza brutal, Joey lo sujetó con las manazas y tiró con violencia hasta girarlo en el cajón y colocarlo de lado. Él gimió dolorido. Tenía los músculos agarrotados y comenzó a sentir enormes calambres, por lo que le costó acostumbrarse a la nueva postura. Necesitaba unos minutos para reponerse, y aunque estaba atado de pies y manos, su cerebro trabajaba a pasos agigantados.

—¡El señor es mi pastor, él me cuidará! —canturreó Joey. Agarró de nuevo el trapo que le había quitado y volvió a introducirse hasta la garganta para evitar que alertara a quien se escondiera afuera. Por más que se agitó en el cajón, no pudo articular ni un mísero gemido y apenas si podía respirar—. ¡El deseo es el tridente del demonio! ¡El señor es mi pastor, nada me faltará! —De una patada, cerró la caja y la luz desapareció.

Janice supo el momento exacto en el que había sido descubierta. Por eso determinó que era mejor mostrarse, a que se enojara todavía más.

—Hola, Joey —lo saludó, tímidamente.

—Hola, preciosa, ¿qué te trae por aquí? —respondió él con voz susurrante.

—Tú. Ya lo sabes.

Nada más entrar en el reducido espacio, sintió que la empujaba contra la pared y procuró caer de rodillas, cerca del cajón donde sabía que estaba encerrado Erick.

Joey la observaba en silencio, como si analizara la situación. Se fijó en sus manos y sonrió.

—¡Tienes sangre! —Ella se frotó las palmas en la ropa para limpiarlas—. Veo que has encontrado al sheriff David. Bueno, lo que queda de él.

—Todavía puede salvarse. Si me dejaras llevarlo afuera.

—¿Sigue vivo ese cerdo?

—Joey...

—¡Cállate! —Gritó con tanta fuerza que retrocedió asustada hasta la pared—. Mírate —le pidió recuperando el tono amable—. Estás sucia, manchada por la sangre de otro y derrotada, como hace años, cuando tu marido te maldijo. Vuelves a estar en el mismo lugar, y tampoco puedes gritar. Ni escapar de esta pesadilla.

Ella negó con los ojos nublados por las lágrimas.

Joey se arrodilló a su lado, le tomó la cara entre las manos para impedir que se alejara y le deshizo la trenza que colgaba por su espalda. Después la sujetó por la barbilla y la besó con fuerza en la boca.

Janice no se lo impidió. Se limitó a apretar los labios mientras lloraba en silencio. El acre olor a sudor la rodeó como una ola, su aliento le trajo el recuerdo de otro agridulce mezclado con tabaco que tantas veces la martirizaba en sus pesadillas.

Dios mío, el fantasma de sus sueños era Joey.

Cuando dejó de besarla, la sujetó por la garganta y apretó con suavidad. Janice tosió y abrió los ojos, asustada. Él jadeó excitado, a la espera de que gritara, que suplicara piedad, pero no escuchó nada. Sí, estaba aterrada, lo miraba con aquellos ojos color chocolate, aunque no articuló palabra, ni un gemido, ni un susurro que delatara el pavor que sentía.

—¡Así no puedo, joder, pon algo de tu parte, zorra! —La empujó lejos y ella tomó aire con desesperación, mientras se inclinaba hacia el suelo.

Al ver que miraba de refilón el cajón de madera, Joey se acercó muy despacio y levantó la tapa. Esta vez sí que la escuchó sollozar al descubrir el cuerpo de Draven en el interior. Él se agitó al recibir de nuevo el impacto de la luz sobre los ojos y al verla, negó con la cabeza. El trapo que llevaba en la boca le impedía gritar ni hablar.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué quieres? —le preguntó ella, aferrándose a su brazo.

Aunque en realidad solo trataba de llamar su atención, que dejara de mirar a Erick como si fuera a terminar con su vida en ese momento.

—¿Qué, por qué? —La miró extrañado—. Eres tonta, ¿verdad?

Janice parpadeó por la fuerza de su voz. Al ver que Joey se relajaba y

reía a carcajadas, miró a Erick que no le quitaba los ojos de encima, y después hacia la puerta. Él también miró hacia allí, en una orden clara y sencilla... hasta que supo que tenía que echar a correr... ¡ya!

Al principio, se asustó tanto que creyó que no lo conseguiría, pero cuando salió de la habitación y vio el final del corredor no muy lejos, corrió y corrió. Solo cuando estaba a punto de llegar a las caballerizas recordó que eso era lo que Joey quería, jugar al ratón y al gato con ella. Y con Erick, que seguía a su merced.

Joey volcó el cajón de madera y su hermano rodó por el suelo después de un ruido sordo. Lo tumbó sobre su espalda, con las manos atadas detrás, y le sacó el trapo sucio de la boca.

Cuando dejó de toser, y pudo hablar, lo miró fijamente.

—No te saldrás con la tuya. ¿Es que no lo ves? Me matarás, y después... ¿qué?

—Después ocuparé mi lugar. —Apoyó un pie sobre su pecho, para inmovilizarlo—. A ti te cortaré la garganta, te arrancaré las cuerdas vocales y me haré unos cordones para los zapatos con ellas. Pero con ella, con la dulce Janice...

—A ella déjala en paz. Esto es entre tú y yo.

—Te equivocas. Esto es entre los tres.

Sacó un afilado cuchillo de alguna parte y lo blandió cerca de su cara, por sus ojos, por su frente.

—No eres como tu abuelo, ni como tu padrastro. ¡No lo hagas!

—Sí, lo haré. Y dejaré que grites hasta que mueras. Me encanta escuchar los gritos agónicos de las mujeres, pero mucho más los de los hombres que les hacen abrirse de piernas para pecar. Me produce una sensación de poder y superioridad indescriptible.

—No lo hagas, Joey —lo llamó la asustada voz de Janice desde la puerta. Había regresado.

—¡Aléjate, Janice, huye! —le ordenó Erick con voz ronca.

—Acércate, Janice —le pidió él con un ronroneo.

Ella obedeció. No podía quitar la vista del cuchillo que empuñaba; todavía estaba muy cerca del cuerpo de Erick.

—Si lo matas, no podremos vivir en paz —le advirtió, obedeciéndole. Caminando hacia él.

—¿A qué te refieres?

—A que si nos vamos ahora, tendremos una oportunidad.

—Bien. Lo mato y nos vamos.

Movió el cuchillo en el aire y Erick se agitó en el suelo como una culebra.

—¡No! —Janice se interpuso entre los dos.

—Eres igual que ella —gruñó, al comprender su estúpida estrategia—. Eres una zorra, siempre defendiéndolo a él, castigándome a mí.

—¿Igual que tu madre? —Inquirió Erick.

Janice comprendió lo que él intentaba. Trataba de conectar la mente de Joey con el pasado para romper el momento. Solo esperaba que su capacidad para calmar bestias fuera mejor que la suya, que no hacía más que enfurecerlo.

—¿Qué tienes que ver tú con mi madre?

—Con ella nada, ni con tu abuelo, pero si reclamas tu lugar a mi lado, debes buscar el nexo que nos une y no el que nos separa.

—¡Cállate! —Lo pateó en el estómago hasta dejarlo retorciéndose entre toses—. No necesito sesiones de psicología. Ya tuve demasiadas en la prisión. «Un asesino psicótico nunca se puede reinsertar, pero un preso modélico, sí» —imitó la voz de falsete de alguna de las doctoras que lo valoró en la prisión estatal de Massachusetts—. ¡Y en eso me convertí: en un recluso ejemplar!

Sin añadir más, agarró a Erick por el pelo y colocó el cuchillo sobre su garganta, dispuesto a decapitarlo.

—Piénsalo bien, Joey. Derramar la sangre de tu sangre desatará la ira de Dios. —Erick hizo un último intento para convencerlo, antes de que sus ojos se encontraran con los aterrados de ella, intentando infundirle serenidad.

—No temo su cólera —replicó él—. Al contrario, prefiero el castigo divino, a tener que seguir viviendo con el alma atormentada por la lujuria.

—Piénsalo, Joey.

—¡Cállate! —Bramó, rabioso.

—Te quiero, cariño. —Erick se despidió de ella que temblaba junto a la puerta.

—No... no digas eso... —Sollozó.

—Ahora o nunca, cielo —la animó, al sentir la hoja del cuchillo en su garganta.

Janice asintió y caminó hacia ellos.

—¡Joey! —lo llamó, con voz grave. Con una fuerza desconocida.

El hombre giró la cabeza, tal y como estaba, de cuclillas sobre su presa y a punto de rebanarle el cuello. Y su boca se abrió sin comprender cómo había sucedido.

Janice empuñaba una pistola. La sujetaba con ambas manos, apuntándole a la cabeza, tan cerca que la bala reventaría su cráneo.

—No te atreverás. No puedes volver a vivir la misma situación. ¡No puedes! —La retó, mientras apretaba el cuchillo sobre el cuello de Erick.

—Adiós, Joey —Se despidió ella, disparándole.

Solo al caer su cuerpo desplomado sobre el de Erick, fue consciente de la sangre que había salpicado su ropa, su rostro y el suelo... las paredes.

Tiró la pistola al suelo y gritó, gritó tan fuerte que debieron escucharla en toda la comarca.

## *Epílogo*

Janice vio salir a Erick de la consulta de urgencias y corrió a refugiarse en sus brazos. Todavía estaba temblando, pero saber que todo había terminado le procuraba un enorme alivio. Y comprobar que él solo había sufrido unas magulladuras y un corte en el cuello cuando pudo haber acabado muerto, le producía unas ganas inmensas de llorar. De alegría, pero sin parar.

El sheriff se recuperaba en el hospital de su lesión en la cabeza, afortunadamente no le quedarían secuelas, y el cuerpo de Joey había sido trasladado por el juez al anatómico forense de la ciudad.

Los Renter y Faith aguardaban en la salida, como medio pueblo que nada más verlos, acudieron a su lado. Las preguntas parecían interminables.

A Janice le dolía la cabeza y tenía la boca seca. Sin querer parecer grosera miró hacia la puerta y él, que comprendió en el acto su mensaje, la tomó del brazo, se despidió con un par de frases amables, prometiendo contarle todo al día siguiente en comisaría, y la llevó hasta el coche de Frank.

Últimamente, sus miradas implicaban señales que solo ellos entendían. Eso les había salvado la vida.

Minutos después, enfilaban el camino hacia la casona con el matrimonio, ansiosos por poder pacificar a solas sus emociones.

Faith y Adele marcharon en la furgoneta.

Frank conducía despacio. Erick y ella descansaban en el asiento trasero. Cada uno sumido en sus pensamientos. La luz de la luna incidía sobre ellos, recortando su imagen abrazada en la penumbra.

—Le disparé —rompió ella el silencio—. Un tiro en la cabeza. Murió como Thomas. —Su voz se quebró.

—No es lo mismo. —Trató de tranquilizarla—. Me has salvado la vida.

—Está muerto. —Todavía no se lo creía—. Y matarle fue demasiado fácil. Un disparo. Solo uno. Si se hubiera hecho justicia, tendría que haber sufrido una muerte lenta y agonizante, como sus víctimas. Pero tuve que ser yo la que acabara con él.

—No te hagas más daño, cielo. —La besó en el pelo y apoyó los labios en su cabeza, mientras le hablaba—. Piensa en todas las personas que has salvado de morir en sus manos. Eres una mujer muy valiente.

Ella le acarició la mejilla, por encima del apósito que le cubría el cuello.

Había estado tan cerca de perderlo, que recordarlo le hacía temblar de nuevo.

—Tienes que afeitarte —le dijo, para cambiar el hilo de la conversación.

—No esperes que lo haga esta noche. En cuanto llegue a casa lo primero que haré será meterme en la cama contigo. Y no saldremos en una semana.

Janice se acurrucó contra él que suspiró, deseoso de que volviera a ser ella.

—He tenido tanto miedo, Erick —Necesitaba seguir hablando de ello. Ambos los sabían.

Frank y Clare escuchaban en silencio, mientras se dirigían a la casona.

—Lo que hiciste fue una idiotez, lo de volver allí e intentar convencerlo con palabras. Si te llega a pasar algo... Dios mío, Janice, cuando pensé que podía cambiar de idea y matarte a ti primero con el cuchillo... Yo estaba atado, no podía hacer nada y cada palabra que decías, lo enfurecía más.

—Tenía que arriesgar.

—Pero ha sido insensato por tu parte.

—Insensato es salir corriendo y dejar que tus ilusiones queden atrás. No podía irme sin ti. Eres lo más importante de mi vida.

—Cariño, lo más importante en la vida es formar parte de los sueños de alguien, si mueres ya no podrás cumplirlos.

—¿Cómo iba a permitir que Joey nos los arrebatara? Cuando me miraste desde el interior del cajón, y me indicaste con los ojos que me marchara... creí que estabas loco.

—Menos mal que confiaste en mí, aunque no del todo, porque luego regresaste y casi me muero del susto, al verte de nuevo en peligro.

—No podía abandonarte. No podía perderte, ni ser una cobarde.

—Vi la pistola en la cinturilla de tu pantalón, pero no sabía si podrías usarla. Era pedirte demasiado.

—Me la entregó el jefe David.

—Lo sé. —Erick la besó en los labios y musitó—. Te quiero, cielo.

—Yo también te quiero, Más que a mi vida.

Las siguientes semanas pasaron volando. El hecho de que Joey hubiera sido hijo de Nicholas Draven pasó casi desapercibido para el resto de los mortales que no vivían en Santa Ynez. Así era aquel valle, los trapos sucios de casa, quedaban en casa.

El joven policía tuvo un par de relaciones esporádicas con la hija del diácono, pero nunca supo nada de su paternidad. La muchacha era bastante

enamoradiza de la mayoría de los hombres del pueblo, y su relación fue más de protección que amorosa. Siempre estaba metida en problemas, tenía constantes disputas con su padre, y lo buscaba cuando se veía desesperada.

De no ser porque la mujer escribió aquella nota en la biblia, nunca se habría sabido que Joey era su hijo.

Y Erick hizo, lo que debía hacer. Pasar página y tratar de olvidarse de aquella familia. No podía ignorar que Joseph había llevado su sangre, pero él sabía lo suficiente sobre conductas agresivas. Tenía muy claro que un carácter, o un perfil, no se heredaban; sin embargo, la predisposición genética y las experiencias negativas lo acentuaban. Joey había sido un psicópata muy complicado, pero no iba en su ADN el gen del mal, él solo había enfatizado el carácter dañino de la forma de infligir justicia divina que había vivido y sufrido con el abuelo Morris.

El verano pasó el relevo a un otoño temprano, y trajo consigo noches más frescas y húmedas. También la boda de Erick y Janice.

Ambos deseaban una ceremonia sencilla, en los preciosos jardines recién terminados de la casona, a la que ya quedaba muy poco para ser inaugurada como el *Hotel familiar Wallace*. Tal y como se había previsto: sería para finales de la fiesta de la vendimia.

Fue inevitable que acudiera todo el pueblo a la boda. La pareja deseaba que fuera una celebración familiar, pero aquella gente se había volcado con ellos desde el fatídico suceso del verano, como preferían llamarlo, y no podían descartar a nadie.

De modo que sin pretenderlo, se vieron envueltos en una enorme fiesta.

Faith y Adele fueron sus damas de honor. Frank su padrino y Clare la madrina. Los invitados principales incluían a Nicholas, el señor Illeon, el sheriff David y su esposa. El hombre ya estaba recuperado de sus heridas y esperaba jubilarse en unas semanas, lo que dejaba una vacante de sheriff en la localidad...

Todo el mundo esperaba que la aceptara Erick, que ya había sido dado de alta médica sin secuela alguna.

Los Renter les regalaron una luna de miel por Europa, y en unos días partirían rumbo a París. Aunque a ellos les daba igual donde pasar el resto de sus vidas, ni el viaje de novios. Y para eso Erick se encargaba de repetírselo muy a menudo, como ahora que acababan de hacer el amor.

El vestido de novia reposaba a los pies de la cama, junto al traje de él y, abrazados, observaban la noche estrellada desde el balcón del dormitorio.

—Lo que más deseo es a ti —le dijo Erick al hablar sobre el regalo de los Renter—. Una luna de miel, sin salir de la cama.

Ella dejó escapar otra de aquellas risitas que tanto le gustaban.

Por fortuna la armonía se estaba instalando en el valle. Sus temores disminuían cada día un poco más y aunque no sabía si podría volver a gritar, no había vuelto a intentarlo, esperaba que si lo hacía fuera de felicidad.

Por otro lado, las pesadillas se habían suavizado bastante y, aunque solo dormía un par de horas seguidas, ya conseguía quedarse en la cama, junto a él, sin marcharse. Además, la música volvía a formar parte de su vida y solía tocar por las tardes, cuando abrían las ventanas del salón para que la brisa del valle llenara de suaves fragancias la estancia.

Janice no sabía si Erick quería regresar a Los Ángeles como detective, o si finalmente aceptaría la plaza libre de sheriff del condado. Sería bonito cuidar juntos la propiedad, pero tampoco le preocupaba. A ella le parecía bien todo lo que hiciera feliz a su marido.

Al fin y al cabo, tenían todo lo que se podía desear: una vida por delante y muchos sueños por cumplir.

—Hace una noche estupenda. —Janice se cobijó bajo el hueco de su brazo y él la besó en el pelo.

—Tendremos tantas noches estupendas que habrá que señalarlas en el calendario para recordarlas.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Contigo, toda la vida será maravillosa- —Auguró con voz emocionada.

—¿Qué te parecería que viviéramos siempre aquí? —le preguntó él, mirándola.

—¿Hablas en serio? —Su corazón comenzó a palpar con fuerza.

—Si tú quieres, por mí no hay problema. Mi casa es un poco pequeña y ahora que mi padre va a probar a pasar allí largas temporadas con la supervisión de un enfermero, se me antojaría minúscula. Él y el chucho juntos en la misma habitación... —Fruunció el ceño.

—¿Crees que es seguro que se marche de la residencia para vivir solo?

—Mientras pueda hacerlo, es su deseo. Su sueño.

—No digas más. —Ella afirmó, comprendiendo.

—Lo ha recomendado el director de la residencia. Al fin y al cabo no estará solo, sino con Eliot, dos compañeros más que también pueden vivir fuera de la residencia y un enfermero durante el día.

Janice le rodeó el cuello con los brazos y se apretó fuerte contra él.

—Sabes que me encanta este lugar. Me gusta el olor que trae el aire del valle, nuestros largos paseos por el bosque de robles, trabajar juntos en la casa y... —Lo miró fijamente a los ojos—. No se me ocurre un lugar mejor para criar a nuestros hijos.

—¿Nuestros hijos?

—Bueno, si puede ser me gustaría tener al menos tres. —Miró al horizonte nocturno con ojos soñadores.

—¿Estás embarazada?

—No, todavía no. Pero espero estarlo muy pronto, si tu quieres.

—¿Bromeas? —La alzó en brazos y la llevó hasta el interior del dormitorio, tumbándola en la cama—. Por mí, comenzaremos ahora mismo a intentarlo. Aunque tu amiga nos ha tomado la delantera.

—¿Qué amiga? —Lo miró extrañada.

—Adele. ¿No te ha dicho todavía quién es el padre?

—Adele, ¿embarazada?

—Puedes jurar que sí. Mi instinto no me engaña.

—Pues no sé... no ha dicho nada, ni sé que haya salido con nadie, últimamente. ¿Estás seguro de que no te equivocas?

Lo miró a los ojos y supo que no: sus corazonadas nunca fallaban.

—Bueno, no te preocupes, dale tiempo. Ya lo dirá. Todavía tiene unos meses por delante, pero nosotros, no. Comenzamos la cuenta atrás... ya. —Ella soltó una suave carcajada y lo abrazó—. ¿Te he dicho hoy, señora Draven, lo mucho que te amo?

—No, desde hace diez minutos. De modo que estoy esperando.

—Te quiero —le susurró al oído—. Te amo, te deseo, quiero compartir mi vida contigo, mis sueños, mis ilusiones y mis hijos... muchos hijos.

—Y muchos perros. Y caballos.

Él carraspeó.

—Bueno... lo que venga.

Erick y Janice rieron sin parar, y sus risas fueron transportadas por el aire, inundando el valle de felicidad.

FIN

## *Sobre la autora*

**Ana R. Vivo**, nacida en Albacete y de profesión técnico en atención sociosanitaria. Ha ganado varios premios literarios y también publica sus novelas bajo el seudónimo *Dana Jordan*.

*Sus publicaciones son las siguientes:*

- ***No mires atrás:*** Novela romántica de suspense, que ha sido reeditada por editorial terciopelo en año 2014.
- ***Niebla en el pasado:*** Novela contemporánea de suspense y nominada a premios Dama 2012 como mejor novela romántica de suspense.
- ***Oscura fascinación:*** Novela de suspense romántico, bajo el seudónimo Dana Jordan, en 2013 con Penguin Random House, sello Vergara y que ha sido nominada en 2013 como mejor novela de suspense romántico.
- ***B My Valentine,*** bajo el seudónimo Dana Jordan, antología de relatos junto a otras autoras en B de Books en 2013.
- ***El reino de Levana,*** novela romántica paranormal, ganadora del VIII Premio Terciopelo 2013 y publicada en mayo 2014. Nominada como mejor novela paranormal nacional 2014 premios ROSA.
- ***Sublime tentación,*** bajo el seudónimo Dana Jordan, novela de suspense romántico editorial Penguin Random House, bajo sello Vergara en 2014. Nominada como mejor novela suspense nacional DAMA y RNR
- ***Girasoles para Alba.*** Finalista Premio Harlequín 2015, editorial Harper Collins publicada mayo 2015. Novela contemporánea.

- ***La fuerza del corazón.*** Harper Collins: publicada en septiembre 2015.
- ***Ciega Obsesión.*** bajo seudónimo Dana Jordan. Suspense romántico. Penguin Random House. Noviembre 2015.
- ***Free Soul,*** novela actual romántica Editorial Vanir, 2016.
- ***La ley del corazón.*** Harper Collins: publicada en febrero 2017.
- ***Un hombre solitario.*** Suspense romántico 2ª edición extendida. Marzo 2017
- ***Acero y Miel.*** Novela contemporánea. 2ª edición extendida. Octubre 2017